

CHRIS HEDGES

LA MUERTE DE LA CLASE LIBERAL

Traducción de
JESÚS CUÉLLAR

Capitán Swing

LA MUERTE DE LA CLASE LIBERAL

Chris Hedges

Traducido por Jesús Cuéllar



Título original: *Death of the Liberal Class* (2011)

Edición en ebook: abril de 2016

Capitán Swing Libros, S.L.
Rafael Finat 58, 2º4 - 28044 Madrid
Tlf: 630 022 531
www.capitanswinglibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-945043-8-9

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Órtiz
Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico www.caurina.com

Chris Hedges

Sidney (Australia), 1953

Periodista estadounidense, Hedges es corresponsal de guerra especializado en América y Oriente Próximo. Durante dos décadas fue corresponsal en Centroamérica, Oriente Próximo, África y los Balcanes, informando desde más de cincuenta países. Entre 1990 y 2005 trabajó para numerosos medios como *The Christian Science Monitor, National Public Radio, The Dallas Morning News,* y *The New York Times.* En 2002 formó parte del equipo de periodistas del *New York Times* que fue galardonado con el Premio Pulitzer por su cobertura del terrorismo global, y recibió también el *Global Award for Human Rights Journalism* de Amnistía Internacional. Ha impartido clases en las universidades de Columbia, Nueva York, Princeton y Toronto.

En 2011 Hedges compuso lo que el *New York Times* describió como una «llamada a las armas» para el primer número de *The Occupied Wall Street Journal*, el periódico que desde entonces da voz al movimiento de protesta, y es también autor de varios bestsellers, entre los que figuran *War is a force that gives us meaning* (2002), finalista del National Book Critics Circle Award para libros de no ficción; *I Don't Believe in Atheists* (2008); *Death of the Liberal Class (2010);* y *Days of Destructions, Days of Revolt* (2012), su libro más reciente, escrito en colaboración con el dibujante Joe Sacco.

Contenido

Cita

«En todas las épocas existe una ortodoxia, un corpus de ideas que se da por hecho que cualquier persona razonable aceptará sin rechistar. No es que esté realmente prohibido decir esto, aquello o lo de más allá, sino que simplemente no se hace, del mismo modo que a mediados de la época victoriana aludir a los pantalones era algo que no se hacía en presencia de una dama. Cualquiera que cuestione la ortodoxia imperante se encontrará silenciado con sorprendente eficacia. A una opinión que vaya verdaderamente en contra de lo establecido nunca se le otorgará la atención debida, ya sea en la prensa popular o en las publicaciones eruditas».

George Orwell
(Libertad de prensa)[1]

---

1 George Orwell, «Freedom of the Press», introducción para Animal Farm [Rebelión en la granja], no publicada en su momento. Primera impresión, Bernard Crick (ed.), Times Literary Supplement, 15 de septiembre de 1972, p. 1040.

01

Resistencia

«Permitir que el funcionamiento del mercado fuera el único rector del destino humano y de su entorno natural conduciría realmente, incluso en relación con la magnitud y la utilización de la capacidad de compra, a la demolición de la sociedad. Porque a esa supuesta mercancía llamada «fuerza de trabajo» no se la puede empujar de un lado a otro, ni utilizarla indiscriminadamente y ni siquiera dejar de utilizarla sin que ello repercuta en quien casualmente es portador de esa peculiar mercancía. Al enajenar la fuerza de trabajo del hombre, el sistema enajenaría igualmente la entidad física, psicológica y moral del «hombre» ligado a la etiqueta. Al arrebatárseles la capa protectora de las instituciones culturales, los seres humanos perecerían a causa de las inclemencias sociales; serían víctimas mortales de una grave dislocación social ocasionada por el vicio, la perversión, el crimen y el hambre. La naturaleza quedaría reducida a sus elementos, los barrios y paisajes se verían envilecidos, los ríos contaminados, la seguridad militar peligraría y quedaría destruida la capacidad de producir alimentos y materias primas.»

Karl Polanyi,
(*La gran transformación*)[2]

Ernest Logan Bell, desempleado de veinticinco años y veterano del cuerpo de infantes de marina estadounidense, camina por la carretera 12, en el norte del estado de Nueva York. A un costado de su mochila verde lleva

atada una bandera estadounidense de gran tamaño. Llovizna ligeramente y el hombre se cubre con un poncho militar también verde. Bell, que es bajito, musculoso y afable, y con el pelo castaño cortado casi al cero, como los militares, me dice cuando paro el coche que durante seis días recorrerá, desde Binghamton a Utica, unos ciento cincuenta kilómetros, en lo que él llama «Caminata de la libertad». Dentro de una quijotesca campaña, tiene pensado presentarse como candidato republicano contra el demócrata Michael Arcuri, actual representante del 24º Distrito del Congreso. Bell ha acampado junto a la carretera durante tres noches y las demás ha dormido en hoteles baratos. Se opone a la ley de reforma sanitaria que acaba de aprobar el Congreso, de mayoría demócrata; exige el fin de las guerras de Irak y Afganistán; defiende la abolición de la Reserva Federal; está en contra de los rescates que el Gobierno federal ha concedido a Wall Street y quiere que aquel ayude de manera inmediata a los trabajadores que, como él mismo, no pueden salir del paro de larga duración. Aludiendo al libro escrito por Ron Paul, de la Cámara de Representantes, que lleva en la mochila, esgrime una pancarta en la que pone a mano «Acabad con la Fed», así como un ejemplar de la *Constitución de EE UU para torpes*, de Michael Arnheim. Dice que tiene pensado entregar el libro de Paul en la oficina de Arcuri en Utica.

«Acabo de cruzar la localidad de Norwich», dice mientras pasa un coche y le pita en señal de apoyo, «donde hay un fuerte movimiento del Tea Party».

> El movimiento del Tea Party, en su mayoría, está compuesto por un puñado de americanos contrariados. Saben que algo va mal y están dispuestos a comprometerse. En mi zona, muchos del Tea Party son demócratas. La gente está confundida. Está traumatizada. No sabe qué pensar. Pero es absurdo actuar como si estos problemas hubieran comenzado el 20 de enero [fecha de la toma de posesión del presidente]. Apuntar al presidente actual y no a los anteriores no nos sirve para averiguar qué está pasando.[3]

Bell, que vive en Lansing (Nueva York), es el nuevo rostro de la resistencia. Es joven, se encuentra cómodo en la cultura castrense, recela enormemente del Gobierno federal, desdeña a la clase liberal, es incapaz de encontrar trabajo y está furioso. Bascula entre el populismo de derechas y el

de izquierdas, manifestando admiración tanto por Paul como por el representante Dennis Kucinich, y también por el movimiento del Tea Party. En las últimas elecciones presidenciales comenzó apoyando a John McCain, pero el senador de Arizona y los vínculos del Partido Republicano con Wall Street le fueron desencantando. Al final, no votó en esos comicios. Entre sus vecinos y amigos ha reunido unos 1.000 dólares para sufragar su propia campaña. Bell, que es aficionado a las artes marciales, llegó a las semifinales del Campeonato de Combate de la Guardia Nacional, celebrado en 2010 en Fort Benning (Georgia), en cuyo último encuentro acabó con la nariz rota; su contrincante sufrió contusiones en las costillas y muslos, y el jurado proclamó su derrota, pero no por unanimidad.

«Me aterroriza realmente pensar en nuestro futuro», declara.

> Creo que todo apunta a un verdadero colapso sistémico en un futuro próximo, quizá incluso antes de las elecciones de mitad de legislatura. Por eso creo que muchos de los que están en el poder no se presentan. Parece que saben lo que se avecina y, por supuesto, las ratas están abandonando el barco llevándose sus pensiones. Ni el Gobierno ni la Fed podrán hacer nada para reducir el dolor, ya no les quedan más trucos. Te aseguro que todo el mundo lo va a pasar mal, salvo la elite empresarial y bancaria, por supuesto. Lo que yo digo es que hay que dejar caer el imperio: a veces hay que morir para renacer. Tal como está, el sistema político apenas ofrece esperanzas de promover un verdadero cambio ni justicia social. Propongo que intentemos revertir este golpe de Estado intentando dar el nuestro. En primer lugar, debemos intentar retomar los medios de control, poder y discurso tradicionales, devolviendo la integridad a nuestro vendido sistema electoral. Por desgracia, no es probable que así consigamos mucho, pero el esfuerzo merece la pena. Tenemos el deber patriótico de resistirnos a la tiranía. Debemos romper estas cadenas de opresión y reinstaurar en nuestro Gobierno los principios de libertad y justicia para todos. No confío en que ponerse delante de edificios con pancartas vaya a promover un cambio de poder fundamental, ya que el poder no suele cambiar de manos sin lucha. Los derechos inalienables no se tienen por gentileza del Gobierno federal. Debemos permanecer en las calles y negarnos a que nos silencien. Debemos

> rechazar un sistema controlado por las grandes empresas y centrarnos en reconstruir una estructura política y una sociedad de raíz local. La revolución es la única alternativa a la rendición y la derrota absolutas. De una auténtica revolución solo cabe esperar un sufrimiento y un dolor terribles e inclementes, eso está prácticamente garantizado. En este momento la protesta debe transformarse en actos de desafío. Hay que ser audaces.

Bell se crió en Oakwood, una pequeña localidad del este de Texas, situada entre Dallas y Houston. Su padre luchó contra el alcoholismo y ahora se está recuperando. Sus progenitores, después de pelearse con frecuencia, separarse y reunirse, se divorciaron cuando él tenía trece años. Fue su madre la que tuvo que encargarse de criar a Bell, a su hermano menor (ahora en la 82ª División Aerotransportada) y a su hermana pequeña en un apartamento de un solo dormitorio. Trabajaba aquí y allá, esporádicamente, y el dinero escaseaba. En el último curso de secundaria, la clase de Bell tenía dieciocho alumnos. Como en Oakwood no había mucho trabajo, él, al igual que otros compañeros de clase, se alistó en el ejército.

«Para mantenernos, mi padre tenía dos trabajos; padecía alcoholismo, pero es un buen tipo y, como padre, intentaba apoyarnos», afirma Bell:

> Mi madre tenía sus propios problemas. Ahora vive en una casucha de una sola habitación. Hace cuatro años sufrió un cáncer de pecho y como no tiene seguro vive en la pobreza. Yo sé que el sistema no funciona. Ella vive en una casa pequeña, en una cabaña de un solo dormitorio instalada en un terreno de su madre, donde mi hermano yo y nos quedábamos a veces cuando mis padres se peleaban. Vivimos en varias casas y pisos distintos, con mi madre o con mi padre. Yo me fui de casa a los diecisiete, pasé por las casas de varios amigos y después regresé a Oakwood, donde terminé la secundaria viviendo con mis abuelos, lo cual tuvo una profunda influencia en mi vida y mis valores. Mi vida era incoherente, caótica y de clase obrera. Creo que ese entorno me ayudó a desarrollar mi carácter y mi mentalidad. Hay que reconocerlo: mi padre lo intentó.

«En Oakwood (Texas), no te podías quedar y tener trabajo», añade.

Bell se trasladó al norte del estado de Nueva York hace dos años, después de abandonar el cuerpo de infantes de marina para estar cerca de Shianne, su hija de tres años. La madre de la niña y él están separados. Bell encontró trabajo de carpintero en una cuadrilla itinerante de obreros de la construcción. Cobraba 14,50 dólares a la hora y a veces podía llegar a ganar hasta 800 dólares a la semana. Entonces vino el desastre financiero que dejó sin fuelle a la economía local.

«En el inmueble en el que vivo a todo el mundo le han reducido la jornada, está en paro o solo cobra el sueldo mínimo», dice. «A mí me despidieron el año pasado. Intento encontrar trabajo de carpintero autónomo. No tengo seguro sanitario».

El año pasado, la escasez de trabajo, que a veces le ha obligado a sobrevivir con 600 dólares al mes, le llevó a alistarse en la división de la Guardia Nacional de Nueva York, aunque eso supondrá seguramente que le envíen a Afganistán. Era imposible resistirse al incentivo que ofrecía la prima de 20.000 dólares a la firma del contrato. La unidad de la Guardia Nacional en la que entró ha regresado hace poco de Afganistán.

«Nos estamos preparando para regresar a Afganistán», declara. «No está bien que sigan utilizando a la Guardia Nacional, a tropas de los estados, para patrullar las calles de Afganistán. Son unidades ya de por sí sobrecargadas. No recibimos prestaciones. No tenemos cobertura sanitaria como los militares que están en activo. Pero a la Guardia la despliegan tanto como a ellos. Algunos de esos chicos han pasado por tres o cuatro periodos de servicio».

«Abandoné el cuerpo de infantes de marina, regresé a Texas durante diez meses y entré en la campaña de John McCain», dice Bell:

> El neoconservadurismo me desilusionó mucho. Nunca me había metido en política. Comencé a comprender que, aunque dicen que necesitamos tener todas esas tropas por el mundo para, como ellos dicen, «defender la libertad», en realidad estábamos construyendo naciones y trabajando para determinados intereses que son los que promueven esas guerras. En política exterior y económica, lo que he visto es que no hay diferencias entre los dos partidos principales. Existe un paradigma ficticio que, distinguiendo entre izquierda y

> derecha, distrae a la clase obrera de las verdaderas razones de sus penurias.

«Los inviernos son realmente duros [en el estado de Nueva York]», añade:

> Hay menos trabajo y la calefacción cuesta cara. Yo pago unos 200 dólares al mes por la electricidad y el gas. Vivo con muy poco. No tengo tele por cable. No salgo ni hago gastos innecesarios. Es una lucha. Pero por lo menos no he tenido que dedicar cuarenta horas a un empleo por el que cobro un sueldo mínimo que no me alcanza para vivir. Aquí la gente lo está pasando realmente mal. La tasa de desempleo real debe de ser por lo menos del veinte por ciento. Mucha gente tiene trabajos a tiempo parcial aunque quisiera trabajar a jornada completa. Hay muchos como yo, trabajadores autónomos y propietarios de pequeñas empresas, que no pueden solicitar cobertura de desempleo. Yo no puedo cobrar paro porque trabajé en la categoría 1099, la del contratista autónomo, incluso cuando estaba en la empresa de construcción.

«La gente tiene miedo», dice Bell. «Quiere vivir su vida, criar a sus hijos y ser feliz. Pero no es posible. No saben si podrán pagar el siguiente recibo de la hipoteca. Ven que su nivel de vida está empeorando».

Bell dice que a él y a los que le rodean los están empujando al abismo, y que teme las repercusiones sociales y políticas.

«Espero que haya una revolución populista», y añade:

> Tenemos que tomar los rescates bancarios y el dinero que estamos enviando al extranjero y utilizar todo eso para nuestras comunidades. De no ser así, aumentará el enfado y al final habrá violencia. Cuando la gente lo pierde todo, comienza a perder la cabeza. Cuando no se puede encontrar trabajo, aunque uno no deje de buscarlo, comienzan a producirse cosas como tiroteos indiscriminados y suicidios. Veremos actos de terrorismo interno. El Estado vulnerará todavía más nuestras libertades civiles para controlar las protestas masivas. Ya estamos viendo algunas manifestaciones universitarias, pero veremos otras de mayor magnitud. Espero que las protestas sean constructivas. Espero que la gente no recurra a medidas drásticas. Pero hará lo que tenga

> que hacer para sobrevivir. Quizá eso signifique revueltas como las del pan. Más vale que el sistema político se ponga inmediatamente a trabajar para aliviar la presión.

Rabia y la sensación de haber sido traicionado: eso es lo que expresan Ernest Logan Bell y decenas de millones de trabajadores privados de derechos. Esas emociones emanan del hecho de que en las últimas tres décadas la clase liberal no haya logrado proteger los intereses mínimos de la clase obrera y la media, mientras las grandes empresas desmantelaban el Estado democrático, diezmaban el sector industrial, saqueaban el Tesoro estadounidense, lanzaban guerras imperiales imposibles de sufragar y de ganar, y destripaban las leyes básicas que protegían los intereses del ciudadano corriente. No obstante, la clase liberal continúa utilizando el lenguaje remilgado y caduco de las políticas y los asuntos candentes. Se niega a contrarrestar la arremetida de las grandes empresas. Esta es la razón de que una derecha virulenta haga suya y exprese la legítima rabia que manifiestan quienes han sido privados de derechos. Y la clase liberal, aunque sigue aferrándose a los privilegios que le conceden los puestos en sus propias instituciones, se ha convertido en algo caduco.

El liberalismo clásico pretendía mayormente responder a la disolución del feudalismo y al autoritarismo eclesiástico. Abogaba por la no injerencia o la independencia dentro del Estado de derecho. Incorporaba algunos aspectos de la antigua filosofía ateniense tal como la expresaron Pericles y los sofistas, pero era un sistema filosófico que suponía una ruptura radical, tanto con el pensamiento aristotélico como con la teología medieval. Según escribe el filósofo John Gray, el liberalismo clásico tiene

> cuatro rasgos o perspectivas principales, que le otorgan una identidad reconocible: es individualista, ya que proclama la primacía moral del individuo frente a cualquier colectivo; es igualitario, puesto que concede a todos los seres humanos una misma categoría moral fundamental; es universalista porque defiende la unidad moral de la especie; y es meliorista, ya que proclama la indefinida capacidad de mejora de la vida humana mediante el recurso a la razón crítica.[4]

Las bases del liberalismo clásico las sentaron Thomas Hobbes (1588-1679), John Locke (1632-1704) y Baruch Spinoza (1632-1677). En la obra

de estos teóricos profundizaron en el siglo XVIII los pensadores morales escoceses, los filósofos franceses y los primeros artífices de la democracia estadounidense. En el siglo XIX, el filósofo John Stuart Mill (1806-1873) redefinió el liberalismo abogando por la redistribución de la riqueza y el fomento del Estado de bienestar.

La era del liberalismo, que floreció a finales del siglo XIX y comienzos del XX, la caracterizó el desarrollo de movimientos de masas y propuestas de reforma social interesados en las condiciones del trabajo fabril, la organización de sindicatos, los derechos de la mujer, la educación universal, la vivienda para los pobres, las campañas de salud pública y el socialismo. Esta era del liberalismo acabó verdaderamente con la Primera Guerra Mundial, que hizo añicos el optimismo liberal sobre la inevitabilidad del progreso humano, consolidando también el control del Estado y las empresas sobre los ámbitos económico, político, cultural y social. Creó la cultura de masas, fomentó el culto al yo a través de la sociedad de consumo, condujo a la nación a una época de guerra permanente, y utilizó el miedo y la propaganda masiva para intimidar a los ciudadanos y silenciar a las voces independientes y radicales dentro de la clase liberal. El *New Deal* de Franklin Delano Roosevelt, que no se puso en marcha hasta que el sistema capitalista no se derrumbó, fue el último suspiro político del liberalismo clásico estadounidense. Sin embargo, las reformas de esa época fueron sistemáticamente desmanteladas en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, a menudo con la ayuda de la clase liberal.

Después de la Primera Guerra Mundial, en Estados Unidos surgió una emanación mutante de esa clase, que hizo suyo un ferviente anticomunismo, y que tenía como principal prioridad la seguridad nacional. Caracterizada por una visión profundamente pesimista de la naturaleza humana, encontró sus raíces ideológicas en filósofos morales como el realista cristiano Reinhold Niebuhr, aunque este fuera frecuentemente malinterpretado y sus ideas excesivamente simplificadas por quienes pretendían justificar la pasividad política y el aventurerismo imperial. Este tipo de liberalismo, como temía que se le considerara blando con el comunismo, se afanó por encontrar su lugar en la cultura contemporánea mientras los sistemas de valores por los que abogaba entraban cada vez más en contradicción con el aumento del control estatal, la pérdida de poder de

los trabajadores y el desarrollo de un enorme complejo militar-industrial. Cuando el liberalismo de la Guerra Fría se transformó hasta hacer suyas la globalización, la expansión imperial y un capitalismo sin trabas, los ideales que formaban parte del liberalismo clásico ya no caracterizaban a la clase liberal.

Lo que se mantiene no es el liberalismo democrático como tal, sino un mito que utilizan las elites de poder empresarial y sus defensores para justificar el sometimiento y la manipulación de otros países en nombre del interés nacional estadounidense y de los valores democráticos. Expertos en teoría política como Samuel Huntington consideraron en sus escritos que el armazón del liberalismo democrático era una vibrante fuerza filosófica, política y social que podía exportarse al extranjero, a menudo por la fuerza, y llevarla a quienes se consideraba menos civilizados. La clase liberal, arrinconada y débil, entró en el juego, políticamente seguro, de atacar a la barbarie comunista —y, posteriormente, al radicalismo islámico—, en lugar de intentar combatir las crecientes injusticias y abusos estructurales del Estado empresarial.

A pesar de las múltiples pruebas en contra, la anémica clase liberal sigue proclamando que la libertad y la igualdad humanas pueden alcanzarse mediante la farsa de la política electoral y la reforma constitucional. Se niega a reconocer la dominación por parte de las empresas de los canales democráticos tradicionales que servían para garantizar un amplio poder de participación. Quizá la ley se haya convertido en el último refugio del idealismo de la clase liberal. Los liberales, que se desesperan con los órganos legislativos y con la ausencia de un verdadero debate en las campañas políticas, conservan una fe ingenua en la ley como vehículo de reforma eficaz. Y la conservan a pesar de que el poder empresarial manipula el sistema judicial de forma tan flagrante como la política electoral y la deliberación de las leyes. Las que aprobó el Congreso, por ejemplo, desregularon la economía y la entregaron a los especuladores. Las leyes permitieron el saqueo del Tesoro estadounidense en nombre de Wall Street. Las leyes han suspendido libertades civiles esenciales, entre ellas el *habeas corpus*, lo que ha permitido al presidente autorizar el asesinato de ciudadanos estadounidenses considerados cómplices en actos de terrorismo. El Tribunal Supremo, pasando por encima de los precedentes jurídicos,

puso fin al recuento de las elecciones presidenciales de 2000 en Florida, e hizo presidente a George W. Bush.

Como dijo C. Wright Mills, «un descompuesto y atemorizado liberalismo» fue desarmado por «la insegura y despiadada furia de gánsteres políticos». A la clase liberal le pareció más prudente hacer gestos morales vacíos que enfrentarse a la elite del poder. «Es mucho más seguro ensalzar las libertades civiles que defenderlas y mucho más seguro defenderlas en su calidad de derecho formal que utilizarlas de forma políticamente eficaz. Precisamente los más dispuestos a socavar esas libertades son los que con más frecuencia hacen tal cosa en nombre de esas mismas libertades», escribió Mills. «Todavía más fácil resulta defender el derecho que hace años alguien tuvo a usarlas que tener uno mismo que decir algo *ahora* y hacerlo con energía. La defensa de las libertades civiles —incluso de su práctica hace una década— se ha convertido en el principal interés de muchos académicos liberales en su día izquierdistas. Todo ello constituye una forma segura de apartar el esfuerzo intelectual de la esfera de la reflexión y la exigencia políticas».[5]

En una democracia tradicional, la clase liberal actúa como válvula de escape, haciendo posibles reformas deslavazadas y escalonadas. Ofrece una esperanza de cambio y propone medidas graduales, que conducen a una mayor igualdad. Dota de virtud al Estado y a los mecanismos de poder. También sirve como ariete para desacreditar a movimientos sociales radicales, lo cual convierte a la clase liberal en un útil elemento de la elite del poder.

Sin embargo, entre las víctimas de la arremetida del Estado empresarial contra el democrático también figura la clase liberal. El poder empresarial se olvidó de que esa clase, cuando funciona, otorga legitimidad a la elite del poder. Y reducir el papel de sus miembros al de meros cortesanos o mandarines que nada tienen que ofrecer salvo una retórica vacía, obtura esa válvula de escape y obliga a los descontentos a encontrar canales alternativos que a menudo acaban en violencia.

La incapacidad de la clase liberal para reconocer que las grandes empresas han arrancado el poder a los ciudadanos, que la Constitución y su

salvaguarda de las libertades personales se han tornado irrelevantes y que la expresión «consentimiento de los gobernados» carece de sentido, ha hecho que su discurso y su comportamiento caigan en formas que ya no responden a la realidad. Su voz se ha prestado a una serie de actos huecos de dramaturgia política y a la farsa de que aún existen el debate y la elección propios de la democracia.

La clase liberal se niega a la evidencia, porque no quiere perder una atalaya cómoda y con frecuencia bien remunerada. Las iglesias y las universidades —en centros de elite como Princeton, los profesores pueden llegar a ganar 180.000 dólares al año— disfrutan de exenciones fiscales a condición de no hacer críticas políticas manifiestas. Los líderes sindicales reciben generosos salarios y son considerados colaboradores subalternos del capitalismo empresarial a condición de que no utilicen el vocabulario de la lucha de clases. Los políticos, como los generales, son leales a las exigencias del Estado empresarial que ocupa el poder, y al jubilarse se hacen millonarios trabajando para grupos de presión o como directivos de empresas. Los artistas que utilizan su talento para fomentar los mitos e ilusiones que bombardean nuestra sociedad viven cómodamente en las colinas de Hollywood.

Los medios de comunicación, la Iglesia, la universidad, el Partido Demócrata, las artes y los sindicatos —pilares de la clase liberal— están comprados por el dinero empresarial y por las promesas de las migajas que les arrojan los reducidos círculos de poder. Los periodistas, que valoran más el acceso a los poderosos que el acceso a la verdad, nos suministran mentiras y propaganda para lanzarnos a la guerra en Irak. Muchos de esos mismos periodistas nos aseguraron que era prudente confiar los ahorros de toda una vida a un sistema financiero dirigido por especuladores y ladrones. Todos esos ahorros desaparecieron. Los mismos medios de comunicación que trabajan para las empresas que se anuncian en ellas y los patrocinan hacen invisibles a grupos enteros de población cuyos sufrimientos, pobreza y quejas deberían ser el principal objeto de atención del periodismo.

En nombre de la tolerancia —una palabra que el reverendo Dr. Martin Luther King nunca utilizó—, la Iglesia y las sinagogas liberales se niegan a denunciar a los herejes cristianos que asimilan a la religión cristiana los peores aspectos del consumismo, el nacionalismo, la codicia, la soberbia

imperial, la violencia y el fanatismo. Esas instituciones aceptan la globalización y el capitalismo sin trabas como si fueran leyes naturales. Las instituciones religiosas liberales, que deberían preocuparse de la justicia, hacen suyo un empalagoso pietismo personal, que se expresa en la espiritualidad del «qué me pasa» y en pequeños y farisaicos actos de llamativa caridad. Los años pasados en seminarios y escuelas rabínicas, los años dedicados al estudio de la ética, la justicia y la moral, resultan inútiles cuando se trata de alzar la voz contra las fuerzas empresariales que usurpan el lenguaje religioso y moral para obtener réditos económicos y políticos.

Las universidades ya no preparan a sus alumnos para el pensamiento crítico, no les enseñan a analizar y criticar los sistemas de poder y los presupuestos culturales y políticos, ni a hacerse las grandes preguntas que sobre significado y moral antes solían plantear las humanidades. Esas instituciones se han convertido en escuelas profesionales, en criaderos de gestores de sistemas preparados para servir al Estado empresarial. Firmando un pacto faustiano con este, muchas de esas universidades han visto incrementarse las donaciones que reciben y los presupuestos de muchos de sus departamentos con miles de millones de dólares procedentes de empresas y del Gobierno. A los rectores universitarios, que reciben salarios ingentes, como si fueran directivos de grandes empresas, se les juzga únicamente por su capacidad para recaudar dinero. A cambio, esos centros universitarios, al igual que los medios de comunicación y las instituciones religiosas, no solo guardan silencio sobre el poder empresarial, sino que también tachan de «político» a todo aquel que dentro de sus confines cuestiona los desmanes empresariales y los excesos del capitalismo sin trabas.

Los sindicatos, organizaciones antes imbuidas de la doctrina de la lucha de clases y llenas de militantes que pretendían conseguir amplios derechos sociales y políticos para la clase obrera, se han transformado en domesticados portavoces que negocian con la clase capitalista. Antes se decía que los coches que salían de las plantas de Ford en Michigan los había fabricado la UAW [el sindicato de Trabajadores de Automoción Unidos]. Sin embargo, cuando existen centrales sindicales, no son más que, en todo caso, mecanismos de negociación. Ya se han abandonado las demandas sociales de los sindicatos de comienzos del siglo XX, que

concedieron a la clase obrera fines de semana libres, derecho de huelga, jornada laboral de ocho horas y Seguridad Social. Carentes de nuevas ideas, las universidades, sobre todo en los departamentos de Ciencia Política y Economía, repiten como loros la desacreditada ideología del capitalismo desregulado. Las artes, tan ansiosas de recibir el dinero y el patrocinio empresariales como las universidades, se niegan a afrontar las desigualdades sociales y económicas que padecen decenas de millones de ciudadanos. Como mercachifles, los artistas comerciales difunden el mismo relato mítico que propagan las grandes empresas, los gurús de la autoayuda, Oprah [Winfrey] y la derecha cristiana, según el cual si buceamos lo suficiente en nuestro interior, nos centramos en ser felices, encontramos nuestra fuerza interna o creemos en milagros, podremos tener todo lo que deseemos.

Ese pensamiento mágico, fundamental para la industria del entretenimiento, impide a los ciudadanos ver las estructuras empresariales que han imposibilitado a las familias salir de la pobreza o vivir con dignidad. Pero quizá el miembro más culpable de la clase liberal sea el Partido Demócrata.

Los demócratas vendieron deliberadamente a la clase obrera a cambio del dinero de las empresas. Bill Clinton, para quien los sindicatos solo podían estar con el Partido Demócrata, aprobó en 1994 el Acuerdo de Libre Comercio Norteamericano (NAFTA), que traicionó a esa clase. Después siguió destruyendo el Estado de bienestar y en 1999 acabó con los cortafuegos que había entre los bancos comerciales y de inversión para entregar el sistema bancario a los especuladores. Barack Obama, que recaudó más de 600 millones de dólares para presentarse a la carrera presidencial, sobre todo entre las grandes empresas, ha servido a los intereses empresariales tan diligentemente como su partido. Con él ha continuado el saqueo del Tesoro de EE UU por parte de las grandes empresas, se ha negado a ayudar a millones de estadounidenses que habían perdido sus casas en ejecuciones hipotecarias y tampoco se ha enfrentado al sufrimiento que padece nuestra clase de desempleados permanentes.

Las poblaciones soportarán la represión de los tiranos mientras estos gobernantes sigan ostentando y ejerciendo realmente el poder. Pero la historia de la humanidad ha demostrado que, cuando quienes ocupan el

poder se tornan superfluos e impotentes, aun insistiendo en conservar el ceremonial y los privilegios de ese poder, las poblaciones a las que someten acaban prescindiendo brutalmente de ellos. Esa es la suerte que espera a la clase liberal, que insiste en aferrarse a sus posiciones de privilegio, negándose al mismo tiempo a desempeñar su papel tradicional dentro del Estado democrático. La clase liberal se ha convertido en un apéndice inútil y despreciado del poder empresarial. Y mientras este contamina y envenena el ecosistema y nos lanza a un mundo en el que solo habrá señores y siervos, a la clase liberal, que no sirve de nada en ese nuevo orden, se la está abandonando y desechando. La muerte de la clase liberal conlleva que nada frena a la maquinaria empresarial concebida para enriquecer a una elite minúscula y saquear al país. El hecho de que la clase liberal sea ineficiente significa que no hay esperanza, por remota que sea, de enmienda o cambio de rumbo. Garantiza que la frustración y la cólera de las clases obrera y media se expresarán fuera del marco de las instituciones democráticas y de las reglas de urbanidad de la democracia liberal.

Al acabar con la clase liberal, el Estado empresarial, en su fanática búsqueda del beneficio, ha acabado con su socio más esencial e importante. En su momento, la clase liberal garantizaba que los ciudadanos descontentos llegaran a aceptar reformas moderadas. El Estado empresarial, al cancelar definitivamente los mecanismos de reforma, ha creado un sistema cerrado definido por la polarización, la parálisis y el teatro político. Ha prescindido de la pátina de virtud y bondad que proporcionaba la clase liberal. El derrumbe de otros Estados constitucionales, ya fuera en la Alemania de Weimar o en la antigua Yugoslavia, también vino precedido por la muerte de la clase liberal. La pérdida de esa clase crea un vacío de poder que llenan los especuladores, los que sacan tajada de la guerra, los gánsteres y los asesinos, con frecuencia dirigidos por demagogos carismáticos. Abre la puerta a movimientos totalitarios que cobran protagonismo ridiculizando y hostigando a la clase liberal y los valores de los que se dice paladín. Las promesas de esos movimientos totalitarios son fantasiosas e irrealizables, pero certeras sus críticas a la clase liberal.

A lo largo de la historia, los liberales también han desacreditado a los radicales que dentro de la sociedad estadounidense han desafiado al capitalismo empresarial utilizando el vocabulario de la lucha de clases. El

destino de la clase liberal es trágico. Ha sido aniquilada por el Estado empresarial al que apoyaba, en tanto que ella misma silenciaba deliberadamente a los pensadores e iconoclastas radicales que podrían haberla rescatado. Al negarse a cuestionar las promesas utópicas del capitalismo sin trabas y de la globalización, y condenar a quienes sí las cuestionaban, la clase liberal rompió con las raíces del pensamiento innovador y atrevido, con las únicas fuerzas que podrían haber evitado que se viera totalmente incorporada a la elite del poder. La han traicionado y se ha traicionado a sí misma.

La muerte de la clase liberal conlleva una nueva y aterradora configuración política. Permite al Estado empresarial demoler, sin impedimento alguno, los últimos vestigios de protección colocados por esa misma clase. Se denuesta a los miembros de los sindicatos de funcionarios —uno de los últimos refugios frente a la arremetida del Estado empresarial— por tener una «sanidad de lujo» y generosos planes de pensiones. Los sindicatos de profesores de California y Nueva Jersey se ven atacados por expertos del mundo de la empresa y políticos que los pintan como parásitos que se aprovechan del dinero del contribuyente. La creación de escuelas concertadas contribuirá a acelerar la extinción de esos sindicatos. A pesar de su supuesta protección sindical, los empleados públicos sufren crecientes y draconianas restricciones, que ponen de manifiesto el ataque definitivo que el Estado empresarial está lanzando contra los trabajadores sindicados. Por su parte, las centrales sindicales, ante el menguante número de trabajadores que todavía militan en ellas, facilitan la pérdida de poder y el empobrecimiento de los mismos. En abril de 2009, los profesores de la escuela concertada Renaissance, del barrio neoyorquino de Jackson Heights, vieron cómo los legisladores reducían su presupuesto anual en unos 600.000 dólares. Los representantes sindicales no solo fueron incapaces de detener la medida, sino que tampoco advirtieron a los profesores de que se iba a tomar. En diciembre de 2009, un contrato aprobado en el distrito escolar unificado de West Contra Costa, en Richmond (California), incrementó de manera expeditiva la cantidad de alumnos por clase, congeló los salarios de los docentes y redujo sus prestaciones sanitarias. Las cesiones fueron aceptadas por el sindicato de

Profesores Unidos de Richmond, aunque los docentes del distrito votaran mayoritariamente a favor de una huelga que esa central se negó a convocar.

La clase liberal no puede reformarse. En sus filas no alberga ni a rebeldes ni a iconoclastas con coraje moral o físico para desafiar al Estado empresarial y a la elite del poder. Las fuerzas empresariales que sustentan a los medios, los sindicatos, las universidades, las instituciones religiosas, las artes y al Partido Demócrata se ocuparon de quitar de en medio a cualquiera que cuestionara el corporativismo y el capitalismo sin trabas. En la década de 1980, a filósofos políticos como Sheldon Wolin, que criticaba el ascenso del Estado empresarial, ya no les publicaban artículos en cabeceras como *The New York Review of Books* o *The New York Times*. Sacerdotes radicales como el padre Daniel Berrigan se pasaron la última parte de su carrera hostigados por las autoridades eclesiásticas. A economistas como Michael Hudson, que criticó la burbuja financiera y el capitalismo de casino, les costaba encontrar trabajo en el mundo académico. Los que quedan en esas instituciones carecen de visión y de fortaleza para cuestionar las ideologías del libre mercado imperantes. Carecen de alternativas ideológicas, aunque el Partido Demócrata no deja de traicionar abiertamente todos los principios que la clase liberal dice defender: una atención sanitaria no basada en la rentabilidad, el fin de nuestra permanente economía de guerra, una educación pública de gran calidad y asequible, la recuperación de las libertades civiles, empleo y asistencia social para la clase obrera.

Desde la presidencia de Ronald Reagan, el Estado empresarial ha situado a la clase liberal en la senda que conduce a la muerte. Los liberales no se resistieron a que se fuera privando al país de su base manufacturera, ni al desmantelamiento de los organismos reguladores ni a la destrucción de los programas de asistencia social. Los liberales no denostaron a los especuladores —que en el siglo xvii habrían sido colgados— por haber secuestrado la economía. Se retiraron a instituciones atrofiadas. Se entregaron al activismo cosmético de la corrección política. En esa marcha hacia la muerte, la clase liberal acabó viéndose obligada a volverse del revés, tornándose en adalid de posiciones que antes condenaba. El hecho de que lo hiciera casi sin rechistar puso de manifiesto su bancarrota moral.

«En su día, la izquierda rechazaba el mercado por su carácter explotador», escribe Russell Jacoby. «Ahora venera su racionalidad y

humanitarismo. En su día la izquierda desdeñaba la cultura de masas por su carácter explotador; ahora la ensalza por considerarla rebelde. En su día la izquierda veneraba a los intelectuales independientes por su valentía; ahora los desprecia por su elitismo. Antes la izquierda rechazaba el pluralismo considerándolo superficial; ahora lo adora considerándolo profundo. No solo estamos asistiendo a una derrota de la izquierda, sino a su conversión y quizá a su inversión».[6]

El principal pecado de la clase liberal, durante todo el siglo XX y a comienzos de este siglo, ha sido su entusiasta complicidad con la elite del poder para silenciar, prohibir y poner en listas negras a los rebeldes, iconoclastas, comunistas, socialistas, anarquistas, sindicalistas radicales y pacifistas que en su día podrían haber dado a Ernest Logan Bell, y a otros miembros de la clase obrera, palabras e ideas con las que plantar batalla a los abusos del Estado empresarial. Las repetidas purgas «antirrojas» registradas en Estados Unidos en el siglo XX, durante y después de las dos guerras mundiales, y continuamente desde la década de 1950 hasta la caída del Muro de Berlín en 1989, se llevaron a cabo en nombre del anticomunismo, aunque en realidad resultaron golpes devastadores para los movimientos sociales populares. Los viejos comunistas del movimiento sindical estadounidense utilizaban el vocabulario de la lucha de clases. Entendían que el enemigo es Wall Street y también grandes empresas como BP. Ofrecían una amplia perspectiva social que permitía incluso a la izquierda no comunista servirse de un vocabulario que explicaba los destructivos impulsos del capitalismo. Sin embargo, cuando el Partido Comunista, y con él otros movimientos radicales, fue erradicado en tanto fuerza social y política en las décadas de 1940 y 1950; cuando la clase liberal hizo juramentos de lealtad impuestos por el Gobierno y colaboró en la caza de agentes comunistas fantasma, al país se le arrebató la capacidad para explicar la lucha contra el Estado empresarial. La clase liberal se tornó medrosa, tímida e ineficaz. Perdió su voz. Entró a formar parte de la propia estructura empresarial que debía desmantelar. Creó un vacío ideológico en la izquierda, y cedió a la extrema derecha el lenguaje de la rebelión.

En su día, los obreros consideraban que el capitalismo era un sistema que había que combatir. Pero el capitalismo ya no se cuestiona. A sus peces gordos, hombres como Warren Buffett, George Soros y Donald Trump, se

les trata como a sabios, celebridades y populistas. La clase liberal les sirve de corifeo. Esa desencaminada lealtad, que recalca el hecho de que los ecologistas se nieguen a vilipendiar a la Casa Blanca de Obama por la catástrofe registrada en el golfo de México, no tiene en cuenta que la brecha que divide Estados Unidos no es la que separa a los republicanos de los demócratas. Es la que hay entre el Estado empresarial y el ciudadano corriente. Es una brecha entre los capitalistas y los trabajadores. Y, a pesar de todos sus defectos, los comunistas así lo entendieron.

El miedo es un arma poderosa en manos de la elite del poder. El miedo al comunismo, como el miedo al terrorismo islámico, se utilizó para suspender libertades civiles, entre ellas la libertad de expresión, el *habeas corpus* y el derecho a organizarse: todos ellos valores que la clase liberal dice defender. En nombre del anticomunismo, la clase capitalista, aterrada por las numerosas huelgas que tuvieron lugar después de la Segunda Guerra Mundial, lanzó en 1947 una embestida y utilizó la Ley Taft-Hartley, que culminó con la neutralización del veto del presidente Harry Truman por parte del Congreso: el golpe legislativo más negativo que encajó la clase obrera antes del NAFTA. Fue el miedo lo que en 2001 permitió al Estado aprobar perentoriamente la Ley Patriótica, poner en marcha las entregas irregulares de presos y crear, fuera de nuestras fronteras, centros penales donde torturamos a detenidos privados de sus derechos. El miedo nos llevó a aceptar las interminables guerras en Oriente Medio y nos permitió asistir dócilmente al espectáculo de Wall Street mientras se agenciaba miles de millones de dólares del contribuyente. El apocamiento de la clase liberal la hace especialmente propensa a la manipulación.

Los órganos de propaganda masiva utilizados por la elite del poder para atemorizarnos se sirven del talento de artistas e intelectuales procedentes de la clase liberal. Los magnates desaprensivos del siglo XIX recurrieron a policías, alborotadores, milicias populares y matones para atizar a la oposición. En la actualidad, la labor de justificar el poder empresarial la realiza la elite universitaria, procedente de la clase liberal, que fabrica la propaganda masiva. El papel de dicha clase en la creación de esos refinados sistemas de manipulación hace que los liberales tengan intereses económicos en el dominio de las grandes empresas. De la clase liberal es de donde salen las melodías publicitarias, los anuncios, las marcas y el

entretenimiento de masas que nos mantienen atrapados en ilusiones culturales y políticas. Además, la complicidad de la clase liberal, cimentada en los salarios que sus integrantes reciben de las grandes empresas, ha minado la independencia intelectual y moral. Una de las grandes ironías del control empresarial es que el Estado que lo ejerce precisa de las capacidades de los intelectuales para mantenerse en el poder, aunque, en todo lo que escapa a esa función, se niega a permitir que los intelectuales piensen o actúen por su cuenta.

Como Irving Howe señaló en el ensayo de 1954: «Esta época de conformismo», la «idea de la vocación intelectual, la idea de una vida dedicada a unos valores imposibles de materializarse a través de una civilización comercial, ha ido perdiendo poco a poco atractivo. Y aquí radica, no en el abandono de un determinado programa, nuestra aplastante derrota».[7] Según escribió Howe, la fe en que el capitalismo es el motor incuestionable del progreso humano «la proclaman a bombo y platillo todos los medios de comunicación: la propaganda oficial, la publicidad institucional y los escritos académicos de quienes, hasta hace pocos años, eran sus principales adversarios».

«Quienes están realmente impotentes son esos intelectuales —los nuevos realistas— que se pegan a los puestos de poder, donde renuncian a su libertad de expresión sin obtener ninguna relevancia como figuras políticas», escribió Howe. «Porque para la historia de los intelectuales estadounidenses de las últimas décadas —y también para la relación entre “riqueza” e “intelecto”— es crucial que, siempre que son absorbidos por instituciones sociales reconocidas, no solo pierdan su rebeldía tradicional sino que, en mayor o menor medida, *dejen de funcionar como intelectuales*» [cursivas en el original].[8]

La esperanza llegará cuando se retome el vocabulario de la lucha de clases y la rebelión, un vocabulario que ha sido expurgado del léxico de la clase liberal. Esto no significa que tengamos que estar de acuerdo con Karl Marx, que defendía la violencia y cuya veneración del Estado en tanto mecanismo utópico condujo a otra forma de esclavitud de la clase obrera, sino que debemos aprender de nuevo a utilizar el vocabulario que él utilizaba. Tenemos que comprender, al igual que Marx y Adam Smith, que a las grandes empresas no les preocupa el bien común. Explotan, contaminan,

empobrecen, reprimen, matan y mienten para ganar dinero. Expulsan de sus casas a familias pobres, dejan morir a quienes carecen de seguro sanitario, libran guerras inútiles para obtener beneficios, envenenan y contaminan el ecosistema, recortan los programas de asistencia social, destripan la educación pública, destruyen la economía mundial, saquean el Tesoro estadounidense y aplastan a todos los movimientos populares que piden justicia para los hombres y las mujeres de la clase obrera. Veneran el dinero y el poder. Y, como bien sabía Marx, el capitalismo sin trabas es una fuerza revolucionaria que, al consumir cada vez más vidas humanas, acaba por consumirse a sí mismo. La zona muerta del golfo de México es la metáfora perfecta del Estado empresarial. Forma parte de la misma pesadilla que han sufrido los enclaves postindustriales, las viejas localidades fabriles de Nueva Inglaterra y las abandonadas acerías de Ohio. Es la pesadilla que viven cada día los iraquíes, los paquistaníes y los afganos mientras lloran a sus muertos.

A finales del siglo XIX, Fiódor Dostoievski veía en la inútil clase liberal de Rusia, a la que satirizaba y vilipendiaba, el presagio de un periodo sangriento y aterrador. En novelas como *Los demonios* escribió que la impotencia y la desconexión de esa clase, su incapacidad para defender los ideales que postulaba, conducían a una época de nihilismo moral. En *Apuntes del subsuelo* retrata a los yermos y derrotados soñadores de la clase liberal, que tienen elevados ideales aunque no hacen nada para defenderlos. El personaje principal de la obra lleva a sus últimas y lógicas consecuencias las desacreditadas ideas del liberalismo. Evita la pasión y los objetivos morales. Es racional. En nombre de los ideales liberales, satisface a una estructura de poder corrupta y moribunda. La hipocresía del hombre del subsuelo condena a la Rusia imperial del mismo modo que ahora condena al imperio estadounidense. Ejemplifica la fatal desconexión entre las creencias y la acción. El hombre del subsuelo escribe:

> No solo no he podido hacerme malo, sino que tampoco ninguna otra cosa: ni malo, ni bueno, ni canalla, ni honrado, ni héroe ni insecto. Ahora acabo mis días en un rincón, haciéndome rabiar con el maligno consuelo, completamente inútil, de que un hombre inteligente no puede en realidad convertirse en nada; solo el tonto lo consigue. Sí, un hombre inteligente del siglo XIX debe y moralmente está obligado

a ser, en lo fundamental, un individuo sin carácter. En cambio, un individuo dotado de carácter y activo es, en la mayoría de los casos, un ser limitado.[9]

---

2 Karl Polanyi, *The Great Transformation*, Boston, Beacon Press, 2001, p. 76 [ed. cast.: *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*, Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1989]

3 Entrevista a Ernest Logan Bell, Norwich (Nueva York), 30 de marzo de 2010.

4 John Gray, *Liberalism*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 2003, p. 86.

5 C. Wright Mills, *The Politics of Truth: Selected Writings of C. Wright Mills*, Nueva York, Oxford University Press, 2008, pp. 126-128.

6 Russell Jacoby, *The End of Utopia: Politics and Culture in an Age of Apathy*, Nueva York, Basic Books, 1999, pp. 10-11.

7 Irving Howe, «This Age of Conformity», en *The Partisan Review Anthology*, William Phillips y Philip Rahv (eds.) , Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1961, p. 148.

8 *Ibíd.*, pp. 148-149.

9 Fiódor Dostoievski, *Notes from the Underground*, Nueva York, Everyman, 1993, p. 7 [traducción castellana de Lydia Kúper de Velasco, *Apuntes del subsuelo*, Barcelona, Bruguera, 1980, pp. 9-10].

02

La guerra permanente

«Uno de los rasgos más ridículos de la historia humana es que todas las civilizaciones, cuando más pretenciosamente se expresan, cuando con más convicción conjugan los valores parciales y universales, proclamando la inmortalidad de su finita existencia, es precisamente en el momento en que ha comenzado la descomposición que conduce a su muerte.»

Reinhold Niebuhr
(*Más allá de la tragedia*) [10]

Desde el final de la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos ha dedicado una asombrosa cantidad de recursos y de dinero a batallar contra enemigos reales e imaginarios. Entregó los motores del poder estatal a un mastodóntico engranaje dedicado a la guerra y la seguridad. Esas batallas, que han creado una ilusión de guerra permanente propia del Estado orwelliano, han neutralizado cualquier oposición al poder empresarial y también las tibias reformas de la clase liberal. Durante la Guerra Fría, esta, temiendo ser tachada de blanda o de poco patriota, se unió de buen grado a la campaña lanzada por el Estado para aplastar a los movimientos populares y radicales en nombre de la seguridad nacional. La guerra permanente es el mecanismo más eficaz que utiliza la elite del poder para sofocar la reforma y amordazar a la disidencia. El estado de guerra exige un enorme secretismo, y una vigilancia y una sospecha constantes. Genera desconfianza y miedo, sobre todo en los ámbitos cultural y artístico, a los que con frecuencia reduce al silencio o a la palabrería nacionalista. Degrada y corrompe la educación y los medios de comunicación. Hace descarrilar la

economía. Anula a la opinión pública. Y obliga a las instituciones liberales a sacrificar sus principios en aras de una santa cruzada, una especie de sucedáneo de religión, ya sea contra los hunos, los bolcheviques, los fascistas, los comunistas o los terroristas islámicos. En un estado de guerra permanente, la clase liberal se torna impotente.

Dwight Macdonald previno contra la ideología de la guerra permanente en su ensayo de 1946 *The Root Is Man* [*La raíz es el hombre*]. No confiaba en que pudiera haber un contrapeso al Estado empresarial mientras se mantuviera ese estado de guerra permanente. Según escribió, la clase liberal, al igual que los cuadros marxistas a los que él había abandonado para unirse al anarquismo, se habían equivocado al depositar en el Estado las esperanzas del progreso humano. Era un enorme error. El Estado, en su día depositario de la esperanza de la clase liberal y de muchos progresistas, había devorado a sus hijos en Estados Unidos tanto como en la Unión Soviética. Y el elixir mágico, el potente opiáceo que convertía a la población en un ente pasivo y dispuesto a ser privado del poder, era el estado de guerra permanente.

A los teóricos que ampararon las reformas y movimientos sociales del siglo XIX y comienzos del xx, Marx entre ellos, se les escaparon los usos políticos de la ideología de la guerra perpetua. Los reformistas solo se fijaron en la lucha de clases interna y, como señaló Macdonald, nunca elaboraron «una teoría adecuada sobre la relevancia política de la guerra». Hasta que no se llene ese vacío, advirtió Macdonald, «el socialismo contemporáneo no dejará de tener un aire un tanto académico».[11]

El derrumbe del liberalismo, tanto en la Rusia imperial como en el Imperio austrohúngaro, la Alemania de Weimar, la antigua Yugoslavia o Estados Unidos, estuvo íntimamente ligado al ascenso de una cultura de guerra permanente. En esa cultura, la explotación y la violencia, ejercidas incluso contra los ciudadanos, están justificadas para proteger a la nación. El grito de guerra se expresa a través de múltiples lemas, lenguas e ideologías. Se puede manifestar mediante saludos fascistas, farsas judiciales comunistas, campañas de limpieza étnica o cruzadas cristianas. Todo es lo mismo. Es una burda y aterradora represión que, en nombre de la seguridad nacional, ejerce el Estado a través de la elite del poder y de los mediocres de la clase liberal que son sus servidores.

Fue la caída en la guerra permanente, no el islam, lo que a comienzos del siglo XX erradicó, en países del mundo musulmán como Egipto, Siria, el Líbano e Irán, a movimientos liberales y democráticos muy prometedores. La prolongación del mismo estado de guerra permanente acabó con las clases liberales en Israel y Estados Unidos. La guerra permanente, que hace que todos acaben utilizando la simplificada jerga del nacionalismo, es una enfermedad. Priva de derechos a los ciudadanos, reduce cualquier comunicación a la palabrería patriótica, da poder a quienes se benefician del Estado en nombre de la guerra y corroe y empequeñece el debate y las instituciones democráticos. «La guerra», observó Randolph Bourne, «es la salud del Estado».

El gasto militar de EE UU, que consume la mitad del gasto discrecional, ha tenido profundos costes sociales y políticos. Los puentes y los embalses se vienen abajo. Las escuelas se desmoronan. La producción fabril interna entra en decadencia. Billones de dólares de deuda ponen en peligro la viabilidad de la moneda y la economía. Se abandona a los pobres, a los que padecen enfermedades mentales o físicas y a los desempleados. El sufrimiento es el precio de la victoria, que nunca llega a definirse o a alcanzarse del todo.

Las grandes empresas que se benefician de la guerra permanente necesitan tenernos atemorizados. El miedo nos impide oponernos al gasto del Gobierno en un inflado sector militar y conlleva que no hagamos preguntas incómodas a quienes ejercen el poder. El miedo permite al Gobierno actuar en secreto y significa que estamos dispuestos a renunciar a nuestros derechos y libertades a cambio de promesas de seguridad. La imposición del miedo garantiza que las grandes empresas que han destrozado el país no se vean cuestionadas. El miedo nos mantiene cercados como si fuéramos reses.

Puede que Dick Cheney y George W. Bush sean a todas luces malvados, en tanto que Obama es débil, pero para quienes pretenden mantenernos en un estado de guerra permanente, esas diferencias no importan. Tienen lo que quieren. La clase liberal, como el hombre del subsuelo de Dostoievski, ya no puede influir en una sociedad en estado de guerra permanente y se refugia en enclaves en los que sus miembros pueden continuar adorándose a sí mismos. Los pasillos de las instituciones liberales están llenos de

hombres y mujeres del subsuelo, que denuestan el caos social del que son responsables, pero sin hacer nada al respecto. En su interior anidan la amargura y una creciente aversión al conjunto de la sociedad. Además, su propio fariseísmo, elitismo e hipocresía los hacen despreciables.

La institución eclesiástica, cuando habla, farfulla santurronamente sin llegar a pronunciarse. Aspira a preservar la idea que tiene de sí misma como voz moral, pero evitando enfrentarse realmente a la elite del poder. Habla un lenguaje plagado de tópicos morales. Es lo mismo que podemos apreciar en una carta escrita el 25 de marzo de 2003 por el arzobispo Edwin F. O'Brien, cabeza de la Archidiócesis para los Servicios Militares, en la que dice a sus sacerdotes que era moralmente admisible que los soldados católicos combatieran en la segunda guerra de Irak:

> Dada la complejidad de los factores implicados, que en muchos casos y comprensiblemente siguen siendo confidenciales, es totalmente lícito que los miembros de nuestras fuerzas armadas presuman la integridad de nuestros líderes y de sus juicios, y que, por tanto, cumplan con sus deberes militares sin sentirse culpables.

La Conferencia de Obispos Católicos de EE UU dijo a los fieles que el presidente iraquí Sadam Husein era una amenaza y que la gente razonable podía discrepar de la necesidad de recurrir a la fuerza para derrocarle. Garantizó a todos los que apoyaban la guerra que Dios no pondría objeciones. B'nai B'rith[12] apoyó una resolución del Congreso que autorizaba el ataque de 2003 contra Irak. La Unión de Congregaciones Hebreas de Estados Unidos, que representa al judaísmo reformista, acordó respaldar una acción unilateral siempre que el Congreso la avalara y el presidente buscara el apoyo de otros países. Amparándose en un recurso muy trillado, y utilizando una retórica maniquea, el Consejo Nacional de Iglesias, que representa a treinta y seis agrupaciones religiosas, instó al presidente George W. Bush a «hacer todo lo posible» por evitar la guerra con Irak y a dejar de «demonizar a adversarios o enemigos», pero, al igual que las demás instituciones religiosas liberales, no la condenó.

Según una encuesta de 2006, «cuanto más acude un estadounidense a la iglesia, menos probable es que diga que la guerra fue un error». Es algo asombroso si tenemos en cuenta que Jesús era pacifista y que todos los que

nos licenciamos en seminarios estudiamos la doctrina de la guerra justa, flagrantemente vulnerada por la invasión de Irak.

Lo que atrae de la derecha y de los belicistas es que parecen contar con el coraje de sus convicciones. Cuando alguien como Sarah Palin muestra un mapa con puntos de mira colocados sobre los distritos demócratas y utiliza un lema como «¡No retrocedas, más bien RECARGA!», tiene entre el público a gente desesperada que está limpiando su arma. Cuando en los púlpitos de iglesias enormes se alzan cristianos fascistas diciendo que Obama es el anticristo, hay creyentes que los escuchan. Cuando durante el debate celebrado en la Cámara de Representantes en 2010 sobre la ley de reforma sanitaria el legislador republicano Randy Neugebauer grita «¡Asesino de niños!» al demócrata de Michigan Bart Stupak, hay extremistas violentos que asienten, pues consideran que salvar a los nonatos es un deber sagrado. Esos fanáticos ya no tienen mucho que perder. Ya nos hemos asegurado de eso. Y la violencia que ejercen responde a la violencia económica e institucional que sufren.

Con todo, esos movimientos no son todavía verdaderamente fascistas. No defienden abiertamente ni el exterminio de grupos étnicos o religiosos ni la violencia. Pero, como me dijo Fritz Stern, experto en fascismo y refugiado de la Alemania nazi, «en Alemania se anhelaba el fascismo antes de que se inventara». Es el anhelo que ahora observamos, y es peligroso. Stern, que aprecia semejanzas entre el deterioro del sistema político estadounidense y la caída de la Alemania de Weimar, previno contra «un proceso histórico en el que el resentimiento frente a un mundo desencantado y secular se liberaba a través del exultante escapismo de la irracionalidad». Las sociedades que no readmiten en su economía a los desempleados y a los pobres, dándoles trabajo y aliviando su agobiante endeudamiento, se tornan víctimas de la histérica y masiva búsqueda de una exultante liberación por medio de la irracionalidad. El racismo y la violencia incipientes que están brotando en los márgenes de la sociedad estadounidense se podrían convertir en una verdadera conflagración. Masas traicionadas rechazarán, tanto como a la propia clase liberal, las intentonas de creación, por parte de esa misma clase, de una sociedad más cívica que respete la diferencia.

«Es muy probable que los logros alcanzados en los últimos cuarenta años por los americanos negros y oscuros, y por los homosexuales, se borren del mapa», advirtió en su libro *Forjar nuestro país*, el filósofo Richard Rorty.

> Volverá a estar de moda el jocoso desprecio a las mujeres. En el trabajo volverán a escucharse las palabras *nigger* y *kike*.[13] Todo el sadismo que la izquierda universitaria ha intentado hacer inaceptable para sus alumnos regresará como un torrente. Encontrará un canal de expresión todo el resentimiento que los estadounidenses con poca formación sienten porque sean los licenciados universitarios quienes les digan cómo deben comportarse.[14]

El odio al islam radical se transformará en odio a los musulmanes. El odio a los trabajadores sin papeles en estados como Arizona se convertirá en odio a los mexicanos y centroamericanos. El que un movimiento de masas mayormente blanco siente hacia aquellos que no considera patriotas estadounidenses se tornará en odio a los afroamericanos. El odio a los liberales se transformará en odio a todas las instituciones democráticas, desde las universidades a los organismos gubernamentales, pasando por las instituciones culturales y los medios de comunicación. En medio de su impotencia y cobardía constantes, los propios miembros de la clase liberal se verán barridos.

La clase liberal se negó a resistirse a una degeneración del sistema democrático estadounidense que acabó conduciéndolo a lo que Sheldon Wolin califica de totalitarismo inverso. Según él, este representa «la mayoría de edad política del poder empresarial y la desmovilización política de la ciudadanía». El totalitarismo inverso, distinto a las formas clásicas de totalitarismo, que giran en torno a un líder demagógico o carismático, se expresa en el anonimato del Estado empresarial. Al contrario que los movimientos totalitarios clásicos, las fuerzas empresariales que sustentan este tipo de totalitarismo no sustituyen las estructuras decrépitas por otras de tipo revolucionario. No importan ni símbolos ni iconografías novedosos. No ofrecen una alternativa radical. En el totalitarismo inverso, el poder empresarial dice respetar las elecciones, la libertad y la Constitución. Pero esas fuerzas empresariales corrompen y manipulan el poder hasta el punto de imposibilitar la democracia.

El totalitarismo inverso no se conceptualiza como ideología ni se encarna en políticas públicas. Lo impulsan, según Wolin, «personas que ostentan el poder y ciudadanos que con frecuencia parecen ajenos a las repercusiones más profundas de sus acciones o inacciones». Pero es tan peligroso como las manifestaciones de totalitarismo clásico. En un totalitarismo inverso, al contrario que en un sistema fascista o comunista, no es necesario reescribir la Constitución. Basta con explotar el poder legítimo mediante interpretaciones judiciales o legislativas. Esta explotación garantiza que los tribunales, ocupados por jueces seleccionados y ratificados por partidarios de la cultura empresarial, dictaminen que las enormes aportaciones que las empresas hacen a las campañas sean consideradas manifestaciones de la libertad de expresión amparadas por la Primera Enmienda. Garantiza que grupos de presión que cuentan con los enormes recursos económicos y organizativos de las grandes empresas se consideren una manifestación del derecho que tiene el pueblo a elevar peticiones al Gobierno. Según los fallos del Tribunal Supremo de EE UU, crecientemente conservador, el Estado trata cada vez más a las grandes empresas como si fueran personas, salvo en aquellos casos en los que las «personas» aceptan un «acuerdo». Según este retorcido razonamiento judicial, los miembros de las grandes empresas que delinquen evitan la cárcel abonando al Gobierno abultadas sumas sin «admitir ninguna mala acción». Eso se llama corrupción.

En Washington, las grandes empresas cuentan con treinta y cinco mil personas en grupos de presión, y con miles más en las capitales de los estados, que distribuyen dinero para moldear las leyes y redactarlas. Utilizan sus comités de acción política para pedir a empleados y accionistas donaciones con las que financiar a candidatos maleables. El sector financiero, por ejemplo, gastó en la última década más de 5.000 millones de dólares en campañas políticas, en hacer proselitismo y en ejercer presión, lo cual condujo a una generalizada desregulación, a la extorsión de los consumidores, a la crisis financiera global y al consiguiente saqueo del Tesoro de Estados Unidos. La asociación de Investigadores y Fabricantes de Medicamentos de Estados Unidos se gastó 26 millones de dólares en 2009, y farmacéuticas como Pfizer, Amgen y Eli Lilly invirtieron decenas de millones más para comprar a los dos partidos. La llamada reforma sanitaria

obligará a los ciudadanos a adquirir un producto depredador y defectuoso, en tanto que los contribuyentes proporcionarán a empresas relacionadas con la sanidad cientos de miles de millones de dólares en subvenciones. El sector petrolífero y gasista, el del carbón, los contratistas militares y las empresas de telecomunicaciones han obstaculizado la senda que conduce a la energía sostenible, orquestando una erosión constante del control regulador y de las libertades civiles. Los políticos, que defienden los intereses de las empresas, dicen preocuparse de candentes problemas políticos y económicos. La clase liberal sirve para mantener la ficción de que el Estado democrático está vivo. La Constitución, según escribe Wolin, ha sido «reclutada para ejercer de aprendiz del poder, no para ser su conciencia».

En puridad, ya no queda ninguna institución nacional que pueda considerarse democrática. Los ciudadanos, más que participar verdaderamente en el poder, y dentro de lo que Charlotte Twight denomina «fascismo participativo», solo tienen opiniones virtuales. Únicamente pueden pronunciarse sobre cuestiones irrelevantes, votar en *American Idol* [equivalente a *Operación Triunfo*] o en encuestas realizadas por la elite del poder. Es un tipo de decisión pública tan hueco como el que tenían los ciudadanos de Roma, que, privados de poder político, decidían si se perdonaba o mataba a un gladiador en el anfiteatro.

«El totalitarismo inverso invierte las cosas», señala Wolin.

> Es una política intemporal, pero una política en gran medida no mitigada por lo político. A veces salen a la luz las trifulcas entre partidos, y las facciones de cada uno de ellos, los grupos de interés, los distintos poderes empresariales, y las empresas mediáticas rivales no dejan de tener disensiones políticas. Por supuesto, existe además el momento culminante de las elecciones generales, en el que se precisa la atención de la nación para elegir más entre personalidades que entre alternativas. Lo que falta es el elemento político, el compromiso de encontrar dónde reside el bien común en medio de una plétora de intereses bien financiados, enormemente organizados y muy decididos, que buscan rabiosamente los favores del Estado, anegando las prácticas del Gobierno representativo y de la administración pública en un mar de dinero.

Tal como pone de relieve mi libro *Empire of Illusion* [*El imperio de la ilusión*], Hollywood, el sector mediático y la televisión —todos ellos controlados por las grandes empresas— se han convertido en instrumentos del totalitarismo inverso. Saturan las ondas con polémicas manufacturadas, ya sean el escándalo sexual de Tiger Woods o la pelea entre Jay Leno y Conan O'Brien, presentadores de programas de entrevistas nocturnos de la NBC, o la aventura extramatrimonial de John Edwards. Confundimos el conocimiento con las respuestas envasadas que damos a esos intrascendentes fiascos. Además, el férreo control que ejercen dentro del país el Departamento de Seguridad Interna de EE UU, el ejército y la policía, unido a la censura que, intencionada o no, aplican los grandes medios de comunicación, sirven al totalitarismo inverso como los matones y el incendio de libros prohibidos servían a los antiguos regímenes totalitarios.

Liberales, socialistas, sindicalistas, periodistas independientes e intelectuales, que en muchos casos fueron en su día voces importantes de nuestra sociedad, han sido vedados o amordazados por el control empresarial a través de las universidades, el mundo de la cultura, los medios y el Gobierno. «El hecho de que el sesgo que hoy muestran los medios de comunicación se dirija sin cesar contra los triturados vestigios del liberalismo parece una repetición de la experiencia histórica», escribe Wolin.

> Recordemos que un elemento común a gran parte del totalitarismo del siglo XX, ya fuera fascista o comunista, era la aversión a la izquierda. En Estados Unidos se da por hecho que la izquierda solo se compone de liberales, a veces del «ala izquierda del Partido Demócrata», nunca de demócratas.

La uniformidad de la opinión modelada por los medios de comunicación se ve reforzada mediante emociones masivas como el nacionalismo y el patriotismo que, diestramente orquestadas, pintan a todos los disidentes como «blandos» y «antipatriotas». El ciudadano «patriota», acuciado por el miedo a perder el trabajo y los posibles atentados terroristas, no deja de apoyar tanto la instalación generalizada de sistemas de vigilancia como al Estado militarizado, cuyo gasto anual de más de un billón de dólares en defensa no se cuestiona. El ejército y las agencias de información están por

encima del Gobierno, como si de alguna manera no formaran parte de la Administración. En realidad, los instrumentos de control más poderosos no están bajo supervisión pública. A nosotros, en tanto que ciudadanos imperiales, se nos enseña a despreciar la burocracia gubernamental, pero en los aeropuertos nos comportamos como corderos ante los agentes de Seguridad Interna y nos quedamos mudos cuando el Congreso permite el seguimiento y almacenamiento de nuestra correspondencia y nuestras conversaciones privadas. Nunca en la historia de EE UU soportamos un mayor control estatal.

Sin embargo, el lenguaje cívico, patriótico y político que utilizamos para describirnos sigue siendo el mismo. Continuamos rindiendo vasallaje a los mismos símbolos nacionales y a la misma iconografía. El país sigue encontrando su identidad colectiva en los mismos mitos. Seguimos divinizando a los fundadores de la patria. Pero los Estados Unidos a los que rendimos homenaje son una ilusión. Ya no existen.

La clase liberal ha instigado y secundado este declive. Los liberales, que dicen apoyar a la clase obrera, votan por candidatos que defienden con desparpajo el NAFTA y una mayor globalización. Los liberales, que dicen querer poner fin a las guerras de Irak y Afganistán, continúan respaldando a un partido que financia y extiende esas guerras. Los liberales, que se dicen paladines de las libertades civiles fundamentales, no cuestionan a los políticos que se las arrebatan.

Obama miente con tanta cobardía y quizá con igual crueldad que George W. Bush. Prometió que la inyección de 12,8 billones de dólares en dinero del contribuyente que proporcionó a Wall Street abriría los canales de crédito y préstamo para el consumidor medio después de la crisis financiera. No fue así. La Corporación Federal de Seguros de Depósito (FDIC) admitió que los bancos habían reducido el número de préstamos hasta el índice más bajo desde 1942. Cuando era senador, Obama prometió obstaculizar la Ley de Vigilancia sobre la Información Exterior (FISA), que de forma retroactiva legalizó las escuchas y el seguimiento de millones de ciudadanos estadounidenses sin mandato judicial; sin embargo, acabó apoyando su aprobación. Nos dijo que retiraría de Irak las tropas de EE UU, que cerraría el centro de detención de Guantánamo, que pondría fin a la tortura, que recuperaría derechos civiles como el *habeas corpus*, que

aprobaría una ley de asistencia sanitaria con una sólida opción pública y que crearía nuevos empleos. Se han retirado algunas tropas de Irak, con lentitud y no de forma sistemática, pero, aparte de ese proceso, escaso y tardío, no ha cumplido prácticamente ninguna de sus promesas.

Nos hizo tragar una reforma sanitaria que conllevará copagos, deducciones y primas cada vez más cuantiosos, dejando a la mayoría de los enfermos graves en la bancarrota e incapaces de permitirse asistencia sanitaria. Después de prometer una reforma medioambiental sensata, en 2009 Obama no hizo nada para impedir el fracaso de la Conferencia del Clima de Copenhague, una decisión que quizá acabara con la última oportunidad de salvar el planeta de las catastróficas consecuencias del cambio climático. Potencia el brutal régimen de apartheid israelí. Ha extendido la guerra en Afganistán y Pakistán, donde cientos de civiles, entre ellos familias enteras, han sido masacrados por sofisticados armamentos como los drones y el misil AGM-144 Hellfire, que extrae el aire de los pulmones de sus víctimas. Está llevando la guerra y la muerte a Yemen, Somalia y, quizá pronto, Irán. Obama forma parte de la escenificación política que, más que auténtico poder, ofrece percepciones del mismo.

Entre la clase liberal, las guerras y ocupaciones ilegales, la más grande transferencia de riqueza hacia los más ricos de la historia de EE UU, una desregulación que ha conducido al desastre medioambiental del golfo de México y la flagrante arremetida contra las libertades civiles —iniciada en la época de George W. Bush— solo suscitan un parpadeo de protesta. Al contrario que la derecha, los liberales están emocionalmente incapacitados. Parece que no sienten. No reconocen el legítimo enfado de quienes se han visto desposeídos. Más bien se limitan a pronunciar discursos vacíos sobre políticas y análisis. Los manifestantes del Tea Party, los miopes partidarios de Sarah Palin, los veteranos que se apuntan a Oath Keepers y los múltiples grupos de patriotas armados han incorporado a sus filas a numerosos trabajadores desposeídos, libertarios furiosos, miembros de la John Birch Society[15] y muchos otros que hasta ahora no habían tenido compromiso político.

La nota de tres mil palabras que dejó el suicida Joe Stack antes de incrustar su avioneta Piper Dakota en una oficina del IRS [Servicio de Impuestos Internos] de Austin (Texas), el 18 de febrero de 2010, y acabar

con la vida de un trabajador del organismo, hiriendo a otros trece, dos de ellos graves, expresaba la frustración que sienten decenas de millones de trabajadores ante la traición de las grandes empresas globales y ante una clase liberal que los ha abandonado.[16]

En su nota, Stack recordaba que, a los dieciocho o diecinueve años, cuando era estudiante en Harrisburg (Pensilvania), vivía en un apartamento contiguo al de una anciana viuda. La mujer había estado casada con un trabajador del acero, que, según escribía Stack, «había trabajado toda la vida en las acerías del centro de Pensilvania, donde las grandes empresas y el sindicato le prometieron que por sus treinta años de servicio podría contar con una pensión y atención sanitaria al jubilarse». Pero el trabajador no sacó nada, «porque la incompetente directiva de la acería y el corrupto sindicato (por no hablar del Gobierno) asaltaron sus fondos de pensiones y le robaron su jubilación». La viuda sobrevivía gracias a la Seguridad Social.

«Si vuelvo la vista atrás, compruebo que la situación era ridícula, porque durante meses viví a base de mantequilla de cacahuete y pan (o galletitas Ritz cuando podía darme un lujo)», escribía.

> Cuando conocí a esa pobre mujer y escuché su historia, me sentí peor por sus penurias que por las mías (después de todo, yo pensaba que tenía la vida por delante). En cierto momento me quedé verdaderamente consternado, cuando intercambiamos historias y nos compadecimos mutuamente de nuestra situación. Ella, con su tono de abuela, intentó convencerme de que sería «más sano» comer comida para gatos (como hacía ella) que alimentarme fundamentalmente de mantequilla de cacahuete y pan. Hasta ahí no pude llegar, pero la impresión caló. Llegué a la conclusión de que no podía confiar en que las grandes empresas cuidaran de mí y asumiría la responsabilidad de enfrentarme a mi propio futuro y a mí mismo.

La vida de Stack, como la de Ernest Logan Bell, no tardó en dejar claro que el Gobierno empresarial solo responde a sus propios intereses, a costa de los de los ciudadanos. Y que la clase liberal y sus instituciones, entre ellas los sindicatos, los medios de comunicación y el Partido Demócrata, no iban a defenderlos.

«¿Cómo puede ser que un puñado de maleantes y saqueadores pueda cometer atrocidades indecibles (y en el caso de los directivos de GM durante décadas) y que cuando por fin sus propias glotonería y estupidez acaban con su chollo, toda la maquinaria del Gobierno federal se ponga en marcha para rescatarlos en cuestión de días, cuando no de horas?», se preguntaba Stack.

> Sin embargo, al mismo tiempo, ese desastre que denominamos sistema sanitario americano, que incluye a las farmacéuticas y aseguradoras, está asesinando a miles de personas al año y robando a los cadáveres y a las víctimas que deja lisiadas, y los dirigentes del país no lo consideran tan importante como rescatar a unos pocos de sus repugnantes y ricos compinches. Con todo, los «representantes» políticos (sería más preciso hablar de ladrones, mentirosos y cerdos interesados) tienen todo el tiempo del mundo para, año tras año, no dejar de haraganear y debatir sobre el «terrible problema sanitario». Está claro que no creerán que hay una crisis hasta que los muertos no impidan que sus beneficios sigan creciendo sin parar. ¿Y la justicia? ¡No me hagas reír!

«¿Cómo puede un individuo racional explicarse que nuestro sistema impositivo, y en realidad también el legal, encaje gastos tan faraónicos?», se preguntaba en la nota.

> Tenemos un sistema que es, con mucho, demasiado complicado como para que lo entienda el más dotado de los grandes expertos. Sin embargo, no muestra piedad al «pedir cuentas» a sus víctimas, afirmando que son responsables de plegarse totalmente a unas leyes que ni siquiera los expertos comprenden. La ley «precisa» que al pie de una declaración de la renta haya una firma, pero en realidad nadie puede decir que esté entendiendo lo que firma; si eso no es «coacción» [entonces] ¿qué es? Si esto no da la medida del régimen totalitario, nada la dará.

Esta carta constituye una coherente y lúcida expresión de ideas y preocupaciones, muchas de ellas legítimas, que comparten millones de ciudadanos cuerdos y agobiados. Todos se sienten traicionados, y con razón, por el Gobierno y por la clase liberal.

Los trabajadores estadounidenses no son los únicos traicionados por la nueva economía global. Tampoco los únicos furiosos, como dejan patente las huelgas y manifestaciones registradas en países como Grecia y China. El estudio de la socióloga Ching Kwan Lee sobre la conflictividad laboral china, *Against the Law: Labor Protests in China Rustbelt and Sunbelt* [*Contra la ley: conflictos laborales en los cinturones postindustrial y meridional de China*] demuestra que la amargura y la sensación de haber sido traicionados de los trabajadores de esas regiones son muy similares a las de Stack.

Lee escribe sobre obreros de la provincia nororiental china de Liaoning, que, al igual que los del cinturón postindustrial de estados como el de Ohio, han sido abandonados por su Gobierno, que ahora se centra en el sureste. «El declive [de Liaoning] la ha convertido en una tierra baldía caracterizada por la bancarrota y en un vivero de protestas de clase obrera protagonizadas por sus muchos desempleados y jubilados. El impago de pensiones y salarios, de las subvenciones para gastos sanitarios y el insuficiente consumo colectivo son las principales razones del descontento que desata la conflictividad laboral en Liaoning».[17]

En la provincia meridional de Cantón, el sector exportador de China está en pleno apogeo. En el 2000 la provincia generó el 42% de las exportaciones chinas; de ese porcentaje, el 92% procedía de ocho ciudades del delta del río de las Perlas. La zona atrae a muchos de los entre ochenta y cien millones de trabajadores emigrantes de China. Pero aquí Lee descubrió «fábricas satánicas» que funcionan «a un ritmo tan frenético que a diario ponen a prueba la resistencia y la fuerza física de los trabajadores»,[18] que, hasta que reciben la paga de fin de mes, pueden llegar a realizar, sin un día de descanso, jornadas de entre catorce y dieciséis horas. En esas fábricas es «normal» trabajar cuatrocientas horas o más al mes, sobre todo en el sector textil. Las condiciones laborales vulneran abiertamente la legislación laboral, que contempla semanas de cuarenta horas y un máximo de treinta y seis horas extra al mes, así como un día de descanso semanal. Pero en China las leyes laborales no suelen cumplirse. Lee descubrió que la mayoría de los trabajadores soporta el impago de sus salarios, deducciones indebidas y escalas salariales inferiores a las legales. Con frecuencia son objeto de malos tratos en el centro de trabajo y no reciben indemnización si sufren

daños en él. Todos los años la explotación causa alrededor de doce muertes solo en la ciudad de Shenzhen. En palabras de Lee, las condiciones de trabajo «van más allá de los conceptos marxistas de explotación y alienación».[19] Según una encuesta publicada en 2003 por la Agencia Oficial de Noticias china, citada en el libro de Lee, tres de cada cuatro trabajadores emigrantes tenían problemas para cobrar el sueldo. Todos los años, según escribe esta autora, decenas de trabajadores amenazan con suicidarse saltando de rascacielos o prendiéndose fuego por no cobrar. «Si recibir una paga a cambio del propio trabajo es un rasgo fundamental de las relaciones laborales capitalistas, en sentido estricto, los trabajadores chinos todavía no son ni siquiera peones», escribe Lee.[20]

Según esta autora, en China los trabajadores se sienten profundamente traicionados por un Estado que defendía el colectivismo maoísta, no los principios de la democracia liberal. Pero la sensación de haber sido traicionados que cunde entre los trabajadores chinos y estadounidenses y sus manifestaciones de furia y amargura son muy similares. A los de China los han utilizado y desechado, un destino bastante parecido al de los obreros de centros industriales globales de sitios tan dispares como Michigan, la India, Vietnam o Corea del Sur. Según los cálculos de Lee, en China hay unos treinta millones de «trabajadores excedentarios» que, a pesar de tener un empleo, oficialmente no trabajan.[21] Lee se encontró ante muchos trabajadores que «rompían a llorar durante nuestra conversación, en tanto que otros apenas podían contener la indignación y la cólera». Señaló que «en las comunidades locales imperaba la sensación de estar siendo víctima de una injusticia».[22] Para Lee, sobre China se cierne una crisis que reflejará la estadounidense y la de otras partes del mundo en las que se ha permitido a las grandes empresas explotar sin piedad a los trabajadores y trasladarse a otros lugares cuando los sueldos comienzan a subir o cuando los empleados se organizan. La cólera que en Joe Stack desataban los abusos que las empresas cometían con la clase obrera retumba, según Lee, en todo el mundo y en multitud de lenguas.

La misma desesperación se ha sufrido en la India, China y otras economías emergentes. Se calcula que entre 1997 y 2007 en la India se suicidaron 182.936 agricultores. De esos suicidios, casi dos tercios se han producido en cinco de los veintiocho estados indios. Según ha escrito el

periodista indio Palagummi Sainath, los que se quitaron la vida eran sobre todo agricultores que se habían endeudado rápidamente.[23] Según descubrió Sainath, en los hogares campesinos indios el nivel de endeudamiento se duplicó durante la primera década de «reformas económicas» neoliberales, pasando del 26% de los hogares campesinos al 48,6%. Mayormente, los agricultores que se quitaron la vida tenían cultivos destinados a la exportación como algodón, café, caña de azúcar, cacahuete, pimienta y vainilla. El paso de la agricultura de subsistencia a la comercial, inducida por las grandes empresas, ha acabado por elevar los costes de producción y los de los préstamos, generando endeudamientos insostenibles y dejando a los campesinos a merced de los mercados globales de materias primas. Los precios de las semillas, controlados por grandes empresas agrícolas como Monsanto, se dispararon. Y, al final, los agricultores no han podido hacerles frente. Muchos abandonaron sin más sus tierras.[24]

«En estos tiempos se habla acaloradamente del gran traspaso de poder global, especulando sobre si China o la India podrá sustituir a EE UU como potencia mundial dominante o cuándo lo hará, algo que, si ocurriera, podría suponer el retorno del sistema mundial a una situación similar a la anterior a las conquistas europeas», apuntó Noam Chomsky ante el Foro de Izquierdas celebrado en la Universidad Pace, en Nueva York:

> Y, de hecho, el reciente incremento de su PIB ha sido espectacular. Pero, desde luego, eso no es todo. De manera que, si echamos un vistazo al índice de desarrollo humano de la ONU, medida fundamental de la salud de una sociedad, resulta que la India sigue estando muy cerca de los últimos. Ahora ocupa el puesto 134, ligeramente por encima de Camboya y por debajo de Laos y Tayikistán. En realidad, después de iniciarse las reformas ha empeorado. China aparece en el puesto noventa y dos, un poco por encima de Jordania y por debajo de la República Dominicana e Irán. Frente a ellos, Cuba, que durante cincuenta años ha sufrido el inclemente ataque de EE UU, figura en el puesto cincuenta y dos. Es el país centroamericano y caribeño mejor situado, y su situación solo es un poco peor que la de las sociedades más ricas de Sudamérica. La India y China también sufren una desigualdad enormemente acusada, así que, de sus habitantes, más de mil millones aparecen en una

> posición muy inferior de la escala. Además, para realizar un recuento más preciso habría que abandonar las medidas convencionales e incluir repercusiones graves que ni China ni la India podrán ignorar durante mucho más tiempo: entre otras muchas, las ecológicas y las relativas al agotamiento de los recursos.[25]

Según Chomsky, las especulaciones que se hacen en los titulares de prensa sobre el desplazamiento del poder global

> […] prescinden de un factor clave que todos conocemos: los países apartados de la distribución interna de poder no son los auténticos actores de las relaciones internacionales. Sobre esa evidencia llamó la atención el incorregible radical Adam Smith, que reconoció que en Inglaterra los principales artífices del poder eran los propietarios de la sociedad —en su época, los mercaderes y los industriales—, que se aseguraban de que las políticas respondieran escrupulosamente a sus intereses, aunque tuvieran consecuencias gravosas para el pueblo de Inglaterra y, por supuesto, y esto es mucho peor, para las víctimas de lo que él denominaba «salvaje injusticia de los europeos» en ultramar. Los crímenes de los británicos en la India eran la principal preocupación de un conservador chapado a la antigua con principios morales.

Chomsky declaró que se está produciendo verdaderamente un desplazamiento del poder, «aunque no el que suscita más atención»:

> El desplazamiento va desde la mano de obra del mundo al capital transnacional y se ha disparado durante los años de neoliberalismo. Las consecuencias son considerables, entre ellas los Joe Stack de EE UU, los campesinos hambrientos de la India y millones de manifestantes obreros en China, donde la parte de la renta correspondiente a la mano de obra se está reduciendo todavía con más rapidez que en gran parte del mundo.

Chomsky es uno de los pocos intelectuales que cuestiona la estructura y la injusticia del capitalismo empresarial y de nuestro estado de guerra permanente. Este intelectual, quizá el más importante de EE UU, se ve enormemente vilipendiado por la clase liberal. Durante décadas, su enorme

corpus bibliográfico, que incluye casi cien libros, ha desinflado y denunciado las mentiras de la elite del poder, los mitos que impone y la complicidad de la clase liberal. Todo eso lo ha hecho Chomsky a pesar de estar prácticamente proscrito por los medios de comunicación comerciales y de haberse convertido en paria dentro del mundo académico. Conjuga la autonomía moral con una rigurosa práctica académica, una notable atención al detalle y una punzante capacidad intelectual. Rechaza de plano nuestro sistema bipartidista, que considera un espejismo orquestado por el Estado empresarial, denuesta a la clase liberal por considerarla servil y cree que las sandeces de los medios de comunicación comerciales son otra forma de «lavado de cerebro». Y en su calidad de crítico más clarividente, en nuestro país, del capitalismo desregulado, la globalización y el veneno del imperio, entra en sus ochenta y un años advirtiéndonos de que nos queda poco tiempo para salvar nuestra anémica democracia y nuestro ecosistema.

La situación «es muy parecida a la de finales de la Alemania de Weimar», me dijo Chomsky cuando hablé con él.[26] «Los paralelismos son asombrosos. El sistema parlamentario también suscitaba una tremenda desilusión. Lo más sorprendente de Weimar no fue que los nazis lograran acabar con los socialdemócratas y los comunistas, sino que los partidos tradicionales, el conservador y el liberal, fueran odiados y que desaparecieran. Eso dejó un vacío que los nazis, con mucha habilidad e inteligencia, aprovecharon para tomar el poder».

Chomsky continuó diciendo:

> Estados Unidos tiene mucha suerte de que no haya surgido ninguna figura honrada y carismática. Todas las figuras carismáticas son unos sinvergüenzas tan evidentes que se autodestruyen, como [Joseph] McCarthy o [Richard] Nixon, o los predicadores evangelistas. Si apareciera alguien carismático y honrado, este país se vería en un grave problema, por la frustración, la desilusión, el justificado enfado y la ausencia de respuestas coherentes. ¿Qué va a pensar la gente si alguien dice: «Yo tengo la respuesta, tenemos un enemigo»? Allí eran los judíos. Aquí serán los inmigrantes ilegales y los negros. Nos dirán que los varones blancos son una minoría perseguida. Nos dirán que tenemos que defendernos y defender el honor de la nación. Se ensalzará la fuerza militar. Habrá palizas. Esa fuerza podría

> convertirse en algo abrumador. Y si algo así ocurriera sería más peligroso que en Alemania. Estados Unidos es la potencia mundial. Alemania era poderosa pero tenía otros adversarios más poderosos. No creo que estemos muy lejos de todo eso. Si las encuestas tienen razón, no serán los republicanos sino los republicanos de derechas, los republicanos locos, los que se lleven de calle las elecciones [de noviembre de 2010].

«Nunca he visto algo así en la vida», añadió Chomsky.

> Tengo edad suficiente para recordar la década de 1930. Toda mi familia estaba en paro. Las condiciones eran mucho más desesperadas que las actuales. Pero había esperanza. La gente tenía esperanza. Se estaba organizando el CIO [Congreso de Organizaciones Sindicales]. Ya nadie quiere decirlo, pero el Partido Comunista era la punta de lanza de las organizaciones sindicales y de la defensa de los derechos civiles. Incluso proporcionó una semana en el campo a mi tía costurera en paro. Eso era vida, no lo que hay ahora. El ambiente en el país da miedo. El nivel de furia, de frustración y de odio a las instituciones no se organiza de manera constructiva. Está desatando fantasías autodestructivas.

«Escucho entrevistas en la radio», afirmaba Chomsky. «No quiero oír a Rush Limbaugh. Quiero oír a los oyentes que llaman. Son como Joe Stack. “¿Qué me está pasando? He hecho todo lo que tenía que hacer. Soy un cristiano temeroso de Dios. Me esfuerzo por mi familia. Tengo un arma. Creo en los valores del país y mi vida se está viniendo abajo”».

En obras como *On Power and Ideology* [*Sobre el poder y la ideología*] y *Los guardianes de la libertad*, Chomsky, más que ningún otro intelectual estadounidense, ha descrito gráficamente la caída en picado del sistema político y económico de EE UU. Nos recuerda que la verdadera investigación intelectual es siempre subversiva. Cuestiona los supuestos culturales y políticos. Critica las estructuras. Es implacablemente autocrítico. Revienta los mitos y estereotipos autocomplacientes que utilizamos para nuestro propio engrandecimiento, haciendo caso omiso de nuestra complicidad en actos de violencia y opresión. Y la verdadera

investigación siempre incomoda profundamente a los poderosos y también a sus panegiristas liberales.

Chomsky reserva sus más virulentas andanadas contra los integrantes de la clase liberal que ofrecen una cortina de humo a la crueldad del capitalismo sin freno y de la guerra imperial. No ha dejado de denunciar el carácter fraudulento de sus teatrales opciones morales e intelectuales. Y por eso Chomsky es un personaje odiado, quizá temido, más por los liberales que por la derecha a la que también vitupera. Cuando Christopher Hitchens decidió convertirse en un títere de la administración de Bush después del 11-S, una de las primeras cosas que hizo fue escribir un virulento ataque contra Chomsky. Hitchens, al contrario que gran parte de las elites derechistas a las que servía, sí sabía qué intelectual tenía peso en Estados Unidos.

«Yo no me molesto en escribir sobre Fox News», afirmó Chomsky:

> Es demasiado fácil. Yo hablo de los intelectuales liberales, de los que se presentan y consideran como gente que desafía al poder, como personas valientes que defienden la verdad y la justicia. Lo que son, fundamentalmente, es guardianes de la fe. Ellos fijan los límites. Nos dicen hasta dónde podemos llegar. Dicen: «Mira qué valiente soy». Pero no se pasan ni un milímetro. Al menos para los sectores mejor preparados, son los más peligrosos por sustentar el poder.

Como es ajeno a las tópicas clasificaciones de intelectuales de izquierdas y de derechas, rehuyendo igualmente todas las ideologías, Chomsky, desde sus escritos sobre la guerra de Vietnam hasta sus críticas a la administración de Obama, es desde hace décadas crucial para el discurso estadounidense. Recelando de cualquier tipo de poder, sostiene con tenacidad su posición iconoclasta. Y es una de las pocas voces que deja constancia de la realidad bélica, de las desastrosas consecuencias del poder imperial y de que, en lugar de defender la virtud o de librar guerras con buenas intenciones, la permanente economía de guerra está consumiendo y destruyendo vidas inocentes, en nuestro país y en el extranjero.

«La mayoría de los intelectuales se creen que son la conciencia de la humanidad», afirmó el experto en Oriente Próximo Norman Finkelstein, antiguo alumno de Chomsky:

> Se deleitan con alguien como Václav Havel y le admiran. Chomsky, que desprecia a Havel, hace suya la visión del mundo de Julien Benda. Existen dos conjuntos de principios. Están los del poder y el privilegio, y los de la verdad y la justicia. La búsqueda de la justicia siempre redundará en una disminución del poder y el privilegio. La búsqueda del poder y el privilegio siempre será a costa de la verdad y la justicia. Según Benda, el credo de cualquier verdadero intelectual tiene que ser como dijo Jesucristo: «Mi reino no es de este mundo». Chomsky pone en evidencia la falsedad de quienes se dicen adalides de la verdad y la justicia. Demuestra que en realidad esos intelectuales son adalides del poder y el privilegio y de toda la maldad que conllevan.[27]

«Intento animar a la gente a pensar por sí misma, a cuestionar ideas preconcebidas», afirmó Chomsky cuando le preguntaron cuáles son sus objetivos:

> No aceptes supuestos sin rechistar. Comienza por adoptar una actitud escéptica frente a todo lo que son opiniones aceptadas. Que se justifiquen. Generalmente no pueden. Prepárate para cuestionar lo que se da por sentado. Intenta sopesar las cosas tú mismo. Hay mucha información. Tienes que aprender a juzgar, evaluar y comparar. De algunas cosas tendrás que fiarte o no podrás sobrevivir. Pero las relevantes e importantes no las fíes a la confianza. Siempre que leas algo anónimo tendrás que empezar a desconfiar. Si lees en los periódicos que Irán está desafiando a la comunidad internacional, pregúntate quién es la comunidad internacional. La India se opone a las sanciones. China y Brasil también. Desde hace años, el Movimiento de los No Alineados se opone virulentamente a las sanciones. ¿Quién es la comunidad internacional? Es Washington y quien en ese momento esté de acuerdo con él. Eso lo puedes averiguar, pero tienes que trabajar. Lo mismo ocurre con muchas otras cuestiones.

El valor que tiene Chomsky al hablar en nombre de aquellos, como los palestinos, cuyo sufrimiento se minimiza o pasa por alto en la cultura de masas, constituye un ejemplo para cualquiera que busque modelos de

comportamiento moral. Quizá sea su ejemplo de independencia moral, todavía más que su erudición, lo que induzca a decir la verdad a todos aquellos que desafían la hipocresía de las masas y de la clase liberal.

El papel de la clase liberal en la defensa de las supuestas buenas intenciones de la elite del poder quedó públicamente de manifiesto en 1985, cuando *Foreign Affairs* publicó un monográfico con motivo del décimo aniversario del fin de la guerra de Vietnam. Los liberales de la revista, escritores como David Fromkin y James Chace, señalaban que la intervención militar en Vietnam se «basaba en la idea de que Estados Unidos tiene el deber de ir más allá de sus intereses meramente nacionales» y que en virtud de sus «responsabilidades mundiales» debía «servir a los intereses de la humanidad». Dicho de otro modo, moralmente, la intervención militar tenía buenas intenciones y estaba bien oponerse a la «agresión comunista» de los vietnamitas. Pero, según señalaban esos liberales, a fin de cuentas la guerra había sido una equivocación porque no era práctica, porque «era probable que nuestro bando perdiera». La clase liberal criticaba la guerra por razones prácticas, no con argumentos morales. A ella se oponían los militaristas, para los que con una mayor decisión se podría haber vencido a los norvietnamitas en el campo de batalla. Las virtudes de la nación, incluso en un acto de guerra, son sacrosantas. La clase liberal no puede cuestionar esas virtudes y seguir dentro de los círculos de la elite del poder.[28]

La misma situación se observó en las guerras de Irak y Afganistán. David Remnick, director del *New Yorker*, y Bill Keller, columnista del *New York Times* y posteriormente director de ese periódico, así como Michael Ignatieff, exdirector del Carr Center for Human Rights Policy de la Universidad de Harvard y actual líder del Partido Liberal de Canadá, se unieron a Leon Wieseltier, y también a académicos como Jean Bethke Elshtain, de la Divinity School de la Universidad de Chicago, a Michael Walzer, del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, y a Anne-Marie Slaughter, de la Escuela Woodrow Wilson de Asuntos Públicos e Internacionales de Princeton, para convertirse en lo que ellos mismos calificaron de «halcones reticentes». Peter Beinart, de *New Republic*, tras unirse al grito de guerra de la clase liberal, escribió un libro titulado *The Good Fight: Why Liberals —and Only Liberals— Can Win the War on*

Terror and Make America Great Again [*La lucha justa: por qué los liberales, y solo ellos, pueden ganar la guerra contra el terrorismo y conseguir que Estados Unidos sea grande de nuevo*].

Al comienzo de la guerra, Slaughter, entonces decana de la Escuela Woodrow Wilson y presidenta de la Sociedad Estadounidense para el Derecho Internacional (en el momento de escribir estas líneas es directora de Planificación de Políticas en el Departamento de Estado), escribió en *Foreign Affairs* que «el mundo no se puede permitir mirar hacia otro lado cuando está ante la perspectiva, como ocurre en Irak, de que un gobernante brutal adquiera armas nucleares u otras armas de destrucción masiva»:

> Para enfrentarnos a este peligro hace falta una estrategia diferente, que maximice las posibilidades de impulsar una acción colectiva pronta y eficaz. En este sentido, y en comparación con los cambios que están teniendo lugar en el ámbito de la intervención en catástrofes humanitarias, puede que el principal problema de la estrategia preventiva de Bush sea que no va lo suficientemente lejos.[29]

Al iniciarse la guerra, Ignatieff declaró lo siguiente en *The Guardian*:

> Sigo pensando que Bush tiene razón cuando dice que Irak estaría mejor si se desarmara a Sadam y, si fuera necesario, se le sustituyera por la fuerza... Aquí la ideología no puede ayudarnos. En los meses y años venideros las opciones no tendrán que ver con quiénes somos o con qué compañías tendremos que tener; ni siquiera con qué creemos que Estados Unidos es y debe ser. Tendrán que ver con los riesgos que merece la pena correr, cuando nuestra seguridad depende de la respuesta y cuando la libertad de 25 millones de personas pende de un hilo.[30]

En marzo de 2003, Ignatieff, defendiendo la invasión en el programa *Fresh Air with Terry Gross*, de la National Public Radio [Televisión Pública Nacional de EE UU], expuso los argumentos típicos de la clase liberal: insistió en que la guerra era una acción humanitaria, que él la apoyaba con pesadumbre, pero que no había alternativa. Aportar esta versión humanitaria y moral de la guerra, insistir en que los motivos de sus artífices son virtuosos, es la función principal de la clase liberal, la razón de que la elite del poder tolere su existencia.

Esa misma función tuvo la clase liberal durante la guerra de Vietnam. La guerra se convierte en un mal necesario. Sin embargo, la retórica de la clase liberal se mofa de la brutal realidad bélica. La mayoría de los liberales, Ignatieff incluido, nunca han combatido. Sus hijos no suelen entrar en el ejército. Tampoco conocen ni entienden el poder de destrucción del armamento moderno ni la propensión de algunos combatientes, cuyo miedo y cuya paranoia se llevan a un nivel febril, a disparar contra cualquiera, armado o desarmado, o a arrasar mediante incursiones aéreas pueblos enteros cuando se sienten en peligro. Si se yuxtapone con la realidad de la guerra industrial, la afirmación que hizo entonces Ignatieff, en el sentido de que «la única posibilidad real que tiene Irak de convertirse en una sociedad digna es mediante la fuerza de las armas americanas» poco se distingue de la propaganda, más tosca, que difundió la Casa Blanca de Bush.[31] La clase liberal y él secundaron a la administración de Bush para llevar a cabo un proyecto que, ilegal según el derecho internacional, condujo a la muerte a cientos de miles de iraquíes, muchos más de los que nunca habían sido masacrados por Sadam Husein, y miles más de civiles afganos y paquistaníes. Las guerras en Oriente Próximo y Medio también han conducido a varios millones de iraquíes, paquistaníes y afganos a miserables campos de desplazados y refugiados. La utilización de la guerra y la violencia como instrumentos de la virtud es una contradicción en los términos. Pero esto no se puede entender del todo si no se ha entrado en combate, y el combate es algo que desde la Segunda Guerra Mundial la clase liberal ha conseguido eludir, pasándoselo a la clase obrera.

Las solitarias voces que mostraron su desacuerdo condenando la guerra desde sus inicios fueron atacadas con igual virulencia por la clase liberal y la derecha. Al recibir el Óscar el 23 de marzo de 2003 por su película *Bowling for Columbine*, el documentalista Michael Moore aprovechó la ocasión para denunciar la guerra, iniciada pocos días antes, y también la legitimidad de la presidencia de Bush.

«Vivimos en una época ficticia», le dijo Moore, vestido con un esmoquin que no le quedaba bien, a un público cada vez más hostil:

> Vivimos en una época con resultados electorales ficticios que eligen a un presidente ficticio. Vivimos en una época en la que tenemos a un hombre que nos manda a la guerra por razones ficticias, ya sea la

> ficticia cinta adhesiva plateada o las «alertas naranjas».[32] Estamos en contra de esta guerra, Sr. Bush. ¡Qué vergüenza, Sr. Bush! ¡Qué vergüenza![33]

Moore, que fue objeto de abucheos y burlas, me dijo que no acudió a las fiestas posteriores a la ceremonia y que se pasó la noche solo en una habitación de hotel, pasando de un canal a otro y viendo cómo los comentaristas, entre ellos expertos liberales como Al Franken y Keith Olbermann, le soltaban feroces andanadas. Moore había cruzado la línea fijada por la elite del poder. Al censurarle, los liberales cumplían con su papel político. Le desacreditaron porque había incumplido las normas. Y lo hicieron con entusiasmo. Moore aparecía como un radical de «extrema izquierda» que necesitó escolta para salir del recinto.

«Los intelectuales liberales americanos se enorgullecen especialmente de su "inflexibilidad", de haber logrado dejar a un lado las ilusiones y los mitos de la vieja izquierda, porque esos mismos nuevos y "duros" liberales reproducen algunos de los peores rasgos de esa vieja izquierda», escribió Tony Judt en el *London Review of Books*:

> Puede que consideren que han migrado a la orilla opuesta, pero muestran precisamente la misma combinación de fe dogmática y provincianismo cultural, por no hablar del desbordante entusiasmo ante las transformaciones políticas violentas que se hagan a costa de otras personas, que caracterizaron a sus predecesores, los compañeros de viaje del bando opuesto en la Guerra Fría. Hace tiempo que sabemos qué valor tienen esas personas para los regímenes ambiciosos y radicales. De hecho, fue el propio Lenin el que primero identificó a los intelectuales «seguidores de tropas» y el que acuñó esa expresión, que sigue siendo la que mejor los describe. Hoy en día, los guerreros de salón liberales de Estados Unidos son los «tontos útiles» de la Guerra contra el Terror.[34]

En mayo de 2010 viajé a Washington para participar, junto al miembro de la Cámara de Representantes Dennis Kucinich, en un seminario público sobre las guerras. Kucinich utilizó ese acto en el Capitolio para denunciar que Obama hubiera solicitado otros 33.000 millones de dólares para la guerra en Afganistán. El demócrata de Ohio, junto con otros dieciséis

firmantes, había presentado en la Cámara de Representantes la Resolución Conjunta 248, que habría supuesto que ese organismo debatiera si había que continuar la guerra en Afganistán. Hay que reconocer que Kucinich, junto con Ron Paul, fue uno de los dos representantes de la Cámara que censuraron públicamente la autorización por parte de Obama del asesinato de Anuar al Aulaki, predicador y ciudadano estadounidense residente en Yemen, por sus supuestos vínculos con un fallido atentado que debía perpetrarse el día de Navidad contra un avión en Detroit. Kucinich también invitó al periodista e investigador Jeremy Scahill, al escritor David Swanson, a la coronela retirada Ann Wright y a Josh Stieber, veterano de la guerra de Irak.

La reunión, celebrada en el Rayburn Building, sirvió como crudo recordatorio de la insignificancia de la izquierda. Ningún otro congresista hizo acto de presencia y solo acudieron unos pocos jóvenes del personal auxiliar. Gran parte de los alrededor de setenta asistentes eran activistas por la paz, además de, como suele ocurrir en actos de ese tipo, una variopinta colección de defensores de teorías de la conspiración que insistían en que el 11-S había sido obra del Gobierno o que el senador Paul Wellstone, muerto en un accidente de avión en 2002, había sido asesinado. Scahill proporcionó una retahíla de cifras que ponían de manifiesto de qué manera las grandes empresas se habían apropiado de la seguridad nacional y del aparato de información. No solo dirigen nuestra economía y gestionan nuestros sistemas de comunicación. No solo poseen los dos partidos políticos principales. También han creado un ejército privado. Y ahora son invulnerables.

Esa tarde, Scahill, principal responsable de las rompedoras investigaciones periodísticas sobre el comportamiento de los contratistas privados en Irak, entre ellos la empresa de seguridad Blackwater (rebautizada con el nombre de Xe, después del vendaval de mala prensa y del escándalo público que se produjeron al conocerse sus métodos), explicó cómo se iba trasladando la dirección de las guerras en Irak y Afganistán desde el Pentágono a contratistas privados que no rinden cuentas. Lamentó la falta de apoyo del Congreso a una ley propuesta por la representante Jan Schakowsky, de Illinois. La Resolución de la Cámara de Representantes 4102, conocida con el nombre de Ley para acabar con la externalización de

la seguridad [SOS en sus siglas en inglés], «iría poniendo gradualmente fin al uso de contratistas de seguridad privados para funciones que deben estar reservadas a las fuerzas armadas de EE UU y a personal del Gobierno».

«Una de las crudas realidades del tiempo en el que vivimos es que se puede presentar una ley que diga algo tan sencillo como "no debemos encomendar operaciones de seguridad nacional a contratistas privados" y solo la apoyarán veinte congresistas». Scahill declaró:

> La lamentable realidad es que la representante Schakowsky sabe que la industria bélica está con los dos partidos. Reparte en ambas direcciones. Durante un tiempo, allí pareció que el *contratista* era el nuevo *Israel*. No se podía encontrar a ningún congresista que alzara la voz contra ellos, porque hay muchísimos que dependen de la financiación empresarial para mantener su escaño en la Cámara de Representantes o el Senado. También pienso que la elección de Obama ha acabado con esto, como con muchas otras cosas, porque la Casa Blanca enviará emisarios a leer la cartilla a los congresistas que no acaten los dictados del partido.[35]

La privatización de las funciones gubernamentales ha otorgado poder al dominio empresarial, debilitando al mismo tiempo el papel tradicional del Gobierno. Hay dieciocho servicios de información militares y civiles, y el setenta por ciento de sus presupuestos se subcontrata a grandes empresas que utilizan la experiencia y la pericia obtenidas con esos proyectos para ofrecer servicios similares a otras, así como a Gobiernos extranjeros. El Pentágono ha privatizado al sesenta y nueve por ciento de su plantilla. Scahill señaló la abrumadora privatización del esfuerzo bélico en Afganistán. En el momento de escribir este texto, el Departamento de Defensa cuenta con 104.000 contratados y con sesenta y ocho mil soldados; es decir, por cada militar hay casi 1,5 empleados externos. En Afganistán, el Departamento de Estado ha contratado en el sector privado a otras catorce mil personas.

«En cuestión de meses y, desde luego, en un año, Estados Unidos tendrá ocupando Afganistán a entre 220.000 y 250.000 empleados financiados por el Gobierno, lo cual supone mucho más de los 70.000 soldados que los estadounidenses que prestan atención creen que su país tiene en

Afganistán», ha declarado Scahill. «Este es un país en el que el general James Jones, asesor sobre seguridad nacional del presidente, declaró que Al Qaeda tiene menos de cien agentes y que carecen de capacidad para atentar en Estados Unidos. Esas fueron la lógica y el razonamiento manifiestos para estar en Afganistán: se trataba de dar caza a los responsables del 11-S».

Al final del acto habló Josh Stieber, desplegado con el ejército en Irak entre febrero de 2007 y abril de 2008. Estaba en la Compañía Bravo 2-16 de Infantería, y participó en el ataque con helicópteros Apache que, lanzado contra civiles iraquíes en julio de 2007, aparecía en un polémico vídeo publicado en abril de 2010 por WikiLeaks, una organización que, sirviéndose de fuentes anónimas, saca a la luz y comenta documentos delicados de Gobiernos y empresas. Stieber, que abandonó el ejército declarándose objetor de conciencia, se disculpó públicamente ante el pueblo iraquí.

«Esto no era en absoluto una excepción», dijo respecto al vídeo, en el que se veía a pilotos de helicóptero derribando con despreocupación a civiles, entre ellos a un fotógrafo de Reuter y a niños, en una calle de Bagdad:

> Era inevitable dada la situación que estábamos viviendo. En esa época teníamos muchos combates. En la carretera te explotaba una bomba o te disparaba un francotirador, y no tenías ni idea de dónde salía. La paranoia y el nerviosismo eran constantes. Si pones a la gente en una situación como esa, en la que hay muchos civiles, van a ocurrir cosas como esa, y ocurrieron y seguirán ocurriendo mientras nuestro país no las cuestione. Ahora que se ha hecho público ese vídeo, como pueblo y como país tenemos la responsabilidad de reconocer que así es la guerra un día tras otro.[36]

Ahora, las voces de la sensatez, de la razón, las de quienes tienen un fondo moral, las de gente como Kucinich, Scahill o Stieber, tienen pocas posibilidades de hacerse oír. Alguna responsabilidad recae en la clase liberal, que no comprendió las oscuras intenciones del Estado empresarial ni las de sus esbirros en el Partido Demócrata.

El apoyo a la guerra ha aliado a los liberales con corruptos señores de la guerra afganos, tan opuestos a los derechos de la mujer y las libertades democráticas fundamentales, e igual de involucrados en el tráfico de opio, que los talibanes. Las supuestas diferencias morales que existen entre la clase liberal y nuestros adversarios son ficticias. Los relatos que, con intención de elevar el espíritu, justifican la guerra en Afganistán, constituyen intentos ridículos de compensar absurdos actos de brutalidad por parte de la clase liberal. No se puede librar una guerra para insuflar virtudes, entre ellas la democracia o la liberación de la mujer. La guerra siempre otorga poder a quienes tienen inclinaciones violentas y disponen de armamento. Invierte el orden moral y se lleva por delante los debates sobre los derechos humanos. Arroja a los justos y a las buenas personas a los márgenes de la sociedad. La potencia de las armas modernas hace inevitable la muerte de civiles o los «daños colaterales». Un dron es nuestra versión de un mecanismo improvisado explosivo y la bomba de fragmentación, nuestra respuesta a los atentados suicidas. Para los civiles, no importa quién apriete el gatillo: el terror y el derramamiento de sangre que causa la descarga de una ametralladora ligera de cinta son los mismos.

«Tenemos que arrancarles la máscara a los señores de la guerra fundamentalistas que después de la tragedia del 11-S sustituyeron a los talibanes», me dijo Malalai Joya, expulsada del parlamento afgano por denunciar la corrupción del Gobierno y la ocupación occidental:[37]

> Utilizaron la máscara de la democracia para tomar el poder. Continúan con su engaño. Mentalmente, esos señores de la guerra son iguales que los talibanes. Solo hay un cambio físico. Durante la guerra civil que tuvo lugar en Afganistán entre 1992 y 1996 esos señores de la guerra acabaron con la vida de sesenta y cinco mil personas inocentes. Como los talibanes, han cometido violaciones de derechos humanos, y no solo contra las mujeres.

«Creemos que esto no es una guerra contra el terror», declaró:

> Es una guerra contra civiles inocentes. Fíjese en las masacres cometidas por las fuerzas de la OTAN en Afganistán. Fíjese en lo que hicieron en mayo en la provincia de Farah, donde murieron más de 150 civiles, la mayoría mujeres y niños. Utilizaron bombas de fósforo

> blanco y de racimo. El nueve de septiembre mataron a doscientos civiles en la provincia de Kunduz, en su mayoría, una vez más, mujeres y niños... Hace ocho años, Estados Unidos y la OTAN ocuparon mi país esgrimiendo la bandera de los derechos de la mujer y la democracia. Pero no han hecho más que empujarnos de lo malo a lo peor. Han puesto en el poder a hombres que son fotocopias de los talibanes.

Durante los últimos diez años de ocupación, el auge del comercio de opio, utilizado para producir heroína, ha canalizado cientos de millones de dólares hacia los talibanes, Al Qaeda, señores de la guerra locales, bandas criminales, secuestradores, ejércitos privados, traficantes de drogas y muchos miembros importantes del Gobierno del presidente Hamid Karzai. El *New York Times* informó de que Ahmed Wali Karzai, hermano del presidente, estaba recibiendo dinero de la CIA a pesar de su destacada participación en el negocio ilegal del opio. Afganistán produce el noventa y dos por ciento del opio mundial, en un flujo comercial que, según cálculos de las Naciones Unidas, mueve unos 65.000 millones de dólares. Ese opio abastece a unos quince millones de adictos de todo el mundo, acabando con la vida de unos cien mil al año. Son muertos que habría que añadir a las listas de víctimas de la guerra.

Antonio Maria Costa, director ejecutivo de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC), ha declarado que el tráfico de drogas ha permitido la proliferación y la expansión de los talibanes a pesar de la presencia de las tropas de la OTAN: «La participación directa de los talibanes en el tráfico de opio les permite financiar una maquinaria bélica que se está volviendo tecnológicamente más compleja y que cada vez se extiende más».[38]

La UNODC calcula que entre 2005 y 2009 los talibanes ganaron entre 90 y 160 millones de dólares al año gravando la producción y el contrabando de opio y de heroína, lo cual supone el doble de lo que ingresaban anualmente cuando estaban en el poder hace casi una década. Además, para Costa la frontera afgano-paquistaní, «la zona de libre comercio más extensa del mundo para todo lo que sea ilícito», es un área infestada de drogas, armas e inmigración ilegal. Advierte de que «puede que una tormenta perfecta de drogas y terrorismo» se esté gestando en las rutas de las drogas

que cruzan Asia Central. Los beneficios del opio están fluyendo a raudales hacia los grupos radicales de esa zona y «gran parte de la región podría verse anegada por un terrorismo a gran escala que pondría en peligro sus enormes recursos energéticos».

«Después de ocho años de ocupación, Afganistán se ha convertido en un centro del narcotráfico mundial», me dijo Joya:

> Los señores de la droga son los únicos que tienen poder. ¿Cómo se puede esperar que esa gente deje de cultivar opio y que ponga fin al narcotráfico? ¿Cómo puede ser que los talibanes, cuando estaban en el poder, acabaran con la producción de opio y que una superpotencia no solo no pueda acabar con ella sino que permita su aumento? Y mientras todo eso sigue, quienes apoyan la guerra te hablan de los derechos de la mujer. En la mayoría de las provincias ahora no hay derechos humanos. En mi país es tan fácil matar a una mujer como a un pájaro. En algunas grandes ciudades como Kabul, algunas consiguen trabajo y educación, pero en la mayoría del país la situación de las mujeres es infernal. Las violaciones, los secuestros y la violencia doméstica van en aumento. Durante las llamadas elecciones libres, esos fundamentalistas hicieron una ley misógina que va en contra de las chiitas afganas. Es una ley que hasta ha firmado Hamid Karzai. Todos esos crímenes están teniendo lugar en nombre de la democracia.

Miles de civiles afganos han muerto a consecuencia de los actos de violencia que cometen los insurgentes y los militares extranjeros. Y las fuerzas estadounidenses y de la OTAN son responsables de casi *la mitad* de las muertes de civiles en el país. También han perecido decenas de miles de civiles afganos a consecuencia de los desplazamientos, el hambre, las enfermedades, las inclemencias del tiempo, la falta de asistencia médica, la delincuencia y la anarquía que ha ocasionado la guerra.

Joya declaró que la OTAN, al tomar partido en una batalla que enfrenta a dos adversarios corruptos y brutales, ha perdido toda legitimidad en el país, opinión que comparte Matthew Hoh, un importante diplomático estadounidense en Afganistán, que dimitió en protesta por la guerra. En su carta de dimisión, escribió que en el Gobierno de Karzai imperan una «corrupción flagrante y chanchullos descarados». Decía que Karzai es un

presidente «entre cuyos confidentes y principales asesores se encuentran grandes narcotraficantes y autores de crímenes de guerra que se mofan de nuestro imperio de la ley y de las iniciativas contra el tráfico de narcóticos».[39]

Joya no se fiaba de la suerte que pudieran correr los tan traídos y llevados miles de millones en ayuda internacional prometidos a Afganistán:

> ¿Dónde se cree usted que han ido los 36.000 millones de dólares que la comunidad internacional no ha dejado de enviar al país? Han ido a parar a los bolsillos de los grandes narcotraficantes y señores de la guerra. Mientras ellos se hacen ricos, en Afganistán hay 18 millones de personas que viven con menos de 2 dólares al día. Los talibanes y los señores de la guerra contribuyen a ese fascismo mientras las fuerzas de ocupación bombardean y asesinan a civiles inocentes. Cuando no tenemos seguridad, ¿cómo podemos siquiera hablar de derechos humanos o derechos de la mujer?

«Muchos afganos están de parte de los talibanes», declara Joya.

> No los apoyan, pero están hartos de esos señores de la guerra y de esta injusticia, y se unen a los talibanes para vengarse. Yo no estoy de acuerdo con ellos, pero los entiendo. La mayoría de mi pueblo está en contra de los talibanes y los señores de la guerra; por eso millones de personas no participaron en ese trágico drama que fueron las elecciones.

Joya, que cambia frecuentemente de casa en Kabul por las amenazas de muerte, denostaba el apoyo a la administración de Karzai:

> EE UU derrocha el dinero de los contribuyentes y la sangre de sus soldados apoyando a un sistema mafioso y corrompido como el de Hamid Karzai. Han encadenado mi país al centro de las drogas. Si Obama fuera realmente honrado apoyaría a nuestros demócratas. Tenemos muchos, pero no los apoya. Va a iniciar la guerra en Pakistán atacando en su zona fronteriza. Durante la época de Obama han muerto todavía más civiles que durante la del criminal de Bush.

«Mi pueblo está aplastado entre dos poderosos enemigos», se lamentaba:

> Desde el cielo, las fuerzas de ocupación bombardean y matan a civiles inocentes. En tierra, los talibanes y esos señores de la guerra ofrecen fascismo. Mientras la OTAN va matando a más civiles, aumenta la resistencia a las tropas extranjeras. Si el Gobierno de EE UU y la OTAN no se van voluntariamente, mi gente les dará la misma lección que dio a Rusia y a los ingleses, que en tres ocasiones intentaron ocupar Afganistán. Para nosotros es más fácil luchar contra un enemigo que contra dos.

En Afganistán, el éxito depende de la capacidad para crear un ejército nacional que combata a los talibanes, ofrezca seguridad y estabilidad a los civiles afganos, y se mantenga leal al régimen títere de Karzai. Una situación similar se le fue de las manos al Ejército Rojo, aunque los soviéticos se pasaron una década intentando pacificar el país. Un siglo antes, también se les fue de las manos a los británicos. Y los Estados Unidos fracasarán igualmente.

Los asesores militares estadounidenses que trabajan con el Ejército Nacional Afgano, o ENA, hablan de soldados mal preparados y sin motivación, poco dispuestos a tolerar la disciplina militar y no digamos el combate. Según los asesores, muchas unidades del ENA están llenas de bandoleros que aterrorizan a la población, entregándose a la extorsión, la intimidación, la violación, el robo y la colaboración descarada con los talibanes. Afirman que el ENA está plagado de simpatizantes de estos. Y cuando los soldados de EE UU y del ENA combaten juntos a la insurgencia talibán, los asesores estadounidenses dicen que los afganos son inconstantes y poco de fiar.

Los mandos militares destacados en Afganistán, en lugar de proporcionar estadísticas de víctimas enemigas, calibran sus avances en función del tamaño del ENA. Parece que, cuanto más grande sea, mejor lo estamos haciendo. La presión que se ejerce sobre los preparadores para que el ENA tenga más miembros significa que la formación y la criba de los nuevos reclutas afganos son prácticamente inexistentes.

Para los soldados afganos, el proceso de reclutamiento se inicia en el Centro de Formación Militar de Kabul. Los instructores estadounidenses no dejan de quejarse de la escasez de material docente como pizarras blancas, rotuladores y papel. Con frecuencia tienen que ir a los mercados y pagar

ellos mismos esos artículos o pasarse sin ellos. Esos instructores sufren presiones para aprobar a todos los reclutas y otorgan el título a muchos que no han asistido a entre un tercio y la mitad del periodo lectivo. La mayoría entra en el ENA sin dominar las más rudimentarias técnicas militares.

«La primera parte de mi periodo de servicio estuve en el Centro de Formación Militar de Kabul (KMTC), donde formé parte de un pequeño equipo que colaboraba estrechamente con el ENA en el desarrollo del primer curso básico para oficiales, destinado a tenientes afganos recién nombrados», me dijo un teniente primero estadounidense, que me pidió que no diera su nombre. «Durante la segunda mitad de mi periodo de servicio, abandoné la escuela militar de Kabul porque me destinaron a un equipo de formación táctica integrado en las tropas (ETT), cuyo cometido era la creación de un nuevo batallón logístico afgano en Herat».

Según este teniente, que sigue en activo:

> [...] los soldados afganos abandonan el KMTC sin la más mínima cualificación... Los instructores americanos hacen lo que pueden para tratar de arreglar esa situación, pero sus iniciativas las bloquean desde arriba, desde las cadenas de mando afgana y americana, que quieren producir soldados con la mayor rapidez posible.

Desde el KMTC, a los soldados afganos los envían directamente a combatir en unidades del ENA, que siempre llevan integrados preparadores estadounidenses, conocidos como «equipo de instructores». El rápido incremento del número de soldados del ENA ha sobrepasado la capacidad de los militares de EE UU para proporcionar equipos de instructores experimentados. Esos equipos, normalmente compuestos por miembros de las Fuerzas Especiales del Ejército, ahora están constituidos por grupos de soldados estadounidenses, elegidos más o menos al azar en unidades destacadas en todo Afganistán.

«Así es como se eligió a todo mi equipo a mediados de mi periodo de servicio: eran personas elegidas al azar en todo Kabul —en activo en las Fuerzas Aéreas, la Armada o el Ejército de tierra y en la Guardia Nacional — a las que se apartó de sus funciones anteriores, se las juntó y se esperaba que hicieran una tarea para la que ninguna estaba realmente preparada», declaró el oficial:

> Por el tiempo que llevamos en el grado y por la pertenencia al Ejército americano, se espera que seamos capaces de dar formación militar a una fuerza extranjera, lo cual es una política extremadamente irresponsable, que en el fondo es etnocéntrica y que da por hecha cierta superioridad natural por la que un soldado americano sin formación puede enseñar de todo a los afganos, pero no tiene nada que aprender.

«Bastante suerte tendrás si has recibido alguna formación a través de instructores, algo que el ejército proporciona de forma bastante limitada en los cursos previos a la movilización en Fort Riley [Kansas], pero lo normal es no recibir ninguna», declaró. «Los soldados que reciben formación antes de la movilización en Fort Bragg [Carolina del Norte], aparte de recibir un folleto sobre cómo aconsejar a fuerzas extranjeras, no aprenden absolutamente nada al respecto, y sin embargo los que pasan por Fort Bragg antes de ser enviados a Afganistán tienen tantas posibilidades como los demás de acabar en equipos de instructores».

Existen diferencias considerables entre la estructura militar afgana y la estadounidense. El ENA afronta las cuestiones logísticas de otra manera, su estructura jerárquica es distinta y su administración utiliza otros términos militares. No suele recurrir a ordenadores o a tecnología básica. El choque cultural hace que a la mayoría de los formadores, que no hablan dari, les cueste averiguar cómo funcionan las cosas en el ENA.

«Gran parte del tiempo que pasé como instructor lo dediqué a tratar de comprender qué estaban haciendo los afganos y cómo se esperaba que lo hicieran; solo entonces pude empezar a dar algún tipo de consejo sobre los problemas a los que se enfrentaban», declaró este oficial. «En otras palabras, los asesores militares estadounidenses no son de inmediata utilidad para los afganos. La situación conlleva una curva de aprendizaje que a veces no llega a recorrerse. Algunos asesores desempeñan un papel crucial, pero, como instructores, la influencia de muchos es escasa o inexistente».

En última instancia, el verdadero objetivo de los asesores estadounidenses destinados en unidades del ENA no es formar a los afganos, sino hacer de enlace entre las unidades afganas y las de artillería y logística de EE UU. El ENA es incapaz de conjugar las acciones de las

unidades de tierra con las de artillería y el apoyo aéreo. Carece de un sistema de abastecimiento en condiciones. Depende del Ejército de EE UU para realizar funciones básicas. Estados Unidos paga incluso gran parte de sus salarios.

«En la unidad que yo ayudaba a formar, pedidos de equipo esencial para las misiones como camiones de cinco toneladas se posponían durante meses y la ropa de abrigo llegaba tarde por la escasez que sufría el país», me dijo el oficial. «Durante las primeras semanas de invierno afgano, muchos soldados de la unidad tuvieron que apañárselas sin chamarras y sin otras prendas de abrigo».

Pero lo que más molesta a los asesores es la corrupción que impera en el ENA, algo que ha enfurecido y alejado a los afganos, y que ha actuado como valiosa herramienta de reclutamiento para los talibanes.

«En el batallón logístico afgano en el que yo estaba integrado, el propio comandante extorsionaba a un tendero local y sus subordinados robaban sistemáticamente en la tienda del lugar», declaró el asesor:

> En Kabul, en una misión humanitaria en la que participé, entregamos a los niños material escolar y, para intentar dar legitimidad al ENA, hicimos que fueran ellos [miembros del ENA] los que lo distribuyeran. El problema es que recibimos informes que alertaban de que ese mismo grupo del ENA había estado extorsionando a los lugareños, amenazándolos violentamente. Fundamentalmente, lo que hacíamos era aliarnos con delincuentes y matones locales bien conocidos para distribuir ayuda en la propia aldea a la que estaban aterrorizando, y esa era la imagen que daba la caridad americana.

En la actualidad nos gastamos unos 4.000 millones de dólares al mes en Afganistán. Pero no podemos sufragar pizarras blancas, rotuladores o instructores. Los soldados afganos no tienen chamarras de abrigo. Kabul sigue estando en ruinas, se calcula que hay alrededor de un cuarenta por ciento de paro y Afganistán es uno de los países más inseguros del planeta desde el punto de vista alimentario.

¿Qué estamos haciendo? ¿Adónde va ese dinero?

Fijémonos en los contratistas civiles. En Afganistán, ellos son los que dominan las tareas lucrativas. Se considera que el pariente pobre es, además

del ENA, el Ejército de EE UU. Y, en última instancia, la guerra es sobre todo un negocio.

«Cuando llegué al teatro de operaciones, una de las cosas que más me sorprendió fue la cantidad de civiles que se veían por allí», declaró el oficial estadounidense:

> En Kabul tenían trabajo muchos americanos y ciudadanos de países de Europa Oriental y el Sudeste Asiático. En Afganistán hay montones de empresas realizando trabajos que en su día eran competencia exclusiva del ejército. Si eres cocinero [militar], alguien de Kellogg Brown & Root [en la actualidad KBR] se habrá quedado con tu puesto. Si eres experto en logística o asesor militar, es probable que alguien de MPRI, Military Professional Resources Inc., no tarde en quedarse con tu trabajo. Si eres técnico o mecánico, allí hay civiles de Harris Corporation y otras empresas que cada vez están asumiendo más responsabilidades que tú.

Según dice este oficial, a él le destinaron en Afganistán junto a unos cien asesores e instructores militares. Pero cuando llegaron, se encontraron una desagradable sorpresa:

> Fue preciso reubicar a casi la mitad de nuestra unidad, porque sus puestos se los habían quedado civiles de MPRI. Parece que incluso en zonas de guerra los soldados pueden perder su trabajo a consecuencia de subcontratas. Y si eres un reservista la situación es todavía más lamentable. Te arrancan de tu entorno para pasar un año de servicio lejos de tu trabajo civil, tus amigos y tu familia, para terminar en Afganistán sin nada que hacer porque tu misión militar se ha encomendado a un contratista civil. Al final acaban poniéndote en algún equipo de instructores o se inventan alguna [otra] responsabilidad para ti. Está claro que en Afganistán la presencia de las empresas tiene consecuencias directas sobre las operaciones de combate.

Lo que en su día hacían los militares, en materia de desarrollo de tácticas y estrategias, ahora lo hacen especuladores bélicos a los que solo les preocupa el beneficio. Los objetivos del ejército y los contratistas entran en conflicto. Para las grandes empresas, cualquier reducción del esfuerzo

bélico o cualquier retirada significa una merma para el negocio. Pero, como señalarán muchos veteranos, la extensión de la guerra no hace más que acentuar la precariedad de la situación.

«Hay soldados americanos y afganos que están arriesgando su vida, civiles afganos que mueren y, sin embargo, tenemos detrás un sistema al que le beneficia más ponerlos a todos en peligro que sacarlos de ahí», se lamentaba el oficial. «Si llevamos la paz y la estabilidad a Afganistán, puede que nos beneficiemos moralmente, podremos obtener ganancias para la humanidad, pero los beneficios morales y humanos no cuentan. En última instancia, la paz y el beneficio son fuerzas enfrentadas en Afganistán».

Oímos hablar de los pozos que se construyen, de las escuelas que se levantan, de las carreteras que se asfaltan y de la comida que distribuyen las fuerzas de ocupación en las aldeas afganas, pero casi nada se oye sobre los enormes beneficios que están haciendo los contratistas. Se calcula que solo el diez por ciento del dinero que ha entrado a raudales en Afganistán se utiliza para atenuar el sufrimiento de la población civil. El resto se lo tragan contratistas que lo sacan de Afganistán para depositarlo en cuentas corrientes extranjeras. Dentro del país, esta equivocada distribución de fondos la agrava el hecho de que los empleos mejor pagados a los que logra acceder la población son para quienes pueden servirles de intérpretes al Ejército estadounidense y a los contratistas extranjeros. Con ese incentivo, se aparta a los afganos mejor preparados de unas instituciones nacionales que necesitan desesperadamente su capacidad y su formación.

«Es este sistema el que ha quebrado la organización logística en Afganistán», declaraba el oficial:

> Es este sistema, basado en el despilfarro y el beneficio privado a costa de los fondos públicos, lo que mantiene Kabul en ruinas. Es este sistema el que consigue proporcionar a los occidentales de todo el país filetes y langosta una vez a la semana mientras alrededor de 8,4 millones de afganos —la población de los cinco distritos de la ciudad de Nueva York— sufre una inseguridad alimentaria crónica y hambre todos los días. Cuando vas a la base aérea de Bagram, a Camp Phoenix o a Camp Eggers, es evidente que el problema no radica en hacer llegar suministros al país. El problema es quién se los queda. Y después nos preguntamos por qué hay insurgentes.

En última instancia, en Afganistán el problema no es militar. Es político y social. Para la estabilidad del país, la verdadera amenaza no son los talibanes, sino una situación en la que cunden el hambre y la escasez de alimentos, una pobreza atroz, las violaciones, la corrupción y una asombrosa tasa de paro, que se dispara mientras las compañías extranjeras arrebatan los empleos a los trabajadores y empresas del país. Los principales obstáculos para la paz son la corrupción y los abusos del Gobierno de Karzai y del ENA, además de la presencia de contratistas extranjeros. Cuanto más poder demos a esas fuerzas, más daños causará la guerra. La escalada que pretende incrementar el número de soldados rasos y de infantes de marina y disparar el número de miembros del Ejército Nacional Afgano no derrotará ni apaciguará a los talibanes.

«¿De qué le sirven un cuarto de millón de bien entrenados soldados afganos a una nación que está cayendo en la hambruna?», se preguntaba el oficial.

> ¿Para qué sirve un ejército fuerte cuando hay un Gobierno corrupto e incompetente? ¿Qué esperanza de paz podemos albergar si los mejores empleos a los que pueden acceder los afganos tienen que ver con el ejército? ¿De qué sirve librarse de los talibanes si eso conlleva matar a civiles con incursiones aéreas y apoyar a un Gobierno de señores de la guerra misóginos y criminales?

«Los americanos no ayudamos a los afganos enviándoles más tropas, incrementando el gasto militar y añadiendo caos al desorden», afirmaba.

> La poca ayuda que llegamos a proporcionar solo es útil a corto plazo y está claro que resulta insostenible dada nuestra propia crisis económica. Al final, nadie se beneficia de esta guerra, ni EE UU ni los afganos. Solo los presidentes y los consejeros delegados de las grandes empresas que especulan con ella ven adecuadamente recompensadas sus inversiones.

Según el Inspector General Especial para la Reconstrucción de Afganistán, el Congreso ha aprobado destinar 345.000 millones a la guerra en ese país, una cifra que incluye más de 40.000 millones para formación y equipamiento del ejército y la policía. Se calcula que Estados Unidos se gasta en Afganistán entre 500.000 y un millón de dólares anuales por

soldado raso o infante de marina, dependiendo de si a la partida de sueldos, alimentación y combustible se añaden las de vivienda y equipamiento. Esas cantidades no incluyen los gastos sanitarios ni las indemnizaciones a los veteranos. La ayuda extranjera que recibe Afganistán, incluyendo alimentos y ayuda al desarrollo, ha llegado, según el Departamento de Estado y documentos del Servicio de Investigación del Congreso, a 17.000 millones de dólares desde 2002.

Sin embargo, no son los costes de financiación de la guerra los que convierten en algo tan trágico, despilfarrador e inmoral la ocupación de Irak y Afganistán. Como instrumento de cambio, la guerra es brutal, salvaje, impersonal y contraproducente. Se mofa de la fantasía del heroísmo individual y del absurdo de objetivos utópicos como la imposición de la democracia de cuño occidental o la liberación de la mujer. En un instante, la guerra industrial puede acabar con la vida de decenas de personas, cientos incluso, que nunca llegan a ver a sus atacantes. El armamento industrial tiene una potencia indiscriminada y asombrosa. En cuestión de segundos puede derribar edificios de pisos, y enterrar y aplastar a todos sus habitantes. Puede demoler pueblos enteros y hacer estallar por los aires tanques, aviones y barcos. Los supervivientes sufren quemaduras terribles, ceguera, amputaciones y dolores y traumas permanentes. De esa guerra nadie regresa intacto. Y una vez que se recurre a esas armas, cualquier referencia a los derechos humanos se convierte en una farsa. Quienes hemos visto cómo actúan las ráfagas explosivas de ese armamento, tenemos claro que siempre matan y mutilan a civiles, niños incluidos.

En los inquietantes libros de fotografías bélicas de Peter van Agtmael, *2nd Tour, Hope I Don't Die* [*Segundo servicio: espero no perder la vida*], y Lori Grinker, *Afterwar: Veterans from a World in Conflict* [*Después de la guerra: veteranos de un mundo en conflicto*], vemos imágenes que casi siempre se ocultan a la opinión pública. Son como sombras, porque solo quienes van a la guerra y la sufren pueden afrontar plenamente su horror visceral, pero al menos esos libros intentan desenmascarar el salvajismo bélico.

En un pie de foto del libro de van Agtmael se lee que: «En torno al noventa por ciento del cuerpo de este soldado se quemó cuando una bomba colocada junto a la carretera alcanzó su vehículo, prendiendo fuego al

depósito y quemando vivos a otros dos soldados». La imagen muestra el cuerpo ensangrentado de un soldado en un quirófano:

> De la camilla colgaba su uniforme de camuflaje, desgarrado por el personal sanitario que le había tratado en el helicóptero. La piel se le había caído a jirones y lo que quedaba de ella era traslúcido. Tan pronto estaba consciente como inconsciente y durante algunos segundos se te clavaban sus ojos abiertos. Cuando le levantaron de la camilla para trasladarle a una cama de urgencias, gritó: «¡Papá, papá, papá, papá!», y después: «Que me duerman, por favor, que me duerman». En urgencias había otro fotógrafo, que apoyó su cámara sobre las cabezas del personal sanitario para tomar una foto desde arriba. El soldado gritó: «¡Quítenme esa puta cámara de la cara!».

«Esas fueron sus últimas palabras. Seis meses después, una tarde de invierno, visité su tumba», escribe Van agtmael, «y la escena de su muerte nunca se me acaba de ir de la cabeza».[40]

«Cuando el jeep se incendió estábamos tres dentro», declara en el libro de Grinker el soldado israelí Yossi Arditi, y describe así el momento en que un cóctel Molotov alcanzó su vehículo:

> El depósito estaba lleno y a punto de estallar, de los brazos y la cara me colgaban jirones de piel, pero no perdí la cabeza. Sabía que nadie podía entrar a ayudarme, que solo conseguiría salir cruzando el fuego hasta llegar a las puertas. Quería coger mi arma, pero no podía tocarla porque las manos me ardían.

Arditi se pasó seis meses en el hospital. Cada dos o tres meses le intervenían, así que en los tres años posteriores sufrió unas veinte operaciones.

«Quienes me ven, ven lo que produce realmente la guerra», afirma.[41]

Las imágenes de la guerra, las cinematográficas y la mayoría de las fotográficas, nos ahorran el miedo que te acelera el pulso, el hedor espantoso, el ruido ensordecedor, los gritos de dolor y el agotamiento del campo de batalla. Son imágenes que convierten la confusión y el caos, elementos principales del combate, en un engañoso relato bélico. Transforman la guerra en pornografía. Los soldados rasos y los infantes de marina, sobre todo los que nunca han ido a la guerra, compran barriles de

cerveza y ven películas como *Platoon*, que supuestamente critican la guerra, y al mismo tiempo se deleitan en la capacidad de destrucción del armamento. Pero la realidad de la violencia es otra. Todo lo que ella constituye carece de sentido y de utilidad. Existe en la ausencia de futuro. A su paso no queda más que muerte, dolor y destrucción.

Las crónicas de la guerra que escatiman las imágenes y escenas de combate no llegan a captar la realidad de la guerra, cuyos efectos son los que el Estado y los medios de comunicación, siervos de los artífices de los conflictos, se afanan por ocultar. Si viéramos realmente cómo es, las consecuencias mentales y físicas que tiene para los jóvenes, sería imposible hacer nuestro el mito de la guerra. Si tuviéramos que observar los cuerpos destrozados de los escolares asesinados en Afganistán y escuchar los gemidos de sus padres, no podríamos repetir los tópicos que utilizamos para justificarla. Por eso se pone tanto cuidado en transmitir una imagen aséptica de la guerra. Por eso nos ofrecen su perverso y oscuro estremecimiento, pero sin permitirnos ver sus consecuencias. Las visiones míticas de la guerra mantienen su carga heroica y entretenida. Y los medios de comunicación tienen tanta culpa como Hollywood. Al iniciarse la de Irak, las noticias de televisión nos ofrecían el visceral estremecimiento que proporciona la fuerza, ocultándonos las consecuencias de las balas, las cargas de los tanques, las bombas de fragmentación y los disparos de artillería. Nos dieron una cucharada de euforia bélica, pero bien se cuidaron de que no viéramos las consecuencias que realmente tiene la guerra sobre el cuerpo humano.

En esta gran pantomima, a los heridos, los lisiados y los muertos no tardan en llevárselos detrás de las bambalinas. Son los residuos de la guerra. No los vemos ni los escuchamos. Como espíritus errantes, están condenados a flotar, arrumbados, incluso vilipendiados, en los márgenes de nuestra conciencia. Su mensaje es demasiado doloroso para que lo escuchemos. Preferimos rendirnos homenaje a nosotros y a nuestra nación, empapándonos de mitos como la gloria, el honor, el patriotismo y el heroísmo, palabras que durante el combate se convierten en algo vacío y absurdo. Y aquellos que según el veredicto del destino deben arrostrar las consecuencias de la guerra, con frecuencia se dan la vuelta y huyen.

En el libro de Grinker, Saúl Alfaro, que perdió las piernas en la guerra de El Salvador, habla sobre la primera y última visita que le hizo su novia cuando estaba tendido en la cama de un hospital militar.

«Fue mi novia cuando estaba en el ejército y nos íbamos a casar», afirma. «Pero cuando me vio en el hospital... no sé bien qué pasó, pero después me dijeron que al verme se puso a llorar. Después se fue corriendo y no volvió más».[42]

Las manifestaciones públicas de gratitud se reservan para los veteranos que diligentemente leen el guion que les entrega el Estado. Se saca a pasear a los veteranos dóciles y digeribles, a aquellos a los que podemos mirar sin horrorizarnos, a los que están dispuestos a participar en la mentira de que la guerra es la más elevada muestra de patriotismo. «Gracias por vuestros servicios» es lo que tenemos que decirles. A esos soldados se les utiliza para perpetuar el mito. A nosotros para honrarlo.

Gary Zuspann, que vive en Waco (Texas), en el entorno especialmente cerrado que ofrece la casa de sus padres, padece el síndrome de la guerra del Golfo. En el libro de Grinker dice que se siente como «un prisionero de guerra», incluso después de finalizada esta.

«En pocas palabras: me pusieron en la calle y me dijeron: hala, arréglatelas solito», afirma en el libro. «Vivía en un mundo de fantasía en el que pensaba que nuestro Gobierno se preocupaba por nosotros y que cuidaba de los suyos. Creía que en mi contrato figuraba que si te quedabas lisiado o te herían durante el servicio tendrían que ocuparse de ti. Ahora estoy furioso».[43]

Al regresar a Sarajevo después de cubrir la guerra de la década de 1990 para el *New York Times*, descubrí que había cientos de mutilados atrapados en cuartos de edificios sin ascensor y sin sillas de ruedas. La mayoría eran hombres jóvenes, muchos sin piernas o brazos, al cuidado de padres ancianos: gloriosos héroes de guerra a los que se dejaba pudrirse.

La desesperación y los instintos suicidas invadían a los supervivientes. Se calcula que después de la guerra de Vietnam se suicidaron tantos veteranos como soldados murieron durante el conflicto. Las inhumanas cualidades que se inculcan a los soldados y a los infantes de marina en tiempo de guerra los derrotan en tiempo de paz. Es lo que Homero nos enseñó en *La Ilíada*, esa gran obra bélica, y en *La Odisea*, el gran libro

sobre la larga travesía que realizan unos asesinos profesionales hacia la recuperación. Muchos nunca lo superan. No pueden recuperar las relaciones con sus esposas, hijos, padres o amigos, y se retiran a infiernos personales donde reinan la angustia y la furia autodestructivas.

«Te programan para no tener emociones; es decir, si a tu lado matan a alguien, tú sigues con tu trabajo como si nada y cierras el pico», le dijo a Grinker Steve Annabell, veterano británico de la guerra de las Malvinas. «Cuando dejas el servicio, cuando regresas de una situación así, no pueden apretar ningún botón para reactivar tus emociones. Así que vas por ahí como un zombi. No te desprograman. Si te conviertes en un problema se limitan a darte carpetazo».

«Para que te alistes montan todos esos anuncios, con gente que esquía en las montañas y hace cosas estupendas, pero no sale cuando te disparan ni gente con las piernas reventadas o quemándose viva», afirma. «No te enseñan la realidad. Es todo una mierda. Y para eso no te preparan. Te pueden dar toda la instrucción del mundo, pero nunca será como la pura realidad».[44]

Una vez terminada la guerra, quienes más en común tienen con los veteranos suelen ser aquellos a los que se enfrentaron.

«Nadie vuelve igual que se fue», declara Horacio Javier Benítez, que luchó contra los británicos en las Malvinas y al que se cita en el libro de Grinker. «Horacio, la persona que mandaron a la guerra, ya no existe. Es difícil ver la vida normal con entusiasmo, hay demasiadas cosas que te parecen intrascendentes. Luchas contra la locura y la depresión».

«Muchos de los que lucharon en las Malvinas», afirma, utilizando el nombre argentino de las islas, «se suicidaron, muchos de mis amigos».[45]

«Echo de menos a mi familia», se lee en una pintada que aparece en una de las fotografías de Van Agtmael. «Por favor, Dios, perdóname las vidas que quité y deja que mi familia sea feliz si no vuelvo a casa».

Junto a ese ruego, alguien había dibujado una flecha que apuntaba a esas palabras y escrito con un espeso trazo negro: «¡Maricón!!!».[46]

La disparidad entre lo que nos dicen o lo que creemos sobre la guerra y su realidad es tan enorme que los que regresan se suelen quedar sin habla. ¿Qué le vas a decir a alguien que defiende la guerra como instrumento de

liberación de la mujer en Afganistán o para llevar la democracia a Irak? ¿Cómo le transmites lo que es la guerra? ¿Cómo le explicas que postular que es un instrumento de la virtud es simplemente absurdo? ¿Cómo superas el recuerdo de niños pequeños aterrados, que mueren desangrados con trozos de acero salpicados por sus pequeños cuerpos? ¿Cómo puedes hablar de la guerra sin llorar?

No te quedes en la sarta de tópicos nacionalistas que se utilizan para justificar la guerra. No te quedes en la seducción de las armas y la pornografía de la violencia. No te quedes en la ridícula retórica que utiliza Obama al hablar de acabar la tarea o de luchar contra el terrorismo. Céntrate en la maldad de la guerra, que comienza pidiendo la aniquilación del otro, pero que, en última instancia, acaba con la aniquilación de uno mismo. Corrompe las almas y mutila los cuerpos. Destruye casas y aldeas y asesina a niños cuando van al colegio. Arrastra por el fango todo lo que es delicado, hermoso y sagrado. Da poder a la depravación humana —a los señores de la guerra, a los escuadrones de la muerte chiitas, a los insurgentes sunnitas, a los talibanes, a Al Qaeda y a nuestros propios asesinos— que solo puede expresarse en el idioma despreciable de la fuerza. La guerra es un azote, una plaga, un asesinato industrial. Y antes de apoyar una guerra, sobre todo las de Irak y Afganistán, fíjate en la mirada apagada de los hombres, las mujeres y los niños que la conocen.

---

10 Reinhold Niebuhr, *Beyond Tragedy*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1965, p. 39.

11 Dwight Macdonald, *The Root Is Man*, Brooklyn, N.Y., Autonomedia, 1995, p. 81.

12 Organización judía internacional fundada en 1843, que se dedica a la lucha contra el antisemitismo y a la defensa del Estado de Israel. (*N. del T.*)

13 Adjetivos despectivos para «negro» y «judío», respectivamente. (*N. del T.*)

14 Richard Rorty, *Achieving Our Country: Leftist Thought in Twentieth-Century America*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1998, p. 90

[ed. cast.: *Forjar nuestro país: el pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1999].

15 Oath Keepers (Los que se atienen al juramento): organización estadounidense fundada en 2009 que defiende la objeción de conciencia de sus miembros (militares y policías en ejercicio o retirados) cuando consideran que las órdenes recibidas van en contra de la Constitución de EE UU. John Birch Society: sociedad anticomunista constituida en 1958 por Robert W. Welch Jr. (*N. del T.*)

16 «Austin Plane Crash: Full Text of Joe Stack online suicide note posted on website embeddedart.com», 18 de febrero de 2010, http:www.nydailynews.com/news/national/austin-plane-crash-full-text-joe-stack-online-suicide-note-posted-website-embeddedart-article-1.195510

17 Ching Kwan Lee, *Against the Law: Labor Protests in China's Rustbelt and Sunbelt*, Berkeley, University of California Press, 2007, p. x.

18 *Ibíd.*, p. 162.

19 *Ibíd.*, p. 164.

20 *Ibíd.*

21 *Ibíd.*, p. 264.

22 *Ibíd.*, p. 265.

23 Palagummi Sainath, serie de artículos sobre suicidios de agricultores en Andhra, 2004. *India Together*, http:www.indiatogether.org/opinions/psainath/suiseries.htm.

24 P. Sainath, «Neo-Liberal Terrorism in India: The Largest Wave of Suicides in History», *Counterpunch*, 12 de febrero de 2009, http:www.counterpunch.org/ 2009/02/12/the-largest-wave-of-suicides-in-history-2/.

25 Noam Chomsky, «The Center Cannot Hold: Rekindling the Radical Imagination», alocución ante el Foro de Izquierdas, Universidad Pace, Nueva York, 21 de marzo de 2010. Colgado el 31 de mayo de 2010 en: http:www.democracynow.org/2010/5/31/noam_chomsky_the_center_cannot_hold

26 Entrevista a Noam Chomsky, Nueva York, 13 de abril de 2010.

27 Entrevista a Norman Finkelstein, Nueva York, 9 de marzo de 2010.

28 Edward S. Herman y Noam Chomsky, *Manufacturing Consent: The Political Economy of Mass Media*, Nueva York, Pantheon Books, 2002, p. 174 [ed. cast.: *Los guardianes de la libertad: propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995].

29 Lee Feinstein y Anne-Marie Slaughter, «A Duty to Prevent», *Foreign Affairs*, enero-febrero de 2004, http//www.foreignaffairs.com/articles/2004-01-01/duty-prevent

30 Michael Ignatieff, «Friends Disunited», *The Guardian*, 24 de marzo de 2003, http://www.guardian.com/politics/2003/mar/24/iraq.world.

31 *Fresh Air with Terry Gross*, National Public Radio, 18 de marzo de 2003.

32 La cinta adhesiva plateada alude a las declaraciones que hizo el 10 de febrero de 2003 un alto cargo estadounidense encargado de la prevención de incendios, cuando enumeró varios artículos útiles para protegerse de un potencial ataque biológico, químico o radiológico, entre ellos ese tipo de cinta adhesiva. En cuanto a la «alerta naranja»: según la clasificación instaurada después de los atentados del 11-S en Estados Unidos, la «alerta naranja» indica un nivel alto, situado entre el amarillo (alerta elevada) y el rojo (grave).

33 La Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas tiene un canal oficial en YouTube con discursos «importantes» de los Óscar, pero no incluye el de Moore, que se puede ver en: http://www.tagg.org/rants/mmooreoscar.html.

34 Tony Judt, «Bush's Useful Idiots», *London Review of Books*, 28:18, 21 de septiembre de 2006, pp. 3-5.

35 Entrevista a Jeremy Scahill, Washington D.C., 28 de abril de 2010.

36 Entrevista a Josh Stieber, Washington D.C., 28 de abril de 2010.

37 Entrevista a Malalai Joya, Nueva York, 28 de octubre de 2009.

38 Citado en Michelle Nichols, «Afghan opium feeding Europe, Russia, Iran addicts», Reuters, 21 de octubre de 2009, http://www.reuters.com/article /2009/10/21/us-afghanistan-opium-idUSTRE59K58K20091021.

39 Matthew Hoh, carta de dimisión enviada a la embajadora Nancy J. Powell, 10 de septiembre de 2009, http:www.docstoc.com/docs/13944018/Matthew-Hoh-Resignation-Letter.

40 Peter van Agtmael, *2nd Tour, Hope I Don't Die*¸ Portland, OR, Photolucida, 2009, p. 88.

41 Lori Grinker, *Afterwar: Veterans from a World in Conflict*, Milford, NY, de. Mo, 2005, pp. 58-59.

42 *Ibíd.*, p. 63.

43 *Ibíd.*, pp. 96-107.

44 *Ibíd.*, pp. 120-121.

45 *Ibíd.*, pp. 124-125.

46 Peter van Agtmael, *2nd Tour, Hope I Don't Die*, pp. 64-65.

03

El desmantelamiento de la clase liberal

> «Para los que aún conservamos una inquebrantable animadversión a la guerra, ha sido una amarga experiencia observar la unanimidad con la que los intelectuales estadounidenses se han lanzado a apoyar el recurso a la técnica de la guerra en la crisis en que se encuentra Estados Unidos. Socialistas, profesores universitarios, publicistas, periodistas de The New Republic y literatos han rivalizado por avalar con su fe intelectual el derrumbe de la neutralidad y el remachado de la mentalidad bélica en otros cien millones de habitantes del mundo. Y los intelectuales no se conforman con refrendar nuestro beligerante gesto. Ahora proclaman con suficiencia que eran ellos los que realmente lo querían, frente a las dudas y las obtusas percepciones de las masas demócratas estadounidenses. ¡Una guerra deliberadamente librada por los intelectuales! ¡Un sereno veredicto moral aprobado a regañadientes después de un penetrante estudio de datos inexorables! ¡Masas aletargadas, demasiado apartadas del conflicto mundial como para agitarse con él, demasiado carentes de intelecto como para percibir el peligro!»

Randolph Bourne
(*La guerra y los intelectuales*)[47]

Escoltado por un escuadrón de caballería por temor a un atentado anarquista, Woodrow Wilson abandonó la Casa Blanca una lluviosa tarde de abril de 1917 en dirección al Capitolio para pedir al Congreso que declarara

la guerra a Alemania. Los doce minutos de trayecto los realizó sin su familia, que se le había adelantado, y entró en la abarrotada Cámara de Representantes en medio de enfervorizados aplausos. Ante la sesión conjunta de las dos cámaras del Congreso, comenzó su discurso adoptando un tono pausado, coloquial. Se limitó a enumerar los acontecimientos ocurridos desde que Estados Unidos cortara las relaciones diplomáticas con Alemania. Calificó de ataque contra toda la humanidad la guerra submarina germana, que había producido el hundimiento de cargueros estadounidenses. Declaró que en su día había pensado que la neutralidad armada sería útil, pero que ahora estaba convencido de su ineficacia.

«Hay algo», afirmó Wilson, «por lo que no podemos optar, algo que somos incapaces de hacer: no optaremos por la senda de la sumisión ni permitiremos que se desatiendan o vulneren los derechos más sagrados de nuestra Nación y nuestro pueblo».

El presidente del Tribunal Supremo Edward Douglas White, veterano de la Guerra Civil en el bando de los confederados, que estaba sentado junto a los demás miembros de esa instancia judicial en la primera fila del estrado desde el que hablaba el presidente, interrumpió a este con aplausos que, tras contagiarse a todos los reunidos, no tardaron en atronar por toda la cámara.

«Profundamente consciente de la solemnidad e incluso del carácter trágico del paso que estoy dando», continuó Wilson,

> y de las graves responsabilidades que conlleva, pero obedeciendo sin dudar al que considero mi deber constitucional, pido al Congreso que proclame que las recientes acciones del Gobierno imperial alemán no son, en realidad, más que una declaración de guerra contra el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos; que acepte formalmente la condición de beligerante que de este modo se le ha impuesto y que de forma inmediata tome medidas no solo para poner el país en un estado de defensa más riguroso, sino que también utilice todo su poder y dedique todos sus recursos a someter al Gobierno del Imperio alemán y a poner fin a la guerra.

En ese momento, el juez White, un segregacionista acérrimo que gustaba de obsequiar a sus oyentes con batallitas heroicas demasiado fantásticas para ser creíbles, profirió algo que a muchos de los asistentes les sonó al grito de batalla de los confederados. Los congregados respondieron

poniéndose de pie y lanzando aclamaciones y vítores. Wilson, que en 1916 había basado su campaña para la reelección en el lema «él nos mantuvo fuera de la guerra», había cambiado radicalmente. Pedía al Congreso que enviara tropas estadounidenses a la brutal guerra de trincheras y a la matanza industrial que estaba desgarrando Europa y que ya había segado la vida de millones de muchachos. Y todo eso a pesar de que Estados Unidos era una nación díscola y dividida, que seguía viendo con profundo escepticismo su participación en el sacrificio al que Europa se entregaba. En un país de cien millones de habitantes, 14,5 habían nacido fuera de sus fronteras, entre ellos 2,5 en Alemania, y la hostilidad hacia Inglaterra, sobre todo entre los inmigrantes nacionalistas alemanes e irlandeses, era enorme. El pacifismo, un legado todavía muy generalizado del gravoso fratricidio de nuestra Guerra Civil, tenía entre sus paladines a conocidos oradores como William Jennings Bryan. Muchos de los estadounidenses que vivían en apartadas comunidades rurales se mostraban profundamente aislacionistas y recelosos del Gobierno, además de estar mal informados sobre la situación del mundo. Esa era una resistencia que habría que superar.

Con todo, la decisión de declarar la guerra se ratificó con rapidez. El Senado votó a favor por 82 votos frente a 6. La Cámara de Representantes lo hizo por 373 frente a 50. La guerra se declaró el 6 de abril, cuatro días después de la alocución de treinta y seis minutos de Wilson.

La Primera Guerra Mundial abrió las puertas de la modernidad. Nos legó el asesinato de carácter industrial —guerras que se libraban con máquinas y que se mantenían gracias a la producción industrial—, así como enormes burocracias bélicas, que por primera vez podían administrar y organizar de forma impersonal matanzas masivas que duraban meses o años y que en un instante podían acabar con la vida de cientos o miles de personas, que en muchos casos no llegaban a ver a sus atacantes. Las batallas de la Guerra Civil estadounidense no solían durar más de dos o tres días, en tanto que las de la nueva guerra industrial podían enconarse durante semanas y meses, gracias al flujo constante de municiones, líneas de abastecimiento a gran escala y transportes mecanizados que llevaban a las tropas hasta el campo de batalla en barco, tren y vehículos de motor. Para la guerra se podía recurrir a toda la capacidad industrial y organizativa de una nación, y

también a sus centralizados sistemas de información y control interno. La Primera Guerra Mundial alumbró el terrible leviatán de la guerra total.

Igualmente aciago fue que la guerra desencadenara nuevas y radicales formas de propaganda y de manipulación masivas, que posibilitaron el manejo de la opinión pública mediante innovaciones tecnológicas como la radio, el cine, la fotografía, las publicaciones baratas para el gran público y las artes gráficas. Con astucia, la propaganda masiva explotó las nuevas interpretaciones de la psicología de masas, dirigida por pensadores como Gustave Le Bon (*Psicología de las masas*), Wilfred Trotter (*Instincts of the Herd in Peace and War* [*El instinto gregario en la guerra y la paz*], Graham Wallace (*Human Nature in Politics* [*La naturaleza humana en la política*] y Gabriel Tarde («La opinión y la conversación»), así como la obra de pioneros de la psicología como Sigmund Freud.

La guerra acabó con valores y autopercepciones que en su día habían caracterizado la vida estadounidense, y los sustituyó por el miedo, la desconfianza y el hedonismo de la sociedad de consumo. La nueva propaganda de masas, más concebida para apelar a las emociones que para difundir hechos, demostró su enorme utilidad a la hora de enterrar ideas y valores alternativos. Llegó a vilipendiar a todo aquel que no se sirviera del lenguaje utilizado con las masas por las grandes empresas y el Estado. Esta situación presagió un profundo cambio cultural y político. Sofocó un breve y enérgico periodo reformista de la historia de EE UU, durante el cual los movimientos de masas, enfurecidos por los abusos de la oligarquía estadounidense, habían cundido por todo el país en demanda de cambios profundos. El ascenso de la propaganda de masas, posibilitado por la guerra industrial, acabó realmente con el populismo.[48]

Las agitaciones políticas registradas en los años previos a la guerra habían colocado a numerosos populistas y reformistas en puestos de poder, entre ellos a socialistas que, por vía electoral, llegaron a las alcaldías de Milwaukee y Schenectady. Aunque algunos mantuvieron el cargo hasta la década de 1950, la guerra describiría una nueva trayectoria para el país. La propaganda bélica no solo reforzó el apoyo a la guerra, incluso entre progresistas e intelectuales, sino que también desacreditó a disidentes y reformistas, tachándolos de traidores.

El ascenso de la propaganda de masas apuntó a la primacía de Freud, que había descubierto que la manipulación de mitos e imágenes poderosos, al apelar a miedos y deseos inconscientes, podía hacer que hombres y mujeres acogieran de buen grado su propio sometimiento e incluso su autodestrucción. Lo que Freud y los grandes investigadores de la psicología de masas comprendieron fue que las emociones no se subordinaban a la razón. Más bien, era al revés. Antes de la Primera Guerra Mundial, gran parte del pensamiento estadounidense, heredero del nacido en Europa después de la Ilustración, partía de la base de que la razón podía imponerse, de que en la esfera pública el puntal más sólido y eficaz del debate era la racionalidad. Se soñaba con una «dialéctica pura», encarnada en datos, hechos, postulados, deducciones o inducciones ajenas a emociones y condicionamientos. Por su parte, lo que Freud y los psicólogos de masas habían descubierto, y con ellos sus ahijados los propagandistas de masas, era una profunda verdad psicológica que quizá quienes antes y mejor la hubieron captado fueran los filósofos y retóricos de la Grecia clásica. Los filósofos helenos rendían tributo a la razón, en su calidad de *nous*, reflejo de la verdad divina representada en la mente humana. Pero su formación, antes que dialéctica, era retórica. Para poder influir en la opinión pública y conformarla, la argumentación lógica debía tener una resonancia retórica, emocional. Primero en la colina de Pnyx ateniense y después en el foro romano, los retóricos recurrieron a poderes de persuasión basados en la razón y los hechos. Muchos filósofos clásicos, empezando por Platón, advirtieron de que la apelación a los sentimientos solo era buena en la medida en que lo fuera el hombre que a ellos apelaba. Pero en la propaganda de masas del siglo XX esta advertencia se dejó a un lado. De lo que se trataba era de influir y de utilizar cualquier medio para hacerlo. Para despertar en las masas las emociones que se pretendían, se dejó a un lado el aspecto moral de la persuasión pública. Como ya sabían los griegos, y como Freud y sus seguidores redescubrieron, la ilusión de la «dialéctica pura» no era más que eso, una ilusión.

La contienda, vendida con lemas sencillos como «la guerra que pondrá fin a todas las guerras» o «la guerra que hará del mundo un lugar seguro para la democracia», más que castrar a intelectuales, artistas y progresistas, los sedujo. Su entusiasta adopción por parte de muchos intelectuales y

disidentes asombró a los pocos inquebrantables, que, como Randolph Bourne y Jane Addams, observaron con horror cómo la nación se precipitaba hacia la locura bélica. Los grandes periodistas de investigación, los artistas y los progresistas que habían utilizado su talento para desvelar los abusos que sufría la clase obrera secundaron el esfuerzo bélico.

El 22 de marzo de 1917, doce mil personas, atizadas por los ataques alemanes contra cargueros estadounidenses y las encendidas proclamas de condena aparecidas en la prensa, se reunieron en el Madison Square Garden neoyorquino para pedir la declaración de guerra durante un mitin organizado por el Comité Estadounidense de Derechos. Al día siguiente, y abandonando su oposición, William English Walling, Charles Edward Russell, Upton Sinclair y casi todos los demás líderes intelectuales del Partido Socialista, hicieron un llamamiento a la guerra. El movimiento antibelicista se vino abajo y sufrió múltiples deserciones, entre ellas las de figuras inquebrantables como el gobernador Arthur Capper de Kansas, que el 24 de marzo anunció que Estados Unidos tenía que luchar para defenderse de los «ataques asesinos [de Alemania] contra la vida y los derechos humanos».[49] Los predicadores de los púlpitos más destacados del país bendijeron el llamamiento a las armas, y las pocas voces que continuaron resistiéndose a la embriaguez bélica se vieron atacadas. Por ejemplo, el rector de la Universidad de Princeton, John Grier Hibben, se negó a permitir que el pacifista David Starr Jordan, exrector de Stanford, hablara en el campus. A Jordan le acogieron en la Primera Iglesia Presbiteriana de Princeton, donde intentó dirigirse a los reunidos, pero fue abucheado por estudiantes de licenciatura. En Filadelfia, Denver, Boston y Chicago tuvieron lugar multitudinarias concentraciones probélicas, a menudo con líderes y políticos progresistas como oradores. A los atribulados dirigentes de la Federación Pacifista de Emergencia, que intentaron celebrar contramanifestaciones, los acallaron los gritos de los partidarios de la guerra, y la policía interrumpió sus alocuciones y los golpeó.

«Hemos estado haciendo lo posible por trasladar al presidente y a los congresistas las posibles alternativas a la guerra», declaró Jordan:

> La labor no sería difícil si los afectados quisieran realmente la paz. Entretanto, está muy claro que la gente de Wall Street está llevando el

> agua a su molino y que los miles de hombres conscientes que piensan que... [deberíamos] hacer algo por Francia o Inglaterra no son más que un grano de arena en el mar de las grandes expectativas que conlleva tener al Tío Sam endosando miles de millones en bonos europeos y arrojando su dinero, junto con Morgan & Company, al pozo sin fondo de la guerra... Los alemanes se han comportado como vándalos, porque así es la guerra, pero la intolerancia y la tiranía con la que nos están empujando al combate eclipsa [*sic*] con mucho los desenfrenados métodos que hicieron caer al káiser y que produjeron el desastre de 1914.[50]

Cuando el Congreso declaró por fin la guerra, la mayoría de esos últimos resistentes, entre ellos Jordan, permitió que el nacionalismo se impusiera a los principios y respaldó el esfuerzo bélico. En la población todavía quedaban importantes bolsas de oposición, pero el movimiento antibelicista ya estaba descabezado.

«¡Una clase intelectual que conduce suavemente a una nación mediante la pura y simple fuerza de las ideas hacia territorios a los que otras naciones solo habían accedido gracias a artimañas depredadoras, histeria popular o locura militarista!», escribió Bourne:

> ¡Una guerra libre de cualquier mácula de egoísmo, una guerra que garantizará el triunfo de la democracia e internacionalizará el mundo! Esta es la visión que los intelectuales más autocomplacientes se han formado de sí mismos y que poco a poco están inculcando a una población a la que un presidente indiscutiblemente intelectualizado está conduciendo no se sabe bien a dónde. Y tienen razón, en el sentido de que, por muy conformes que acaben siendo las masas y por clara que sea la demostración de putativa intuición de los intelectuales, no cabe duda de que la guerra no surgió ni de los ideales ni de los prejuicios, ni de las ambiciones ni de las histerias nacionales, ni tampoco del pueblo estadounidense.[51]

Poco le costó a Wilson aplastar la disidencia mediante leyes draconianas, aunque en realidad no tenía por qué haberse molestado. El Congreso aprobó la Ley contra el Espionaje en 1917, que no solo penalizaba esa actividad, sino cualquier pronunciamiento considerado crítico hacia el Gobierno. El

presidente tenía pensado incluir una disposición que permitiera censurar directamente a los periódicos, pero el Congreso la rechazó. Al año siguiente sí aprobó una enmienda, conocida como Ley contra la Sedición, que convertía en delito la utilización de un lenguaje «desleal» o «profano» que pudiera fomentar el desprecio a la Constitución o a la bandera. La Ley contra el Espionaje y la Ley contra la Sedición se convirtieron en las burdas herramientas jurídicas utilizadas por la administración de Wilson para silenciar a progresistas aislados y a las menguantes fuerzas populistas que cuestionaban la guerra. Gracias a los poderes que le otorgaba la primera ley, el director general de correos Albert Burleson canceló los especiales privilegios postales que tenían las revistas que él tachaba de antipatrióticas, aumentó fulminantemente las tarifas y dejó fuera de la circulación a unas cien. Fueron detenidas unas pocas miles de personas, entre ellas el político socialista Eugene Debs, por criticar constantemente la guerra y hacer llamamientos a la insumisión militar y a la huelga. En junio de 1918 Debs fue encarcelado después de pronunciar un discurso antibelicista en Canton (Ohio). Después de su sentencia, el *Washington Post* escribió que «Debs es un peligro público y el país estará más seguro cuando se encuentre entre rejas».[52] El reo pasó más de dos años en la Penitenciaría Federal de Atlanta, hasta que el presidente Warren Harding le conmutó la pena el día de Navidad de 1921. Azuzadas por la encendida propaganda bélica y los gritos de guerra nacionalistas, hubo patrullas parapoliciales que atacaron directamente a quienes se oponían a la contienda, y llegaron en ocasiones a lincharlos.

Antes de la guerra, Estados Unidos había vivido una revitalización del progresismo político, lo cual condujo a una edad de oro del periodismo y las reformas sociales, pero eso ya era agua pasada. El progresismo volvería fugazmente a la vida en la década de 1930 con la Gran Depresión, para volver a ser aplastado durante la siguiente contienda. Con la Primera Guerra Mundial, los progresistas abandonaron el papel de críticos sociales para asumir el de propagandistas. Y lo hicieron a la perfección. Los movimientos emprendidos por los trabajadores pobres en las ciudades industriales y barriadas urbanas se transformaron en una abstracta cruzada destinada a remodelar el mundo mediante la violencia, mediante una guerra que pondría fin a todas las guerras. Mordazmente, Addams señaló: «A algunos nos

cuesta entender en qué experiencia puede basarse esta ridícula fe en la capacidad regeneradora de la guerra, pero el mundo se ha llenado de expresiones bonitas y esta, que servía de consuelo a muchos jóvenes soldados, se ha elegido para repetirla sin cesar con una absoluta falta de sentido crítico».

Puede que los antiguos socialistas y activistas fueran los más receptivos a los utópicos sueños de Wilson, que se imaginaba una democrática Sociedad de Naciones que acabaría definitivamente con la guerra. Después de todo, Wilson procedía de las filas de la clase liberal. Era elocuente y leído, conocía a muchos liberales y se sentía cómodo en el mundo de la teoría política y el pensamiento abstracto. Se escribía sus propios discursos y reflejaba los elevados ideales de los liberales. Esos intelectuales, en su día situados en los márgenes de la sociedad, se convirtieron en fieles aliados de la cruzada wilsoniana, que pretendía recrear el mundo mediante la violencia. En público se les ensalzaba y alababa de formas nuevas y seductoras. Ya no se sentían alienados del poder, sino más bien valorados y apreciados por la elite. Prestaron su considerable preparación a la guerra propagandística y, desde un punto de vista intelectual y moral, se suicidaron. Muy pocos encontraron la fortaleza moral necesaria para resistir. Y su esfuerzo conjunto para vender la guerra corrompió definitivamente a la clase liberal.

«Dicho de otro modo, los intelectuales se han identificado con las fuerzas menos democráticas de la vida estadounidense», lamentó Bourne.

> Han asumido el liderazgo bélico, precisamente para aquellas clases a las que la democracia estadounidense había combatido desde tiempo inmemorial. Solo en un mundo en el que la ironía había muerto podía una clase intelectual entrar en guerra poniéndose en cabeza de unas cohortes tan poco liberales, proclamándose defensora del liberalismo y de la democracia mundiales. Ya no queda nadie que señale el carácter antidemocrático de este liberalismo de guerra. En tiempos de fe, el escepticismo es el más intolerable de los insultos.

Arthur Bullard, en su día alumno de Historia de Wilson en Princeton, trabajó después como reportero y corresponsal en el extranjero, entre otros lugares en Rusia. Fue uno de los típicos intelectuales que asumieron el discurso bélico, trasladando sus energías desde la reforma social a la

propaganda estatal. Bullard, que con frecuencia escribía con el seudónimo de Albert Edwards para la revista bolchevique *The Masses* [*Las masas*], así como para *Harper's*, tenía intachables credenciales como aireador de abusos y activista social. Después de dos años de estudios, y espoleado por reportajes que desvelaban las miserables condiciones de vida de la clase obrera, había abandonado el Hamilton College para ocupar un puesto de supervisor de presos en libertad condicional en la Asociación para las Prisiones de Nueva York, y trasladó su residencia a University House, en el Lower East Side. A su llegada, University House estaba llena de escritores radicales y de trabajadores de centros comunitarios. Entre ellos figuraba el autor socialista William English Walling (fundador de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, NAACP); el premio Pulitzer Ernest Poole; Howard Brubaker, posteriormente columnista del *New Yorker*; el periodista Hamilton Holt; el director del semanario *The Independent* y el escritor Walter Weyl, redactor y fundador de *The New Republic*. Esos autores escribían artículos y libros sobre la situación de la vivienda y el empleo de los trabajadores en el Lower East Side, principalmente sobre las consecuencias que para mujeres y niños tenían las inhumanas condiciones laborales y la pobreza. Eran socialistas confesos y compañeros de viaje de los revolucionarios que intentaban derrocar al zar ruso Nicolás II. Poole, Walling y Bullard, agente de prensa de los Amigos de la Libertad de Rusia en América, viajaron a Rusia en 1905 para cubrir la fallida revolución y sus secuelas. Todos ellos establecieron contactos con intelectuales, escritores, artistas y revolucionarios rusos radicales. Bullard, que hablaba algo de ruso, publicó en *Harper's* y *Collier's* una serie de artículos sobre Rusia. En un reportaje que escribió para la última publicación en abril de 1906, bajo el seudónimo de Albert Edwards, les decía a los lectores:

> Mi objetivo al realizar este viaje era comprobar hasta qué punto podrían las tropas rusas reprimir un movimiento revolucionario mediante el puro y simple terrorismo. Estoy convencido de que no podrían. No han logrado capturar a los cabecillas. No han logrado desarmar al pueblo. No han conseguido apagar el fuego revolucionario entre las masas campesinas. Las ejecuciones indiscriminadas, las flagelaciones y las muertes en la hoguera no han

> hecho más que atizar el fuego; han convertido la indignación en la decisión personal de vengar a los familiares asesinados, el descontento en desesperación y la hostilidad en odio.

Su conclusión era que:

> El general Orlov es un militar y le dieron orden de reprimir la rebelión en estas provincias. Es lo que hizo y está haciendo, como puede, pero no tiene ni soldados ni cartuchos suficientes para hacerlo a conciencia. La posición del Gobierno ha sido perfectamente lógica, salvo por su premisa: que estamos en plena Edad Media y que un Estado existe gracias al miedo de sus súbditos.[53]

Bullard, que constató el poder del idealismo y la propaganda revolucionarios, creía que la fuerte censura y las leyes de secretos que postulaba Wilson le saldrían por la culata, sobre todo porque para muchos estadounidenses la guerra era algo que los banqueros y los industriales le habían hecho tragar al país. Unos y otros querían asegurarse de la devolución de los enormes empréstitos concedidos a las potencias europeas, algo que no ocurriría si Alemania ganaba la guerra. Bullard cayó en la cuenta de que la propaganda de masas podía ser un arma más potente que una represión manifiesta. Comprendió que podía alimentar los oscuros sentimientos del nacionalismo y los instintos violentos que hacían posible la contienda. Entendió que la población, con la dirección adecuada, apoyaría con entusiasmo la lucha. Para intentar influir en la forma de conducir la guerra de Wilson, a comienzos de 1917 le envió un ejemplar de su libro *Mobilizing America* [*La movilización de Estados Unidos*], en el que postulaba que si el Gobierno controlaba todos los mecanismos informativos y se servía de las artes para remachar el mensaje, podría adoctrinar al país para que apoyara la guerra sin tener que recurrir a formas de control manifiestas.

«Verdad y falsedad son términos arbitrarios», escribió Bullard. «Nada hay en la experiencia que nos diga que una sea preferible a la otra... Hay verdades inertes y mentiras vitales... La fuerza de una idea radica en su capacidad de inspiración. Muy poco importa si es verdadera o falsa».

Bullard le propuso a Wilson que el Gobierno constituyera un nutrido «departamento de publicidad, que no dejara de mantener ante la población

la importancia de apoyar a los hombres que estaban en el frente. Se incautaría de espacios en todas las primeras páginas de los periódicos; exigiría el "reclutamiento" de redactores preparados para proporcionarles a los lectores "noticias militares"; crearía un Cuerpo de Agentes de Prensa... Para que la democracia pueda luchar con total empeño», señaló, «es preciso que [la gente] entienda la situación».

Bullard, cuyos papeles examiné cuidadosamente una tarde en la Biblioteca de Manuscritos Seeley G. Mudd de la Universidad de Princeton, no dejó de oponerse enérgicamente al deseo que tenía Wilson de imponer una clara censura. En una carta privada, dirigida al presidente el 11 de marzo, Walter Lippmann insistió en la constitución del departamento de publicidad gubernamental que había pedido Bullard. Le decía a Wilson que la guerra había que vendérsela a una población escéptica fomentando «una opinión pública saludable».[54] Quizá sea Lippman, sobre todo en su libro de 1922 *Public Opinion* [*Opinión pública*] el que se muestre como personaje más siniestro del periodo. Temeroso del poder popular y lo suficientemente brillante como para saber manipular a la opinión pública, asume el papel intelectual del Gran Inquisidor. La guerra demostraría su carácter enormemente profético y *Public Opinion* se convertiría en una biblia de la nueva elite del poder.

Wilson captó el mensaje. Aceptó constituir el departamento que Lippmann y Bullard proponían y se lo entregó a progresistas y artistas. «No debemos formar y preparar para la guerra a un ejército, sino a una nación», proclamó.[55] Una semana después de declarada la guerra, el presidente creó el Comité para la Información Pública (CPI), que, encabezado por un antiguo aireador de abusos llamado George Creel, pasó a conocerse con el nombre de Comisión Creel y que sería la primera maquinaria de propaganda de masas moderna. Como Creel confesó, su objetivo no se limitaba a difundir mensajes probélicos, sino que debía desacreditar a quienes intentaran poner en cuestión la participación del país en la contienda. Y Creel, que conocía el mundo del periodismo, se propuso demoler sistemas de información descentralizados y diversos, recordando que durante el periodo de neutralidad anterior a la guerra, el país

> se había debatido en un mar de miles de prejuicios tendentes a dividirlo y que la opinión pública había quedado aturdida y confusa

> en medio de la pugna que mantenían las propagandas aliada y alemana. En el Oeste seguía cundiendo el aislacionismo; en el noroeste corría el rumor de que esta era una «guerra de ricos», iniciada para salvar los préstamos de Wall Street; a los hombres y mujeres de origen irlandés, que eran «neutrales», no les importaba quién fustigara a Inglaterra, y por doquier había demagogos que despotricaban contra los «belicistas», aunque los Du Pont y otros de los llamados «mercaderes de la muerte» no tenían siquiera pólvora suficiente para armar a los cazadores de ardillas.[56]

Las noticias, que antes salían de discursos locales y debates públicos, proyectando desde abajo el sentimiento y las preocupaciones de la población, ahora se dictarían desde arriba. El nuevo departamento tendría que ofrecer un constante redoble propagandístico y un relato probélico coherente, aislando o desacreditando cualquier opinión disidente. Como una sanguijuela, tendría que buscar en todas las páginas de noticias, aprovechando cualquier aspecto de la vida cultural del país, ya fuera el teatro, el cine, las novelas o la publicidad. Había que dirigir y controlar la gran variedad de periódicos, y con ella la de opiniones, preocupaciones y puntos de vista. Cualquier información sobre la guerra saldría de una única fuente, práctica esta a la que en posteriores generaciones se llamaría «atenerse a un mensaje». La uniformidad de las ideas sería total. Los desvelos de Creel (al término de la guerra su departamento daba trabajo a miles de personas) tuvieron dos consecuencias: saturaron el país de propaganda y desmantelaron la prensa local e independiente. Al finalizar la contienda, el comité asistiría al encumbramiento del presidente por parte del secretario de Estado Robert Lansing, que lo consideraba «el principal propagandista que el mundo contemporáneo haya conocido».[57] En la historia de Estados Unidos, ningún otro presidente había hecho más que Wilson por dañar la independencia y la libertad de prensa, ni por obstaculizar la defensa de las reformas sociales.

Los periódicos, mientras Creel les suministraba propaganda en forma de comunicados de prensa, comenzaron una incesante campaña de manipulación de la opinión pública ligeramente disfrazada de periodismo. La prensa no solo publicaba sin rechistar las peores sandeces que le entregaba el CPI, entre ellas noticias inventadas de atrocidades y crímenes

de guerra alemanes, sino que en sus páginas de información ponía en cuestión el patriotismo de los disidentes.

«radicales a sueldo de la paz alemana», se leía el 24 de junio de 1917 en un titular del *New York Times*, encima del siguiente subtítulo: «Una propaganda bien financiada, con amplios locales y mucho personal, inunda el país. toma ideas de rusia [.] Propone aquí consejos de soldados y delegados obreros que dirijan la guerra».

«Un grupo de hombres y mujeres, en representación de todas las sensibilidades radicales y pacifistas, se ha unido para llevar a cabo en este país una campaña que suscite sentimientos favorables a la paz, siguiendo las líneas defendidas por los más radicales y visionarios revolucionarios rusos», comenzaba diciendo el artículo.

> Dicho de otro modo, la paz que con su agitación defenderán por todo el país solo será la que, según las personas mejor informadas sobre las ideas del káiser y sus absolutistas seguidores, postula el Gobierno alemán. Ciertas personas destacadas del nuevo aparato de propaganda no niegan que si Alemania interrumpiera su guerra submarina, ellas defenderían que Estados Unidos abandonara a los Aliados y firmara su propia paz con Berlín.
>
> A esta nueva organización, partidaria de la paz a toda costa, pertenecen varios alemanes y muchos radicales de diversa procedencia. La organización se llama Consejo del Pueblo de América y se dice que cuenta con el apoyo de otras organizaciones como la Liga Antimilitarista Universitaria, dos de cuyos miembros fueron condenados la semana pasada por conspiración para obstruir las leyes militares de la nación; la Federación Pacifista de Emergencia, que tan atareada estaba en vísperas de la declaración de guerra contra Alemania, y la llamada Unión Americana contra el Militarismo.
>
> Parece que el Consejo del Pueblo, según lo llaman, tiene un sólido respaldo económico. Cuenta con una amplia serie de locales en el Edificio Docente, de la Quinta Avenida, 70, donde una veintena de estenógrafos y secretarias se ocupa de enviar cartas y pasquines, conminando, entre otras cosas, a la constitución en Estados Unidos de

un «Comité de Soldados y Obreros», como el que ahora existe en Rusia.

En uno de los panfletos que se están enviando aparece esta declaración:

«Se espera que nuestro propio Consejo del Pueblo exprese la voluntad de paz de América de manera tan inequívoca y eficaz como el Consejo de Delegados de Obreros y Soldados al hablar en nombre de Rusia».

En otro documento que se está enviando se dice que la organización trabaja en pro de «una paz pronta, general y democrática, a la que se llegará mediante la negociación y en consonancia con los principios esbozados por la nueva Rusia», en tanto que en otro lugar, por pura y simple alusión, denuncia al presidente [de EE UU] al declarar que «América ha renunciado al honor de liderar la paz y ahora participa en la carnicería internacional».

Según señala otra hoja de propaganda emitida en nombre de la organización: «Todos los días se atacan los derechos constitucionales [a] las libertades de expresión, de prensa y de asociación».

En las oficinas del consejo se declaraba abiertamente que la intención de los artífices de la agitación era inundar el país de propaganda y que se enviarían portavoces y agitadores a todos los rincones del país. Al líder sindicalista Joseph D. Cannon se le ha encargado hacer campaña entre los mineros del Oeste; A. W. Ricker, director de revista, intentará asentar la organización entre los granjeros del noroeste; el agitador sindical de Pensilvania James D. Maurer dedicará sus esfuerzos a los grandes centros laborales del estado, en tanto que el profesor L. M. Keasbey, de la Universidad de Texas, y un predicador australiano llamado Gordon, intentarán alinear al Sur contra el presidente Wilson y a favor de una paz que, tal como se suele admitir, es la que los alemanes aceptarían en este momento.

Algunas de las personas a las que se califica de «trabajadores infatigables» en la organización son David Starr Jordan, su tesorero; L. P. Lochner, al que se suele atribuir que convenciera a Henry Ford de que respaldara la aventura del barco de la paz; el reverendo Dr. Judah L. Magnes, Algernon Lee y Morris Hillquit, unos socialistas que hace poco no lograron el pasaporte para trasladarse a Europa,

donde querían asistir a la llamada Conferencia de Estocolmo; Max Eastman, director de un panfleto radical; J. Schlossberg, líder sindical; Fola La Follette, hija del senador de Wisconsin; el profesor W. L. Dana, de la Universidad de Columbia, que, según dicen en las oficinas de la organización, también es un miembro destacado de la Liga Antimilitarista Universitaria; la Sra. Emily Greene Balch, y una veintena de personas más con ideas parecidas, todas ellas virulentas oponentes de las políticas militares de la administración de Wilson.
Esta es una muestra de las cartas que el consejo está diseminando por el país.

Querido amigo: se congratulará usted con nosotros de las pruebas que existen de la presencia creciente de un poderoso deseo de paz. El éxito de la Primera Conferencia Americana por la Democracia y las Condiciones de Paz, y su notable culmen en el Madison Square Garden, han supuesto un rayo de esperanza para los muchos «que esperan en las tinieblas».

Noblemente apoyaste a la Federación Pacifista de Emergencia y una vez más te lo agradezco. La federación es una de las organizaciones que ahora se funden en un movimiento más amplio y poderoso, representado por el Consejo del Pueblo. Estoy seguro de que tu leal apoyo se trasladará a la nueva organización.

El Comité Organizador del Consejo del Pueblo está llevando a cabo una enorme tarea. El Consejo del Pueblo se reúne el 4 de agosto. Antes de ese momento, debemos conseguir que cuente con delegados procedentes de los miles de organizaciones de trabajadores, granjeros, mujeres, sacerdotes, antimilitaristas, socialistas, partidarios de un solo impuesto [sobre el valor de la tierra], etc. Debemos enviar a organizadores a explicar el objetivo del consejo, organizar cientos de mítines e inundar el país de pasquines.

Antes del 1 de agosto necesitamos cincuenta mil dólares. Queremos 25.000 billetes de dólar. Si 25.000 personas donaran un dólar cada una, eso significaría diez veces más que si unos donantes menos modestos aportaran la misma cantidad.

> ¿Querrías enviarnos 1 dólar? Envía más si puedes. Despierta el interés de tus amigos, anímalos a hacer su aportación, y permítenos contar contigo.
>
> Tuya afectísima,
> REBECCA SHELLY
> Secretaria financiera
>
> Puede afirmarse fehacientemente que las autoridades federales seguirán con atención las actividades de la organización. Dado que es evidente que el consejo cuenta con un sólido respaldo económico y que su objetivo confeso es atacar las políticas del Gobierno y agitar el descontento frente a la ley de reclutamiento, las verdaderas autoridades afirman que «habrá que vigilar[lo]», aunque en modo alguno se obstaculizarán sus actividades en tanto en cuanto se mantengan «dentro de la ley».
>
> Hay miembros del consejo que admiten que, de haberse hecho su voluntad, Francia no recuperaría Alsacia-Lorena, Bélgica no recibiría indemnizaciones por la destrucción ocasionada por los alemanes y el Lusitania quedaría sin venganza: dicho de otro modo, el mundo tendría una «paz alemana».[58]

Para las grandes empresas y el Gobierno, la propaganda de masas organizada durante la guerra, en la que participaron periodistas, gente del mundo del espectáculo, artistas y novelistas, se convirtió en el modelo propagandístico y publicitario para el siglo XX. La venta de la guerra de Irak por parte de la administración de George W. Bush salió del guion del CPI, al igual que la táctica utilizada por Exxon Mobil para destinar 16 millones de dólares a financiar una red de cuarenta y tres organizaciones «de base» opuestas a los estudios científicos que demuestran el cambio climático, a reclutar a otros científicos para que publicaran artículos no reseñados por colegas en los que cuestionaban las pruebas científicas, y a colocar repetidamente a esos «expertos» en las ondas nacionales para sembrar la confusión entre la opinión pública. La utilización de esas técnicas de propaganda ha permitido a las grandes empresas saturar las

ondas de imágenes y eslóganes que sacralizan la cultura consumista. Y ha supuesto la muerte de la prensa a manos de las grandes empresas.

«Entre 1909 y 1910 el 58 por ciento de las ciudades estadounidenses tenía una prensa variada en términos de propiedad y de perspectiva», escribió Stuart Ewen en su clásico *Captains of Consciousness* [*Capitanes de la conciencia*].

> En el año 1920 ese mismo porcentaje representaba a las ciudades en las que la prensa estaba controlada por un monopolio informativo. En 1930, el 80 por ciento de las ciudades estadounidenses había cedido ante un monopolio de prensa. El papel y la influencia de los ingresos por publicidad se había multiplicado por trece (pasando de 200 millones de dólares a 2.600) y eran las publicaciones periódicas, tanto los diarios como las demás cabeceras, las que actuaban como vehículo principal de ese incremento.[59]

En muchos sentidos, Creel fue el padrino de las relaciones públicas modernas. Así lo describió John Dos Passos: «Un camarón humano de ojos abrasadores, encajados en un rostro desagradable y bajo una mata de pelo rizado».[60] Procedía de una familia pobre de Virginia, fanáticamente leal a la causa confederada, que después de la Guerra Civil había emigrado de Misuri. Trabajó de reportero para periódicos de Kansas City y aireando escándalos para revistas neoyorquinas. Estaba casado con Blanche Bates, una conocida actriz de teatro, y dotado de una suprema confianza en sí mismo, una energía inagotable y una propensión a ver el mundo de forma dicotómica, que pintaba la realidad utilizando gruesos brochazos blancos y negros. Según el periodista Mark Sullivan: «Para Creel solo hay dos tipos de hombre. Están los canallas y el hombre más grande de la historia. Este último es un término colectivo e incluye a todo aquel que está de parte de Creel en cualquier asunto público que en ese momento le preocupe». Había que admitir, escribió Creel sobre sí mismo «que no me han legado una mente abierta. De la leche de mi madre recibí los prejuicios y mamé el sectarismo».[61]

En Washington, a muchos les molestaba el poder de Creel, que tenía acceso directo a Wilson, y después de que su utilidad fuera menguando con el fin de la guerra, no volvió a recuperar su preeminencia, aunque no dejara

de intentarlo. Tras la contienda se vio envuelto en dos turbios asuntos, el primero relacionado con un sospechoso negocio de venta por correo ubicado en Manhattan, el Pelman Institute of America, que vendía a domicilio un plan de autosuperación denominado «Pelmanismo». Prometía enseñar a la gente «a pensar, a utilizar plenamente los poderes de los que es consciente, a descubrir y entrenar el poder de los que no ha sido consciente» y aseguraba a los suscriptores que el «Pelmanismo» producía incrementos salariales «del 20 al 200 por ciento». Posteriormente se vio involucrado en el escándalo petrolífero de Teapot Dome y en 1924 admitió ante una comisión de investigación del Senado que había aceptado un cheque de 5.000 dólares a cambio de convencer al secretario de Marina Josephus Daniels, con el que había trabajado durante la guerra, de que alquilara dos explotaciones petrolíferas de propiedad pública a empresas privadas de ese sector. En las primarias demócratas de 1934 se enfrentó a Upton Sinclair, que le arrebató la candidatura al Senado de California. Franklin Roosevelt, que ya había soportado suficientemente la arrogancia de Creel durante la Primera Guerra Mundial, cuando el primero era subsecretario de Marina, rechazó sus peticiones de un puesto en la Oficina de Información Bélica durante la Segunda Guerra Mundial. Al final de su existencia, Creel era un furibundo anticomunista y un paladín de causas derechistas que trabajó con el senador Joseph McCarthy y con el miembro de la Cámara de Representantes Richard Nixon durante la llamada «amenaza roja» de finales de la década de 1940. Fue un adecuado colofón a su carrera.

Creel sabía que para poder vender la guerra debía socavar los poderosos movimientos sociales que no solo se habían opuesto a la misma, sino que habían puesto de manifiesto la brutalidad y la crueldad de grandes industriales como John D. Rockefeller. Si se dejaba en paz a los sindicatos, los periodistas progresistas, los pacifistas, los aislacionistas, al gran número de inmigrantes que no simpatizaban con los ingleses y al millón de socialistas, más o menos, que dirigía Debs —que en Cooper Union, Nueva York, anunció el 7 de marzo de 1917 que «antes de ir a la guerra en nombre de Wall Street»[62] prefería que lo fusilaran por traición—, toda esa gente supondría un obstáculo para la guerra de Wilson. La organización Trabajadores Industriales del Mundo (IWW), también llamada de los

wobblies, que contaba con unos 100.000 militantes, y quizá otros 200.000 partidarios activos, calificó la guerra de acto de explotación capitalista, animó a no presentarse al reclutamiento y convocó huelgas.

La realidad refrendó el temor inicial de Wilson a un tibio apoyo público a la guerra. Los índices de alistamiento eran pésimos, ya que entre abril y mediados de mayo solo se presentaron voluntarios setenta y tres mil hombres. El Gobierno se vio obligado a recurrir al alistamiento obligatorio. Entonces fue cuando Creel comenzó a trabajar.

Creel y sus colaboradores, entre ellos artistas, dibujantes, diseñadores gráficos, cineastas, periodistas y expertos en relaciones públicas, saturaron de propaganda bélica la vida cultural e intelectual del país. Lo hicieron superando los límites tradicionales de la propaganda. Entre las diecinueve divisiones que se constituyeron, se creó la de Syndicated Features [Contenidos para Distribución], que contrató a novelistas, escritores de relatos y ensayistas. En una manifestación de realismo social, estos autores de ficción enmascaraban la propaganda probélica y los mensajes progubernamentales en textos que llegaban a unos doce millones de personas al mes. Carteles y anuncios a favor de la guerra empapelaron el país. Hollywood, con merecida fama de chanchullera, produjo como churros populares películas bélicas como *El káiser: la bestia de Berlín*, *Los lobos de Kultur* y *Los cruzados de Pershing*. Un filme titulado *Al diablo con el káiser* tuvo tanto éxito que en Massachusetts se pidió la ayuda de los antidisturbios para contener a una multitud enfurecida que no había podido acceder al cine. La división cinematográfica ganaba casi dinero suficiente para sufragar sus actividades.

El comité de Creel estableció relación directa con dieciocho mil periódicos, once mil anunciantes nacionales y agencias de publicidad, diez mil cámaras de comercio, treinta mil asociaciones de fabricantes, veintidós mil sindicatos, diez mil bibliotecas públicas, treinta y dos mil bancos, cincuenta y ocho mil grandes almacenes, tres mil quinientas sedes de la YMCA [Asociación de Jóvenes Cristianos], diez mil miembros del Consejo de Defensa Nacional, mil asociaciones de publicistas, cincuenta y seis mil oficinas de correos, cincuenta y cinco mil jefes de estación, cinco mil oficinas de reclutamiento, cien mil centros de la Cruz Roja y doce mil representantes comerciales.[63] Todos se bañaban diariamente en una

propaganda bélica hecha a medida de sus intereses y profesiones. Y las pocas instituciones que se mostraron reacias a vomitarla fueron clausuradas.

En un libro de memorias de 1920 titulado *How We Advertised America* [*Cómo publicitamos Estados Unidos*], Creel escribió que «la guerra no se libró solo en Francia»:

> Se libraba por la mente de los hombres, por la «conquista de sus convicciones» y el frente cruzaba los hogares de todos los países.
>
> Fue ese reconocimiento del carácter capital de la Opinión Pública el que diferenció más esencialmente la Gran Guerra de todos los conflictos anteriores. La prueba de resistencia no solo tenían que pasarla amasijos de hombres armados, sino ideales contrapuestos, y los juicios morales cobraron el mismo valor que las decisiones militares... Todo, desde la primera a la última cosa, sin pausa ni cambio, se basaba en una sencilla propuesta publicitaria, una enorme labor comercial, la más grande aventura publicitaria de la historia...
>
> Ninguna parte de la gran maquinaria bélica nos fue ajena, no dejamos de utilizar ningún recurso para llamar la atención. La palabra impresa, la hablada, el cine, el telégrafo, el cablegrama, la radio, el cartel, la valla publicitaria: todo eso se utilizó en la campaña que emprendimos para que nuestro propio pueblo y todos los demás comprendieran las causas que habían llevado a América a tomar las armas... No solo debíamos estar unidos superficialmente, sino compartir una fe apasionada en la justicia de la causa de América que, en un candente y masivo instinto, debía fundir al pueblo de los Estados Unidos con una fraternidad, una entrega, un valor y una eterna determinación.

A diario, el comité utilizaba su redacción para componer textos que aparecían en los periódicos nacionales. Constituyó una agencia de noticias que difundía «hechos» sobre la guerra. Tenía una división de lenguas extranjeras con gran número de traductores, cuya misión era colocar artículos proamericanos en la prensa extranjera. Creó una oficina de portavoces, gracias a la cual había hombres, llamados de «los cuatro minutos», que se levantaban en cines, iglesias y actos sociales muy concurridos, o incluso en la calle, para lanzar mensajes probélicos y recaudar dinero para actos de promoción de los Liberty Loans [bonos «patrióticos»]. En los últimos tiempos de la guerra, Creel tenía a unos

setenta y cinco mil portavoces que pronunciaban discursos de cuatro minutos sobre temas preparados para ellos por el comité. Él los llamaba «la guardia estentórea». El CPI publicó la serie «Libros rojos, blancos y azules», con ensayos probélicos de destacados académicos e historiadores, entre ellos John Dewey y Walter Lippmann. Los periódicos nunca se vieron directamente censurados, pero sí recibían directrices del comité, que los inundaba con informes belicistas posteriormente reproducidos como si fueran noticias.

«Había carteles del CPI en todas las oficinas de correos», escribió Dos Passos. «Los boletines informativos del CPI estaban en todos los tablones de anuncios. Los semanarios locales y las publicaciones profesionales se nutrían de los tópicos de Creel. En un periodo de tiempo asombrosamente corto George Creel consiguió que toda la nación, a excepción, por supuesto, de la poco respetable minoría que insistía en formar sus propias opiniones, repitiera todos los lemas que salían del despacho del presidente durante la verbosa guerra destinada a hacer del mundo un lugar seguro para la democracia”».[64]

Los pocos que resistieron, gente como Bourne, Addams, Debs, Emma Goldman o Bertrand Russell, se convirtieron en parias. Con ayuda de Creel, la prensa los acusó de deslealtad y de ser proalemanes. Addams, fundadora socialista de Hull House en Chicago, que daba ayuda a familias pobres y obreras, fue abucheada cuando pronunció un discurso antibelicista en Carnegie Hall y tachada por el *New York Times* de antipatriota. Detectó el cambio que había experimentado la prensa ya en 1915, cuando los periódicos comenzaron a «convertir las actividades o la propaganda pacifista en algo tan absurdo que careciera absolutamente de influencia y sus autores quedaran tan desacreditados que nada de lo que pudieran decir o hacer se considerara digno de atención». En *Peace and Bread in Time of War* [*La paz y el pan en tiempo de guerra*] escribió además que «este intento coordinado de distorsión por parte de periódicos de todas las tendencias era algo bastante nuevo para mí».[65] Durante la arremetida, las voces discrepantes quedaron silenciadas. En 1902, la publicación socialista *Appeal to Reason* [*Llamada a la razón*] que, fundada en 1897, se nutría de autores como Jack London, Upton Sinclair, Mary «Mother» Jones y Debs, era, con 150.000 ejemplares, el cuarto semanario de mayor difusión del

país. Se oponía a la guerra —algo no frecuente entre las publicaciones al iniciarse la contienda—, pero el intento de mantener su posición antibelicista no tardó en situarla bajo una enorme presión. La Ley contra el Espionaje, al convertir en delito la publicación de textos que socavaran el esfuerzo bélico, llegó a censurar realmente su contenido. *The Masses*, otra publicación izquierdista, decidió suspender su salida durante la guerra, pero *Appeal to Reason* cedió y a regañadientes aceptó respaldar el esfuerzo bélico. Para el debate y la cultura estadounidenses, la labor de Creel fue como un cataclismo.

«Los colegios y los centros universitarios retiraron los cursos de alemán», escribió Dos Passos.

> Los platos alemanes desaparecieron de las cartas. La *sauerkraut* pasó a llamarse col de la libertad, a la rubeola [*sarampión alemán* en inglés] se le cambió el nombre. El llamado trébol alemán aparecía en los catálogos de semillas como trébol escarlata o de la libertad. Todas las manifestaciones culturales extranjeras se volvieron sospechosas. Las óperas germanas se retiraron del repertorio. La campaña contra la música alemana culminó con la detención del Dr. Carl Muck, anciano y muy admirado director de la Orquesta Sinfónica de Boston.[66]

El virus del nacionalismo infectó todos los aspectos sociales. A los perros salchicha [*dachshunds*] se les comenzó a llamar perros de la libertad. La Universidad de la Ciudad de Nueva York quitó un crédito a todos los cursos impartidos en alemán. Catorce estados prohibieron que se hablara esa lengua en las escuelas públicas. Los estadounidenses de origen germano, al igual que los de procedencia nipona durante la Segunda Guerra Mundial, sirvieron de chivos expiatorios. En Van Houten (Nuevo México), una turba enfurecida acusó a un minero inmigrante de apoyar a Alemania. La multitud le obligó a arrodillarse ante ella, besar la bandera y gritar: «Al diablo con el káiser». En abril de 1918, Robert Prager, un minero del carbón nacido en Alemania, fue acusado por una multitud que llegó a reunir a 500 personas de acumular explosivos en las afueras de San Luis. A Prager, que había intentado alistarse en la Armada pero que había sido rechazado por razones médicas, le desnudaron, le envolvieron en una bandera estadounidense, le condujeron descalzo y tropezándose por las calles, y le

lincharon mientras la turba prorrumpía en vítores. Durante el juicio contra los cabecillas de la turba, que se presentaron ante el tribunal luciendo cintas rojas, blancas y azules, su abogado adujo que la muerte había sido un justificable «asesinato patriótico». El jurado tardó veinticinco minutos en emitir un veredicto de exculpación de los reos. Uno de sus miembros gritó: «¡Bueno, supongo que ya nadie puede decir que no somos leales!». Sobre el juicio, el *Washington Post* escribió que «a pesar de excesos como el linchamiento, constituye un saludable y sano despertar del interior del país». Nunca se encontraron los explosivos que supuestamente Prager estaba acumulando.

El enorme debilitamiento de las fuerzas populistas durante la guerra condujo a su destrucción después de la misma. La propaganda bélica, cuyo motor era el miedo, cambió inmediatamente el blanco de sus odios, que pasó de los alemanes a los comunistas. Durante las «redadas de Palmer», del 7 de noviembre de 1919, segundo aniversario de la Revolución Rusa, fueron detenidos más de diez mil supuestos comunistas y anarquistas. Muchos quedaron retenidos durante una larga temporada sin juicio. Cuando Emma Goldman, Alexander Berkman, Mollie Steimer y otros 245 emigrados nacidos en Rusia fueron liberados, se les deportó a Rusia. *Appeal to Reason* fue clausurada en noviembre de 1922.

«Mediante una campaña de difusión y publicidad de una magnitud nunca vista en la historia, mediante argucias y mentiras, exageraciones y tergiversaciones, persistentes y continuas apelaciones, tanto a los más bajos como a los más nobles rasgos humanos, recurriendo a cualquier sistema o método imaginable y nunca vistos, los grandes intereses económicos, ansiosos de entrar en combate y con la colaboración de los Junkers del mundo, arrojaron a la humanidad a la guerra mundial», escribieron Berkman y Goldman en «Deportación: su significado y su amenaza en 1919».

> El odio, la intolerancia, la persecución y la represión —factores para una «educación» eficaz en la campaña de alerta y de guerra— ya están calando hasta las entrañas de este país y propalando su virulento veneno hacia todos los confines de nuestra vida social. Pero ya no hay «hunos» a los que odiar y linchar... Aunque el Frankenstein, la intolerancia y la represión cultivadas por la campaña bélica están ahí,

> vivas y vitales, y deben encontrar alguna forma de canalizar la amargura y el sufrimiento acumulados. ¡Ahí está el radical, el bolchevique! ¿Qué mejor presa puede haber para arrojársela al monstruo de Frankenstein?

«Desde hacía tiempo mucha gente suponía que el liberalismo era la libertad para saber y decir, no lo que gustaba o convenía, ni siquiera lo que era patriótico, sino lo que se consideraba cierto», escribió Addams. «Entonces esos liberales cayeron en la cuenta de que una clara secuela de la guerra era la preponderancia de la masa sobre el individuo, hasta el punto de constituir una verdadera revolución en nuestras relaciones sociales».[67]

El CPI se clausuró el 12 de noviembre de 1918, un día después del fin de la guerra. Las actividades de su división de exteriores terminaron unos pocos meses después. Sin embargo, a los empleados del organismo no les costó encontrar trabajo. El politólogo Harold Lasswell, autor de uno de los mejores estudios sobre el poder de la nueva propaganda de masas en su libro *Propaganda Technique in the World War* [*La técnica de propaganda en la guerra mundial*], señaló que gran parte de los antiguos expertos del CPI gravitaron inmediatamente hacia la Administración y hacia sedes de grandes empresas radicadas en Washington y Nueva York. Dos años después, el director de esa división de exteriores escribió que «la historia de la propaganda en la guerra poca atención merecería aquí de no ser porque no acabó con el armisticio. ¡En absoluto! Los métodos inventados y probados durante la guerra eran demasiado valiosos para los fines del Gobierno, las facciones y los intereses especiales». Edward Bernays, sobrino de Freud y padre de las relaciones públicas contemporáneas, que había trabajado para Creel en América Latina, se convirtió en un importante personaje de Madison Avenue[68] y en un defensor de la propaganda de masas como instrumento de control por parte del Gobierno y las empresas. «Evidentemente, fue el increíble éxito de la propaganda durante la guerra lo que abrió los ojos de la minoría preparada que habita en todos los negociados de la vida a las posibilidades que presenta disciplinar lo que debe pensar la población», escribió Bernays en su libro de 1928 *Propaganda*. «Era natural que, al término de la guerra, las personas preparadas se preguntaran si no sería posible aplicar técnicas similares a los problemas de la paz».

Hubo quien criticó este nuevo negocio de fabricación de la opinión pública. John Dewey puso en cuestión a los que en ese momento disfrazaban por sistema la propaganda de información. «Lo que los hombres escuchan y conocen suscita incomodidad y preocupación», escribió Dewey, y la «atención paternalista al origen de las ideas humanas, en su día generada por la guerra, se traslada a los problemas de la paz». Dewey señaló que la manipulación de la información se apreciaba en las noticias sobre la Rusia posrevolucionaria. Lo mismo pensaba en 1919 *The Nation*, aduciendo que «lo que ha ocurrido respecto a Rusia es la demostración más sorprendente de lo que puede lograr la propaganda del Gobierno... Matanzas de San Bartolomé que nunca tuvieron lugar, junto a los más disparatados rumores sobre el comunismo y las mujeres, asesinatos y carnicerías, tomados de oscuros periódicos escandinavos, se trasladan con premura a EE UU, en tanto que se censura todo lo favorable a los soviéticos, cualquier logro positivo».

El huno, destinatario del odio y el desprecio durante la guerra, fue sustituido por el bolchevique. La manipulación social mediante el miedo, que durante la contienda había consolidado el poder de la elite, se utilizó una y otra vez para descubrir a quienes se tachaba de «enemigos internos» y para repeler a los externos. Sin embargo, más que las cazas de brujas oficiales, lo que acabaría resultando más letal sería la publicidad de las grandes empresas. La información tenía que librar batalla con enormes y refinadas campañas de propaganda, muy bien financiadas. Y también se vería privada de las herramientas de persuasión emocional perfeccionadas por la propaganda de masas. Ahora la información se limitaría a buscar datos, equilibrio y objetividad. Las poderosas técnicas diseñadas para apelar a la emoción, para crear seudo-acontecimientos que el público podía confundir con la realidad, para tomar constantemente el pulso a la población mediante encuestas y estudios de opinión que parecían dar al pueblo lo que quería, quedarían en manos de los enemigos de la verdad. Tal como escribió Bourne, se prepararía a la población para comunicarse en una lengua en la que «los silogismos simples sustituyen al análisis, las cosas se conocen por sus etiquetas [y] son nuestros anhelos los que dictan lo que vemos».

A través de la comunicación de masas, la guerra inició la destrucción de las culturas de EE UU, porque hubo un momento en el que tuvimos varias culturas regionales. Acabó convirtiendo el consumo en una compulsión interna, que erradicó las diferencias. Los viejos valores del ahorro, las identidades regionales con su propia iconografía, la expresión estética y la historia, las diversas tradiciones de los inmigrantes, la autosuficiencia y una prensa que estaba descentralizada para dar a los ciudadanos una voz dentro de sus comunidades, todo esto lo destruyó la cultura empresarial. Los anuncios de las grandes compañías implantaron nuevos deseos y hábitos. Según aseguró la cultura empresarial a la población, las frustraciones y el descontento individuales podían solucionarse gracias a las maravillas del consumismo y la homogeneización cultural. La cultura o las culturas estadounidenses fueron sustituidas por una cultura y una política basura. Y ahora, alzándonos sobre las cenizas de la cultura, inspeccionamos las ruinas. Los eslóganes publicitarios y la cultura de masas se han convertido en un vocabulario común que ha privado a los ciudadanos de una lengua con la que entender la destrucción. La fabricada cultura del consumo se convirtió en la cultura estadounidense. Mientras los periódicos se fusionaban formando cadenas, se iban silenciando las voces locales e independientes. En la prensa, el paso del odio hacia el huno al odio al rojo se hizo sin fisuras. Al principio, la propaganda vinculaba a los comunistas con la maquinaria de guerra germana. El 15 de junio de 1919 el *New York Times* resumió una investigación del Senado sobre el comunismo, en la que los testigos anticomunistas, uno tras otro, aseguraron a los senadores que Lenin y Trotski eran agentes alemanes y que Alemania había avalado la revolución soviética. Hubo «expertos» que declararon que el nuevo régimen ruso era un ferviente partidario de las clínicas de «amor libre» y que era «contrario a Cristo». Un testigo, el reverendo George Simons, dijo ante el comité que «más de la mitad de los agitadores de la llamada revolución bolchevique son yidis» y que la mayoría de los «judíos apóstatas» procedían del Lower East Side de Manhattan. Simons aseguró igualmente que la revolución la había financiado Alemania, lo cual indujo a Lee Overman, senador por Carolina del Norte, a declarar que «sería muy sorprendente que el movimiento bolchevique se hubiera iniciado en este país, financiado por alemanes, ¿verdad?». El senador William King, de Utah, preguntó al mismo testigo si los bolcheviques, «los varones, violan,

fuerzan y despojan a las mujeres a su antojo». La respuesta fue: «Desde luego que sí». Según Simons, eran «los perros más asquerosos» que él había visto en su vida.[69]

El testimonio era tan fantasioso y absurdo como la plétora de atrocidades inventadas sobre soldados alemanes que entraban en los conventos para violar a las monjas, pero junto a otras tergiversaciones parecidas galvanizó al país llevándolo a la pasividad política. En su simplicidad y su crudeza, poco se diferenciarían de él las posteriores cazas de brujas anticomunistas.

El *Times* resumió los ocho meses de investigaciones del comité con el siguiente titular: «Los senadores explican qué significa el bolchevismo en América». El periódico tomaba del informe 29 «rasgos destacados que constituyen el programa del bolchevismo que hoy existe en Rusia y que se presenta al resto del mundo como una panacea para todos los males». Entre ellos figuraban «la confiscación de todas las fábricas, talleres, minas e instituciones industriales y la entrega del control y organización de los mismos a sus empleados»; «la separación absoluta entre iglesias y escuelas», «la creación, mediante leyes de matrimonio y de divorcio, de un método conducente a la legalización de la prostitución, cuando se base en el consentimiento de las partes», «la negativa a reconocer la existencia de Dios en sus procesos gubernamentales y judiciales» y la «concesión de derechos de ciudadanía a los extranjeros, sin importar la duración de su residencia ni su inteligencia».[70]

El discurso civil y político lo envenenaron los juramentos de lealtad, la obsesión paranoica con el espionaje y la desconfianza hacia la discrepancia. Después de la Segunda Guerra Mundial, y aduciendo la existencia de amenazas internas y externas, este miedo inventado consiguió convencer al país de que debía destinar una cantidad sorprendente (la mitad de los gastos del Estado), a la defensa, nutriendo con varios miles de millones más sus servicios de información para sostener, en nombre de la batalla mundial contra el comunismo, a dictadores atroces en América Latina, Oriente Próximo, Asia y África. Manifestaciones como las pintorescas novelas por entregas, los poemas, las noticias locales, los debates de pueblo y otras formas de expresión popular que en su día habían ocupado un lugar tan destacado en la prensa, desaparecieron de las páginas de los periódicos de masas, y fueron sustituidas por cotilleos sobre famosos, la airada retórica de

la Guerra Fría y columnas distribuidas por todo el país. Los periódicos se convirtieron en algo tan comercial y centralizado como el resto de la cultura de masas.

Gracias a los ingresos publicitarios, el negocio de esa cultura reportó sumas ingentes a los medios de comunicación a gran escala. Pero la propaganda empresarial y pública redujo drásticamente los parámetros de lo que se consideraba aceptable debatir. Así comenzó un proceso de fusión de cabeceras de prensa en enormes conglomerados que conduciría a una situación en la que prácticamente todo lo que vemos, escuchamos o leemos procede de más o menos media docena de grandes empresas como Viacom, Disney, General Electric y News Corporation, de Murdoch. Y así es como la información se ha convertido en una caja de resonancia de la elite.

Los movimientos liberales y radicales de finales del siglo XX participaron de la ficción de que la diligencia, la probidad moral y el reformismo humanos, unidos a los avances científicos y tecnológicos, podrían conjugarse para crear una utopía terrenal. Como escribió el historiador Sidney Pollard, es «dar por hecho que existe una pauta de cambio en la historia de la humanidad... que consiste en cambios irreversibles que únicamente van en una dirección y que esa dirección conduce a la mejora».[71] Los pobres ya no tendrían que esperar para alcanzar el cielo. La justicia y la prosperidad llegarían gracias a las instituciones humanas.

La clase liberal, alentada por la aparición de una prensa independiente, sindicatos combativos, colonias obreras, campañas contra la pobreza y la prosperidad creciente del país que había legado la revolución industrial, hizo suyas las instituciones y, sobre todo, el Estado, viendo en ellas instrumentos para el progreso. Esta fe creó una nueva forma de liberalismo que se apartó del «liberalismo clásico». Aunque esos dos credos tenían algunas características en común, entre ellas el respeto a los derechos individuales, la nueva clase liberal era y sigue siendo claramente utópica. Deposita su fe en que las reformas prácticas del Estado sirvan para alcanzar una sociedad justa. El liberalismo clásico, aunque hacía suyos los objetivos de la Ilustración, estaba adornado con una saludable dosis de escepticismo sobre la perfectibilidad humana y era profundamente consciente de la naturaleza y la potencia del mal. El contemporáneo perdió esa conciencia.

Consideraba que las instituciones y el Gobierno eran mecanismos que, si se controlaban adecuadamente, conducirían inevitablemente a una mejora de la humanidad.

La fe en las instituciones humanas era esencial para el Evangelio Social, un movimiento cristiano que se articuló a comienzos del siglo XX a través de libros como *Christianity and the Social Crisis* [*El cristianismo y la crisis social*], publicado en 1907, y *Theology for the Social Gospel* [*Teología para el Evangelio Social*], aparecido una década después; ambos fueron escritos por Walter Rauschenbusch, principal figura del movimiento. El Evangelio Social sustituyó la preocupación por la condenación y el pecado por la fe en el progreso humano. De él surgió el movimiento Chautauqua, con cientos de sucursales en todo el país. Sus comunidades eran partidarias de los sindicatos, la negociación colectiva, la creación de servicios sociales para los pobres, los baños públicos para personas sin hogar y la educación universal, aunque el movimiento, que no estaba libre de muchos de los prejuicios de su época, dejaba fuera a los católicos y a los afroamericanos. Organizaciones como el Templo del Trabajo de Nueva York, la Universidad Comunitaria de Chicago y las cruzadas de Washington Gladden, destinadas a mejorar las condiciones laborales en Columbus (Ohio), formaron parte de esta embriagadora fusión de religión y reforma, versión esta que hacían las iglesias cristianas de la fe de la clase liberal en el poder del reformismo y el progreso humanos a través del buen gobierno. La arenga pronunciada por el reverendo Josiah Strong, en el sentido de «que Cristo no solo vino a salvar el alma de cada uno, sino a la sociedad», convirtió las iglesias en organizaciones contra el consumo de alcohol, oficinas de contratación y comedores sociales. A la salvación se podía llegar a través de organismos creados por el ser humano. El Evangelio Social secularizó la escatología cristiana tradicional, fundiéndola con las visiones utópicas del progreso material adoptadas por el conjunto de la clase liberal.

Los años previos a la Primera Guerra Mundial habían dado esperanzas a los reformadores liberales. Fue Ida Tarbell quien en 1902 denunció las despiadadas prácticas empresariales de John D. Rockefeller y de Standard Oil en la revista *McClure's Magazine*. Sus artículos a ese respecto, después publicados en forma de libro, avivaron las protestas contra esa empresa y tuvieron mucho que ver con las medidas antimonopolio que el Gobierno de

EE UU tomó contra Standard Oil Trust, lo que condujo finalmente a la división de la compañía en 1911. En 1905, Samuel Hopkins Adams, contemporáneo de Tarbell, escribió para *Collier's* una serie de once artículos titulada «El Gran Fraude Americano», en la que denunciaba muchas de las falsedades que proclamaban los fabricantes de fármacos patentados. Adams descubrió que en algunos casos esos productos eran perjudiciales para la salud. La serie condujo a la aprobación en 1906 de la Ley sobre Pureza de los Alimentos y las Medicinas. La denuncia que Upton Sinclair hizo de las condiciones inhumanas que imperaban en los mataderos en su escandalosa novela *La jungla* contribuyó también a la aprobación de esa ley y a la Ley de Inspección Cárnica. Esas revelaciones, entre ellas la denuncia que hizo Lincoln Steffens de la corrupción municipal, encajaban perfectamente en las reivindicaciones del Evangelio Social, de los sindicatos, del ala progresista del Partido Demócrata o de los departamentos de Sociología universitarios, que, cuando se fundaron, se centraban en las medidas que había que tomar para fomentar el reformismo social.

A los aireadores de abusos y a los reformistas del Evangelio Social se habían unido combativas organizaciones sindicales, entre ellas los anarcosindicalistas de la IWW (los *wobblies*), que organizaron huelgas de trabajadores no cualificados en las hilaturas de Nueva Inglaterra, las minas de hierro de Minnesota y las acerías de Pensilvania. Antes de la guerra, los *wobblies* lideraron los plantes de cientos de miles de obreros industriales. Más que únicamente un sindicato, ellos se consideraban un movimiento revolucionario y, al contrario que la mayoría de las centrales obreras, ya incluían a mujeres, inmigrantes y afroamericanos. Postulaban una inflexible lucha de clases y en 1905, durante el acto de constitución del movimiento, su legendario líder Bill Haywood les dijo lo siguiente a los delegados:

> Compañeros trabajadores, este es el Congreso Continental de la clase obrera. Estamos aquí para coaligar a los trabajadores de este país y formar un movimiento de la clase obrera cuyo objetivo sea su emancipación de la servidumbre que la esclaviza al capitalismo... Los fines y objetivos de esta organización deben ser la obtención para la clase obrera del poder económico, de los medios de vida y del control de la producción y la distribución, sin consideración hacia los amos capitalistas.[72]

El socialismo tenía muchos adeptos. En 1912 Debs obtuvo un millón de votos. El Partido Socialista publicaba veintinueve semanarios en inglés y veintidós en lenguas extranjeras, dirigiéndose así a comunidades de inmigrantes que diligentemente protegían sus idiomas y culturas; también publicaba tres diarios en inglés y seis en otras lenguas. El sindicato United Mine Workers [Mineros Unidos] era mayormente socialista. Y hubo socialistas que fueron elegidos congresistas y alcaldes de alrededor de una docena de grandes ciudades. Los socialistas estuvieron a punto de derrotar a Samuel Gompers en la carrera por la presidencia de la Federación Estadounidense de Sindicatos.

Sin embargo, al declararse la guerra, todo se acabó. Dwight Macdonald señaló con pesar que «el radicalismo americano iba dando grandes zancadas hasta el mismísimo 1914; la guerra fue la piedra contra la que se estrelló».[73]

La transformación cultural y social ocurrida después de la guerra, que E.P. Thompson describió en su ensayo «El tiempo, la disciplina laboral y el capitalismo industrial», supuso mucho más que la aceptación de un sistema económico o el triunfo de un nacionalismo sin impurezas. Como Thompson señaló, formó parte de una reinterpretación revolucionaria de la realidad, que apuntaba la primacía de la propaganda y la cultura de masas. En *El declive del hombre público*, Richard Sennett se centró en esta, a la que consideraba una de las fuerzas primordiales que impulsa lo que él calificó de nueva «mentalidad colectiva [...] generada por una fantasía común». Algo con lo que los grandes propagandistas del siglo solo podían estar de acuerdo, pero añadiendo al argumento de Sennett que quienes podían manipular y difundir esas fantasías también podían determinar qué direcciones tomaba y qué opiniones hacía suyas la «personalidad colectiva».

Los impulsos suicidas y la matanza a escala industrial de la Primera Guerra Mundial hicieron burla de la utopía que hablaba de un cielo en la Tierra y de la inevitabilidad del progreso humano postulado por el Evangelio Social. En su *Carta a los romanos* (*Der Römerbrief*), publicada en 1918, el teólogo suizo Karl Barth hacía añicos la ingenua fe que mostraba el movimiento del Evangelio Social al creer que los seres humanos podían vincular la voluntad de Dios a las tareas humanas. Según Barth, los cristianos no podían ni imaginar ni crear el reino de Dios en la

Tierra. Pero la iglesia liberal nunca encontró una respuesta adecuada a la crítica de Barth. Se instaló en un humanismo difuso y en ensimismadas formas de espiritualidad.

Después de la guerra, como Stuart Ewen me dijo cuando nos vimos en Nueva York, todos los sistemas de discurso, comunicación y expresión públicos estaban «sistemáticamente diseñados para evitar incluir cualquier información o conocimiento que pudiera animar a la gente a evaluar la situación». La propaganda de masas acabó con la existencia de una opinión pública informada. «A excepción de los que buscan información fuera del país o en fuentes no tradicionales», se lamentaba Ewen, «la visión que se da a la gente del conjunto del universo se reduce a la de una tira cómica».

«Por ejemplo, a finales de la década de 1920 surge un aparato socio-psicológico bastante complejo, concebido para tomar la temperatura a las emociones de la población, no para dar cuenta de sus sentimientos sino para modelarlos», afirmó Ewen:

> Esa institución, que parte de la Corporación Psicológica en la década de 1920, acaba convirtiéndose en un importante sector dedicado a estudiar el voto y a realizar encuestas, que no solo va calando en el entorno comercial sino que comienza a calar en el académico. En ese ámbito se ha ido convirtiendo en algo cada vez más poderoso. Casi todos los casos de la atención humana se están sometiendo a esa clase de estrategia. Los recursos de que se dispone para sufragarla son enormes y la cantidad de dinero que se destina a la deseducación del pueblo estadounidense es mucho mayor y se gasta con mucho más entusiasmo que la que recibe su educación.

La clase liberal, que creía que debía adaptar sus ideas a esa nueva retórica vacía de las comunicaciones de masas, comenzó a expresarse con el vocabulario infantil y las simplonas frases con gancho de los medios de comunicación comerciales. El debate intelectual, en su día típico del discurso político del país, se atrofió. La clase liberal sucumbió a la necesidad de atraerse al público, olvidando que, según escribió Macdonald, «al igual que ocurre en las artes y las letras, la capacidad de comunicación con una audiencia numerosa es inversamente proporcional a la excelencia del enfoque político. Esto es negativo: al igual que ocurre en el arte, es un factor deformante e incapacitante. Tampoco es una regla universal: en el

pasado, las ideas de una diminuta minoría, en ocasiones prácticamente reducida al punto de fuga de un solo individuo, han ido poco a poco calando en un número cada vez mayor de sus congéneres».[74]

Tal como advirtió Macdonald, la adopción de la simplificación por parte de la cultura hizo que la población no tuviera más remedio que expresarse mediante tópicos y lemas precocinados. Condujo a una prohibición de la complejidad, y empujó todavía más a los márgenes las ideas difíciles, originales o inusuales. La agresión que sufrió el pensamiento radical y original, que por definición no encajaba en el vocabulario cultural popular, afectó especialmente a manifestaciones artísticas como el teatro.

La corriente radical que recorrió la escena en las décadas de 1920 y 1930 reportó nuevas y vigorosas maneras de pensar a públicos que no tenían ni tiempo ni ganas de leer teoría social. El teatro se convirtió en uno de los últimos medios eficaces que tenían los artistas para competir con la cultura consumista empresarial apelando a la emoción y a los hechos. Se opuso a la propaganda de masas utilizando muchos de los métodos de la propaganda comercial. Ante las agitaciones políticas que precedieron a la Primera Guerra Mundial, durante la Depresión y, con un último suspiro, en plena guerra de Vietnam, el teatro respondió con obras de contenido político que, al igual que los órganos de propaganda de masas, estaban concebidas para atizar sentimientos. En la década de 1920, en el Provincetown Playhouse se representaron las primeras obras de Eugene O’Neill y de Susan Glaspell. Entre los autores representados en el New Playwrights’ Theatre [Teatro de los Nuevos Dramaturgos], sufragado por el banquero Otto Kahn, figuraba el dramaturgo comunista Mike Gold, autor de *Jews Without Money* [*Judíos sin dinero*], y artistas de izquierdas como Francis Edward Faragoh, Emjo Basshe, John Howard Lawson y John Dos Passos. Lawson, que después sería uno de los «diez de Hollywood», y que estuvo encarcelado durante un año por negarse a responder a las preguntas del Comité de Actividades Antiestadounidenses de la Cámara de Representantes (HUAC), escribió un obra con influencia del jazz, *Processional*, sobre conflictos laborales, prejuicios y violencia en una localidad minera de Kentucky.

Basshe escribió un manifiesto para el New Playwrights, abogando por «un teatro tan borracho, bárbaro y tumultuoso como nuestra época». En la puerta del Cherry Lane Theatre que, situado en Commerce Street, en

Greenwich Village [Nueva York], había alquilado ese colectivo para su segunda temporada, se colgó una bandera roja. Dos Passos escribió el manifiesto para esa temporada, titulado «Hacia un teatro revolucionario», en el que defendía una práctica teatral que «tome su vida y sus ideas de los sectores conscientes de las clases trabajadoras industriales y administrativas que están dispuestos a tomar el control de la gran masa fofa de la sociedad capitalista y moldearla para sus propios fines». Esos radicales pretendían cambiar el contenido y las formas teatrales. El nuevo teatro social se situaría «entre una misa mayor... y el circo de Barnum y Bailey».

En 1935, durante el *New Deal*, la Works Progress Administration [Organización para el Progreso de las Obras Públicas] (WPA) contrató a Hallie Flanagan para dirigir el Proyecto de Teatro Federal. Esta iniciativa, en la que coincidieron radicales y liberales, se convirtió en una eficaz herramienta de cambio social, que quizá fuera el último contrapeso potente frente al Estado propagandístico. Los costes de producción y los efectos escénicos eran limitados; el dinero se utilizaba para pagar los salarios de los artistas y el precio de las entradas era reducido. De repente, el teatro se convirtió en algo accesible para gente de todo el país. Como señaló Flanagan, el proyecto dividió el mundo de la escena entre un teatro comercial, cuyo objetivo era ganar dinero, y la gente del teatro público, que quería crear un nuevo orden social. Al final de su primer año, el proyecto tenía en nómina a más de quince mil hombres y mujeres, y cuando fue clausurado cuatro años después, sus producciones se habían presentado ante más de treinta millones de personas en más de doscientos teatros y auditorios escolares, en escenarios desmontables y parques públicos de todo el país.[75] En ese proyecto trabajaron actores, directores, diseñadores, escritores, payasos y músicos profesionales a los que la crisis financiera había dejado en paro. Se organizaron funciones de gran calidad que hablaban de la gente corriente y del sufrimiento que se había apoderado del país. Orson Welles y John Houseman dirigieron la Unidad de Teatro Negro que tenía el Proyecto de Teatro Federal en Harlem y montaron un *Macbeth* que se desarrollaba en la corte haitiana del rey Henri Christophe. Para interpretar a las brujas se contrató a brujos de vudú, la música del montaje la compuso Virgil Thomson y la obra, estrenada en el Lafayette Theatre el 14 de abril de 1935, agotó las entradas para todas sus funciones, que eran

diarias. El Teatro Federal generó cientos y cientos de montajes en todos los estados de la unión: obras nuevas, clásicas o contemporáneas, radiofónicas o de marionetas; en yidis, español, italiano y alemán; teatro infantil, danza dramática, musicales, obras religiosas, vodevil y circo. Fue el punto culminante del teatro estadounidense.

Los montajes —que supusieron un desafío para dueños de fábricas y minas, burócratas del Gobierno e industriales— desataron alaridos de protesta entre la elite del poder. *Eso no puede pasar aquí*, un drama que ponía de manifiesto cómo podría arraigar el fascismo en Estados Unidos, se basaba en una novela de Sinclair Lewis. Se estrenó en veintiún teatros de diecisiete estados el 27 de octubre de 1936. Según el *Hollywood Citizen-News*, «el proyecto ha sido blanco de las críticas de quienes sostienen que la obra irritará a los simpatizantes de los regímenes de Hitler y Mussolini». Welles y Houseman estaban preparando una función llamada *The Cradle Will Rock* [*La cuna acabará cayéndose*], un musical escrito por Marc Blitzstein —que en la década de 1950 aparecería en la lista negra de Mcarthy— que tiene lugar en «Steeltown [Ciudad del acero], U.S.A.». El musical seguía en sus desvelos al obrero Larry Foreman, que pretendía crear un sindicato de trabajadores siderúrgicos. Su bestia negra era el Sr. Míster, un despiadado industrial que controlaba la prensa, la Iglesia, las artes, la universidad local, la política, las organizaciones sociales e incluso al médico del lugar. *The Cradle Will Rock* no dejaba títere con cabeza: desde la filantrópica esposa de Míster y sus malcriados hijos, al reverendo Salvación, que utilizaba la religión para bendecir la guerra y el capitalismo, pasando por el corrupto director del periódico local, Editor Daily [Editor Diario]. En la obra, el Sr. Míster, del consejo de gobierno de la universidad local, obliga al rector de la misma a expulsar a profesores que no ensalzan ante los estudiantes las viriles manifestaciones artísticas de la guerra y el capitalismo. Los artistas Yasha y Daube, que se consideran demasiado «cultos» y dependientes de la generosidad de la familia de Míster como para meterse en política, cantan con Míster:

Por amor al arte, nos encanta el arte,
por amor al arte, es inteligente,
por amor al arte, dejar a un lado,
por amor al arte, el corazón,

por amor al arte, también la cabeza,
por amor al arte, quedarse ciego,
por amor al arte, también sordo,
por amor al arte, y mudo,
por amor al arte, se mata,
por amor al arte, al mismo arte.[76]

El Sr. Míster y el reverendo Salvación, que predicaban la paz y el amor antes de declararse la Primera Guerra Mundial y que, una vez empezada esta, le daban su bendición, cantaban a dúo:

¡Guerra, guerra! ¡Matad a todos los sucios hunos!
¡Y a todos los austrohúngaros!
¡Guerra! ¡Estamos entrando en guerra!
¡El Lusitania aún no se ha cobrado su deuda!
¡Recordad Troya! ¡Recordad a Lafayette!
¡Recordad El Álamo! ¡Recordad a nuestras mujeres!
¡Recordad a esos inocentes niños nonatos!
No dejéis que George lo haga, hacedlo vosotros,
¡Que el mundo sea seguro para la democracia!
¡¡Que el mundo sea seguro para la libertad!
¡Que el mundo sea seguro para el acero y la familia Míster![77]

—Por supuesto, aspiramos a la paz —añadía el reverendo Salvación—. Con esta guerra acabarán todas.

—Amén —respondía el coro.

—Veo al mercado alzar el vuelo como lo haría un hermoso pájaro —gritaba Míster.

—¡Colecta! —anunciaba el reverendo a la congregación.

El espectáculo tenía que estrenarse el 17 de junio de 1937 en el Maxine Elliott Theatre de Broadway, con una compleja escenografía y una orquesta de veintiocho músicos. Pero, en el último minuto, Washington, cediendo ante las protestas, anunció que no se financiarían más montajes hasta el inicio del nuevo año fiscal. El 14 de junio el Maxine Elliott Theatre estaba rodeado por guardias de la WPA, ya que, según aducía el Gobierno, el utillaje y el vestuario que había dentro eran propiedad pública. Welles,

Houseman y Blitzstein alquilaron el Venice Theatre y un piano. Fuera del teatro clausurado se reunieron con el público y a este y al reparto los condujeron, veinte manzanas más allá, al Venice. Los participantes en la procesión invitaban a quienes los contemplaban a unírseles, y a las 9 de la noche las 1.742 butacas del Venice estaban llenas. La Asociación de Actores había prohibido al reparto representar la pieza «sobre el escenario». Solo al piano, Blitzstein estaba dispuesto a tocar y a representar todos los papeles. Olive Stanton, una actriz cómica poco conocida, que dependía de la escasa paga de la WPA para mantenerse ella y su madre, se levantó de la butaca cuando Blitzstein comenzó a tocar y cantó el primer número. Fue un acto de singular valentía. El resto del reparto, diseminado entre el público, se levantó también y fue asumiendo cada uno su papel. Al poeta Archibald MacLeish, que estaba entre los asistentes, esta le pareció una de las experiencias teatrales más emocionantes de su vida. Houseman no tardó en ser despedido del proyecto y Welles lo abandonó. Los dos constituirían después el Mercury Theatre.

Según apuntó Flanagan entonces, «No cabe duda de que este fue un caso de censura encubierta».[78]

The Cradle Will Rock, como gran parte de la labor popular surgida del Proyecto de Teatro Federal, abordaba las preocupaciones de la clase obrera, no las de la elite del poder. Vilipendiaba la codicia, la corrupción, la insensatez de la guerra, la complicidad de las instituciones liberales en la protección de esa elite y los abusos del capitalismo. El Sr. Míster dirigía la ciudad como si fuera una moderna plantación.

—Creo que los periódicos son excelentes para modelar el pensamiento, —decía—. En realidad, mi industria siderúrgica depende de ellos.

—Basta con que llame a la redacción —contestó Editor Diario— y publicaremos lo que haga falta. De costa a costa, de una frontera a otra.

—¡Oh, la prensa, la prensa, la libertad de prensa! —cantaban Editor Diario y el Sr. Míster—. La libertad de prensa nunca nos la arrebatarán. Debemos ser libres para expresar lo que llevamos dentro, con un tararí y un tararó, nos venderemos al mejor postor.

—Me gustaría tener unos artículos sobre el joven Larry Foreman —le dijo el Sr. Míster a Editor Diario– que va por ahí armando bulla y sindicatos.

—Sí, ya hemos oído hablar de él —informó Editor Diario al Sr. Míster.

—La verdad es que se habla bien de él. Parece tener mucho predicamento entre los obreros.

—Averigua con quién bebe, con quién habla y con quién se acuesta, y busca en su pasado hasta que encuentres algo.

—Pero es un tipo tan bravucón que no es más que dinamita, ¿por qué habría que recurrir a un ejército para domesticarlo? —preguntó Editor Diario.

—Entonces no será tan difícil domesticarlo —contestó el Sr. Míster.

—¡Oh, la prensa, la prensa, la libertad de prensa! —cantaban al unísono.

—Basta con que insinúes lo que hay que publicar, y si le falta algo, lo que haga falta se publicará. Con un tirorí y un tiroró, nos venderemos al mejor postor.[79]

La censura comercial impuesta a *The Cradle Will Rock*, brevemente interrumpida por el Proyecto de Teatro Federal, ha sido la herramienta favorita para dominar el teatro y las artes desde la época de la Primera Guerra Mundial y el ascenso del Estado empresarial. El dinero, al igual que en el resto del sistema liberal, recompensaba a quienes se comportaban como es debido y no escribían o hablaban en nombre de los de abajo. Durante sus cuatro años de vida, el Proyecto de Teatro Federal atrajo a una parte muy importante de la población, para la que las artes eran con frecuencia algo elitista e inaccesible, a formas de expresarse nuevas y capaces de darle poder. Pero la capacidad que tiene el arte para modelar y explicar la realidad era algo que la elite que manda no tenía intención de extender a la clase obrera.

Según ha declarado la dramaturga y directora Karen Malpede,

> El logro más singular del Teatro Federal, y el único que paradójicamente fue el principal responsable de su desaparición, fue la creación del *Living Newspaper [Periódico viviente]*, una manifestación autóctona de drama documental que llevaba a escena temas de debate nacional candentes. *Triple-A Plowed Under [Bajo el arado de la Ley de Ajuste Agrícola]*, *Power [Poder]*, *One-Third of a Nation [Un tercio de una nación]* o *Spirochete* [*Espiroqueta*] eran fruto de la investigación periodística, las habían escrito dramaturgos,

las interpretaban enormes repartos acompañados de grandes orquestas y se ocupaban de la lucha de los granjeros o del debate sobre el plan que tenía la Asociación del Valle del Tennessee para llevar electricidad subvencionada al sur rural; de las razones que explicaban la crisis de la vivienda —«Un tercio de la nación tiene una vivienda y una alimentación deficientes», había dicho el presidente Roosevelt— o de la campaña para curar la sífilis. Los *Living Newspapers*, que además de necesitar el concurso de muchos trabajadores eran espectáculos provocadores que utilizaban e inventaban toda clase de técnicas interpretativas y escenográficas no realistas, constituyeron una nueva manifestación teatral, y se anticiparon al experimentalismo estadounidense de la década de 1960 con un teatro político de índole documental y creado colectivamente.[80]

Los *Living Newspapers* tuvieron un éxito rotundo. Sesenta mil personas compraron entradas para ver *Power* cuando todavía se estaba montando. La revista *The Nation* señaló que era una alegoría moral contemporánea: «Trata de cómo busca el hombre corriente electricidad barata con la que tener una vida mejor». Harry Hopkins la calificó de «magnífico espectáculo». Le hizo reír y le emocionó: «Es propaganda para educar al consumidor que paga por la electricidad. Ya era hora de que alguien le dedicara algún tipo de propaganda». Cuanto más atrevido se volvía el Proyecto de Teatro Federal y más éxito tenía, más se le acusaba de ser un caldo de cultivo del comunismo. En una conocida obra infantil, *The Revolt of the Beavers* [*La revuelta de los castores*], actores vestidos de castores, corriendo de un lado para otro en patines, derrocaban al malvado rey castor para que todos los demás pudieran comer helado, jugar y tener nueve años. Los detractores del Congreso criticaron a los actores-castores por difundir el comunismo.

Los adversarios del *New Deal*, con el respaldo y la financiación de la elite empresarial, anunciaron que el presidente Roosevelt había permitido la infiltración comunista en el Gobierno y en programas que, como el Proyecto de Teatro Federal, aquel sufragaba. Y este fue el primer blanco del Comité Dies, dirigido por el demócrata tejano Martin Dies. El programa teatral fue denostado en una serie de sesiones celebradas en agosto y noviembre de 1938. El Comité Dies acabaría convirtiéndose en el Comité

de Actividades Antiestadounidenses de la Cámara de Representantes (HUAC). A Flanagan se le preguntó por un artículo que había escrito, titulado «Ha nacido un teatro», en el que describía el entusiasmo de los teatros federales y decía que tenían «cierta locura marloweana».

—Está usted citando a este Marlowe —apuntó el representante por Alabama Joseph Starnes, miembro del comité—. ¿Es un comunista?

«La sala prorrumpió en carcajadas, pero yo no me reí», recordaba Flanagan.

—Ocho mil personas podrían perder su empleo porque un Comité del Congreso tiene el prejuicio de que incluso los clásicos son «comunistas» —contesté—. A quien citaba era a Christopher Marlowe.

—Díganos quién es Marlowe, para que podamos tener las referencias adecuadas, porque eso es lo único que nos importa —dijo Starnes.

—Que quede constancia de que fue el más grande dramaturgo de la época de Shakespeare, inmediatamente anterior a Shakespeare —contestó Flanagan.

En 1939 el proyecto teatral estaba muerto. En todo el país, las últimas funciones del Teatro Federal fueron con frecuencia conmovedoras. El Ritz Theatre de Nueva York proporcionó un nuevo final a *Pinocho*. «Pinocho, tras conquistar el egoísmo y la codicia, no se convirtió en un ser vivo», escribió Flanagan. «Sino que volvió a ser una marioneta». «Dejemos pues que las campanas proclamen nuestro pesar», recitó la compañía al término de la obra, «por que esa pequeña vida fue demasiado breve». Los tramoyistas derribaron los decorados delante del público y la compañía tendió a Pinocho en una caja de pino con el siguiente cartel: «Nacido el 23 de diciembre de 1938; muerto por una ley del Congreso el 30 de junio de 1939».[81] En el Adelphi Theatre de Nueva York, la obra *Sing for Your Supper* [*Canta para ganarte el pan*] llegaba a su clímax final con la «Balada del Tío Sam», cuyo estribillo decía:

Del engaño y el griterío...
De los charlatanes y las monsergas patrióticas...
De la incertidumbre y la duda...
De la maleta del oportunista y la escupidera de metal
A salir volverá nuestro himno,

a salir volverá.[82]

El Proyecto de Teatro Federal fue el primer programa de la WPA que desapareció, lo cual «nos recuerda», según dijo Malpede, «el poder del teatro». Como recordaba Flanagan:

> Puede que si este primer teatro público de nuestro país hubiera estado menos vivo hubiera vivido más. Pero no creo que ninguno de los que trabajó en él lamente que desde el principio hasta el final se alzara en contra de la reacción, los prejuicios o la intolerancia racial, religiosa o política. Se esforzó por pronunciarse de manera más contundente y por comprender mejor las grandes fuerzas de la vida actual; luchó por un teatro libre, que consideraba una de las muchas expresiones de una vida civilizada, informada y vigorosa. Cualquiera que piense que hoy en día no hace falta luchar por esas cosas ha perdido el contacto con la realidad.[83]

En cuanto al HUAC, «aterrorizó y dividió a la comunidad artística y, lo que es peor, indujo a los trabajadores del teatro americano a imponer una autocensura que, para proteger sus carreras, fomentó y aceptó en gran medida la idea de que la política y el arte no se mezclan, y de que, automáticamente, cualquier obra que fuera políticamente relevante tenía que ser artísticamente mala», declaró Malpede. «Por supuesto, las excepciones a la regla fueron Arthur Miller y Lillian Hellman, ambos defensores, en obras bien hechas, del compromiso anterior con la justicia social en cuanto que necesario tema artístico. Pero casi todo el teatro americano se neutralizó solo, y se tornó en víctima de los más viles intereses comerciales y escapistas».

El teatro no recuperó su energía hasta la llegada del movimiento de defensa de los derechos civiles. Al igual que muchos artistas blancos, los artistas y dramaturgos afroamericanos cortaron los vínculos con el teatro comercial para alzar la voz y contar su propia experiencia. Barbara Ann Teer, una actriz de éxito, se trasladó a Harlem y en 1968 puso en marcha el Teatro Nacional Negro, que conjugaba técnicas dramáticas procedentes de rituales africanos con interpretaciones basadas en el Método. En 1964 LeRoi Jones escribió *Dutchman* [*El extranjero o el que no es quien dice ser*] y *El esclavo* y comenzó a utilizar el nombre de Amiri Baraka. Organizó

un incisivo montaje llamado *Barco de esclavos*. En 1976 Ntozake Shange escribió *For Colored Girls Who Have Considered Suicide When the Rainbow is Enuf* [*Para chicas de color que han pensado en suicidarse cuando basta con el arcoíris*].

El Living Theatre [Teatro vivo] de Judith Malina y Julian Beck, puesto en marcha en 1947, montó la obra de Kenneth Brown *The Brig* [*En chirona*], que tiene lugar en una cárcel de la Armada durante la guerra de Corea. El Open Theatre [Teatro abierto], fundado por Joseph Chaikin, que había sido actor en el Living Theatre, creó una serie de montajes como el de *America Hurrah* [*¡Hurra! por América*] de Jean-Claude van Itallie, que denunciaban la esterilidad de la vida suburbana estadounidense. El Living y el Open acogieron en su seno a muchos pacifistas. Los fundadores de esos teatros pasaron con frecuencia periodos en la cárcel por actos de desobediencia civil contra la guerra de Vietnam. Las turbulencias de la década de 1960, al igual que las que agitaron el país durante la Depresión, liberaron las energías de artistas, que tomaron los espacios de los clubes del Lower East Side neoyorquino. Sam Shepard y María Irene Fornés, así como imaginativos productores como Ellen Stewart, de La MaMa, forzaron los rígidos límites del teatro comercial. El Bread and Puppet Theatre [Teatro del Pan y la Marioneta] se puso en cabeza de manifestaciones contra la guerra. Las trágicas marionetas de mujeres vietnamitas de Peter Schumann, de rostros dolientes pintados en máscaras de cartón piedra, caminaban bajo las alas extendidas de enormes aves blancas (de marionetas hacían o las manejaban artistas-activistas). Crystal Field y George Bartenieff fundaron el Theater for the New City [Teatro para la Nueva Ciudad], que se convirtió en centro de trabajo de muchos artistas con conciencia social. Allí tenía lugar el festival Angry Arts [Artes airadas], de carácter antibelicista, y en 1991 se organizó un fin de semana de manifestaciones teatrales contra la guerra del Golfo.

Esos montajes nunca contaron con mucho dinero. Pero durante casi todo ese periodo seguía siendo relativamente asequible vivir en Nueva York. Se podían alquilar espacios sin pagar grandes fianzas. Esos nuevos montajes comenzaron a atraer a un público cada vez mayor, y al final acabaron atrayendo también el dinero de las fundaciones Ford, Rockefeller y Kaplan. Richard Nixon, que seguía teniendo suficiente miedo a la contracultura

como para intentar aplacar sus reivindicaciones, dio alas al National Endowment for the Arts (NEA) [Fondo Nacional para las Artes], fundado en 1965, durante la administración de Lyndon Johnson. Al principio, el NEA financió los movimientos de teatro radical. Los precios de las entradas se mantuvieron bajos y, al igual que en la década de 1930, los montajes atrajeron a un público amplio y diverso.

«¿Qué ocurrió?», se preguntaba Malpede.

> Al final acabó la guerra de Vietnam, pero el movimiento pacifista siguió siendo muy numeroso durante las guerras sucias promovidas en Sudamérica y junto al creciente movimiento antinuclear. Sin embargo, cada vez se fue haciendo más difícil montar un teatro socialmente consciente y poético. Volvió a imponerse el viejo dogma de la década de 1950: el arte y la política no se mezclan. Inmediatamente después de ser elegido presidente en 1980, Ronald Reagan ordenó la desaparición de las ayudas del NEA para teatros pequeños, es decir, izquierdistas. El reaganismo minó la percepción pública de que una democracia de primera se merece un arte de primera.

«Sin un Gobierno que contribuyera a sufragar la innovación y lo no comercial, el teatro comenzó a institucionalizarse y a autocensurarse», añadía Malpede.

> La creciente red de teatros regionales comenzó a recurrir cada vez más a un plan de temporadas para abonados que no ofendiera a los donantes locales, y los teatros institucionales se fueron convirtiendo en clubes sociales para ricos y filántropos. A veces se producía algún avance. Uno de ellos fue *Ángeles en América*, que también tuvo que ver con una enérgica campaña del movimiento gay. Sin embargo, mayormente el teatro ya no quería sacudir las conciencias. Los teatros institucionales comenzaron a «desarrollar» obras, en un proceso concebido para conseguir ayudas de las pocas fundaciones que, en nuestra época de austeridad, todavía financian las artes. Ese desarrollo conlleva que la mayoría de las obras nuevas se sometan a una serie de lecturas y talleres a los que acuden toda clase de dramaturgos, agentes literarios, directores de escena y artísticos para hacer una «aportación», en la mayoría de los casos enormemente confusa, sobre

> todo para los dramaturgos jóvenes, con lo que frecuentemente se acaba perjudicando a lo que de auténtico hubiera inicialmente. De esas obras, cada vez son menos las que llegan a montarse. Al irse deteriorando la economía, se corren cada vez menos riesgos. Algunos temas están completamente proscritos, entre ellos las críticas virulentas al capitalismo o la política exterior estadounidense: dicho de otro modo, queda fuera cualquier cosa que pueda inducir a los donantes a dejar de donar.

El teatro, una vez más desconectado de lo que le daba energía, se fue tornando en algo cada vez más mediocre, con producciones orientadas al espectáculo o entretenimientos basados en la presencia de estrellas. El público fue menguando y envejeciendo. El debate crítico quedó prácticamente desterrado de las tablas. Como decía Macdonald refiriéndose a su época, el entretenimiento ahora se dirige a la masa, a un conjunto estadístico, a lo que él denominaba el «no hombre». El arte de masas niega la existencia del gusto o la experiencia individual, de cualquier cosa que diferencie a una persona de otra. El arte es una experiencia individual. Nos obliga a examinarnos. Amplía la perspectiva. Por el contrario, el entretenimiento disfrazado de arte aborrega al espectador y al público en la colectividad. Limita la perspectiva a la experiencia de la masa. «En la actualidad, al privar realmente de poder a los artistas y con su propia connivencia en esa privación, el teatro ya no tiene ninguna función coherente», ha declarado Malpede. «Pocas veces sobresalta, vigoriza, enfurece o anima al público a volverse más virulentamente consciente de su propia humanidad o de la de los demás».

En 2009, *Prophecy* [*Profecía*] de Malpede, centrada en las trágicas repercusiones que para los individuos tienen las guerras, desde la de Vietnam a los ataques israelíes en el Líbano, pasando por la guerra de Irak, no era algo a lo que un patrocinador empresarial quisiera acercarse. Se había estrenado en Londres en 2008, donde obtuvo cuatro estrellas del *Time Out* y dos menciones elogiosas en los premios Critics' Choice. Pero a Malpede le costó encontrar un teatro en Nueva York. Al presentar a los musulmanes como víctimas de la violencia indiscriminada israelí y estadounidense y condenar sin ambages la guerra, se situaba fuera de la gama de posibilidades que cubría el liberalismo.

«¿Qué vamos a hacer?», se preguntaba Malpede aludiendo a los condicionantes comerciales que sufre el teatro:

> Aquí hablo solamente por mi experiencia. De mi reciente obra *Prophecy* se hicieron seis lecturas públicas, siempre abarrotadas y ante un público atento y enormemente entusiasta, pero todos los teatros en los que se celebraron se negaron a montarla y también otros a los que se envió el texto. Un productor la calificó de «magnífica», pero me dijo que era «demasiado arriesgada» y que «nunca la montaría» en su teatro. La suya fue de las respuestas más sinceras. Otra productora me dijo que la obra le había parecido «muy emocionante» cuando la leyó, pero que pensaba que ni los críticos ni el público querían «ver nada sobre nada». Hubo otro potencial productor, que, después de ver en el Kennedy Center a 150 personas totalmente entregadas a la lectura y de comprobar su reacción sorprendentemente positiva, me escribió fríamente diciendo que «había recibido mensajes electrónicos negativos» y retiró la oferta de considerar el montaje de la obra. Mi socio George Bartenieff y yo decidimos que debíamos montarla nosotros mismos. Ahora teníamos el germen de un público entregado y a la obra no le costó atraer a intérpretes de enorme talento. De hecho, yo la había escrito para Najla Said y Kathleen Chalfant, y las dos estaban deseando hacerla. Najla se trasladó a Londres, donde se estrenó *Prophecy* gracias a una coproducción, en parte financiada por nosotros, mayormente gracias a un pequeño fondo de pensiones que me quedaba después de que la Escuela de Artes Tisch [de la Universidad de Nueva York] me negara un puesto fijo por «ser una artista», no una teórica posmoderna. Bartenieff y yo mantenemos una pequeña organización teatral sin ánimo de lucro, el Theater Three Collaborative, simplemente para crear el tipo de teatro poético y social que veneramos. Ya habíamos montado *The Beekeeper's Daughter* [*La hija del apicultor*, de la propia Malpede], que trata de una refugiada bosnia, y *I Will Bear Witness* [*Daré mi testimonio*], basada en los diarios de Victor Klemperer. Después de Londres, nos pusimos a recaudar dinero, principalmente entre el público al que nos dirigíamos y agotando totalmente mi pensión, para montar *Prophecy* en Nueva York.

Ese teatro magnífico y socialmente relevante solo se puede mantener cuando los artistas controlan su propia obra, como Malpede hizo con su montaje de *Prophecy*. La financiación para ese tipo de obra nunca saldrá del mundo del patrocinio empresarial que, como en el caso del Sr. Míster, utiliza el teatro y las artes como diversión.

«El teatro necesita financiarse con dinero público, como ocurría en sus orígenes, en Atenas, donde todos los ciudadanos debían asistir a los festivales dramáticos, porque el teatro, cuando funciona, es un correctivo frente a los excesos imperiales», ha declarado Malpede. «En consecuencia, sigue siendo necesario para el funcionamiento de un Estado democrático y, aunque pueda incomodar a los funcionarios de dicho Estado, será y debe ser un baluarte de la verdad. En sus manifestaciones más depuradas, ese teatro proporciona una experiencia que refuerza el sentimiento, la sensación de estar vivo y la conciencia del propio yo y del de los demás. Nos hace más personas, más humanos y, en consecuencia, más capaces de pasar a la acción en el mundo».

Malcolm Cowley describió cómo el artista deja de ser rebelde para convertirse en propagandista en *Exile's Return* [*El retorno del exiliado*], su historia intelectual de la primera mitad del siglo XX. Señaló que después de la Primera Guerra Mundial, la clase empresarial y la liberal, incluyendo a los artistas, surgían de las mismas comunidades y barrios e iban a las mismas escuelas, y que acabaron fusionándose en una misma clase social. Las opiniones políticas de la clase liberal «eran imprecisas y en modo alguno peligrosas para Ford Motors o General Electric; la guerra había destruido su fe en la acción política. Esa clase intentaba progresar y el proletariado que se fastidiara. Los patrones económicos eran los del pequeño empresario estadounidense».[84]

Al cuestionar lo dicho por Max Weber, en el sentido de que la ética puritana —la contención, el ascetismo y la culpa— fuera el principal sistema de valores exigido por el capitalismo, Cowley señalaba que la «ética productiva», que exigía «laboriosidad, previsión y ahorro» era en realidad el sistema de valores preferido por la ya desaparecida era de la mecanización. El nuevo capitalismo empresarial y la producción en masa se sostenían alentando una nueva ética que fomentaba el ocio, la autocomplacencia y un consumo despilfarrador; actividades que precisaban

de rasgos como la capacidad de encandilar y de gustar, y una apariencia atractiva. El consumo era más importante que la producción. Cowley observó que después de la guerra los artistas también se entregaron a la expresión personal, al cinismo político y a un hedonismo que incluía el culto al cuerpo. Esos valores se adoptaron en nombre de la contracultura, pero también eran las cualidades esenciales que el capitalismo empresarial pretendía inculcar a la población. Ese culto al yo, según escribió Cowley, fue capital para los bohemios y posteriormente para los *beats*.

Para Lawrence Lipton, que escribió un libro sobre los *beats*, titulado *The Holy Barbarians* [*Los bárbaros sagrados*], ese grupo «expropió» a las clases altas su arte, sus pecados y el «privilegio de ir en contra de las convenciones». Los *beats*, al igual que los bohemios que habitaban Greenwich Village después de la Primera Guerra Mundial, también hacían alarde de un hedonismo autocomplaciente reflejo de la ética consumista. Esta situación Lipton la calificó de «democratización de la amoralidad». Los *beats* de la década de 1950 contribuyeron a la disolución de la clase intelectual al abandonar los centros urbanos, donde había vivido una generación anterior de intelectuales públicos como Jane Jacobs o Dwight Macdonald. Idealizaron el coche y el movimiento. En *The Last Intellectuals* [*Los últimos intelectuales*], Russell Jacoby señala que los *beats* tenían una «devoción [especialmente estadounidense] por el coche, la carretera y el viaje, que a ellos y después a un pequeño ejército de imitadores los tuvo siempre cruzando de un lado a otro el continente», así como un «amor [populista] al pueblo americano».[85] Los *beats* no solo reforzaron, frente a la ética del trabajo, la del consumo y el ocio, sino que también «preludiaron la desurbanización de Estados Unidos, el abandono de las ciudades en pos de centros más pequeños, suburbios, ciudades universitarias y zonas periféricas».[86]

La nueva ética de la clase liberal, según escribió Cowley, hacía suya «la idea de la salvación a través del niño», que proponía un nuevo marco educativo «en el que a los niños se les anima a desarrollar su propia personalidad, a desarrollarse libremente como las flores, y después el mundo se salvará gracias a esta generación nueva y libre». Abogaba por la autoexpresión, con el fin de que el individuo pudiera «plasmar toda su individualidad mediante la labor creadora y una vida hermosa en un entorno

hermoso». Fomentaba el culto al paganismo, la idea de que «el cuerpo es un templo en el que nada hay de sucio, un santuario que se debe engalanar para el ritual del amor». Defendía que se viviera el momento, que «se ahondara intensamente en él, aunque fuera a costa del sufrimiento futuro». Desafiaba todas las formas de puritanismo y exigía «la destrucción en pedazos y la abolición de cualquier ley, convención o regla que impida la expresión del yo o el disfrute absoluto del momento». También era partidario de la igualdad para la mujer y participaba de la cultura terapéutica, de la idea de que «si podemos librarnos de nuestras represiones individuales —confesándoselas a un psicólogo freudiano—, podremos adaptarnos a cualquier situación y ser felices en ella». Ya no hacía falta alterar el entorno y «eso explica que la mayoría de los radicales que se convirtieron al psicoanálisis o a las glándulas del [famoso místico] Gurdjieff fueran abandonando poco a poco el activismo político».[87]

No obstante, Cowley señaló que la expresión del yo y el paganismo solo fomentaron el ansia de nuevos productos, que iban desde muebles hasta la moda «estilo pijama». Según él, el hecho de que se abogara por vivir el momento indujo a la gente a comprar compulsivamente bienes de consumo, desde coches hasta radios. La igualdad de la mujer se utilizó para redoblar el consumo de productos como el tabaco. La agitación y la afición a un exilio autoimpuesto, defendidas por bohemios, intelectuales y artistas, otorgaron encanto a los objetos extranjeros, convirtiendo lugares exóticos en destinos turísticos.[88]

Según apuntó Cowley, todos los rebeldes políticos se habían entregado rápidamente a la cruzada lanzada por Woodrow Wilson para hacer que el mundo fuera un lugar seguro para la democracia y para combatir el comunismo. Y los pocos que no cayeron rendidos ante la nobleza del esfuerzo bélico huyeron a países como México o fueron víctimas de redadas y enviados a la penitenciaría de Leavenworth.

«Al margen de qué decidieran hacer, a casi todos los radicales de 1917 los derrotaron los acontecimientos», escribió Cowley. «La tendencia bohemia triunfó en el Village y las conversaciones revolucionarias dieron paso al psicoanálisis. Después de su desaparición, la revista *The Masses*, brevemente convertida en *Liberator*, dio lugar a publicaciones como

Playboy [*El vividor*], *Pagan* [*El pagano*] (cuyos títulos eran muy adecuados) y *Little Review*».[89]

La expresión artística no tardó en convertirse en algo carente de fines sociales. Como escribió Cowley, creó «la religión del arte», que «inevitablemente condujo a callejones sin salida». La pintura abstracta, emanación del absurdo apolítico y de los movimientos dadaístas, surgió para expresar esta estéril forma de rebelión. Tal como escribió Cowley, ya no había «ninguna base psicológica común a toda la humanidad. No existía ninguna emoción que todos los hombres compartieran, ninguna ley a la cual se sometieran todos; ni siquiera tenían una forma fiable de comunicarse entre sí».[90] Irving Howe señaló que fueron sobre todo los intelectuales yidis los que mantuvieron la integridad y el vínculo con aquellos sobre los que escribían y cantaban, porque eran «demasiado pobres para aventurarse en la programática pobreza de la bohemia... Esos intelectuales unieron su destino a las masas de su propio pueblo, compartiendo su pobreza, su trabajo y sus casas de vecinos».[91] Pero el resto de la clase intelectual y artística cayó en brazos del consumismo, y se agenció cuantiosos anticipos editoriales, negociados para poder comprar los mismos productos que hipnotizaban al resto de la sociedad.

A la clase liberal le sedujo la ideología del progreso —obtenido mediante la tecnología y la acumulación de riqueza nacional, bienes materiales y comodidades— y se la intimidó para que apoyara la destrucción de los movimientos reformistas y radicales por parte del capitalismo. Mientras no cuestionara realmente ese capitalismo, a la clase liberal se le permitió ocupar un lugar en las iglesias, las universidades, los sindicatos, la prensa, las artes y el Partido Demócrata. Se aceptaban reformas mínimas y un abierto desdén hacia el puritanismo. Pero no que se cuestionara el sacrosanto sistema capitalista. Los que continuaron atacando esas estructuras y manteniendo la lucha de clases fueron desterrados de los claustros liberales.

A finales de la década de 1940 y comienzos de la de 1950, para purgar definitivamente a los radicales se recurrió, entre otras cosas, a elaborar listas negras de escritores, actores, directores, periodistas, líderes sindicales, políticos como Henry Wallace, funcionarios públicos, profesores, artistas y productores de la industria cinematográfica estadounidense. La purga se

realizó con la colaboración de la clase liberal. Americanos por la Acción Democrática (ADA), por ejemplo, respaldó las cazas de brujas. Esas purgas resultaron útiles para los integrantes más ambiciosos y con frecuencia más moralmente sospechosos de las instituciones liberales, sobre todo para quienes querían librarse de rivales. «Durante esa batalla los liberales se atacaron entre sí con más inquina de la que nunca habían mostrado con ningún ultraconservador», apuntó un partidario de ADA.[92] Henry Wallace, que se presentó a las presidenciales como candidato de un tercer partido en 1947 y 1948 y que había sido vicepresidente con Franklin Roosevelt, fue objeto de una virulenta campaña por parte de la prensa y la cúpula liberal. Desacreditado, acabó exiliándose de la vida política después de que se le considerara filocomunista. Hasta cierto punto, la complicidad de la clase liberal surgía de la inseguridad, sobre todo porque muchos reformistas y liberales, ante la descomposición del capitalismo durante la Depresión, habían coqueteado con el comunismo en esos años. Pero también emanaba de un cobarde arribismo y del deseo de prestigio y de comodidades.

El injurioso boletín *Counterattack* [*Contraataque*], publicado por un grupo de inadaptados de derechas, denunció a una serie de grupos que consideraba integrantes de un frente comunista, entre ellos a los Ciudadanos Progresistas de América, asociación a la que calificaba de «principal frente comunista»; la Federación Metodista por la Acción Social; la Unión de Consumidores; el Consejo Nacional de Abogados y Allied Labor News [una agencia de noticias izquierdista]. La publicación, que prometía desenmascarar a los sindicatos «comunistas», publicó un libro titulado *Red Channels: The Report of Communist Influence in Radio and Televisión* [*Canales rojos: informe sobre la penetración comunista en la radio y la televisión*], en el que se señalaba la supuesta filiación comunista de 151 actores, escritores, músicos y otros profesionales de la radio y la televisión. El boletín y el libro los publicó American Business Consultants [Asesores Empresariales Americanos], una asociación creada en 1947 por tres exagentes del FBI, financiada por Laurence Johnson, un magnate que tenía una cadena de tiendas de comestibles en el norte del estado de Nueva York, y posteriormente por Vincent Hartnett, en su día agente del servicio de información de la Armada. Esa organización montó una campaña contra escritores, entre ellos periodistas como Richard O. Boyer, autor de reseñas

para el *New Yorker*, y el crítico musical del *New York Times* Olin Downes. Atacó a autores como Dashiell Hammett y Ring Lardner Jr., así como a intelectuales, entre ellos Albert Einstein. Hubo personalidades de la radio y la televisión —muchas de ellas comentaristas y estrellas— que, después de aparecer en las páginas de *Counterattack*, fueron despedidas. Entre los que desaparecieron de las ondas a causa de jefes y patrocinadores nerviosos figuraban el humorista y comentarista radiofónico tejano John Henry Faulk; Ireene Wicker, la «Cantarina», que tenía un conocido programa de televisión infantil; y Philip Loeb, que hacía de padre en la exitosa serie *The Rise of the Goldbergs* [*El ascenso de los Goldberg*]. Loeb negó su condición de comunista, pero la empresa que patrocinaba el programa, General Foods, se empeñó en despedirle.

Desde el punto de vista humano, la lista negra tuvo consecuencias trágicas. En sus memorias *Inside Out: A Memoir of the Blacklist* [*Del revés: memorias de la lista negra*], Walter Bernstein, un guionista cinematográfico que figuró en ella, dice que su amigo Loeb estaba desconsolado. Loeb era el único que podía sufragar los gastos de un hijo enfermo mental al que tenía ingresado en una clínica privada y, como escribió Bernstein, «siempre tenía miedo de no poder pagar las mensualidades y de que trasladaran a su hijo a un manicomio público». Loeb perdió su piso. Durante un tiempo se fue a vivir con el cómico Zero Mostel, también incluido en la lista negra, que, según Bernstein, «quería a Loeb, un hombre bajito, encantador y de mirada triste».

Bernstein cuenta que en una o dos ocasiones Mostel y su esposa Kate se encontraron a Loeb

> gritando desde la ventana a los transeúntes. Por mucho que lo intentara, Zero nunca pudo animarle. Yo nunca vi sonreír a Loeb, ni siquiera cuando Zero se ponía más gracioso. Daba a entender que nada podía hacerse por él. Al final, un día se registró en un hotel y se tomó tantas pastillas que hubiera sido imposible que no muriera.[93]

Una carta dirigida al crítico teatral del *New York Times* después de la muerte de Loeb decía que «murió de la enfermedad comúnmente llamada lista negra».[94] La actriz Jean Muir, después de ser señalada, fue apartada del reparto de la serie televisiva *The Aldrich Family* [*La familia Aldrich*], en la

que encarnaba a la madre de los Aldrich. El grupo folk The Weavers, que incluía a Pete Seeger y a la actriz Lee Grant, dejó de tener presencia pública. Los que aparecían en las listas negras veían cómo sus amigos, vecinos y conocidos cortaban el contacto con ellos.

«Mi vida giraba en torno a esas amistades», escribió Bernstein:

> Casi todas ellas se relacionaban con otros integrantes de listas negras; nos habíamos atrincherado y era peligroso salirse del perímetro. Por la mañana intentaba escribir —guiones, artículos especulativos o algún relato—, pero lo hacía sin ganas, sin convicción. Parecía que necesitaba un aval que yo solo no podía darme. Los días carecían de norte, como cuando estaba esperando al alistamiento. Me sentía en suspenso: la verdadera vida estaba en otra parte, en compás de espera, esperando resucitar cuando el país recobrara la cordura. Al final, tuve que admitir que estaba deprimido, algo que no hizo más que agravar la depresión. Conspiraban para que me sintiera indigno y yo ya me lo estaba creyendo.[95]

Muchos, entre ellos Mostel, Faulk, Grant y Seeger, e incluso Bernstein, volverían a destacar en la década de 1960, pero las purgas fueron el último suspiro de una época, la de los artistas progresistas y radicales que, aliados de los movimientos obreros, consideraban que el arte iba unido a la articulación y la creación de una conciencia sociopolítica. De hecho, así desaparecieron del discurso público las atrevidas ideas y verdades generales que expresaban los movimientos y los artistas radicales antes de la caza de brujas.

«El legado global que dejaron los liberales al no alzarse contra las cruzadas anticomunistas fue un giro hacia la derecha de la cultura política de la nación», escribe Ellen Schrecker en *Many Are the Crimes: McCarthyism in America* [*Muchos son los delitos: el mccarthismo en Estados Unidos*]:

> Movimientos e ideas en su día aceptables eran ahora intolerables. Aunque las víctimas directas fueran los comunistas y sus aliados, las indirectas fueron los liberales convencionales y antiguos partidarios del *New Deal* pertenecientes al Partido Demócrata. Aprobar la campaña anticomunista no los protegió de los ataques por la

> «pérdida» de China o, como le pasó al juez Black del tribunal supremo, por oponerse a la segregación en el Sur. Por otra parte, como la izquierda había sido destruida, cuando se comenzó a atacar a los liberales, estos tuvieron que defenderse desde una posición política más delicada de la que podrían haber tenido. Puede que esto resulte evidente, pero es algo en lo que es preciso insistir. La desaparición del movimiento comunista debilitó al liberalismo estadounidense. Como sus partidarios estaban ya en la izquierda del espectro político, no en el centro, tenían menos margen de maniobra.[96]

A continuación de las cazas de brujas, cadenas de televisión como CBS obligaron a sus empleados a firmar juramentos de lealtad. Walt Disney y Ronald Reagan, presidente del Sindicato de Actores Cinematográficos, cooperaron en la caza de artistas considerados desleales. Los que se negaban a cooperar con las cacerías o desafiaban abiertamente al HUAC perdían inmediatamente la condición de personas. Uno de los resistentes fue Paul Robeson, que en junio de 1956 compareció ante el comité. Robeson, admirado cantante y actor, simpatizante comunista y partidario declarado de los derechos civiles, quedó proscrito de la radio y la televisión comerciales. Acabaría su vida en el ostracismo. Aunque era afroamericano, después tuvo problemas para actuar en iglesias negras. Asentadas instituciones liberales, entre ellas la NAACP, la ACLU (Unión Americana por las Libertades, uno de cuyos abogados, Morris Ernst, colaboró estrechamente con el director del FBI J. Edgar Hoover), Americanos por la Acción Democrática, la Asociación Americana de Profesores Universitarios y el Comité Americano por la Libertad Cultural, o bien guardaron silencio o colaboraron en la proscripción de artistas, docentes, escritores, intérpretes, científicos y funcionarios del Gobierno.

Lo habitual era que el despido generalizado de profesores universitarios, docentes de primaria o secundaria y empleados públicos, sobre todo de los trabajadores sociales cuyos sindicatos los habían defendido, se realizara de manera discreta. En virtud del Programa de Responsabilidades del FBI, no dejaban de entregarse a los directores y funcionarios de las escuelas nombres de sospechosos de ser «rojos». De las instituciones dependía, y casi todas ellas se doblegaron, que los señalados perdieran su empleo. A las

víctimas no se las solía escuchar ni tampoco veían ninguna de las supuestas pruebas que había contra ellas. Lo normal es que se las despidiera sin más. A quienes estaban en la lista negra se les impedía ejercer su profesión. Schrecker calcula que entre diez mil y doce mil personas fueron vetadas por este procedimiento.

Se permitió que prosperara la AFL-CIO (Federación Estadounidense del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales) que, ferozmente anticomunista, se había subordinado al Partido Demócrata, pero los sindicatos combativos, entre ellos los de Hollywood, fueron purgados y clausurados sin piedad. En 1949, después de que el apoyo inicial del partido a Henry Wallace como candidato presidencial desatara desavenencias, la cúpula del CIO expulsó a varias centrales de tendencia izquierdista. El Congreso amenazó con realizar más expulsiones para sofocar el debate interno y desacreditar a los radicales, entre ellos anarquistas, socialistas, comunistas prosoviéticos, trotskistas y otros que en su día habían desempeñado un papel fundamental dentro del movimiento sindical. Las centrales, antes imbuidas de la doctrina de la lucha de clases y llenas de gente que luchaba por conseguir amplios derechos sociales y políticos para la clase obrera, colaboraron con la capitalista y se fundieron con la cúpula liberal. La asunción del fanatismo anticomunista consistía fundamentalmente en condonar la suspensión de las libertades civiles, entre ellas la de expresión y el derecho a organizarse, valores de los que la clase liberal se decía defensora.

La Ley Taft-Hartley que, aprobada en 1948, fue la más destructiva para el movimiento sindical, emanó de la histeria anticomunista. Cuando se aprobó, alrededor de la mitad de los trabajadores estadounidenses estaban sindicados. Ahora esa cifra ha caído hasta el doce por ciento. La Ley Taft-Hartley se concibió como revisión de la Ley Nacional de Relaciones Laborales (NLRA) de 1935, conocida como Ley Wagner. Fue una de las primeras leyes de la posguerra en ir invalidando las victorias conseguidas por los trabajadores durante el *New Deal*. La Ley Wagner, conocida como «declaración de derechos laborales», la creó el NLRB [Consejo Nacional de Relaciones Laborales] y prohibía a los empleadores incurrir en prácticas laborales injustas. Aunque las victorias obreras se habían materializado sobre todo en el Norte, ya que los blancos sureños habían intentado impedir

la creación de sindicatos negros, el NLRB supuso un gran triunfo para los obreros de ambos sexos. Con el fin de poner en marcha ese organismo, Roosevelt había permitido que no incorporara a los trabajadores agrícolas y domésticos, con lo que conseguía dejar fuera a los negros y conservar el apoyo de los políticos sureños, casi todos demócratas.

La Ley Taft-Hartley, que sigue en vigor, prohibía las huelgas motivadas por conflictos intersindicales, las salvajes, las solidarias o de índole política, y también los llamados boicots secundarios (huelgas promovidas por los sindicatos contra empleadores que siguen trabajando con una empresa cuyos trabajadores están en huelga). La ley prohibía la acción de piquetes en *common situs* [lugares de trabajo compartidos por varias empresas], la obligatoriedad de contratar a trabajadores de un determinado sindicato y las donaciones sindicales en metálico a las campañas políticas federales. Para evitar perder su empleo, todos los cargos sindicales se vieron obligados a jurar, por escrito, que no eran comunistas. Se restringieron enormemente las cláusulas que obligaban a los trabajadores de una empresa a sindicarse en un plazo convenido, al mismo tiempo que se permitió a los estados de la Unión que aprobaran «leyes de derecho al trabajo» que ilegalizaban precisamente esas prácticas. Ahora el Gobierno federal podía obtener una orden judicial para poner fin a una huelga si una acción sindical inminente o en curso de ese tipo «ponía en peligro la salud o la seguridad nacionales». Lo que consiguió la ley fue desmovilizar al movimiento sindical. Restringió profundamente la capacidad para organizarse y ponerse en huelga, y purgó de las filas sindicales a los últimos líderes combativos que quedaban. La aprobación de la ley Taft-Hartley acabó realmente con la capacidad de oposición eficaz que tenía ese movimiento frente al Estado empresarial. El movimiento obrero, en su día núcleo vital de los movimientos progresistas radicales, se tornó tan impotente como las artes, los medios de comunicación, la Iglesia, las universidades y el Partido Demócrata.

---

47 Randolph Bourne, *War and the Intellectuals*, Indianápolis, IN, Hackett, 1999, p. 3.

48 Aunque el término «populista» es ambiguo (como el propio autor ha reconocido anteriormente al hablar de «populismo de derechas y de izquierdas»), en gran parte de este libro se utiliza para aludir, sin carga peyorativa, a los diversos movimientos populares surgidos en Estados Unidos a partir de finales del siglo XIX y a sus herederos en épocas posteriores. (*N. del T.*)

49 «Capper of Kansas Now Backs Wilson», *New York Times*, 25 de marzo de 1917.

50 D.S. Jordan a W. Kent, 1 de abril de 1917, documentos de William Kent, Biblioteca de la Universidad de Yale.

51 Randolph Bourne, *The War and the Intellectuals*, Indianápolis, Hackett, 1999, pp. 3-4.

52 Véase Ernest Freeberg, *Democracy's Prisoner: Eugene Debs, the Great War, and the Right to Dissent*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2009, p. 136.

53 Albert Edwards [Arthur Bullard], «Under the White Terror», *Collier's*, 28 de abril de 1906.

54 Ronald Steel, *Walter Lippmann and the American Century*, Nueva York, Atlantic-Little Brown, 1980, p. 125.

55 Citado en United States Committee on Public Information, *National Service Handbook*, Red, White and Blue Series, nº 2, Washington D.C., 1917, portada.

56 George Creel, *Rebel at Large: Recollections of Fifty Crowded Years*, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1947, p. 157.

La empresa química DuPont se enriqueció enormemente durante la Primera Guerra Mundial, de ahí que se la incluyera entre los llamados «mercaderes de la muerte». *[Nota del T.]*.

57 Robert Lansing, *War Memoirs of Robert Lansing, Secretary of State*, Indianápolis, IN, Bobbs-Merrill, 1935, p. 208.

58 «Radicals at Work for German Peace», *New York Times*, 24 de junio de 1917, p. 7.

59 Stuart Ewen, *Captains of Consciousness: Advertising and the Social Roots of the Consumer Culture*, Nueva York, Basic Books, 2001, p. 62.

60 John Dos Passos, *Mr. Wilson's War,* Nueva York, Doubleday, 1962, p. 300.

61 Citado en Dos Passos, *Mr. Wilson's War*, p. 301.

62 «Debs urges strike if nation fights», *New York Times*, 8 de marzo de 1917, p. 3.

63 George Sylvester Viereck, *Spreading Germs of Hate*, Nueva York, Horace Liveright, 1930, pp. 178-179.

64 Dos Passos, *Mr. Wilson's War*, p. 302.

65 Jane Addams, *Peace and Bread in Times of War*, Nueva York, Macmillan, 1922, p. 134.

66 Dos Passos, *Mr. Wilson's War*, p. 300.

67 Addams, *Peace and Bread in Time of War*, p. 182.

68 Hablar de Madison Avenue equivale prácticamente a hablar del mundo de la publicidad, ya que fue en esa vía neoyorquina donde a partir de la década de 1920 se concentraron las principales empresas del ramo. (*N. del T.*)

69 «Senators Tell What Bolshevism in America Means», *New York Times*, 15 de junio de 1919, p. 40.; U.S. Senate Subcommittee on the Judiciary, Brewing and Liquor Licenses, 3: pp. 114, 123 y 146-147.

70 Stewart Halsey Ross, *Propaganda for War: How the United States Was Conditioned to Fight the Great War of 1914–1918*, Jefferson, NC, McFarland and Company, 1996, p. 280.

71 Sidney Pollard, *The Idea of Progress: History and Society*, Londres, C. A. Watts, 1968, 9 y ss.

72 Citado en Sidney Lens, *Labor Wars: From the Molly Maguires to the Sit-downs*, Nueva York, Doubleday, 1973, p. 152.

73 Dwight Macdonald, *The Root Is Man*, Brooklyn, NY, Autonomedia, 1995, p. 67.

74 *Ibíd.*, p. 146.

75 John Houseman, *Unfinished Business*, London, Chatto and Windus, 1986, p. 87.

76 Marc Blitzstein, *The Cradle Will Rock*, 31, sketch 6.

77 *Ibíd.*, 13, sketch 3.

78 Hallie Flanagan, *Arena: The History of the Federal Theatre*, Nueva York, Benjamin Bloom, 1940, pp. 202-203.

79 Blitzstein, *The Cradle Will Rock*, 15, sketch 4.

80 Entrevista a Karen Malpede, Nueva York, 6 de junio de 2010.

81 Flanagan, pp. 364-365.

82 *Ibíd.*, p. 366.

83 *Ibíd.*

84 Malpede., p. 367.

85 Malcom Cowley, *Exile's Return*, Nueva York, Penguin, 1994, p. 58.

86 Russell Jacoby, *The Last Intellectuals*, Nueva York, Basic Books, 1987, pp. 67-68.

87 *Ibíd.*, p. 71.

88 Cowley, *Exile's Return*, pp. 60-61.

89 *Ibíd.*, pp. 62-63.

90 *Ibíd.*, pp. 66-67.

91 *Ibíd.*, p. 149.

92 Irving Howe, *World of Our Fathers*, Nueva York, Simon and Schuster, 1983, p. 501, citado en Jacoby, *The Last Intellectuals*.

93 Walter Bernstein, *Inside Out: A Memoir of the Blacklist*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1996, p. 185.

94 Drama Mailbag [Cartas a la sección de teatro], *New York Times*, 16 de octubre de 1955, X3.

95 Bernstein, *Inside Out*, p. 186.

96 Ellen Schrecker, *Many Are the Crimes: McCarthyism in America*, Boston, Little, Brown, 1998, p. 412.

04

La política como espectáculo

> «¡Y qué pasa si el mundo es una especie… de espectáculo...! ¡Qué pasa si solo somos algo de talento reunido por el Gran Cazatalentos del Cielo! ¡El Gran espectáculo de la vida, protagonizado por todo el mundo! ¡Supongamos que el objetivo de la vida fuera el entretenimiento!»
>
> Philip Roth
> (*En el aire*) [97]

Las agitaciones radicales que tuvieron lugar en la década de 1960 estaban imbuidas del mismo hedonismo y culto al sujeto que corrompió los movimientos contraculturales de comienzos del siglo XX. Existía un claro enfrentamiento entre gran parte de los activistas antibelicistas y la clase obrera, cuyos hijos eran enviados a Vietnam en tanto que los de la clase media solían gozar de prórrogas universitarias. En el apogeo de la guerra, los institutos de secundaria obreros enviaron a entre el veinte y el treinta por ciento de sus graduados a Vietnam, en tanto que los licenciados universitarios constituyeron el dos por ciento del total de las tropas enviadas a ese país en 1965 y 1966. Los estudiantes que se oponían a la guerra eran ridiculizados por la elite del poder y por muchos obreros, que consideraban que eludían el reclutamiento. A quienes se oponían a la guerra se les retrataba como niños mimados ricos y de clase media, partidarios del amor libre, el consumo de drogas, el comunismo y la anarquía social.

Los sindicatos seguían siendo virulentamente anticomunistas, se expresaban con el lenguaje del militarismo y la Guerra Fría, y en general no simpatizaban ni con el movimiento de defensa de los derechos civiles ni

con el antibelicista. Cuando activistas estudiantiles protestaron en San Francisco ante la Convención de la AFL-CIO, entonando: «¡Salid de Vietnam!», los delegados se burlaron de ellos gritándoles: «¡Cortaos el pelo!». El presidente de la AFL-CIO, George Meany, ordenó al dispositivo de seguridad que «sacara del público a los chiflados». Cuando ya se había expulsado a los manifestantes, Walter Reuther, presidente de los United Automobile Workers [Trabajadores de Automoción Unidos] y personaje importante de la AFL-CIO, anunció que los «manifestantes deberían protestar contra Hanói y Pekín... [que] son responsables de la guerra». La convención aprobó una resolución en la que se leía que: «El movimiento sindical proclama ante el mundo que los trabajadores y trabajadoras de la nación apoyan a la administración de Johnson en Vietnam».[98]

Los integrantes del núcleo duro de la Nueva Izquierda, grupos como Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS), se inspiraban más en la lucha por la liberación de Vietnam y el tercer mundo que en el movimiento sindical, que consideraban vendido al capitalismo. Según escribe Sharon Smith: «Con pocas excepciones, los radicales de la Nueva Izquierda veían a la clase obrera en el núcleo de la fiera imperialista, y la consideraban una parte [grande] del problema, así que buscaron aliados en otro sitio».[99] Los radicales se volvieron hacia Mao Zedong, Iósif Stalin y Lev Trotski. Y así llegó la aceptación de la revolución armada. Los Panteras Negras, la Nación del Islam y la Organización Weather Underground rompieron con las preocupaciones cotidianas de la clase obrera y se tornaron en algo tan infectado por la sed de violencia, la búsqueda de la pureza ideológica, la paranoia atroz, la exaltación del yo y la represión interna como el propio sistema estatal al que desafiaban. Solo unos pocos cientos de maoístas radicales, muchos de ellos integrantes de comunas de ciudades como San Francisco, rompieron con SDS y entraron a trabajar en fábricas como obreros manuales, para intentar organizar así a la clase obrera. Pero no eran más que una exigua minoría.

En la década de 1960 la protesta encontró sus raíces ideológicas en el distanciamiento propugnado anteriormente por *beats* como Jack Kerouac, Allen Ginsberg y William Burroughs. Era un movimiento que, aunque incorporaba una saludable falta de respeto a la autoridad, se centraba una vez más en planteamientos autocomplacientes conducentes a la obtención

de la paz interior y la autorrealización. El consumo de sustancias alucinógenas, defendido por Timothy Leary en libros como *Politics of Ecstasy* [*La política del éxtasis*], y el ascenso del ocultismo popularizado por la meditación trascendental, la teosofía, el hinduismo de los Hare Krishna y el renovado interés por el budismo zen y el estudio del *I Ching* eran tendencias que habrían consternado a los *wobblies* o a los militantes del antiguo Partido Comunista. La contracultura de la década de 1960, al igual que el consumismo, volcaba hacia dentro a sus partidarios. El yo se convirtió en el principal polo de interés, y ofrecían también remedios para los problemas sociales que, basados en la discriminación positiva y las terapias, participaban de campañas de remodelación social imprecisas, indefinidas y utópicas. No había una perspectiva política. El *Siddharta* de Herman Hesse, con la búsqueda de iluminación de su narrador, se convirtió en símbolo de la vacuidad moral de la Nueva Izquierda.

Esos movimientos y los famosos de la contracultura que los encabezaban, como el líder *yippie* Abbie Hoffman, se dirigían y pretendían complacer al escenario creado para ellos por las cámaras de televisión. La protesta y los juicios se convirtieron en teatro de calle. La disidencia era otro espectáculo mediático. Los manifestantes antibelicistas de Berkeley dejaron de cantar «Siempre solidaridad» para entonar *Yellow Submarine*. El movimiento de los derechos civiles, nacido de la moral y los principios religiosos de la justicia y el sacrificio, de lo que Dwight Macdonald calificaba de valores no históricos, se vio en gran medida eclipsado por el ensimismamiento de la Nueva Izquierda, sobre todo después de los asesinatos de Malcolm X en 1967 y de Martin Luther King Jr. un año después. Y cuando terminó la guerra de Vietnam y los hombres de clase media ya no tuvieron que combatir, el movimiento se desintegró. El vacío político y moral que anidaba en la contracultura significaba que era fácil transitar desde el radicalismo universitario a la integración en la clase liberal. La contracultura de la década de 1960, como la de los bohemios y los *beats*, siempre estuvo en sintonía con el consumismo. Compartía su hedonismo, su afición al espectáculo y la obsesión con el yo.

El vacío moral de la contracultura inquietaba a radicales religiosos como el padre Daniel Berrigan y a su hermano Philip, a la líder del *Catholic Worker* [Trabajador católico] Dorothy Day y al reverendo William Sloane

Coffin, así como a miembros recalcitrantes del diezmado Partido Comunista y viejos anarquistas como Dwight Macdonald y Murray Bookchin. Como este señaló con acritud, dado el vacío moral de la Nueva Izquierda, el tránsito de la protesta callejera a la solicitud de beca no fue difícil.

Así se expresaba este autor:

> En nuestra época, el radicalismo político equivale ya a la adormecida quietud del colegio electoral, las apagadas trivialidades de las campañas de firmas, los lemas para pegar en el parachoques, la contradictoria retórica de los políticos manipuladores, el deporte para espectadores de las concentraciones y, finalmente, la rendida y humilde petición de pequeñas reformas; en pocas palabras, la sombra de la acción directa, el compromiso combativo, los conflictos de la insurrección y el idealismo social que caracterizaron todos los proyectos revolucionarios de la historia... Lo más aterrador del «radicalismo» actual es que la desgarradora llamada a la «audacia» —«*L'audace! L'audace, encore l'audace!*»—que Danton lanzó en 1793, cuando arreciaba la Revolución francesa, no sería más que algo *desconcertante* para los autoproclamados radicales que recatadamente meten maletines con memorandos y solicitudes de becas en las salas de conferencias... y hablan por un megáfono en las manifestaciones.[100]

Macdonald señaló que cualquier movimiento que no fuera fiel a valores no históricos como la verdad, la justicia y el amor acabaría fracasando. Cualquier clase pierde su voz cuando se inclina ante los dictados prácticos que el arte de la política o las leyes requieren para ser eficaces, o ante las llamadas a proteger la nación. La ingenua creencia en el progreso humano gracias a la ciencia, la tecnología y la producción en masa erosionó aún más esos valores no históricos. Había que elegir entre servir a los seres humanos y servir a la historia, entre pensar éticamente o estratégicamente. Macdonald criticaba a los marxistas por la misma razón que criticaba a la clase liberal: ambos subordinaban la ética a otro objetivo. Al servir a la historia y al poder, la clase liberal, al igual que los marxistas, entregaba su poder y su autoridad moral al Estado. La capitulación de esa clase, como señaló Irving Howe, ha decolorado todas las tendencias políticas: «Se

convierte en un refugio impreciso, que es más un poncho sin tallaje que un programa; para llamarse liberal, en realidad uno no tiene que creer en nada».[101]

En *Exile's Return*, Malcolm Cowley postula, al igual que Macdonald y Howe, que los reformista culturales y religiosos de comienzos del siglo XX sentaron sin saberlo las bases de su propia disolución. Al encomiar el poder del Estado en cuanto que agente del cambio, al aceptar que el incremento de la comodidad y del consumo eran las medidas que definían el progreso humano, contribuyeron a la sociedad de consumo y al culto al yo, así como al ascenso del Estado empresarial. La confianza en la beneficencia del Estado, que hizo que la mayoría de esos reformistas liberales respaldara ingenuamente el esfuerzo bélico, cedió un poder incontestable al Estado durante la contienda, sobre todo el que le permitía conformar y modelar las percepciones públicas. Una vez en posesión de esos poderes, el Estado ya no renunció a ellos.

La clase liberal había depositado su fe en la inevitabilidad del progreso humano, abandonando, como señaló Macdonald, los valores que deberían haberse mantenido en el centro de su activismo. En la cultura de masas y en el Estado —depositario de las esperanzas y los sueños de la clase liberal— se tendría que haber visto al enemigo. El distanciamiento entre la clase liberal y los movimientos sociales y políticos radicales a los que en su día había apoyado o con los que había simpatizado se hizo absoluto. Es una ruptura que ha privado a la clase liberal de un depósito de ideas nuevas.[102]

Una exposición celebrada recientemente en el Museo de Arte Moderno de Nueva York (MOMA) ponía de relieve la diferencia entre un movimiento artístico que estuvo integrado en la socialdemocracia y que pretendía erradicar las barreras entre artesanos y artistas, y un movimiento artístico que sirvió a sus propias necesidades elitistas. En el MoMA, el ejemplo que se ponía del primer tipo era la Bauhaus, y se hacía mediante una enorme retrospectiva de ese movimiento artístico alemán. Del segundo quedaba constancia unas pocas plantas más abajo, en la colección permanente del museo, compuesta (mayormente) por arte estadounidense posterior a la Segunda Guerra Mundial: una deprimente colección de cachivaches ramplones, estériles y autorreferenciales. El control férreo de las artes es vital para la elite del poder, tan importante como controlar los

procesos político y económico, las universidades, los medios de comunicación, el movimiento sindical y la Iglesia. El arte otorga a la gente un lenguaje para comprenderse a sí mismos y a su sociedad. Y la estructura de poder empresarial estaba decidida a conseguir que los artistas se expresaran con un lenguaje que no amenazara sus derechos.

A la clase liberal, sobre todo a sus miembros más elitistas y esnobs, se la utilizó para distanciar al arte de las masas, de las que se decía que no tenían refinamiento ni preparación suficientes para apreciar o comprender la auténtica expresión artística. Los museos y sus arrogantes gestores se autoproclamaron árbitros de la alta cultura. Esas instituciones liberales filtraron sin contemplaciones la expresión artística que cuestionaba o denunciaba el lado más oscuro de la elite del poder. Las grandes familias filantrópicas, los Rockefeller, los Whitney, los Paley, los Bliss, los Warburg y los Lewisohn, que en muchos casos también financiaban a grandes universidades, crearon las más importantes colecciones museísticas del país. Enriquecieron y promocionaron a sus artistas favoritos. Se convirtieron en paladines de pintores abstractos como Jackson Pollock, que había abandonado su radicalismo anterior.

Pollock, junto con muchos otros nuevos artistas abstractos adoptados por la elite, intentó convertir el proceso de producción artística en un espectáculo. Como escribe Neal Gabler, esos pintores, llamados de la acción, «utilizaron sus lienzos como si fueran una especie de pantalla de cine para la creación artística, y se convirtieron en héroes de gestas románticas que, saltando, revolcándose y sufriendo arrebatos, iban abriéndose camino en ese lienzo/pantalla y dejando el arte por el camino». Literalmente, Pollock hablaba, según escribe Gabler, de estar «en el cuadro como si fuera el actor de una película».[103] En manos de Andy Warhol quedaría señalar que

> el movimiento artístico más importante del siglo XX no ha sido ni el cubismo, ni el surrealismo, ni el fauvismo, ni el minimalismo ni el op ni el pop art, al que él mismo [Warhol] en teoría pertenecía. No, el movimiento artístico más importante ha sido la celebridad. Al final, no importaba quién fuera el artista ni a qué escuela perteneciera; para la sociedad del entretenimiento el logro era su propia fama, no al revés. El arte visual, como muchas otras cosas en la vida

> estadounidense, era un *macguffin* para el artista. Solo un medio para alcanzar la celebridad, la auténtica obra de arte.[104]

Adinerados mecenas artísticos patrocinaban organizaciones como la Federación de Pintores y Escultores Modernos, creada para oponerse al políticamente activo Congreso de Artistas. Como escribió Max Kozloff, a la primera le «interesaban más los valores estéticos que la acción política». Kozloff apuntó también la similitud entre «la retórica estadounidense de la Guerra Fría» y los credos existencialista-individualistas de los expresionistas abstractos. La expresión artística se convirtió en algo tan domesticado y despolitizado como el sindicalismo, el periodismo, la actividad académica y el discurso político.

Según escribió la historiadora del arte Eva Cockroft:

> La supuesta separación entre arte y política, proclamada en todo el «mundo libre» con la reaparición del abstracto después de la Segunda Guerra Mundial, formó parte de una tendencia general de los círculos intelectuales hacia la «objetividad». Tan ajena era la idea del compromiso político para el nuevo entorno apolítico de la década de 1950 —no solo para los artistas, también para muchos otros intelectuales—, que Daniel Bell, historiador de lo social, acabó proclamando que el periodo de posguerra suponía «el fin de la ideología». El expresionismo abstracto encaja a la perfección en las necesidades de esta época histórica supuestamente nueva. Al dar a su obra un énfasis individualista y eliminar los temas reconocibles, los expresionistas abstractos lograron crear un importante y novedoso movimiento artístico. También contribuyeron, lo supieran o no, a impulsar un fenómeno puramente político: el supuesto divorcio entre arte y política, que tan bien sirvió a las necesidades de EE UU durante la Guerra Fría.[105]

Las facultades de Bellas Artes se han convertido en algo tan utilitarista como las de Periodismo. Como señala la historiadora del arte Carol Becker, las primeras no forman a los estudiantes para darles poder social, sino «para que encajen en el mundo artístico, pero no en el real. Así se aprecia en nuestras escuelas públicas, donde el arte está casi tan marginado como si fuera una actividad de ocio». El arte, como señala Becker, «se ha visto

relegado al lugar del anhelo nostálgico, la alta cultura o el entretenimiento. La mayoría de la gente, si se le preguntara, diría que el arte existe para infundir en el mundo belleza y vitalidad. Salvo el propio mundo del arte, nadie considera que sea un escenario legítimo para la polémica y el debate. En esta sociedad, el arte no se define en el entorno del auténtico poder, es decir, en la política».[106]

Las facultades de Bellas Artes producen, junto con los departamentos de Ciencias y Tecnología, especialistas, expertos formados para ajustarse a los gustos de la elite del poder. Esos especialistas deben dominar materias y disciplinas restringidas y crípticas, no reflexionar sobre los sistemas de poder y cuestionarlos. Los especialistas reinan en ámbitos minúsculos y con frecuencia irrelevantes, haciendo caso omiso de acuciantes problemas morales y sociales que exigen una comprensión más amplia de la condición humana. El especialista deja las cuestiones de poder en manos de la elite. Justifica esta abolición de la moral creyendo lo que le han dicho. Solo está cualificado para hablar de los pormenores de su área de estudio o disciplina. Y el especialista, una vez que detecta un asunto arcano, ya sea la porcelana del siglo xvii o el papel del juego entre los aristócratas rusos del xix, deja fuera al no especialista recurriendo a un vocabulario innecesariamente críptico y a datos opacos.

Las instituciones liberales y la elite del poder, desde los medios de comunicación a los museos, pasando por las universidades, son los que deciden a quién se le permite dominar esas áreas de especialización. Al conjunto de la sociedad, condicionada como está para confiar la interpretación de la realidad —ya sea en economía, política o arte— al especialista, se le suministran supuestos aprobados. Y este sistema está perfectamente concebido para reproducirse. Las universidades, al exigir que los profesores saquen doctorados, casi siempre dedicados a acotadas y oscuras materias especializadas, aprobadas por comisiones docentes, se van surtiendo de nuevos miembros, medrosos y mediocres.

El artista, como el especialista o el profesor universitario, está enchufado a un sistema en el que sirve a los intereses y gustos de la elite del poder. Se podría decir que hay que elegir entre alta y baja cultura, pero en ninguna esfera los integrantes de la clase liberal se arriesgan a perder el prestigio y el trabajo desafiando a las estructuras de poder. Los dramaturgos acaban

escribiendo inanes guiones televisivos. Los artistas gráficos dibujan y hacen animación para las grandes empresas. Los actores pagan el alquiler haciendo anuncios y locución superpuesta. Cineastas, directores de periódicos y escritores se venden a agencias publicitarias. Y quienes encabezan el escalafón cultural, los titulares de universidad y los críticos culturales, los poetas laureados y los historiadores del arte, solo hablan y escriben para sus colegas, como hacían los teólogos medievales. La expresión artística, al igual que la erudición académica, se mantiene gracias a un sistema compuesto por gremios exclusivos e interconectados. Y quienes, como el director de documentales Fred Wiseman, insisten en mantenerse al margen de esos gremios, se quedan aislados. Los que escriben, piensan, pintan, filman o esculpen, desafiando a los especialistas o las exigencias de la cultura de masas consumista, deben apartarse de las instituciones dirigidas por la clase liberal.

Alan Magee, cuyas poderosas imágenes y esculturas de guerra y de maltrato físico indagan en la depravación de la violencia, entró en el departamento de Diseño Gráfico de la Escuela de Bellas Artes de Filadelfia en 1967. No tenía un especial interés en el diseño. Sin embargo, en ese departamento se permitía a los alumnos hacer arte figurativo sin tener que disculparse por ello. Para los departamentos de Bellas Artes de todo el país, tendentes a lo abstracto y lo conceptual, el arte figurativo era, por naturaleza, parte del diseño gráfico. Lo normal era que a quienes gravitaban hacia lo figurativo se les colgara la etiqueta de ilustradores.

«Como estudiante de bellas artes, yo buscaba un lenguaje que, dentro de la tradición realista, sirviera para expresar ideas y problemas contemporáneos», me dijo Magee.[107]

> El surrealismo ejemplificaba cómo podía comunicarse el arte figurativo. Me fijé en Magritte, y también en George Tooker, Philip Pearlstein y el pintor canadiense Alex Colville. Tres cuadros del Museo de Arte de Filadelfia —*Construcción blanda con judías hervidas (Premonición de la Guerra Civil*) de Salvador Dalí; *San Francisco recibiendo los estigmas*, de Jan van Eyk y *El día de la marmota*, de Andrew Wyeth— me pusieron en la senda de ilustrador en ciernes.

«Fuera de nuestras aulas comenzaban a aparecer obras sugerentes en revistas, en carteles, en el diseño gráfico europeo», señalaba. «Había muchas cosas que ver, que admirar y con las que medirse. En comparación con los de ahora, los editores de revistas y libros eran innovadores y políticamente arriesgados. Los mejores directores artísticos no se inmiscuían en el trabajo del ilustrador ni esperaban que dejara sus excentricidades fuera de los encargos».

Magee comenzó a trabajar como ilustrador en Nueva York en 1968. Decía que le habían dado libertad casi absoluta para realizar su labor y que:

> Me encargaban, por ejemplo, leer una serie de libros de Graham Greene o Bernard Malamud e interpretarlos a mi manera. En lugar de buscar una descripción real de los personajes, siempre que podía buscaba un equivalente simbólico o metafórico del texto. Mis primeros bocetos siempre los aceptaban. Todavía no había calado realmente ese cinismo sobre el beneficio que tenía que dar un libro y los conglomerados mediáticos aún no habían adquirido los pequeños sellos editoriales. Eso vino después y el consiguiente deterioro de las libertades que yo había dado por sentadas fue una de las razones por las que abandoné esa carrera y me centrara en mis propias obras.

«Durante la década de 1970, en el mundo de las bellas artes, el escultor minimalista Donald Judd estaba instalando cajas de aluminio pulido en galerías de arte y museos; Carl Andre colocaba filas de ladrillos en el suelo de los museos y muchos artistas se apuntaron al minimalismo, al arte conceptual y tendencias similares», señalaba Magee.

> No cabe duda de que hasta cierto punto esos movimientos pretendían proclamar la ampliación de las posibilidades artísticas. Era difícil ponerles objeciones. Pero la preponderancia de esas impenetrables manifestaciones artísticas acabó por aislar el arte con mayúsculas de la vida de la gente corriente. Desde entonces, el arte «relevante» se ha ido tornando en algo cada vez más remoto e inescrutable.

Según Magee, José Ortega y Gasset y Ernst Gombrich advirtieron de que el arte moderno podía llegar a convertirse en una empresa deshumanizada. Ortega y Gasset apuntó que las manifestaciones artísticas deliberadamente abstrusas se utilizarían para insultar indirectamente a las clases bajas

cuando atacarlas directamente ya no se considerara aceptable. Grombrich pronosticó que la pertenencia al movimiento moderno se luciría como una especie de «insignia», e imposibilitaría la crítica y el análisis de determinados artistas y obras de ese club.

«Los dos pronósticos se han cumplido», ha señalado Magee:

> Comencé a comprender que los «discursos» del mundo del arte no se podían tomar en serio y recuerdo un momento en el que me quedó claro que el de vanguardia no era ni progresista ni humanitario; que políticamente era conservador y que no aspiraba ni a la aprobación ni a la comprensión de quienes estaban fuera de su privilegiado círculo. Ingenuamente, yo había creído que lo que pretendía el arte moderno en cierto sentido estaba relacionado con un avance gradual hacia la decencia, que formaba parte de las diversas luchas por la igualdad y la equidad que se estaban librando fuera del mundo del arte. Más bien era lo contrario. En el arte «importante» la ternura y la empatía ya estaban prohibidas. No eran buenas para el negocio. Las obras de arte que hoy en día se consagran son vehículos fundamentalmente financieros, privados de una onerosa humanidad.

«Pero, ¿qué tienen de malo la frivolidad, los juegos solo para entendidos o los desconcertantes objetos artísticos que muestran los museos?», se preguntaba Magee:

> No tienen nada de malo, por supuesto, a menos que al acumularse acaben convirtiéndose en un obstáculo que dificulte mucho el paso a cualquier imagen o idea útil. Lo que a mí me resulta descorazonador al entrar en la zona contemporánea del Museo de Arte Moderno, que podría ser la de cualquier otro museo, ya que ahora solo hay un mensaje, es que lo que antes constituía una vía esencial de conexión entre los seres humanos, ahora lo obstruyen cosas que afean la propia idea de conexión. Observo a los visitantes deambular por esos enormes salones con la mirada un tanto perdida, medio dormidos; sin duda muchos sospechan que les falta inteligencia o preparación para recibir la bendición del arte con mayúsculas. Me entristece que vengan con buena intención a entrar en contacto con el arte, creyendo que gracias a él podrán elevarse o sensibilizarse vitalmente, al igual

> que podrían hacerlo si se quedaran en casa a leer una buena novela contemporánea. A quienes visitan los museos se les está dando una imagen errónea sobre la amplitud del arte contemporáneo y lo que este podría ofrecerles.

«Hoy en día se está creando arte relevante, pero como comentó el pintor John Nava, el que se ha decidido que nos representa a todos procede de Marcel Duchamp», ha señalado Magee.

> Su *Fuente*, un urinario de fabricación industrial con la firma «R. Mutt», que presentó a la exposición organizada en 1917 por la Sociedad de Artistas Independientes de Nueva York, la eligió por votación la obra artística más influyente del siglo XX un grupo de quinientos profesionales británicos del mundo del arte. La proclama de Duchamp, que pretendía repudiar la estética amable y «escandalizar a los carcas» era oportuna y estaba bien hecha, pero no había por qué repetirla durante un siglo.

«La decepción que me ha producido la deriva del arte contemporáneo oficial va ligada a la admiración por ciertos movimientos y artistas que formaban parte del primer modernismo europeo —por ejemplo, el dadaísmo y el expresionismo artístico y cinematográfico alemán—, pero se diría que todas las artes remontaron el vuelo durante la década de 1920 y a comienzos de la de 1930», afirma. «Y gran parte del primer modernismo tenía un contenido moral, en el sentido utilizado por John Gardiner, aunque fuera, y porque lo era, descaradamente ordinario y desafiante. Esos artistas modernos, al igual que los primeros cristianos, eran excluidos. Puede que sea ese componente de disidencia lo que me atraiga de las artes gráficas, la poesía, el cine, la música y la literatura de esa época y de ese lugar».

La conclusión de Magee es que:

> He tenido que reescribir la historia del arte para alcanzar mis propios fines. Quizá todos tengamos que hacer lo mismo. Tengo que desechar las jerarquías del mundo del arte para dar espacio a artistas de todos los campos que me ofrecen algo auténtico y que en ocasiones me cambian la vida. Algunos son bien conocidos. Otros son como secretos totalmente invisibles para lo que denominamos «profesionales del arte». Entre los artistas que figuran en la que yo

> denomino «mi historia del arte activa», se encuentran el animador y escultor checo Jan Švankmajer, el escultor italiano Giacomo Manzù, los pintores españoles Antonio López García y Cristóbal Toral, los escultores franceses Louis Pons y Jacques Clavé, y el creador suizo de «máquinas poéticas» Paul Gugelmann. Después vienen los alemanes: Adolph Menzel, Otto Dix, Hannah Höch y, sobre todo, Käthe Kollwitz. Más que criticar a la enorme masa de artistas contemporáneos bien financiados que no sirve de ayuda, yo intento correr la voz sobre esa otra gente.

«Me parece que hoy en día el principal obstáculo para el artista con conciencia quizá no sea el mundo del arte», ha dicho el pintor Rob Shetterly:[108]

> Está en los principales medios de comunicación. Cuando los conglomerados mediáticos optan por dejar de lado las manifestaciones serias del arte político, las están marginando. Millones de personas que podrían verlas, leerlas o escucharlas se quedan sin ellas. De ese modo, sus preguntas, ideas y sentimientos no se ven refrendados porque no se puede asistir a su representación precisa en forma de arte. A mucha gente, este le dice que es aceptable pensar o sentir cosas impopulares. Sin esa garantía, la gente se siente con frecuencia aislada en su propia percepción de la realidad, y se repliega hacia la aquiescencia oficial y la comodidad del patriotismo, aun cuando este traicione los ideales que dice apoyar.

«Pienso con frecuencia en la música de la década de 1960: en Phil Ochs, Dylan, Joan Baez, Odetta, Peter, Paul & Mary, etc.», afirmaba Shetterly:

> Esa música sobre los derechos civiles y la ilegitimidad de la guerra de Vietnam se oía por todas partes. Los conglomerados mediáticos todavía no se habían dado cuenta de que, con solo no ponerla, ya podían limitar enormemente la difusión de las ideas. Millones de jóvenes se radicalizaron y eso los llevó a defender causas políticas, y no fue por leer ensayos y asistir a clase, sino por un estímulo artístico. El arte daba la razón a su conciencia. Podían confiar en Bob Dylan y no en LBJ [Lyndon B. Johnson] o Nixon. Imagínate qué habrían sido

> los movimientos por los derechos civiles o los antibelicistas sin la música.

«Después de los 60 los conglomerados mediáticos habían aprendido la lección», señala Shetterly:

> Si lo que pretendían era crear un consenso que reportara beneficios, y que esos beneficios surgieran de la guerra, la explotación y el imperialismo, lo único que tenían que hacer era *no* informar o no reproducir manifestaciones artísticas que transmitieran mensajes de paz y resistencia. No es censura. Los artistas son libres de hablar y producir. Pero no habrá mucha gente que se entere. Y como está claro que ahora los conglomerados mediáticos, nuestra sacrosanta prensa libre, forman parte del mecanismo propagandístico del complejo militar-industrial-parlamentario, los artistas tienen que atacar tanto a la prensa como a los especuladores bélicos y los mentirosos electos, con lo que tienen todavía menos posibilidades de que informen sobre ellos. A los medios de comunicación no les gusta nada que se denuncien sus sesgos.

A la serie de retratos que realizó Shetterly de radicales estadounidenses, que, titulada *Americanos que dicen la verdad*, va desde Sojourner Truth a Cindy Sheehan, se la ha mantenido a bastante distancia de los medios. «A las mentiras yo las llamo mentiras, no diferencias de opinión», ha declarado Shetterly. «A los crímenes de guerra los llamo crímenes, no errores. A la complicidad de los medios en las mentiras y los crímenes los llamo por su nombre. Señalo que ha existido, y existe, un frecuente enfrentamiento entre democracia y capitalismo».

«Parte del sesgo que existe en el mundo artístico contra el arte comprometido surge de una idea importante: el arte tiene algo que ver con la afirmación de nuestra humanidad más profunda, nuestra concepción de la belleza, nuestros vínculos espirituales y nuestras aspiraciones más elevadas», apunta Shetterly.

> El arte político puede inducirnos a la discusión, a la disgregación, cuando deberíamos estar meditando. ¿Acaso no debería ser el arte un refugio, un lugar para no dejar de reflexionar sobre cuestiones elevadas? Yo creo que el arte debe y puede ser muchas cosas. Tiene

> que ver con la belleza, también debe tener que ver con la verdad, aun cuando la verdad sea fea y un anatema para la gente guapa y los poderosos. Hasta cierto punto, un hermoso bodegón nunca es irrelevante. Pero si la pervivencia de la vida humana está en peligro, quizá sea importante que algunos artistas analicen el porqué con toda la urgencia y la veracidad que puedan recabar.

«Es curioso que vivamos en una época en la que el "arte" suele describirse literalmente como cualquier cosa que el artista o el crítico diga que es», ha señalado Shetterly. «Los medios de comunicación aceptan esta definición…, salvo cuando el arte es político».

«Cuando pensamos en sociedades y civilizaciones del pasado, ¿qué sabemos de ellas?», se preguntaba Carol Becker.

> Las conocemos por su arte, que es lo que perdura y comunica la mentalidad concreta de la gente de esa época. Cuando observamos obras de arte, comprendemos por qué las ideas que hemos tomado de ellas definen la civilización occidental, pero devaluamos el lugar que ocupa el artista. No consideramos que su oficio sea legítimo, ni siquiera que sea fruto del esfuerzo. Pensemos en las obras del artista sudafricano William Kentridge, que vivió y creó durante la época del *apartheid*. Mostró la capacidad de desplazar y hacer oscilar el mundo en una época en la que nadie quería enfrentarse al poder ni cuestionarlo. Es muy habitual que sean los artistas los que se metan en situaciones difíciles. Los médicos, entre otros, también se colocan en situaciones difíciles dentro de las comunidades, pero no hacen representaciones de esas situaciones que modifiquen la forma de ver el mundo. Lo que quiero decir es que me gustaría que los artistas sintieran que pueden liderar al mundo, no que su obra quedará relegada a lo que denominamos «mundo del arte».[109]

«Enseñar a alguien a manejar un torno o a leer y escribir se basa sobre todo en formar habilidades», escribió C. Wright Mills en *The Power Elite* [*La elite del poder*]:

> Llevar a las personas a comprender lo que quieren hacer en la vida o debatir con ellas sobre las formas de vida del estoicismo, el cristianismo y el humanismo son cosas que se basan sobre todo en

una formación clara en valores. Pero, para contribuir a que en un grupo de personas nazcan las sensibilidades culturales, políticas y técnicas necesarias para que se conviertan en ciudadanos verdaderamente liberales, es preciso formar las habilidades y también formar en valores. Ese proceso incluye una especie de terapia, en el sentido antiguo de conocerse mejor a uno mismo; conlleva transmitir las capacidades para polemizar con uno mismo, que denominamos pensamiento, y las necesarias para polemizar con los demás, que llamamos debate. Y el producto final de esa educación liberal de las sensibilidades no es más que el hombre o la mujer que se educa, que se cultiva a sí mismo.

Como escribió Mills, la culminación de la visión artística e intelectual debería ser la habilidad, negada al especialista, de convertir los problemas personales en cuestiones sociales, «para apreciar su relevancia para su comunidad y la de su comunidad para ellos». Muchos de los que se quedan atrapados en la cultura de masas están «acuciados por problemas personales, pero sin ser conscientes de cuál es verdaderamente su significado y su origen». Y la labor del artista o del intelectual es «transformar los problemas en cuestiones candentes y estas en algo que al individuo le sirva para entender su condición humana». Como el conocimiento y la expresión artística no se han convertido en algo relevante para la realidad humana —y ese era el objetivo de la Bauhaus durante la Alemania de Weimar—, la población es incapaz de «detectar el origen de sus propios sesgos y frustraciones, y también de pensar con claridad sobre sí misma y, por la misma razón, sobre cualquier otra cosa».[110]

En su libro, *Las clases medias en Norteamérica*, que contiene un mordaz capítulo titulado «Inteligencia, SA», Mills señaló que a «los hombres brillantes, enérgicos e imaginativos» ya no se les valoraba en las universidades. Las facultades ya no «facilitan, ni mucho menos crean, la independencia de criterio». El profesor universitario se había convertido en parte de «una mezquina jerarquía, prácticamente cercada por su entorno de clase media y por la segregación entre la vida intelectual y la social [...] la mediocridad se rige por sus propias normas y crea su propia concepción del éxito». Pero no eran mejores los intelectuales que estaban fuera del ámbito universitario, en la esfera comercial. Habían abandonado la política para

entregarse a la gestión y al éxito personal. «La pérdida de voluntad e incluso de ideas entre los intelectuales», escribió Mills, no solo se debe a «la derrota política y la decadencia interna de los partidos radicales». Según señalaba este autor, la clase liberal que había aceptado el puesto que se le otorgaba en las burocracias docente, estatal, institucional y mediática había vendido su alma.[111]

La Nueva Izquierda de la década de 1960 acabó siendo un espejismo. La ruptura que se había producido en la política estadounidense era tan profunda que cuando surgió la Nueva Izquierda ya no tenía raíces. Se encontraba en un vacío histórico. La contracultura de los sesenta, aunque tuvo muchos adeptos en plena guerra de Vietnam, nunca reprodujo el poder del Frente Popular de los treinta, al que no solo había pertenecido la clase obrera, sino una conjunción de movimientos sociales, sindicales y políticos. Como escribe la historiadora Ellen Schrecker, la Nueva Izquierda surgida en la década de 1960 era un «movimiento fracturado y desarraigado que nunca pudo reconstruir la unidad ideológica y cultural de sus antecesores ni superar sus propias divisiones. Aún hoy en día, lo que se hace pasar por izquierda, esa política de la identidad que con tanta frecuencia segrega más que une a sus partidarios, carece del sentido de interrelación que desapareció al perderse el mundo del comunismo estadounidense».[112] Las protestas, en lugar de desbaratar la producción o los sistemas dirigidos por la elite del poder, solían convertirse, como ocurrió en 1968 con las manifestaciones registradas durante la Convención Demócrata de Chicago, en un espectáculo mediático. La izquierda y la derecha desempeñaron sus respectivos papeles ante las cámaras. La política se había convertido en teatro.

El vigor militante de las generaciones anteriores se había borrado de la conciencia colectiva. La contracultura, al igual que los *beats* antes que ella, puso más empeño en el distanciamiento que en la transformación. Puede que la aparición de figuras políticas dignas y honorables como George McGovern y Eugene McCarthy ofreciera cierta esperanza, pero la cúpula demócrata tradicional no solo se conchabó con Richard Nixon para aplastar a McGovern en las elecciones presidenciales de 1972, sino que también reescribió rápidamente las normas para nombrar candidatos dentro del partido, con el fin de que nadie como McCarthy o McGovern pudiera

volver a ser elegido. Para entonces, la domesticada clase liberal, representada en el espacio político por el Partido Demócrata, no necesitaba apuntadores para defender los intereses de la elite del poder. Era miembro de pleno derecho del club.

En la década de 1980 la esterilidad política de la Nueva Izquierda se manifestó en los círculos académicos a través de la asunción del postestructuralismo literario y cultural francés. En la universidad, el simulacro de protesta tuvo su correlato en un simulacro de análisis radical. Teóricos franceses como Jacques Derrida, Jacques Lacan y Roland Barthes fueron adoptados por los académicos estadounidenses, que echaron por la borda los proyectos políticos que habían influido en la obra de los propios académicos franceses, replegándose más bien hacia lo que ellos denominaban ciencia del lenguaje y el significado. Ellos, que descifraban textos, apartaron el análisis marxista de los departamentos de Economía, que de todas maneras ya solían estar en manos de ideólogos del libre mercado, para llevarlo a disciplinas humanísticas, donde la crítica marxista no pondría en peligro los sistemas de poder.

Ahora, los marxistas eran críticos culturales y literarios. Esos teóricos dedicaron sus energías al multiculturalismo, con ramificaciones como los estudios feministas, los centrados en la diversidad sexual y los dedicados a los afroamericanos. No cabe duda de que la incorporación de voces con frecuencia apartadas del canon académico tradicional enriqueció la universidad. Pero el multiculturalismo, en lugar de conducir a una crítica de las estructuras y sistemas que deliberadamente excluían y empobrecían a los pobres y marginados, se convirtió en un fin en sí mismo.

«Sin un lenguaje radical, privados de una esperanza utópica, liberales e izquierdistas se replegaron, en nombre del progreso, a la celebración de la diversidad», según escribe Russell Jacoby. «Con pocas ideas sobre cómo hay que conformar el futuro, hacen suyas todas las ideas. El pluralismo se convierte en un cajón de sastre, el alfa y el omega del pensamiento político. Vestido de multiculturalismo, se ha convertido en el opio de los intelectuales desencantados, en la ideología de una época sin ideología».

El debate político se sustituyó por el discurso multicultural. Los valores públicos se subordinaron a enrevesados análisis de texto. Más allá del texto, no había nada que mereciera la pena investigar, recalcaban esos

postestructuralistas. El principal exponente de esta tendencia era un nuevo grupo de teóricos «radicales»: entre ellos Gayatri Spivak, teórica del poscolonialismo; Paul Bové, director de la revista *boundary 2* y profesor de Lengua inglesa en la Universidad de Pittsburgh; J. Hillis Miller, entonces en Yale; Gregory Ulmer, de la Universidad de Florida, y el historiador marxista de la cultura Fredric Jameson. Todos ellos envuelven las ideas en un lenguaje tan abstruso y abstracto, centrándose tanto en indescifrables teorías, que los no iniciados no pueden comprender lo que escriben. No intentan llegar a un público más amplio ni enriquecer la vida pública. En comparación con la última generación de verdaderos intelectuales públicos independientes (los Jane Jacobs, Paul y Percival Goodman, William H. Whyte, Lewis Mumford, C. Wright Mills y Dwight Macdonald), no han producido nada sustancioso ni valioso. Su obra carece de visión, salvo quizá en su defensa de una academia más plural. Es técnica enrevesada, autorreferencial y está tan plagada de jerga académica que resulta ilegible. Valga esta muestra de lo que los postestructuralistas, en este caso Jameson, creen que puede pasar por pensamiento lúcido:

> Al periodizar un fenómeno de estas características, tenemos que complicar el modelo con toda clase de epiciclos suplementarios. Es necesario distinguir entre la colocación gradual de las diversas precondiciones (con frecuencia no relacionadas entre sí) de la nueva estructura y el «momento» (no exactamente cronológico) en el que todas ellas cuajan y se conjugan hasta constituir un sistema funcional. En sí mismo, este momento es una cuestión que tiene menos que ver con la cronología que con la *Nachträglichkeit*, o retroactividad, prácticamente freudiana: la gente se hace consciente de la dinámica de algún nuevo sistema en el que solo posteriormente, de forma gradual, se ve atrapada.[113]

Aunque a primera vista parece un movimiento a favor del cambio social, la campaña por la diversidad cultural poco perturba a la elite del poder. No cuestiona las estructuras económicas y políticas que muy rápidamente están privando de poder a la clase obrera. Al conseguir que las diversas razas u orientaciones sexuales salgan en los programas o en los anuncios de televisión no se hace más que ampliar el círculo de nuevos consumidores. Lo que el multiculturalismo reivindica, lo que le solicita a la estructura de

poder empresarial, es su propia inclusión en la misma. Políticamente, esa reivindicación, que ha logrado la creación de departamentos de Multiculturalismo en muchas universidades, se alcanzó con la elección de Barack Obama. Pero, como señala Jacoby, lo que aquí se busca es una «clientela, no [una] revolución»:[114]

> A los multiculturalistas radicales, los poscolonialistas y otros teóricos de vanguardia se les llena la boca hablando de marginalidad, y su objetivo implícito, a veces explícito, es entrar en el sistema. Se especializan en la marginación para incrementar su valor de mercado. Esto también es comprensible: los pobres y los excluidos quieren riqueza e inclusión, pero ¿qué tiene esto de multicultural o de subversivo?[115]

Esos teóricos radicales han interiorizado la norma que rige el mundo académico: escribe y enseña lo que quieras, pero si adoptas una posición pública que cuestione las convenciones y las estructuras establecidas pondrás tu carrera en peligro. Siempre que los académicos escriban con el tortuoso y especializado vocabulario de los seminarios y las conferencias, desde donde no pueden influir en el debate público, tendrán libertad para exponer cualquier teoría estrambótica o «radical». Los nuevos académicos marxistas, decididos a participar de un análisis «científico», tienen tanto tiempo para los imperativos morales como los profesores de las escuelas de negocios con los que comparten el comedor de profesores. En las universidades la contratación se hace de forma colegiada. Lo que más se valora es esa colegialidad y las comisiones de adecuación, no la erudición o las ideas. Y a los que, después de un promedio de siete años, tiempo suficiente para integrarse en la cultura dominante, se les concede una titularidad, se les está recompensando su conformismo, no su iconoclasia. «El problema es que los profesores universitarios obtienen la titularidad reprimiendo la expresión de manifestaciones impopulares, no para expresar opiniones impopulares», escribe Jacoby. «La universidad actual, por la inercia de su conservadurismo, se ha convertido en el lugar más hostil ante la búsqueda de la verdad. Y la titularidad, en su día considerada algo precioso, es ahora el principio más atrofiado e irrelevante».[116]

Los titulares universitarios están siguiendo el camino de los trabajadores del acero sindicados. Cada vez hay menos titularidades —solo alrededor del treinta y cinco por ciento de los puestos académicos actuales conducen a una titularidad— y el porcentaje se está reduciendo. La rebatiña a la que se entregan los académicos para apaciguar a los exigentes gestores universitarios y a las editoriales académicas que publicarán sus trabajos con el fin de conseguir la titularidad no ha hecho más que acentuarse con la reducción del número de puestos seguros. La mayoría de los académicos son itinerantes que a lo largo de su carrera puede que den clase en diversos centros o en dos o tres a la vez, sin ninguna seguridad laboral. Se suele fichar a ayudantes con contratos de un año o menos. Como se les considera trabajadores a tiempo parcial, no tienen prestaciones. El sueldo de muchos de ellos no supera siquiera los 1.000 dólares por curso. La falta de seguridad en el trabajo inhibe todavía más cualquier propensión a escribir o a hablar de temas de política o socialmente relevantes. Para la propia carrera es mejor mantenerse lejos de la política y regodearse en el críptico mundo de las intrigas departamentales y los galimatías académicos.

A los medios de comunicación, al igual que a la universidad, se les pide que no se acerquen a los problemas actuales. Esos medios también deben asumir el papel de observadores desinteresados e imparciales. Para quienes informábamos desde las guerras de Centroamérica, Oriente Próximo y los Balcanes, esto era absolutamente imposible. Resulta difícil asistir impávido al sufrimiento humano. Sin embargo, mostrar esas emociones en la redacción, escandalizarse ante las atrocidades cometidas por los escuadrones de la muerte salvadoreños, los asesinatos de los serbios de Bosnia o, sobre todo, la brutalidad de los soldados israelíes en Gaza, era arriesgarse a un traslado o a que te dejaran de lado los redactores que exigían distanciamiento emocional. En las redacciones se considera que los que sienten carecen de imparcialidad y de objetividad. No son de fiar. Y otros y yo jugábamos a enmascarar nuestras emociones, haciendo como que, por horribles que fueran los crímenes, no éramos más que fríos observadores.

Yo me pasé siete años en Oriente Próximo, cinco de ellos trabajando para el *New York Times* y cuatro en calidad de jefe de su corresponsalía en esa zona. Estuve varios meses en Irak durante la dictadura de Sadam Husein,

entré con los marines en el Kuwait ocupado durante la primera guerra del Golfo y después informé del largo periodo posterior, cuando los inspectores de la ONU destruyeron muchos más equipos y arsenales militares que la propia guerra. Quienes estábamos en Irak después de la primera guerra del Golfo sabíamos que, aunque Husein fuera desde luego un tirano, no suponía una amenaza ni para nosotros ni para los vecinos de ese país. El inmisericorde régimen laico iraquí se libró brutalmente de los radicales islámicos y detestaba a Al Qaeda. Irak estaba tan desgarrado por enfrentamientos étnicos que la sola idea de crear, después de una invasión y una ocupación, una democracia unitaria que funcionara era ridícula. Para todos los arabistas, incluso para los del Departamento de Estado, los servicios de información y el Pentágono, estaba claro que si lanzábamos una invasión no nos recibirían como liberadores, que los ingresos del petróleo nunca cubrirían los gastos de la reconstrucción y que en Bagdad no se iba a implantar una democracia que irradiara su influencia por todo Oriente Próximo.

Pero repetir esas verdades elementales, algo que hice constantemente en foros públicos antes del inicio de la guerra, afectó tanto a mi carrera que me vi expulsado del *New York Times*, una de las instituciones más veneradas de la clase liberal. Mi oposición pública a la guerra, repetida en programas nacionales que iban desde *Charlie Rose* a *Fresh Air with Terry Gross*, de la NPR [Radio Pública Nacional], enfureció a unos redactores para los que yo, como periodista, tenía el deber de ser neutral.

La confrontación definitiva con el *Times* la precipitó lo ocurrido en el Rockford College de Rockford (Illinois), donde me habían invitado a pronunciar el discurso de graduación en 2003. En mayo me presenté ante unos dos mil invitados y hablé de la guerra. Dos semanas antes, George W. Bush, con traje de aviador, había aterrizado en el portaaviones *USS Lincoln* y, bajo un estandarte que proclamaba: «Misión cumplida», había pronunciado un discurso.

Mi alocución, construida en torno a mi libro *War Is a Force That Gives Us Meaning* [*La guerra es una fuerza que nos da sentido*], constituía una virulenta crítica del imperio y la guerra. Subí al estrado al final de la fila de profesores. Llevaba una toga negra con una capucha prestada que tenía el toque de rojo suficiente para acercarla a los colores de mi centro

universitario, la Harvard Divinity School. Era un día ventoso y agarré bien los papeles que contenían mi discurso. Los estudiantes, delante, y el público que había tras ellos, estaban sentados en filas de sillas plegables bien alineadas. En unos postes se habían colocado altavoces negros para transmitir la charla.

Así es como comencé:

> Hoy quisiera hablarles de la guerra y el imperio. La matanza, o por lo menos su peor parte, ha terminado en Irak. Pero la sangre —suya y nuestra— continuará corriendo, no lo duden. Porque estamos iniciando una ocupación que, si hemos de fiarnos de la historia, será tan dañina para nuestras almas como para nuestro prestigio, nuestro poder y nuestra seguridad. Pero eso llegará después, a medida que se extienda nuestro imperio. Y así nos convertiremos en parias, en tiranos de otros más débiles que nosotros. El aislamiento siempre empaña el juicio y ahora estamos muy aislados.
>
> Hemos dilapidado la buena voluntad, la simpatía que el mundo sintió por nosotros después del 11-S. Nos hemos replegado sobre nosotros mismos, hemos debilitado enormemente las delicadas coaliciones y alianzas internacionales que tan vitales son para mantener y fomentar la paz. Y ahora, junto con Vladímir Putin y Ariel Sharon, dos líderes que en Palestina y en Chechenia no dudan en llevar a cabo actos de violencia gratuita y sin sentido, formamos parte de una sospechosa troika. Ahora somos como nuestros acompañantes.
>
> Tenemos en contra la reprobación, y quizás la furia, de gran parte del mundo, desde luego la de un quinto de la población mundial, que es musulmana y que, como tengo que recordarles, no es árabe en su mayoría. Pensemos hoy en las catorce personas que murieron anoche en varias explosiones registradas en Casablanca. Y esta furia, en un mundo en el que casi el cincuenta por ciento de la población se las tiene que arreglar con menos de dos dólares diarios, nos pondrá en el punto de mira. El terrorismo se convertirá en una forma de vida.

En ese momento, entre los inquietos e incómodos reunidos, comenzaron a oírse murmullos de protesta. Alguien gritó: «¡No!».

> Y cuando nos ataquen, al igual que nuestros aliados Putin y Sharon, arremeteremos con todavía más furia. El círculo de violencia es una mortífera espiral de la que nadie escapa. Giramos a una velocidad que quizá no podamos detener. Mientras nos deleitamos en nuestra capacidad militar —la complejidad de nuestra maquinaria y nuestra tecnología bélicas, porque de eso es de lo que más se ocupó la prensa al hablar de Irak—, perdemos de vista el hecho de que la simple capacidad para librar guerras no nos da derecho a hacerlo. Imperios anteriores se han visto condenados por esa capacidad.
>
> Según la advertencia del teólogo Reinhold Niebuhr: «Puede que la moderna civilización occidental perezca por su errónea veneración a la tecnología, considerada como un fin en sí misma».
>
> Las auténticas injusticias —la ocupación de la tierra palestina por parte de Israel, las brutales y corruptas dictaduras que sufragamos en Oriente Próximo— harán que, con bombas, no nos libremos de los extremistas que nos odian. En realidad, así nutriremos sus filas.

Para entonces ya se escuchaba un coro de silbidos y abucheos.

—Cuando se domina a un pueblo por la fuerza —dije—, dependes de la fuerza para controlarlo. Al estar aislado, comienzas a cometer errores.

—¿Dónde estabas tú el 11 de septiembre? —gritó un hombre.

—El miedo engendra crueldad —dije yo—. Crueldad…, miedo, locura y, después, parálisis.

Más silbidos y abucheos.

—¿Quién quiere escuchar a este estúpido? —se preguntó alguien en alto.

—En el centro del infierno de Dante —dije yo—, los condenados se quedaron inmóviles.

Tronaron bocinas.

—Hemos cometido el error de meternos en un país del que muy poco sabemos y estamos en medio de enconadas rivalidades y de grupos y líderes étnicos enfrentados a los que no comprendemos.

Continué diciendo:

> Estamos intentando trasplantar un sistema político moderno inventado en Europa que, entre otras cosas, se caracteriza por la división del planeta en estados laicos independientes basados en la pertenencia a

> una nación, a un territorio en el que la fe en un Gobierno civil laico es un credo ajeno. Para los británicos que lo ocuparon en 1917, Irak fue un pozo negro. También lo será para nosotros.

—¡Dios bendiga a América! —gritó una mujer.

Y seguí:

> Los toques de queda, los enfrentamientos armados con turbas enfurecidas que dejan decenas de muertos iraquíes, el gobernador militar, los grupos evangélicos a los que se está permitiendo seguir de cerca a nuestras tropas ocupantes para intentar hablarles de Jesús a los musulmanes, la ocupación de los pozos petrolíferos.

El micrófono dejó de funcionar. Me quedé mirando al público enfurecido, mientras el viento azotaba la falda de la colina. Delante había algunas personas de pie. Una mujer lloraba. La agitación aumentó y varias personas se levantaron para cantar «Dios bendiga a América».

—¡¿Quién quiere escuchar a este estúpido? —¡gritó una mujer.

Tuve que interrumpir mi alocución y el servicio de seguridad me sacó de allí antes de la entrega de diplomas. El incidente dominó los inmundos programas de entrevistas de los comentaristas de derechas, desde Rush Limbaugh a los de Fox News. En los programas de la televisión por cable se reprodujeron una y otra vez vídeos caseros en los que se veía cómo me interrumpían y abucheaban. El *Wall Street Journal* publicó un editorial en el que, tachándome de elitista y de pacifista, se censuraba mi charla. El periódico local, el *Rockford Register Star*, informó de la misma con el siguiente titular: «un orador perturba la graduación en rc».

Para mí, las guerras, sobre todo las de Oriente Próximo, no eran una abstracción. Levanté la voz por una realidad que pocos estadounidenses comprendían. Pero mis redactores en el *New York Times* estaban furiosos. Ya me había pasado demasiadas veces de la raya. Me había atrevido a sentir, a emitir un juicio y a pensar por mi cuenta. Bill Schmidt, ayudante del jefe de redacción del *Times*, me convocó en la sede del periódico, sita en el 229 de la calle 43 Oeste, donde me reprendió por escrito por hacer «declaraciones que podían minar la confianza pública en la imparcialidad del periódico». Esa medida significaba que, según las normas acordadas

con el Gremio de Periodistas de Nueva York, si volvía a levantar la voz contra la guerra podrían despedirme.

Si hubiera repetido el relato mítico de Estados Unidos —el asumido por la elite del poder y las instituciones liberales que están a su servicio—, la alocución habría pasado desapercibida. Si a los graduados les hubiera dicho que Estados Unidos es un gran y noble país, que estábamos extendiendo la democracia y la virtud por el mundo, que la globalización estaba dando poder y enriqueciendo a los pobres del mundo, y que los soldados de EE UU estaban sacrificando su vida por nuestra libertad y nuestra seguridad, nada en el discurso se habría considerado polémico o político. Las declaraciones de apoyo público a la invasión de Irak por parte del también reportero John Burns no supusieron su expulsión del periódico. El relato mítico que se aprueba es «neutral» y «apolítico» porque sirve a las clases que tienen el poder. Quienes rinden homenaje a esos mitos continúan siendo valiosos miembros de la clase liberal. Quienes no lo hacen quedan proscritos.

Los medios de comunicación están tan plagados de mediocridad, corporativismo y arribismo como la universidad, los sindicatos, las artes, el Partido Demócrata o las instituciones religiosas. Los medios, al igual que la universidad, esgrimen una imparcialidad y una objetividad falsas para enmascarar su complicidad con el poder. Postulan la absurda idea de que solo observando podemos acceder al conocimiento y la comprensión, que en la vida todos debemos ser meros espectadores. Esta perniciosa reducción de la población al papel de espectador priva de función política a los medios y a los lectores a los que sirven. Como John Dewey ha señalado, la opinión pública no se forma cuando los individuos tienen representaciones correctas del Gobierno, aun en el caso de que fueran posibles. Se forma mediante el discurso y el debate. Pero la reducción de los medios de comunicación y del público al papel de espectadores pasivos corta de raíz la posibilidad de que haya una conversación.[117]

Como escribió James W. Carey, la verdad y las noticias no son lo mismo. Las noticias son un indicio de que algo ocurre. En palabras de Carey, proporcionan «fotografías degeneradas o una seudorrealidad hecha de tópicos. Las noticias solo pueden aproximarse a la verdad cuando la realidad se puede reducir a un cuadro estadístico: resultados deportivos,

informes de cotizaciones bursátiles, nacimientos, fallecimientos, bodas, accidentes, decisiones judiciales, elecciones o transacciones económicas como las del comercio exterior y la balanza de pagos».[118]

«El divorcio entre la verdad y el discurso y la acción —la instrumentalización de la comunicación— no se ha limitado a incrementar la influencia de la propaganda», escribió Carey. También ha «alterado la propia idea de verdad, acabando por tanto con nuestra forma de orientarnos en el mundo».[119]

Sin embargo, los periodistas, al contrario que los académicos, tienen que mezclarse con la población. Escriben y hablan para que les entiendan. Y esto es lo que explica que sean más poderosos y que se les vigile y controle más estrechamente que a otros escritores y hablantes. Como señaló C. Wright Mills, los medios de comunicación comerciales son herramientas esenciales para la conformidad. Transmiten a la gente una identidad. Los medios de comunicación le dicen quién es y qué aspiraciones debe tener. Prometen ayudarle a materializar sus aspiraciones. Ofrecen diversas técnicas, consejos y planes que prometen el éxito final.

Como apunta Wright, los medios de comunicación comerciales también ayudan a los ciudadanos a quedarse con la sensación de que han tenido éxito y han materializado sus aspiraciones aunque no sea así. Suelen desechar la realidad (no publican reportajes sobre lo dura que es la vida, lo escurridiza que es la fama y la fortuna, ni sobre esperanzas truncadas), sino que más bien encumbran a identidades idealizadas, aquellas que, en una cultura consumista, giran en torno a la adquisición de posición social, dinero, fama y poder, o por lo menos la ilusión de tener esas cosas. En otras palabras, los medios de comunicación contribuyen a la cultura consumista «creando necesidades», animando a los consumidores a desear cosas que no necesitan o que en realidad nunca han pensado seriamente en desear. Y la atención a esas necesidades, en gran medida inculcadas por los anunciantes y la cultura empresarial, es un negocio muy rentable. Gran parte de las actividades de los medios de comunicación comercial gira en torno a la venta a los consumidores de imágenes y técnicas para «actualizarse» o a la oferta de vías de escape seductoras, basadas en el entretenimiento y el espectáculo. Las noticias se filtran en esa mezcolanza, pero las verdaderas

noticias no son la principal preocupación de los medios de comunicación comerciales.

Pensemos en cualquier diario. Lo que dedica a las noticias, como máximo, es un quince por ciento de sus páginas. El resto se dedica a formas de sentirse triunfador o de alcanzar el éxito. Según escribió Mills, «Probablemente esto sea la fórmula psicológica fundamental de los medios de comunicación actuales. Sin embargo, como fórmula, no está en sintonía con el desarrollo del ser humano. Es la fórmula de un sucedáneo de mundo inventado y mantenido por los medios».[120]

Quienes trabajan en las empresas de comunicación comerciales son absolutamente conscientes de la manipulación, aunque en público esos medios se precian de su valentía, honradez e independencia. Esto no significa que no pueda haber buen periodismo, del mismo modo que la corrupción del mundo universitario no impide la existencia de buenas investigaciones. Significa que existe una multitud de presiones internas que, invisibles para el público pero encaradas diariamente por los trabajadores de los medios de comunicación, hace muy difícil el desarrollo de buenos productos periodísticos y de buenas investigaciones. Los reporteros que se empecinan en hacerse preguntas incómodas, al igual que los académicos que llevan a cabo investigaciones de contenido moral e independiente, no suelen progresar en las instituciones liberales.

«Había escrito un artículo sobre Colgate-Palmolive, que había cambiado la imagen de un dentífrico adquirido en Asia llamado Darkie [Negrito]», recordaba el exreportero del *New York Times* Doug McGill, que trabajó durante una década en ese periódico:

> Procter & Gamble había comprado Hazel y Holly, la compañía que fabricaba Darkie, el dentífrico más vendido en Asia. El problema era que la mascota de la marca era un artista de variedades pintado de negro. Iba grabado en las cajas del dentífrico. Evidentemente no podían venderlo así en Estados Unidos, de modo que intentaron encontrar un nombre y una imagen que no sustituyera del todo a los de Darkie. Como marca, como nombre y como imagen era demasiado valiosa, pero, evidentemente, querían borrar sus connotaciones racistas. Al final se les ocurrió llamarlo Darlie. En lugar del artista de variedades pintado de negro, utilizaron la silueta de un dandi

> victoriano muy parecido al Darkie original. El artículo apareció en la primera página de la sección de negocios. La mañana que se publicó el texto en el periódico me llamaron por teléfono. Estaba sentado ante mi mesa de esa misma sección. Era el jefe de relaciones públicas de Procter & Gamble. Percibí que de fondo se escuchaban ciertos crujidos. Le pregunté desde dónde me llamaba. Me contestó: «Estoy en una limusina. Voy al aeropuerto con el Sr. Mark», es decir, Ruben Mark, consejero delegado de la empresa. «Solo quería decirle que nos ha gustado mucho el artículo que ha publicado. Nos gusta colaborar con periodistas como usted. Siempre que siga publicando artículos de ese tipo, estaremos encantados de colaborar con usted. El Sr. Mark se pregunta si podría usted almorzar en algún momento». Después me dio el teléfono de la casa de Ruben Mark. Contesté: «De acuerdo, muchas gracias, hasta luego» y colgué.[121]

«Ese era uno de los primeros artículos que había escrito para la sección de negocios», recordaba McGill. «Nunca había oído hablar de algo tan directo, de un toma y daca presentado de forma tan descarada: “Si sigue escribiendo buenos artículos seguirá teniendo acceso al consejero delegado, además de extras como almuerzos y teléfonos privados para futuros artículos”». Esto es un buen ejemplo de lo que, en gran medida, sustenta a la primera línea del periodismo ortodoxo.

«En 1983, cuando trabajaba como reportero para el *New York Times*, escribí un artículo sobre la propuesta de subida de tarifas telefónicas en el estado de Nueva York». Así continuaba McGill su relato:

> El artículo tenía un gran interés para la zona de Nueva York porque hablaba de una subida de tarifas para sus clientes. Yo cubría el área metropolitana. No sabía nada de subidas de tarifas o empresas de telefonía, pero sí lo suficiente para hacer preguntas y anotar las respuestas. Tenía instinto para escribir con precisión e imparcialidad, el suficiente para escribir un artículo. Recabé información de la empresa de telefonía. También sabía que debía llamar a quienes estaban en contra de la subida y defendían al consumidor. Así que obtuve su opinión. Después llamé a la telefónica para saber qué pensaban de quienes criticaban la subida. Era la fórmula habitual: un periodismo basado en la contraposición de declaraciones. El *Times* lo

> publicó en primera página. Esa noche, cuando iba caminando hacia Grand Central Station con el jefe de redacción, me preguntó burlón: «¿Has entendido realmente el artículo que has escrito para hoy?». «Ni una palabra», contesté. Y los dos nos echamos una carcajada.
>
> Pero en el fondo no me sentía tan bien. Era una especie de arrogancia. Un producto convencional. Había escrito el artículo llamando primero a legisladores partidarios de la propuesta, después a asociaciones de ciudadanos que estaban poniendo el grito en el cielo por la subida, y por último, de nuevo, a los legisladores para saber su reacción. Después hice un apaño con todas las citas, hilándolas en torno a un tema ampuloso y *voilá!* Había cumplido con la «objetividad», había reunido a los dos bandos y escrito una primera página «imparcial y equilibrada» para el *New York Times*. La cuestión es que si los legisladores, los grupos de presión o las asociaciones de ciudadanos hubieran estado cometiendo alguna injusticia o una auténtica tropelía durante el proceso de aprobación de la subida, yo me habría quedado tan contento, sin enterarme de nada. Delante de mis narices, los principales actores del asunto podrían haber ofrecido un soborno, haber mentido, haberse aprovechado de una laguna legal o simplemente haber sido imparciales y yo no habría sospechado nada. Para salir en primera página, yo solo necesitaba la fórmula de contraponer declaraciones.

«Durante mis últimos años en el *Times* le decía en broma a mi mujer que lo primordial de mi trabajo era hacer que el mundo fuera seguro para los millonarios», me dijo McGill.

Durante los años en los que estaba aprendiendo el oficio de reportero, a escribir un artículo, a que me publicaran, nunca tuve problemas morales. Pero cuando por fin comprendí qué representa el *Times* como estructura empresarial y política, y a los círculos de privilegiados a los que sirve, tuve que preguntarme si quería que mi vida y mi capacidad estuvieran al servicio de esa gente y de sus valores, y no quería.

«Era consciente de los poderosísimos intereses a los que servía», señaló:

> Nunca me había molestado en plantearme si quería servir al poder de esa manera. En mis diez años en el *Times* hubo momentos en los que escribí sobre el Gobierno. Esos artículos pueden analizar directamente

> el poder, pero durante mucho tiempo yo fui sobre todo un periodista cultural, después cubrí el área metropolitana y a continuación me ocupé de economía. Era, fundamentalmente, un peón en la gran partida. Nunca me había puesto a pensar si, moralmente, estaba utilizando las capacidades que había desarrollado para sacarles el máximo partido. Sabía que en el *Times* había gente que literalmente se ponía enferma cada vez que cruzaba sus puertas giratorias. Eso fue lo que me pasó a mí. Pero no entendía qué pasaba. Sentía malestar físico. Era mi conciencia. Era algo tan fuerte que comprendí que tenía que escapar. Trabajar en el *New York Times* es como trabajar en la Casa Blanca. Nadie debería tener ese poder permanentemente. Debería tenerlo una temporada y después soltarlo. Allí dentro no estás en el mundo real. Yo ya estaba demasiado acostumbrado a que me llamaran alcaldes, gobernadores y consejeros delegados, como si yo fuera su amigo, y a que me pagaran comidas, me dieran comunicados de prensa y yo los describiera con términos elogiosos. Y era algo que ocurría constantemente. Sí escribí artículos críticos. El expresidente de Christie’s [una casa de subastas] perdió su puesto por mí. El exjefe de la Sociedad Histórica de la ciudad de Nueva York perdió el suyo por mí y por mi trabajo sobre cómo había dilapidado sus fondos, al permitir que, en ese museo, tesoros de incalculable valor se echaran a perder a causa de la humedad. Hice lo que pude con algunas investigaciones. Pero, en general, el *New York Times* es una consolidada estructura de poder y no sirve ni poco ni bien a los más necesitados de la sociedad. Cuando tienes tanto poder, debes dedicar mucho más tiempo a pensar en los que realmente necesitan ayuda.

Sin embargo, McGill, a pesar de todos sus problemas con el periódico, añadió inmediatamente que «sin el *New York Times* el mundo estaría peor». Según él, cuando los problemas morales, cada vez más acuciantes, que le planteaba su vida como reportero llegaban a su punto culminante era cuando el periódico hablaba del Gobierno de EE UU, la ciudad de Nueva York o Washington: «Entonces es cuando hay más conflictos de interés». Decía que la necesidad de acceder a los poderosos empujaba violentamente las noticias hacia «un extraño y distorsionado campo de fuerza, hasta el punto de que a los lectores les resulta difícil saber de dónde sale la noticia».

Sin embargo, a pesar de todos esos impedimentos, McGill teme, al igual que yo, que desaparezcan los periódicos y las instituciones liberales que sirven de «contrapeso al Gobierno y al poder empresarial». Según él, los periódicos tenían fuerza suficiente para hacer frente a las demandas, hostigamientos y amenazas:

> Por muchos blogs y páginas web que haya, y aun sumándolos todos, nunca supondrán un contrapeso como ese, que se está perdiendo. El periodismo nació y se alimentó con los periódicos. No con la televisión, ni con la radio. Los periódicos tienen tras de sí tanta memoria institucional, tantas prácticas, tantas cosas buenas, que sería una tragedia que todo eso se perdiera, y se está perdiendo.

«Cuanto más nos apartemos de esas deformantes estructuras de poder que son Nueva York y Washington, y más escribamos artículos sobre asuntos nacionales o internacionales, más trabajo indispensable obtendremos de los mismos reporteros que, en otros ámbitos, se encuadran en esos deformantes campos de fuerza», afirma:

> Hay dos clases de objetividades. Una está en las citas y otra fuera de ellas. La de las citas es la objetividad corrupta del periodismo ortodoxo. Es una ideología que carece de rigor que la sustente. Significa muchas cosas, muchas de ellas contradictorias. Puede ser neutral, justa, equilibrada e imparcial. Pero se puede tener un artículo que se ciña a los hechos y sea injusto. Se puede tener un artículo imparcial que no se ciña a los hechos. Estamos ante un montón de prácticas que, adoptadas a lo largo del tiempo, se han amontonado bajo un epígrafe altisonante. Si te fijas en la ideología, ves que por desgracia suele contribuir a la pereza, la racionalización y, sobre todo, al objetivo comercial del periódico, no al descubrimiento y la presentación de la verdad. La objetividad que se sitúa al margen de las citas es un método de investigación que garantiza la mayor cercanía posible del investigador a la verdad. Su patrón es la objetividad científica. Tiene sus normas y su disciplina. Exige verificación mediante la corroboración, la observación directa o por otros medios. Estas son las directrices que sigue un periodista para llegar a la verdad. Sin embargo, es preciso acercarse a la idea de verdad con

> extrema humildad. Solo proclamamos que hemos llegado a ella después de aplicar un intenso rigor metodológico y de someternos a un profundo examen de conciencia. Cualquiera que sea el significado del término «objetivo», lo que presentes nunca lo será. Será lo mejor que puedas ofrecer, pero nunca la verdad, ni desde luego algo tan chapucero y metodológicamente facilón como la fórmula de contraponer declaraciones. Hay dos clases de objetividad y, como ocurre con el colesterol, queremos más de la buena y menos de la mala. Quizá la objetividad que se va a perder con los periódicos nunca fuera lo suficientemente buena, pero sí estamos perdiendo a gran cantidad de buenos reporteros. Esa gran cantidad de periodistas y reporteros de investigación que se ocupan del Gobierno, aunque estuvieran peleándose con sus periódicos, con las cosas de las que hemos hablado, se esforzaban por aportar verdad a sus medios. Y los mejores están sufriendo recortes porque el periodismo caro los está sufriendo. Culturalmente, eso es lo que estamos perdiendo.

John Steinbeck, después de visitar campamentos ilegales llenos de empobrecidos trabajadores emigrantes en el valle californiano de San Joaquín, entregó un artículo al *San Francisco News*. La pobreza y la mugre que vio en los campamentos le horrorizaron. Vio a gente machacada, sin esperanza y a punto de morir de hambre. En su artículo hablaba de una familia que había visto. Los padres habían levantado una choza clavando ramas de sauce en el suelo que después sujetaron entre sí con hierbajos. Esa estructura la habían cubierto con latas y papeles aplastados. Los padres y tres niños, entre ellos uno de tres años con el vientre hinchado por la desnutrición, dormían en esa tosca choza sobre un trozo de alfombra vieja. Por toda indumentaria, el niño más pequeño llevaba un saco ceñido a la cintura, hacía dos años que no tomaba leche y tardaba en reaccionar. En el *News* Steinbeck escribió:

> Morirá en poco tiempo. Puede que los mayores sobrevivan. Hace cuatro noches, sobre la sucia alfombra, la madre dio a luz. El niño nació muerto, y menos mal, porque no habría podido darle el pecho, ya que su propia dieta no produce leche.
>
> Cuando nació y vio que estaba muerto, la madre se dio la vuelta y, tumbada, se quedó inmóvil durante dos días. Hoy se ha levantado y va

> renqueando de un lado a otro. El último niño que nació, hace menos de un año, vivió una semana. La mirada de esta mujer tiene la expresión vidriosa y ausente de una sonámbula.
>
> Ya ni siquiera lava la ropa. El impulso que induce a la limpieza la ha abandonado y ya no tiene energía. Antes el marido era aparcero, pero no pudo mantener la cosecha. Ahora ha perdido hasta las ganas de hablar.
>
> No te mira directamente a los ojos, porque para eso hace falta voluntad, y la voluntad necesita energía. Por la misma razón no es bueno como peón. Tarda mucho tiempo en decidirse, así que cuando se mueve siempre es tarde, y tarde llega a la faena. En estos días, cuando encuentra trabajo, algo poco frecuente, su peonada máxima es de un dólar al día.
>
> Los niños ya ni siquiera van al saucedal. Se quedan en cuclillas donde están, levantando un poco de polvo. Más o menos su padre sabe que en el fango de la margen del río se aloja el gusano de la anquilostomiasis y que los niños se lo llevarán en los pies descalzos.
>
> Pero no tiene ni voluntad ni energía para resistirse. Ya le han pasado demasiadas cosas.[122]

Fue ahí donde nació *Las uvas de la ira* de Steinbeck, de un dolor profundo, de la sensación de injusticia y de la capacidad del autor para la compasión. Fue un acto periodístico, fruto del mejor periodismo. Sus reportajes, como los de otros grandes reporteros, desde Charles Dickens a George Orwell, fluían sin problemas hacia la ficción. En *Las uvas de la ira* Steinbeck dio vida al viaje hacia el Oeste que realizó la familia Joad, abandonando el *Dust Bowl* [gran sequía] sufrida en las Grandes Llanuras. En un sentido periodístico, los Joad no se basaban en una única y verdadera familia. Nacieron de una mezcla. Pero la capacidad para conjugar eficazmente la información factual con la compasión y el arte transmitió una realidad, una experiencia, que se ha convertido en parte de nuestra memoria colectiva. La novela de Steinbeck, una crónica de cómo el pueblo lucha por aguantar, se entendía gracias a una combinación de alegoría y datos. Al igual que el Proyecto de Teatro Federal, tomó la realidad y la transformó en arte. Apelando a las emociones, cuestionó mitos y tópicos

manidos, ya que muchos estadounidenses despreciaban a quienes huían del Dust Bowl.

Las instituciones liberales se crearon para mejorar el mundo. Se concibieron para dar voz a quienes se ven relegados, maltratados y arrumbados por el conjunto de la sociedad. A lo largo de su historia se han comprometido a proteger el bien común, a educar y luchar contra la injusticia. Cuando funcionan, esas instituciones mantienen vivos los rasgos que cuestionan la descarnada codicia del capitalismo sin trabas. Yo soy un producto de esas instituciones liberales, en concreto de la Iglesia, la universidad —donde pasé ocho años en calidad de estudiante de grado y de posgrado— y los medios de comunicación. Cuando era periodista formaba parte de un sindicato. Los sermones que mi padre lanzaba desde el púlpito, el estudio de la literatura, la historia, la teología, los clásicos y la filosofía moral durante la carrera y en el posgrado me otorgaron un lenguaje para interpretar el mundo y definir mi lugar en él. El periodismo fue lo que durante dos décadas me permitió deambular por el mundo, donde cada nuevo destino equivalía a otra licenciatura universitaria. Los idiomas que hablo, mi formación cultural, mi comprensión de los sistemas políticos y económicos, no habrían sido posibles sin esas instituciones liberales. Al final las he cuestionado, pero mi deuda con ellas es profunda. Esas instituciones me irritan menos que quienes, dentro de ellas, nos han fallado cuando necesitábamos su voz. De manera atroz se traicionaron esos principios liberales para proteger carreras y conservar el acceso a los poderosos. Los liberales cedieron demasiado ante la elite del poder. La tragedia de la clase liberal y de las instituciones que controla es que sucumbió al oportunismo y, finalmente, al miedo. Renunció a su propia función moral. No cuestionó los abusos empresariales cuando tuvo la oportunidad. Desterró a quienes, entre los suyos, sí lo hicieron. Y ese descolmillado de la clase liberal no solo dejo expedito el camino al neofeudalismo y los abusos empresariales, sino que también consiguió que esa clase quedara relegada.

El mal de la clase liberal es la engañosa insistencia, supuestamente «profesional», en la objetividad. Antes del ascenso de los periódicos comerciales, existían publicaciones de opinión para influir en lo que la población pensaba a través de argumentos, no para atrofiar a los lectores

con listas de datos. Nuestras más añejas universidades se constituyeron para formar a clérigos e inculcar a los estudiantes la primacía del bien común. Según la concepción que los sindicatos tenían de la sociedad igualitaria, la lucha de clases era inevitable. Desde Mark Twain hasta John Steinbeck, hubo artistas que trataron no solo de explicar la realidad social, política, económica y cultural, sino de utilizar esas explicaciones para luchar por un orden social basado en la justicia. Con frecuencia, los movimientos que desafiaban a la elite del poder pusieron en marcha y mantuvieron esas instituciones liberales, creadas para ser instrumentos de la reforma. Una a una, esas instituciones sucumbieron a la tentación del dinero, a la jerga patriotera, al credo de la necesidad de la guerra permanente, al miedo a enemigos internos y externos, y a la desconfianza hacia los radicales, que en su día habían mantenido la honradez de la propia clase liberal. Y, terminado ese proceso, esta ya no tuvo nada que decir.

En 1834 el *New York Sun* publicó un artículo sobre una mujer cuyo esposo regresaba con demasiada frecuencia a casa borracho y en actitud violenta. Hablaba del asunto de una forma que hoy en día, cuando confiamos en la fría y desnuda descripción de los hechos, sería imposible: «Como debería hacer cualquier mujer sensata que soporta la maldición de un marido borracho, a partir de ese momento ella se negó a tener nada que ver con él, quien fue enviado a la penitenciaría». En comparación, leamos la última frase de un artículo publicado en 1995 en el *Ann Arbor News* sobre un hombre que atacó a una prostituta después de que se negara a acostarse con él: «Los empleados del Ramada Inn Ann Arbor, del 3750 de la avenida Washtenaw, dijeron que el hombre y la mujer se registraron en el hotel en torno a las 2 de la mañana del viernes».[123]

En última instancia, el credo de la «imparcialidad» y la «objetividad» que ha infectado a la clase liberal dicta la importancia de no ofender al statu quo. La «profesionalidad» que se exige en las aulas, la prensa escrita, las artes o el discurso político equivale al distanciamiento moral. Nada queda del virtuoso estallido de los predicadores abolicionistas y los defensores de los derechos civiles; de los periodistas de investigación que enfurecieron a Standard Oil y a los propietarios de los mataderos de Chicago; de producciones teatrales como *The Cradle Will Rock* que reventaron los mitos que propagaba la clase dominante, dando voz a la gente corriente; de los

sindicatos que permitieron a los afroamericanos, los inmigrantes y a hombres y mujeres obreros encontrar dignidad y esperanza; de grandes universidades públicas como el City College de Nueva York, que ofrecían a los hijos de los inmigrantes la oportunidad de acceder a una educación de primera, ni de los demócratas del *New Deal* que comprendieron que la democracia no está segura si no permite a los ciudadanos tener un nivel de vida aceptable y si no impide que el Estado sea secuestrado por los poderes privados. Los vestigios de la clase liberal y las huecas instituciones que habitan huyen de quienes hablan la extraña e insólita lengua de las libertades y la justicia.

---

97 Philip Roth, «On the Air», *New American Review* 10, agosto de 1970, p. 20.

98 Peter B. Levy, *The New Left and Labor in the 1960s*, Urbana, IL, University of Illinois Press, 1994, pp. 47-48.

99 Sharon Smith, *Subterranean Fire: A History of Working-Class Radicalism in the United States*, Chicago, Haymarket Books, 2006, pp. 216-217.

100 Murray Bookchin, *Toward an Ecological Society*, Montreal, Black Rose Books, 1980, pp. 11-12.

101 Irving Howe, «The Age of Conformity», p. 151.

102 *Ibíd*., p. 152.

103 Neal Gabler, *Life: The Movie: How Entertainment Conquered Reality*, Nueva York, Vintage, 1988, p. 132.

104 *Ibíd*., p. 135.

105 Eva Cockroft, «Abstract Expressionism, Weapon of the Cold War», en Francis Frascina (ed.), *Pollock and After: The Critical Debate*, Nueva York, Harper & Row, 1985, p. 132.

106 Carol Becker, *Zones of Contention: Essays on Art, Institutions, Gender and Anxiety*, Albany, NY, State University of New York Press, 1996, p. 9.

107 Entrevista a Alan Magee, Nueva York, 30 de marzo de 2010.

108 Entrevista a Rob Shetterly, Nueva York, 11 de julio de 2010.

109 Ben Fulton, «Calling on artists to lead the way; Fine arts: Columbia University dean Carol Becker to speak at U», *Salt Lake Tribune*, 27 de marzo de 2010.

110 C. Wright Mills, *The Power Elite*, Oxford, Oxford University Press, 2000, pp. 318-319.

111 C. Wright Mills, *White Collar*, Nueva York, Oxford University Press, 1956, pp. 130-131 y 158-159 [ed. cast.: *Las clases medias en Norteamérica*, Madrid, Aguilar, 1957].

112 Ellen Schrecker, *Many Are the Crimes: McCarthyism in America*, Boston, Little, Brown and Company, 1998, p. 413.

113 Ian Buchanan, *FredricJameson: Live Theory*, Nueva York, Continuum, 2007, p. 81.

114 Russell Jacoby, *The End of Utopia: Politics and Culture in an Age of Apathy*, Nueva York, Basic Books, 1999, p. 63.

115 *Ibíd*., pp. 63-64.

116 Zachary Karabell, *What's College For? The Struggle to Define American Higher Education*, Nueva York, Basic Books, 1998, pp. 94-95.

117 James W. Carey, *Communication as Culture: Essays on Media and Society*, Nueva York, Routledge, 1992, p. 81.

118 *Ibíd*., p. 77.

119 *Ibíd*., p. 84.

120 C. Wright Mills, *The Power Elite*, Nueva York, Oxford University Press, 1956, p. 314.

121 Entrevista a Doug McGill, telefónica desde Rochester (Minnesota), 8 de enero de 2010.

122 Jackson J. Benson, *The True Adventures of John Steinbeck*, Nueva York, Viking, 1984, p. 333.

123 Citado por Doug McGill en *The McGill Report*.

05

Desertores liberales

«Pero el secreto de la excelencia intelectual radica en el espíritu crítico: es la independencia intelectual. Y esto genera dificultades que deberán ser insuperables para cualquier tipo de autoritarismo. En general, el autoritario elige a los que obedecen, a los que creen, a los que responden a su influencia. Pero esa conducta le condena a elegir a mediocres. Porque excluye a los que se rebelan, los que dudan, los que se atreven a resistirse a su influencia. Una autoridad nunca podrá admitir que los intelectualmente valerosos, es decir, los que se atreven a desafiar su autoridad, pueden ser los más valiosos. Evidentemente, las autoridades nunca dejarán de estar convencidas de su capacidad para detectar la iniciativa. Pero por tal solo entienden la pronta detección de sus propias intenciones, de manera que nunca serán capaces de apreciar la diferencia entre una y otra iniciativa.»

Karl Popper
(*La sociedad abierta y sus enemigos*)[124]

Hace tiempo que la clase liberal viene librándose de sus miembros más independientes y valerosos, lo cual forma parte de la patología de una clase que podía permitirse ese nivel de desgaste en tanto en cuanto la elite del poder tenía que rendir cuentas ante la ciudadanía, gestionando su poder con cierto grado de responsabilidad y justicia, gobernando de manera que aún pudiera responder al bien común y aceptando algunas de las deslavazadas reformas propuestas por la propia clase liberal. Pero a medida que el Estado

iba siendo lentamente secuestrado por las grandes empresas, en un proceso iniciado después de la Primera Guerra Mundial, acelerado después de la Segunda y finalizado con despiadada eficacia durante los últimos treinta años, la clase liberal se fue purgando de los únicos miembros que tenían la entereza y la visión para salvarla de la irrelevancia.

Durante la última fase del control empresarial absoluto, iniciada con Ronald Reagan, se asistió a la incorporación sistemática de la ideología empresarial al pensamiento liberal. Lo cual supuso que la clase liberal se viera obligada a prescindir de los principios básicos del liberalismo. Una vez que sus instituciones estuvieron controladas por las grandes empresas, la clase liberal no tardó en reproducir la retahíla empresarial de que la economía y el mercado, no los seres humanos, deben regir el comportamiento político y económico. El capitalismo del libre mercado, un credo claramente antiliberal, definió sin dilación el pensamiento liberal.

Cuando quedó claro que las cacareadas ventajas de la globalización —la idea de que los trabajadores del mundo se harían más ricos; que el mercado sacaría de la pobreza al mundo en desarrollo; que derribar las barreras comerciales beneficiaría a los ciudadanos, tanto del mundo desarrollado como del mundo en vías de desarrollo, y que de la interconexión entre economías globalizadas nacerían inevitablemente la paz y la prosperidad— no eran más que una farsa, ya era demasiado tarde. La clase liberal ya había expulsado de su seno a los críticos de esa ficción utópica. Era cómplice del ascenso de una nueva oligarquía global y de la miseria que, en la estela de la globalización, había caído sobre los pobres y la clase obrera. La clase liberal fue corresponsable del declive de la media, la propia base de la democracia. En nombre del progreso ha permitido el desmantelamiento del sector fabril, que ha dejado tras de sí enormes bolsas de desesperación y pobreza postindustriales.

Pero sería un error presuponer que lo que sedujo a la clase liberal fueron simplemente las promesas utópicas de la globalización. También la sedujo el arribismo. Se recompensó a quienes reproducían las palabras adecuadas, a quienes no cuestionaban las estructuras que el Estado empresarial estaba cimentando, a quienes aseguraron a la clase obrera que el sufrimiento era temporal y que el nuevo orden mundial acabaría con él. Recibieron tribunas públicas en la televisión y en el espacio político. Ante la sociedad se les

presentó como expertos, sabios y especialistas. Se convirtieron en la clase de hombres y mujeres sabios a quienes se permitía explicar en foros públicos lo que nos ocurría dentro y fuera del país. El columnista del *New York Times* Thomas Friedman, corifeo de la guerra de Irak y de la globalización, se convirtió en el emblema de la nueva clase de mandarines empresariales. Y aunque Friedman se equivocó de forma tan garrafal al hablar de los resultados de la ocupación como cuando explicó las repercusiones de la globalización, continúa dominando las ondas junto a otros cuantos apologistas.

«Mi apoyo inicial a la guerra [en Irak] simboliza las lamentables tendencias existentes en la comunidad de interesados en política exterior, es decir, la disposición a apoyar guerras y los incentivos que hay para apoyarlas con el fin de conservar la credibilidad política y profesional», escribió Leslie Gelb en *Foreign Policy* entonando un *mea culpa* en nombre de todo el sistema liberal después de la invasión de Irak. «Al tiempo que “perfeccionamos” los medios, nosotros los “expertos” tenemos muchas cosas que enmendar. Debemos redoblar el compromiso con la independencia de criterio y hacer nuestras, no dejar a un lado, las opiniones y los datos que rebaten la opinión ortodoxa, con frecuencia errónea. Menos que eso no le valdrá a nuestra democracia».

Como bien sabían Gelb y muchos de los que apoyaron la guerra, la independencia de criterio acaba de golpe con una carrera. Las puertas se cierran. Ya no te invitan a las tertulias televisivas, no te dan ayudas, no te agasajan en la universidad ni te entrevista la CNN, tampoco te invita el Council on Foreign Relations, no te hacen titular universitario, ni te piden que escribas artículos de opinión en el *New York Times*. Equivocarse sale gratis cuando se ensalzan las políticas de la elite del poder. Sin embargo, el coste es enorme si te muestras desafiante, aunque ese desafío sea clarividente y correcto. A la clase liberal, cuyos miembros aspiran a mejorar su posición individual y económica, y también a conservar el acceso a los cerrados círculos de poder, no le preocupa lo moral sino lo práctico.

«En mi opinión, nada es más censurable que las costumbres mentales del intelectual que inducen a la evitación, esa típica actitud de apartar la vista de una posición difícil o basada en principios que uno sabe que es la correcta, pero que decide no adoptar», escribió Edward Said. «No quieres

dar la impresión de ser demasiado político; tienes miedo de parecer polémico; quieres mantener la reputación de equilibrado, objetivo, moderado; esperas que te vuelvan a invitar, a consultar, a participar en una junta o una comisión prestigiosa, y mantenerte así dentro de la ortodoxia responsable; algún día esperas recibir un *honoris causa*, un premio importante, quizá incluso una embajada».

«Para un intelectual, esas costumbres mentales son intrínsecamente corruptoras», remachaba Said. «Si hay algo que pueda desnaturalizar, neutralizar y finalmente matar una vida intelectual apasionada es la interiorización de esas costumbres. Personalmente, las he observado en relación con uno de los problemas actuales más delicados, el de Palestina, donde el miedo a levantar la voz contra una de las mayores injusticias de la historia contemporánea ha hecho renquear, ponerse anteojeras y mordaza a muchos que saben la verdad y están en situación de contribuir a ella. A pesar de los insultos e improperios que se granjea cualquier defensor abierto del derecho de Palestina a la autodeterminación, la verdad se merece que alguien la diga, que la represente un intelectual sin miedo y con compasión».[125]

En *La traición de los intelectuales*, Julien Benda postuló que solo cuando estos *no* tienen objetivos prácticos o aspiran a ganancias materiales pueden servir como conciencia y correctivo. «Durante más de dos mil años, hasta la época actual, veo una ininterrumpida serie de filósofos, religiosos, literatos, artistas, sabios (se podría decir que casi todos los del periodo), cuya influencia, cuya vida, se opusieron directamente al realismo de las multitudes», escribió Benda.

Cuando los intelectuales desplazan su lealtad hacia los objetivos prácticos del poder y las ventajas materiales, castran su propia condición de intelectuales. Dejan de lado las verdades desagradables y la moral para influir en los sistemas de poder o incorporarse a ellos. Stanley Hoffmann censuró a la clase liberal por el vínculo existente entre el mundo académico y el del poder en su ensayo de 1977 «Las relaciones internacionales: una ciencia social estadounidense», publicado en la revista *Dædalus*. Según apuntaba el autor, académicos e investigadores «no solo estaban en los corredores del poder sino en sus cocinas». Lo que en su día había sido un intercambio intelectual se había convertido en un intercambio profesional.

Según Hoffmann, ahora las fundaciones liberales eran un «dorado lugar de tránsito entre Washington y la academia». Los eruditos se consideraban eficientes seguidores de Maquiavelo que estaban allí para asesorar «al Príncipe sobre cómo ejercer mejor su poder y contribuir mejor a los intereses nacionales». Con la esperanza de conformar las políticas, la erudición iba dirigida a una minúscula elite. Y cuanto más se acercaban los expertos a los centros de poder, más grande era la tentación de «desdeñar la investigación y sesgar las reivindicaciones con vistas a impulsar la propia carrera o las oportunidades políticas o burocráticas». Esto significaba que el erudito «aún podía ser enormemente útil por su inteligencia y su cualificación en la toma de decisiones, pero no como erudito». Hoffmann postulaba que, «para la ciencia, la principal esperanza radicaría en volar el puente que, salvando el foso, conduce a la ciudadela del poder».[126]

Benda escribió que en el pasado los intelectuales se habían mostrado indiferentes a las pasiones del vulgo. Contemplaban «como moralistas el conflicto de los egoísmos humanos». «En nombre de la humanidad o la justicia, preconizaban la adopción de un principio abstracto superior a esas pasiones y directamente opuesto a ellas». Benda reconoce que esos intelectuales no solían ser capaces de evitar que los poderosos «llenaran la historia con el estruendo de sus odios y sus matanzas». Pero sí «impedían que los legos convirtieran en religión sus acciones, les impedían considerarse grandes hombres al entregarse a esas actividades». En suma, Benda proclamaba que «la humanidad había hecho el mal durante dos mil años, pero honrando el bien». Sin embargo, una vez que los intelectuales comenzaron a «practicar el juego de las pasiones políticas», quienes habían «servido de freno al realismo popular comenzaron a servirle de instigadores».[127]

Quienes, dentro de la clase liberal, desafían el credo ortodoxo, cuestionando las pasiones políticas imperantes, suelen ser apartados de las instituciones liberales. Larga es la lista de apóstatas, en su día ensalzados y después desterrados sin piedad de la clase liberal. En ella figuran todos los que al final se negaron a «ser prácticos» y servir al poder.

Sydney Schanberg llegó al *New York Times* en 1959, después de estudiar con una beca en la Universidad de Harvard. No tardó en ascender a un puesto de la sección local, para después ser enviado como reportero a la

oficina de Albany y conseguir posteriormente una corresponsalía en el extranjero. Cubrió la guerra de Vietnam y la indo-paquistaní, y en abril de 1973 abrió la delegación del periódico en Singapur. Después pasó por Indonesia, Japón, Filipinas y, en múltiples ocasiones, Camboya, donde, en 1975, estuvo a punto de morir después de quedarse en el país para cubrir la conquista de Nom Pen por los jemeres rojos, un trabajo que le reportó el premio Pulitzer. Esta historia la narra en su libro *The Death and Life of Dith Pran* [*Vida y muerte de Dith Pran*], filmada después como *Los gritos del silencio*. Las matanzas que contempló en Camboya y la desaparición de su ayudante y amigo Dith Pran en los gulags de los jemeres rojos le sumieron en la rabia y en la perplejidad ante la disparidad existente entre las proclamas oficiales y la indiferencia de Washington, y el sufrimiento que él contemplaba. Cuando regresó al periódico, se convirtió en un problema institucional.

«Al hacer su trabajo, parecía asqueado: asqueado ante las mentiras oficiales, asqueado de ver a los hombrecillos que, desde la seguridad de sus despachos de Washington, jugaban a ser Dios con las vidas de extranjeros desconocidos, asqueado ante tanto dolor, tantas patrañas, tanta muerte», escribió Pete Hamill en un perfil biográfico que escribió sobre Schanberg para *The Village Voice*. «También estaba marcado por la culpa: el sentimiento de culpa que normalmente tienen los vivos después de sobrevivir a una catástrofe, y, en este caso, el que sentía por no haberse quedado con su ayudante Dith Pran».[128]

A Schanberg le nombraron subjefe de la sección metropolitana y posteriormente redactor jefe de la misma. Indujo a sus reporteros a ocuparse de los sin techo, los pobres y las víctimas de las inmobiliarias. Sin embargo, los movimientos sociales surgidos en torno a la oposición a la guerra de Vietnam se habían disuelto, y con ellos habían desaparecido muchas publicaciones alternativas. La prensa comercial, a la que ya ninguna publicación renegada como *Ramparts* avergonzaba hasta el punto de obligarla a hacer buen periodismo, tenía cada vez menos incentivos para desafiar a la elite del poder. En el sistema, muchos pensaban que los intereses de Schanberg eran reliquias de una época ya muerta. Schanberg fue apartado del puesto de redactor jefe de la sección metropolitana y se le encomendó una columna sobre Nueva York, que también utilizó para

denunciar los abusos que cometían los poderosos, sobre todo las inmobiliarias, con los pobres. El director del periódico, Abe Rosenthal, comenzó a referirse mordazmente a Schanberg, calificándole de «comunista» residente y a dirigirse a él, de manera cortante, como «San Francisco». A Rosenthal, que se reunía casi todas las semanas para almorzar con William F. Buckley, y al editor del periódico, Arthur «Punch» Sulzberger, les molestaban cada vez más las andanadas de Schanberg contra sus poderosos y acaudalados amigos. Schanberg no tardó en convertirse en un paria. En dos ocasiones consecutivas no le invitaron a sentarse a la mesa del periódico en las cenas que el grupo Inner Circle celebraba para los periodistas neoyorquinos. Ni los redactores principales ni el editor del *Times* acudieron a los preestrenos de *Los gritos del silencio*. Sus días en el periódico estaban contados.

La ciudad que Schanberg seguía retratando en su columna no se parecía a los repulidos anuncios que publicaba el *Times* en la sección de moda o en su suplemento dominical. En la de Schanberg, miles de personas sin hogar dormían en la calle y se podían ver largas colas de gente a la puerta de los comedores sociales. Era una ciudad en la que a los enfermos mentales se les arrojaba a las aceras o se les encerraba en cárceles. Escribía sobre personas que no podían pagarse una vivienda y sobre neoyorquinos a los que la codicia de inmobiliarias demasiado diligentes estaba desplazando. Retrataba a caseros que cobraban alquileres desmesurados que expulsaban a la clase obrera y media. No tardaron en privarle hasta de su columna. Abandonó el periódico para trabajar en el *Newsday* y posteriormente el *Village Voice*. Schanberg conocía las reglas. Pero se negó a buscar su propio interés profesional o a servir a los intereses «prácticos» de sus jefes.

«Durante años escuché decir que los acaudalados patrocinadores del Metropolitan Museum of Art solían utilizar los servicios aduaneros del museo para importar artículos privados, entre ellos joyas, que no iban destinados al mismo», me dijo Schanberg cuando nos reunimos en su piso del Upper West Side de Manhattan. «No lo puedo demostrar, pero creo que es cierto. ¿Acaso el *Times* investigaría algo así? En la vida. En esa época el editor era el presidente de la junta directiva del museo. Eran sus amigos».[129]

«Y sin embargo, hacen más que nadie, aunque se dejen fuera muchas cosas», señalaba Schanberg refiriéndose al periódico:

> Se dicen cosas sobre su lista de asuntos prohibidos. Pero es importante que el periódico esté ahí, porque se gasta dinero en aquello de lo que decide informar. En el periodismo ortodoxo, gran parte del problema está en lo que deja fuera. Pero de lo que sí se ocupa, aparte de los manidos textos cotidianos, comunicados de prensa y todo lo demás, es muy, pero que muy importante para el proceso democrático.

«Los periódicos sirven de guía a los recién llegados, a los inmigrantes, indicándoles qué valores hay, cuáles son las reglas, cómo debemos comportarnos», añadió Schanberg:

> Evidentemente, eso no siempre es bueno, porque ahí radica el consenso del sistema. Pero los periódicos, probablemente más en los primeros tiempos que ahora, publican textos sobre cosas que la gente no vería en ningún otro lugar. Les dicen qué tienen que hacer para votar. Se ocupan de cosas como el juramento al que se someten los inmigrantes. Son una fuerza positiva. No creo que el *New York Times* fuera nunca un periódico comprometido del todo con la rendición de cuentas. Estoy seguro de que no hay ninguno. No sé quién acuñó el término *afganistanismo*, pero se puede aplicar a los periódicos. Significa que puedes informar de toda la corrupción que encuentres en Afganistán, pero mejor no intentes hacer lo mismo en tu propio terreno. El *Washington Post* no habla de Washington. Habla del Washington oficial. El *Times* no presta atención a las omisiones, y cosas peores, en que incurren los miembros del sistema.

«Los periódicos no borran lo malo», añadió Schanberg:

> Los periódicos evitan que la ciénaga se ahonde y se desborde. Lo hacemos a trompicones. Descubrimos el movimiento de los derechos civiles. El de la liberación de la mujer. Se nos mete entre ceja y ceja porque ahora es legítimo escribir sobre todos aquellos a los que se ha abandonado y tratado como a ciudadanos de segunda. Y después, cuando las cosas vuelven a su cauce, resulta fácil olvidarse del asunto.

El juez sudafricano Richard Goldstone fue otro destacado apóstata de la clase liberal. En el escenario internacional desató un encontronazo con la clase liberal muy parecido al que Michael Moore suscitó en Hollywood y al de Schanberg en el *New York Times*.

En 2009 el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas constituyó una misión para investigar las violaciones de la normativa internacional en materia de derecho humanitario y derechos humanos en la guerra registrada en Gaza. Como la misión estaba encabezada por Goldstone, que es judío, su nombre se vio relacionado con el informe posteriormente realizado para la ONU. El Gobierno israelí se negó a cooperar con la misión de Goldstone. Sus conclusiones no eran lo que la ortodoxia liberal israelí consideraba aceptable. El informe describía violaciones de derechos humanos cometidas por los palestinos, pero achacaba la mayor parte de las enormes pérdidas de vidas humanas al Gobierno israelí. El informe Goldstone investigaba los veintidós días, entre el 27 de diciembre de 2008 y el 18 de enero de 2009, de ataque aéreo y terrestre israelí contra Gaza. Concluía que en la franja de Gaza Israel había utilizado una fuerza militar desproporcionada contra los militantes de Hamás, sin tomar las precauciones debidas para proteger a la población civil de la embestida militar. Según el Centro Palestino para los Derechos Humanos, el ataque israelí mató a 1.434 personas, entre ellas 960 civiles. Se destruyeron o resultaron dañados más de seis mil hogares, lo cual ocasionó unas pérdidas de unos 3.000 millones de dólares en una de las zonas más pobres del planeta. Los misiles que Hamás lanzó contra Israel durante el ataque no mataron a ningún israelí.

Pero el informe no se limitaba a los veintidós días de ataque, sino que condenaba la propia ocupación. Analizaba su inicio y censuraba a Israel por el cierre de fronteras, el bloqueo y el muro, o barrera de seguridad, levantado en Cisjordania. Hacía dos alusiones al derecho al retorno —el de los palestinos desplazados y sus descendientes a regresar y asentarse en Israel— e investigaba las torturas israelíes. Criticaba la deliberada destrucción de la economía palestina. Goldstone, al igual que Moore, sufrió inmediatamente la cólera de la clase liberal. Su nombre fue vilipendiado y, ante las amenazas y el empeño de un grupo sionista en impedírselo, en abril de 2010 decidió no arriesgarse a asistir a la ceremonia de *Bar Mitzvá* de su

nieto en Sudáfrica. Al final, después de una gran polémica, tanto en Sudáfrica como en Israel, se llegó a un compromiso por el que le permitió asistir.

Goldstone es el liberal judío por antonomasia, paladín de los derechos humanos y el derecho internacional. Sus lazos con Israel son antiguos y estrechos, ya que su madre participó en el movimiento sionista, su hija se trasladó a Israel y él forma parte de la junta de gobierno de la Universidad Hebrea, de donde también es doctor *honoris causa*. Pero Goldstone, como Moore y Schanberg, se atrevió a anteponer su conciencia a su carrera. Y la furia de la clase liberal que se lanzó contra él era la de quienes, por su culpa, habían visto cómo quedaba desenmascarada su complicidad con el poder y con acciones injustas.

«La palabra *liberal* tiene una connotación concreta», afirmó Norman Finkelstein cuando hablamos:

> Significa creer en el Estado de derecho, creer en las instituciones internacionales, creer en los derechos humanos. Amnistía Internacional y Human Rights Watch son organizaciones liberales. Lo que el fenómeno Goldstone hace constar y simboliza es la imposibilidad de conciliar las convicciones liberales con la conducta de Israel. Ya sabemos demasiado sobre la historia del conflicto, lo que les ha ocurrido a los derechos humanos y al llamado proceso de paz. Es imposible ser liberal y defender al mismo tiempo la política israelí. Ese era el conflicto que tenía ante sí Goldstone. Dudo mucho que quisiera condenar a Israel.[130]

«El liberalismo israelí siempre tuvo un papel en la sociedad israelí», afirmó Finkelstein, cuyo libro *This Time We Went Too Far* [*Esta vez hemos ido demasiado lejos*] analiza el ataque israelí contra Gaza de 2008.

> Cuando hablo de liberales me refiero a gente como A.B. Yehoshúa, David Grossman y Amos Oz. Su papel era producir esas angustiadas críticas a Israel, que no solo atenuaban los crímenes del país sino que los ensalzaban. «Qué hermosa es el alma israelí, cómo le angustia lo que hace»... Es el ejemplo típico de nadar y guardar la ropa. Pero entonces ocurre algo raro. Aparece un judío liberal que dice: «Ahorradme las lágrimas. Solo me interesa la ley».

«Goldstone no desempeñó el papel del judío liberal», señaló Finkelstein, «que consiste en angustiarse, pero sin consecuencias». Y de repente los judíos liberales israelíes descubren que, mira por dónde, cometer crímenes de guerra tiene consecuencias. No es un paseo por la playa. Y no se lo pueden creer. Están realmente conmocionados. «¿Es que las lágrimas no bastan? ¿Es que no basta mirar con ojos compungidos y mostrarse disgustado?». «No», contestó él, «tenéis que presentaros ante un tribunal».

La campaña contra Goldstone se convirtió en una ponzoñosa denuncia de todos los activistas y juristas, e incluyó un proyecto de ley presentado en el Parlamento israelí (la *Knesset)*, que permitía el encarcelamiento de los líderes de las asociaciones israelíes de defensa de los derechos humanos si no aceptaban nuevas y asfixiantes condiciones para su legalización. Se detuvo y deportó a defensores extranjeros de los derechos humanos que trabajaban en los territorios palestinos ocupados. El Gobierno se negó a conceder visados de trabajo a los trabajadores de 150 ONG que operaban en Cisjordania y Jerusalén Este, entre ellas Oxfam, Save the Children y Médicos sin Fronteras. Los nuevos visados turísticos les impedían entrar en territorios palestinos ocupados por Israel. La profesora Naomi Chazan, directora del Nuevo Fondo Israel (NIF), con donantes en Estados Unidos, fue vilipendiada por grupos ultranacionalistas como Im Tirtzu. Chazan había hablado abiertamente sobre problemas de derechos humanos en Israel e Im Tirtzu afirmó que el NIF tenía relación con grupos que habían hecho llegar información antiisraelí a la comisión Goldstone. Funcionarios israelíes presionaron a donantes extranjeros del NIF, así como a otras asociaciones de defensa de los derechos humanos, para que dejaran de hacer aportaciones. Chazan tenía una columna en el *Jerusalem Post*. El periódico la canceló. En vallas publicitarias de Tel Aviv y Jerusalén se pudo ver una grotesca caricatura de Chazan. Asociaciones como Im Tirtzu la habían tachado de agente de Hamás y de Irán, retratándola con un cuerno saliéndole de la frente. «Naomi-Goldstone-Chazan», se leía al pie de las vallas. Entre los donantes de Im Tirtzu figuraban el ministerio pastoral del derechista John Hagee y el New York Central Fund, que también apoya a organizaciones de colonos extremistas.

«Esta es la primera vez que ha saltado a la palestra la situación de los derechos humanos en el conflicto palestino-israelí», señaló Finkelstein:

> Temporalmente ha desplazado al inane proceso de paz. Es la primera vez que se han tenido en cuenta los informes sobre derechos humanos. Hay literalmente, lo digo porque las he leído, decenas, cuando no cientos de miles de páginas en las que se acumulan denuncias de violaciones de derechos humanos contra Israel, que van desde más o menos los tiempos de la primera Intifada [el levantamiento palestino de 1987-1993 contra el dominio israelí] hasta la actualidad. Desde la década de 1990 las organizaciones de defensa de los derechos humanos han criticado con bastante claridad la política de Israel a ese respecto, pero los informes no se los lee nadie. Salvo un par de excepciones, en los principales medios de comunicación nunca se habla de ellos. La primera vez que las conclusiones de esas organizaciones de defensa de los derechos humanos saltaron a la palestra fue con el informe Goldstone. La gente dejó de hablar del proceso de paz para hablar del comportamiento de Israel en materia de derechos humanos.

A Finkelstein lo expulsaron de la clase liberal desde el comienzo de su carrera académica. Estudió un libro de 1984 escrito por Joan Peters, *From Time Immemorial* [*Desde tiempo inmemorial*], muy elogiado por intelectuales judíos como Barbara Tuchman, Saul Bellow y Martin Peretz. Pero la investigación de Finkelstein demostró que era un engaño. *From Time Immemorial* proclamaba la falsedad de que la tierra de Palestina estaba prácticamente despoblada a la llegada de los colonos judíos. La investigación de Finkelstein ponía en entredicho un documento legal, crucial para el libro de Peters, que negaba a los palestinos el derecho a la tierra palestina. Finkelstein no tardó en tener enfrente al poderoso grupo de presión israelí. Pero se negó a desdecirse y continuó sus investigaciones, que acababan con los mitos que rodeaban a Israel y desenmascaraban su explotación política y económica del Holocausto nazi. Esta obra le convirtió ipso facto en un paria. Le expulsaron de numerosas universidades, entre ellas la de Nueva York, Hunter College y DePaul University en Chicago, aunque en esta la comisión de evaluación había recomendado que le hicieran titular.

Se ha pasado gran parte de su carrera académica como profesor asociado, con unos ingresos anuales de entre 15.000 y 18.000 dólares. Sin

embargo, su obra, que incluye *Imagen y realidad del conflicto palestino-israelí*, publicado en 1995, es una de las mejores y más importantes que hayan producido investigadores dedicados a las relaciones de Israel con los palestinos. En sus textos subyace una implacable búsqueda de la verdad y la compasión por los palestinos y su sufrimiento. Esa compasión, como él dice a menudo, procede de su propia experiencia como hijo de supervivientes del Holocausto. En el sufrimiento de los palestinos vio el de su padre y su madre en el gueto de Varsovia y después en los campos de exterminio nazis. Al contrario que muchos de sus detractores, Finkelstein comprende las lecciones del Holocausto y de la guerra. Las ha aplicado a la lucha contra los abusos y el sufrimiento ajeno, aunque esos abusos los cometa Israel.

La elite del poder espera de los liberales que controlen a los suyos. Esa es la función que desempeña el profesor de Derecho de Harvard Alan Dershowitz. Ha utilizado su posición para organizar campañas contra disidentes liberales como Finkelstein y departamentos universitarios de estudios sobre Oriente Próximo como el de Columbia. El recurso a liberales de renombre para que realicen el trabajo sucio de la elite del poder es una táctica vieja y eficaz. A finales de la década de 1940 y ya entrada la de 1950 el filósofo Sidney Hook, en su día trotskista, apoyó con entusiasmo la purga de comunistas en las universidades para evitar «hacerle el juego a la reacción innata que quería llevarse por delante cualquier disidencia liberal». Hook, para quien los izquierdistas, comunistas, radicales y aquellos a quienes tachaba de «liberales ritualistas» ponen en peligro la libertad, entendía que la elite del poder solo aceptaría críticas que no cuestionaran las estructuras e ideologías empresariales. Nunca permitiría que los críticos radicales alcanzaran puestos destacados dentro de las instituciones liberales. Se temía que, si la clase liberal no actuaba para imponer la doctrina adecuada, podría chocar con la elite del poder. Hook defendía esta purga, calificándola de «imposición de los criterios profesionales adecuados». Para él era «una cuestión de higiene ética y no una herejía o una persecución política». Hook animó a sus colegas universitarios a «dar nombres» en la caza de comunistas que en la década de 1950 se desató en las universidades, al establecer una comparación entre comunistas y traficantes de drogas. Fundó varias asociaciones, como el Congreso para la Libertad Cultural, que aceptó dinero de la CIA para contrarrestar y desanimar a los intelectuales

estadounidenses partidarios de la cooperación con la Unión Soviética. Y la elite del poder le recompensó sus servicios. La Asociación Nacional de Académicos, de tendencia antiliberal, concede cada año el premio Sidney Hook, de 2.500 dólares, a quienes se distingan por «su singular servicio a la defensa de la libertad intelectual y la integridad académica».

Schanberg, Goldstone y Finkelstein vulneraron el código no escrito, asentado durante la histeria anticomunista del siglo XX por la elite del poder y la clase liberal. De esta se espera que enmascare la brutalidad de la guerra imperial y las fechorías empresariales, condenando los excesos más atroces pero negándose sistemáticamente a cuestionar la legitimidad de los actos y estructuras de la elite del poder. Cuando los disidentes fuerzan esos límites se convierten en parias. Se pueden criticar ciertos actos, pero no cuestionar las motivaciones, las intenciones y la probidad moral de la elite del poder.

La clase liberal se ha anquilosado. Se ha convertido en parte del sistema que en su día intentaba reformar. Sigue utilizando una jerga técnica y hablando de tímidas reformas políticas, aunque hace tiempo que el Estado empresarial ha reventado realmente los mecanismos de reforma. Al no haberse adaptado a la despiadada y nueva realidad del poder empresarial y a la permanente economía de guerra, al no reconocer su propia impotencia, la clase liberal se ha quedado aislada y se ve despreciada. Ha muerto porque, como si nada hubiera pasado, se negó a actuar. Hizo caso omiso del derrumbe medioambiental y económico que se avecinaba, y también de la crítica estructural que podría alejarnos de las horribles consecuencias del cambio climático y de una depresión global. Nuestra elite del poder y sus defensores liberales carecen de las ideas y el vocabulario necesarios para explicar esta nueva y aterradora realidad.

Hemos entrado en un vacío histórico. Los sistemas erigidos en torno a las antiguas creencias han fracasado, pero todavía hay que articular nuevas alternativas. Cuanto más utilizan la elite del poder y la clase liberal palabras que ya no se ajustan a la realidad, más fe pierde una población amargada y traicionada en los sistemas tradicionales de gobierno y de poder. La incapacidad de los liberales y la elite del poder para afrontar nuestra realidad deja la puerta abierta a la manipulación de quienes se han visto

privados de derechos por parte de demagogos. El nihilismo moral que Dostoievski temía que llegara con el derrumbe de la clase liberal conduce inevitablemente al caos social.

Alan Greenspan, expresidente de la Reserva Federal, en su día tratado con deferencia reverencial por la elite del poder y la clase liberal, anunció en 2008: «Cometí un error al presuponer que el propio interés de las organizaciones, en concreto de bancos y otros organismos, las llevaría a ser quienes mejor pudieran proteger los intereses de sus accionistas y el patrimonio de sus empresas».[131]

Greenspan desenmascaró la insensatez de los expertos y economistas liberales, que habían alentado la infundada fe en el poder del mercado libre para autorregularse y solucionar los problemas del mundo. Al esgrimir algo que se traduce en un utopismo vigorosamente defendido, esos líderes pasaron por encima de tres mil años de historia económica y humana para servir a una ideología empresarial. Ahora sabemos que todas las promesas del mercado libre eran mentira.

Los mecanismos de control, que normalmente sirven para mantener un elevado nivel de miedo entre la población, han producido, a pesar del reconocimiento de los fracasos, un ciudadano «patriota», acuciado por la pérdida de empleo, arruinado por las facturas médicas, con la hipoteca de su casa ejecutada y preocupado por posibles atentados terroristas. En medio de ese vacío histórico, el ciudadano «patriota» se aferra precisamente al privilegio de ser patriota, o, quizás, al doble privilegio de ser blanco y patriota. El repliegue hacia una identidad tribal constituye un intento desesperado de mantener la autoestima y la fe en la propia importancia, en una época de profunda confusión personal e ideológica. El ciudadano «patriota», a pesar del maltrato de las políticas públicas actuales, no deja de apoyar ni la generalizada vigilancia ni la guerra permanente. El ciudadano «patriota» no cuestiona el billón de dólares que se destina a gastos relacionados con la defensa. Acepta que los dieciocho organismos militares y civiles de información, cuyas labores ahora se han subcontratado prácticamente en su totalidad a empresas privadas, estén por encima del Gobierno. El ciudadano «patriota» acepta que el Estado diga que necesita más policía, cárceles, presos, espías, mercenarios, armas y tropas que ningún otro país industrializado. Se opone cuando alguien sugiere la

posibilidad de reducir los presupuestos militares, que las tropas deban volver a casa, que hay que prestar más atención a las políticas internas que a la guerra permanente. Los grupos de presión militar-industrial han conseguido que los presupuestos militares sean intocables. El ciudadano «patriota» admira al ejército y en cierto modo hace como que este no forma parte del Estado. En nombre del patriotismo, los instrumentos más poderosos del poder y el control del Estado quedan fuera del debate público. Ahora soportamos más control estatal que en ninguna otra época de la historia estadounidense. Y la clase liberal, que antes tenía la función de hacer un seguimiento y de oponerse a los excesos de la elite del poder, ha contribuido a la desbandada.

Como la clase liberal no ha articulado una alternativa en una época de derrumbe financiero y medioambiental, allana el camino a valores castrenses como la hipermasculinidad, la obediencia ciega y la violencia. Una cultura confusa desdeña la empatía y la compasión que propugnaba el liberalismo tradicional. Esta crueldad recorre como una corriente eléctrica la telerrealidad y los programas basura, donde los concursantes soportan dolores y humillaciones mientras, en un mundo de competencia despiadada, traicionan y manipulan a quienes los rodean. Esos son los valores que defienden una sociedad cada vez más militarizada y la manipulación y la falta de honradez de Wall Street. La amistad, la confianza, la solidaridad, la honradez y la compasión están prohibidas en un mundo de competencia sin cortapisas.

Esta hipermasculinidad, núcleo de la pornografía, funde la violencia con el erotismo, y también con la degradación física y emocional de la mujer. Es el lenguaje utilizado por el Estado empresarial. Los seres humanos no son más que mercancías. Las grandes empresas, enclaves despóticos y autoritarios dedicados a la maximización del beneficio y a conseguir que todos sus empleados reproduzcan un mismo guion, han contagiado sus valores al conjunto de la sociedad. La hipermasculinidad aplasta la capacidad de autonomía moral, la diferencia y la diversidad. Nos aísla de los demás. Su consecuencia lógica está en la cárcel de Abu Ghraib, en las guerras de Irak y Afganistán, y en la falta de compasión hacia nuestros propios conciudadanos sin hogar, enfermos mentales, desempleados o

enfermos, o con los homosexuales, las lesbianas o las personas transgénero o bisexuales que hay en nuestro país. Es la antítesis del liberalismo.

En su estudio *Male Fantasies* [*Fantasías masculinas*], publicado en 1987 en dos volúmenes, Klaus Theweleit se ocupa de la profunda alienación de los soldados desmovilizados en la Alemania posterior a la Primera Guerra Mundial, y señala que una cultura militarizada arremete contra todo lo que culturalmente se define como femenino, y eso incluye el amor, la delicadeza, la compasión y la aceptación de la diferencia. Ve en cualquier ambigüedad sexual una amenaza para la «dureza» masculina y los roles claramente definidos que precisa el Estado militarizado. La conversión de los valores castrenses en el bien supremo mantiene la ética pervertida, los rígidos roles sociales y el entumecimiento emocional analizado por Theweleit. Es un cáncer moral contra el que la clase liberal luchó en su momento. El derrumbe del liberalismo permite a la hipermasculinidad de una sociedad militarizada redefinir la nación. Para justificar el poder militar e imperial se recurre a metáforas sexuales que aluden al maltrato y a la violación. Y cuando los vestigios de la clase liberal adoptan el desalmado lenguaje de la violencia sexual, refrendan, consciente o inconscientemente, el dominio de la codicia y la violencia empresariales.

En una entrevista realizada en 2003 por Charlie Rose, Tom Friedman utilizó esta forma hipermasculina y sexualizada de hablar de la violencia para justificar la invasión y la ocupación de Irak, lo cual nos permitió asomarnos al derrumbe moral e intelectual de la clase liberal. Los viejos columnistas liberales del *New York Times*, autores como Anthony Lewis, nunca habrían caído en la crudeza de Friedman. Esos liberales, más veteranos, aunque domesticados por el capitalismo empresarial, todavía conservaban cierta independencia moral e intelectual. Nada de eso tienen ni Friedman ni la nueva clase liberal.

Lo que los extremistas islámicos tenían que ver, le dijo Friedman a Rose, «era a muchachos y muchachas americanos yendo casa por casa, desde Basora a Bagdad, diciéndoles más o menos “A ver, ¿qué es lo que no entiendes? ¿No te creerás…? Ya sabes que nos importa nuestra sociedad abierta, ¿pensabas que íbamos a dejar crecer esa burbuja? Pues *te vas a enterar*”. De eso va esta guerra, Charlie. Podríamos haber ido contra Arabia

Saudí, que forma parte de esa burbuja. Podríamos haber ido contra Pakistán. Fuimos contra Irak porque podíamos».[132]

Como bien entendió Marx, el capitalismo, cuando castra al Gobierno y escapa a su marco regulador, es una fuerza revolucionaria. Y esta fuerza revolucionaria nos está arrojando a un estado de neofeudalismo, de guerra incesante y de formas más draconianas de represión interna. La clase liberal carece de entereza y de ideas para proteger a este sistema en decadencia. Utiliza una retórica crepuscular que ya no se corresponde con la realidad. Pero la ficción de la democracia sigue siendo útil, no solo para las grandes empresas, también para la desacreditada clase liberal. Si queda claro que la ficción es una mentira, los liberales se verán obligados a barajar una posible resistencia, algo que no será ni agradable ni fácil. Mientras exista una fachada democrática, los liberales podrán entregarse a inútiles pronunciamientos morales que no exigen ni sacrificios ni compromiso. Pueden ser los autoproclamados azotes del Partido Demócrata, actuando como si formaran parte del debate y justificándose con sus ridículos gritos de protesta.

Es entre los pobres, los sin techo, la clase obrera y los indigentes donde se encuentran las mejores oportunidades para un cambio social radical. Mientras el número de personas privadas de derechos aumenta de manera espectacular, nuestra única esperanza radica en vincularnos a las injusticias cotidianas que sufren los débiles y los marginados. Partiendo de ese contacto podremos resucitar, desde la base, una ética social, un nuevo movimiento. Hay que entregar platos de comida. Conseguir que los indigentes se duchen. Asegurarse de que los enfermos mentales que han sido cruelmente abandonados en las aceras de las ciudades se tomen sus medicinas. Debemos regresar a los colegios y cárceles segregados de Estados Unidos. Debemos protestar, aprender a vivir con sencillez y, en una época de decadencia material e imperial, comenzar a hablar desde una renovada humildad. En la labor tangible, prosaica y difícil que supone crear asociaciones y comunidades que sirvan para cuidar de los demás es donde despertaremos la indignación y la visión moral para contraatacar, donde articularemos una alternativa.

En medio de la Gran Depresión, Dorothy Day, que murió en 1980, fundó el movimiento del Trabajador Católico junto a Peter Maurin. Esos dos

anarquistas católicos publicaron el primer número del *Catholic Worker* en 1933. En Union Square distribuyeron veinticinco ejemplares, por un penique cada uno. El precio sigue siendo el mismo. No tardaron en crearse dos albergues del Trabajador Católico en el Lower East Side neoyorquino. Day y Maurin predicaban una ética radical de la que formaba parte un inquebrantable pacifismo. Condenaban tanto el capitalismo privado como el estatal por su injusta distribución de la riqueza y tachaban de inmoral el deseo de tener beneficios. Eran defensores ardientes del movimiento sindical, el de los derechos civiles y todos los antibelicistas. A sus seguidores les pedían que asumieran voluntariamente la pobreza. Y cuando el viejo Partido Comunista comenzó a sufrir virulentos ataques en la década de 1950, durante las purgas anticomunistas, Day, aun sin ser comunista, fue una de los pocos activistas que denunció la represión y que asistió a manifestaciones comunistas.

El Trabajador Católico se negó a identificarse como organización sin ánimo de lucro. Nunca aceptó subvenciones, no pagaba impuestos y su comedor social neoyorquino funcionaba sin permiso municipal. La comida que aún sigue suministrando a los indigentes la donan los vecinos del barrio. En todo el país y en el extranjero hay unas 150 sedes del Trabajador Católico, pero la organización carece de una autoridad central. Algunas sedes las dirigen budistas, otras presbiterianos. Las fronteras entre religiones o tendencias de las mismas son irrelevantes. Según la advertencia de Day, ninguna de esas posiciones radicales, que en su opinión procedían del Evangelio, garantizaba el éxito temporal. No eran prácticas. Escribió que en la vida religiosa había que contar con el sacrificio y el sufrimiento. Y que el éxito, tal como lo juzga el mundo, nunca debe ser el patrón definitivo para la vida religiosa y moral, ni para la resistencia. La espiritualidad, decía ella, arrancaba de la lucha constante por la justicia y de la compasión, sobre todo hacia los necesitados. Y ese compromiso ya era lo suficientemente difícil como para preocuparse también de sus consecuencias últimas. En última instancia, la salvación venía por la fe, una fe para la que los actos emanados de la compasión y la justicia tenían un valor intrínseco, aunque su efecto práctico no fuera fácilmente apreciable.

A los miembros del Trabajador Católico les preocupa que los trastornos económicos den poder al derechismo, a los nacionalismos y a los

extremistas apocalípticos de la derecha cristiana. En esta ocasión, según ellos, el país carece de las redes sindicales, los medios de comunicación independientes, los grupos comunitarios y las organizaciones eclesiásticas y sociales que apoyaron al Trabajador Católico cuando Day y Maurin pusieron en marcha el movimiento. Señalan que este cada vez tiene menos voluntarios jóvenes. Las dos sedes del Lower East Side dependen tanto de hombres y mujeres cincuentones y sesentones como de recién licenciados universitarios.

«Nuestra sociedad es más brutal que antes», me dijo Martha Hennessy, nieta de Day, mientras tomábamos un té en una sede neoyorquina del movimiento. «La insensibilidad la introdujo Reagan. Clinton la asentó. La crueldad la respalda la tecnología. Los americanos se han replegado hacia el narcisismo colectivo. No están en contacto ni consigo mismos ni con los demás. Si nos viéramos ante un derrumbe económico, muchos factores podrían desatar una respuesta negativa. Tenemos delante más elementos fascistas que en la década de 1930. No solo carecemos de comunidades, también de información».[133]

Mientras nuestra sociedad comienza a sentir la onda expansiva del saqueo de nuestro sistema financiero, el desmoronamiento del imperio, las consecuencias del cambio climático y el acelerado empobrecimiento de las clases obreras y medias, la esperanza solo llegará del contacto directo con los indigentes, y esa esperanza no será ni imparcial ni objetiva. La ética que nazca de ese contacto hundirá sus raíces en lo real y lo posible. Como esa ética nos obliga a ser testigos del sufrimiento y el dolor, será inflexible en su compromiso con la inviolabilidad de la vida.

«Con nosotros hay varias familias, familias indigentes, indigentes hasta extremos increíbles, y en este caso tampoco se puede hacer más que amar», escribió Day sobre las personas que había acogido en el albergue del Trabajador Católico:

> Quiero decir que no hay ninguna posibilidad de rehabilitación, por lo que vemos, ninguna posibilidad de transformarlos; desde luego, no hay ninguna de adaptarlos a este mundo abominable que los rodea; además, ¿quién quiere adaptarlos?

> Lo que nos gustaría es cambiar el mundo, que fuera un poco más fácil que la gente se alimentara, se vistiera y tuviera el techo que Dios quiso para ellos. Y hasta cierto punto, al luchar por unas condiciones mejores, al alzar sin descanso la voz en defensa de los derechos de los trabajadores, de los pobres, de los indigentes —dicho de otro modo, al luchar por los derechos de los pobres dignos e indignos—, podemos en cierta medida cambiar el mundo; podemos trabajar para crear un oasis, una pequeña célula de alegría y paz en medio del atribulado mundo.[134]

El 17 de mayo de 1968, el padre Daniel Berrigan, junto a otros ocho activistas, entre ellos su hermano, el padre Philip, irrumpió en la reunión de una oficina de reclutamiento de Catonsville (Maryland). El grupo se llevó varios cientos de expedientes de jóvenes que iban a ser enviados a Vietnam. Los acarrearon afuera y, como acto de protesta contra la guerra, los quemaron en dos cubos de basura utilizando napalm de fabricación casera. El padre Berrigan fue juzgado, declarado culpable y pasó cuatro meses evadido del FBI, después fue capturado y encarcelado durante dieciocho meses. Después de su liberación habría muchas más «acciones» y temporadas en la cárcel, entre ellas la que pasó tras ser condenado por entrar sin permiso, junto a otros siete activistas, el 9 de septiembre de 1980, en una fábrica de misiles nucleares de General Electric en King of Prussia (Pensilvania), en la que arrojaron sangre y arremetieron a martillazos contra ojivas nucleares Mark 12A.

Berrigan, bien erguido a sus ochenta y siete años, cuando yo le conocí, se sentó con extrema delicadeza en una silla de madera de respaldo recto en su piso del norte de Manhattan. La luz de la tarde se filtraba por las ventanas, iluminando la colección de acuarelas e iconos religiosos de las paredes.[135] Ni el tiempo ni la edad habían atemperado las virulentas críticas de este jesuita al imperio estadounidense ni su radical interpretación del Evangelio. «Esta es la peor época de mi larga vida», dijo con un suspiro. «Nunca había esperado tan poco del sistema. Cada día que vivo veo confirmadas la escasez y la superficialidad de esa esperanza».

«Hablamos, incluso en todos los años que he vivido, hablamos del corto plazo», señaló:

> Es muy importante no perder de vista esa perspectiva. No lo hemos perdido todo porque lo hayamos perdido hoy. La Biblia demuestra que los imperios no se prolongan durante mucho tiempo; de hecho, todo el peso de la historia bíblica va en la dirección opuesta. Todos caen. Según el Apocalipsis, Babilonia se autodestruye. A sus puertas no hay ni rastro de enemigos. «Cayó, cayó la Gran Babilonia». Creo que nos encontramos cerca de esa órbita en la que la caída de las torres fue tan simbólica como horriblemente real. Todo se está viniendo abajo por una obstinada ceguera que resulta asombrosa. Sucede que estoy muy de acuerdo con la idea budista de que hay que hacer el bien porque es el bien, no porque conduzca a nada. En la cabeza me he hecho una anotación secreta. Yo creo que si se hace con ese espíritu sí llegará a algún sitio, pero no sé adónde. No me parece que la Biblia nos permita saber adónde va la bondad, en qué dirección, con qué fuerza. Es muy revelador que, en este sentido, la Biblia sea ignorante… He llegado a la conclusión de que, a lo largo de una vida, cuantos más oídos presta a la Biblia una serie de acontecimientos, menos sabemos su resultado. Así fue desde Abraham a Jesús. Nunca me ha interesado verdaderamente el resultado. Lo que me ha interesado es intentar hacer las cosas con humanidad, con cuidado y sin violencia, y no darles más vueltas. Tengo la sensación de que la táctica es secundaria. Cuando hablamos en serio, hablamos de una comunidad que comparte un mismo espíritu, de la capacidad para abrir la Biblia desde una perspectiva común. En este mundo la muerte tiene a menudo una apariencia redundantemente poderosa. Y, sin embargo, tenemos que afrontar la resurrección.[136]

El juicio de los «nueve de Catonsville» cambió la resistencia a la guerra de Vietnam, haciendo que los activistas pasaran de las protestas callejeras a las acciones de desobediencia civil, entre ellas la quema de tarjetas de reclutamiento. También supuso una transformación espectacular dentro de la Iglesia católica, que situó a sacerdotes y monjas radicales dirigidos por los Berrigan, Thomas Merton y Dorothy Day en el centro de un movimiento social de inspiración religiosa que no solo suponía un desafío para la Iglesia

y la autoridad estatal, sino para los mitos e ideologías que los estadounidenses utilizaban para definirse, enriquecerse y capacitarse.

«Dorothy Day me enseñó más que todos los teólogos juntos», afirmó Berrigan. «Me hizo establecer conexiones en las que nunca había pensado o que nunca me habían enseñado, como la relación existente entre el sufrimiento humano y la pobreza y la belicosidad. Tenía la esperanza fundamental de que Dios había creado un mundo en el que había suficiente para todos, pero no para todos *y* para hacer la guerra».

La relación de Berrigan con Day condujo a una estrecha amistad con el escritor y monje trapense Thomas Merton. Según Berrigan, la «gran aportación [de Merton] a la izquierda religiosa consistió en reunirnos a todos para celebrar días de oración y debate sobre la vida sacramental. Nos dijo: “Quedaos con estos [días], quedaos con ellos, son vuestras herramientas y vuestra disciplina, y también vuestra fuerza”».

«Podía ser muy duro», apuntaba Berrigan de Merton. «Decía: “No vais a sobrevivir a Estados Unidos a menos que mantengáis la fidelidad a vuestra disciplina y a vuestra tradición”». La muerte de Merton a los cincuenta y tres años, pocas semanas después del juicio de Berrigan, le dejó a este «ciego y mudo».

«Durante diez años no pude ni hablar ni escribir sobre él», dijo. «Estaba conmigo cuando me mandaron fuera del país y durante el periodo en la cárcel. Estaba con su amigo».

Para Berrigan, las distracciones del mundo son solo eso: distracciones. La campaña presidencial que libraban Barack Obama y John McCain, en marcha cuando hablamos, no le preocupaba y, cuando le pregunté por ella, citó a su hermano Philip, que había dicho que «si votar cambiara algo, sería ilegal». Criticaba a la Iglesia católica, diciendo que el papa Juan Pablo II, que había marginado y silenciado a monjas y sacerdotes radicales como los Berrigan, «introdujo métodos soviéticos en la Iglesia católica», entre ellos las «delaciones anónimas, los traslados, los escrutinios y el secretismo, además de la colocación de cobistas en posiciones de gran poder». Calculaba que «hará falta por lo menos una generación para deshacer los nombramientos de Juan Pablo II».

A Berrigan le desesperaban las universidades, sobre todo la decisión del Boston College de conceder un título *honoris causa* a la secretaria de

Estado Condoleezza Rice y de invitar al entonces fiscal general Michael Mukasey a hablar ante la escuela de leyes. «Presenta como ejemplares y honrosas unas vidas infames», decía. Y no tiene tiempo que perder con los radicales laicos o la clase liberal que durante cuarenta años le han acompañado, pero que ahora han «desaparecido allí donde nace el dinero y los trabajos fijos o que han abandonado su disciplina inicial».

«La poca correa de la izquierda americana es típica de las idas y venidas que sufre la vida emocional del país», declaró. «Es excepcional que se pueda mantener un movimiento formalmente reconocible en ausencia de algún tipo de base espiritual».

Según Berrigan, todos los imperios surgen y caen, pero lo que permanece son los valores religiosos y morales, valores no históricos como la compasión, la sencillez, el amor y la justicia, los únicos que exigen fidelidad. La actual decadencia del poder estadounidense forma parte del ciclo de las civilizaciones humanas, aunque, y esto lo decía con pesar, «en todo el mundo lo trágico es que nos estamos llevando por delante a muchos otros. No estamos cayendo con dignidad. Mucha gente, mucha, lo está pagando con la vida».

Berrigan señaló que los que quieren una sociedad justa, los que quieren desafiar a la guerra y la violencia, los que condenan el ataque de la globalización y la degradación del medio, los que se preocupan por la situación de los pobres, deben dejar de preocuparse por las repercusiones prácticas y a corto plazo de su resistencia.

Según dice Berrigan, a él le mantiene la eucaristía, su fe y su comunidad religiosa. Ningún movimiento de resistencia puede sobrevivir sin un vigoroso y disciplinado núcleo espiritual:

> La razón de que estemos conmemorando los cuarenta años de Catonsville y de que sigamos en la brecha, los que aún estamos vivos; la razón de que la gente pasara por todo eso sin desfallecer es la disciplina espiritual que se mantuvo durante meses, antes de que esas acciones se produjeran. En el tribunal, en la cárcel y en la clandestinidad pasamos por situaciones que fácilmente nos podrían haber destruido y que destruyeron a otros que no tenían nuestra preparación.

La decadencia de la Iglesia católica, las congregaciones protestantes tradicionales y las sinagogas judías progresistas, instituciones que en su día tenían espacio para radicales como Martin Luther King Jr., Abraham Heschel, Dorothy Day y los Berrigan, ha sido un gran revés para la clase liberal. Esas instituciones religiosas, que purgaron a los radicales de forma tan despiadada como las laicas, se convirtieron en algo tan inútil como los demás pilares del orden liberal.

«Los unitaristas representaban el extremismo del movimiento del Evangelio Social, facilitando que se apreciara su deficiencia fundamental», según me dijo el reverendo Davidson Loehr, pastor unitarista-universalista de Austin (Texas):

> A finales de la década de 1970, los unitaristas comenzaron a decir que el problema era que sus hijos no sabían cómo explicar sus creencias a sus amigos. Cuando escuché esto mientras hacía la licenciatura en la Universidad de Chicago, pensé que no, que el problema es que ni los adultos ni los pastores sabían qué era lo importante. Entonces los unitaristas-universalistas dieron un giro nefasto. Lo que hicieron, fundamentalmente, fue una encuesta para descubrir en qué creían realmente los miembros de las iglesias y los que a ellas asistían: dicho de otro modo, qué creencias habían traído consigo. De este extraño proceso nacieron los Siete Principios, llamados «Lo que creen los U.U. [unitaristas-universalistas]». Sin embargo, si se analizan, comprobamos que son simplemente las creencias genéricas que comparten todas las personas de cultura liberal, sean o no religiosas. Habían proyectado sus creencias en un programa, para después rendirle culto. Así que cayeron en un narcisismo que se ha ido debilitando y se ha tornado más desesperado desde que adoptaron esos Siete Enanitos en 1985. La situación se volvió y es ahora todavía peor.
>
> Los unitaristas, como todos los cristianos y judíos blancos que se sitúan entre la derecha moderada y el liberalismo, han considerado que su función era defender a los oprimidos. Justo es decir que, en sus inicios, el movimiento de los derechos civiles no habría triunfado de no ser por el apoyo de los blancos liberales. Pero esto cambió en las

> décadas de 1960 y 1970, cuando Martin Luther King Jr. y Malcolm X se negaron a que los blancos hablaran por ellos, ya que tenían portavoces propios mucho más carismáticos. Lo mismo puede decirse del movimiento feminista. Betty Friedan, Gloria Steinem y Germaine Greer, que estaban muy adelantadas, querían hablar por sí mismas. Después de Stonewall, los gais también hablaron por sí solos. Esta situación hizo que los liberales blancos se quedaran sin una función social útil. Si querían podían seguir a los negros, a las mujeres, a los líderes homosexuales, pero no hablar en su nombre. Cuando ya no pudieron hablar en nombre de nadie, y al decir «pudieron» aludo a las facultades con buenos departamentos de humanidades y de estudios feministas, pusieron en marcha el movimiento de lo políticamente correcto, cuya inane genialidad consistía en inventarse grupos desfavorecidos que, al ser inventados, no podían negar a otros el derecho a hablar en su nombre.[137]

«Al llevar el "cielo" a la tierra con el Evangelio Social, el liberalismo religioso y político perdió cualquier marco para criticar las que eran sus creencias», declaró Loehr. «Los derechos individuales tienen que compensarse con la responsabilidad frente a cuestiones mayores. Pero ¿por qué? ¿En nombre de qué? Pocos parecían saberlo o tener interés en ello. La cobardía se ha convertido en uno de los rasgos que identifican a las religiones que se sitúan entre la derecha moderada y el liberalismo».

«Hasta en la Edad Media los teólogos sabían distinguir entre sabiduría y conocimiento», señalaba Loehr:

> Con frecuencia escribían sobre la distinción categórica entre *sapientia* y *scientia*. En latín, *sapientia* es sabiduría, un concepto que aparece en ese nombre tan halagador que le dimos a nuestra especie: *homo sapiens*. Hace siete siglos, los teólogos enseñaban que el único conocimiento que importaba realmente era el que conduce a la sabiduría, el que nos explica quiénes somos, en lo más hondo, y cómo debemos vivir, las exigencias del amor y la naturaleza de la lealtad y la responsabilidad. Hasta la antigua palabra griega *philosofia*, el amor a la sabiduría, tenía que ver con la sabiduría que conduce a la realización vital, no con sandeces y razonamientos engañosos.

La gente siempre ha atribuido rasgos humanos a Dios. Decimos cosas como «Dios dice» y «Dios nos dice», como si fuera un humanoide que solo hablara por boca de sacerdotes, profetas y chamanes. Pero ahora, en nuestros periódicos y en la televisión hay quien dice todos los días que «la ciencia dice» y la «ciencia nos dice». Vamos a hablar claro: la *Ciencia* con mayúsculas no existe. Hay muchas ciencias y muchos científicos. Los científicos dicen cosas en las que no siempre están de acuerdo. Pero cuando hacemos una frase que comienza con las palabras *La ciencia dice*, hemos creado una ficción humanoide llamada ciencia y comenzamos a confiar en ella como antes confiábamos en Dios. Al ponerlas en mayúsculas, esas dos palabras se convierten en ídolos lingüísticos.

Predicadores y laicos pueden decir: «En una iglesia, mediante rituales y tradiciones, sacerdotes vestidos de negro proclaman las revelaciones divinas, y nos ayudan a conocer unas creencias y una sabiduría que pueden conducirnos a la salvación». Los científicos y muchos laicos dicen: «En un laboratorio, en condiciones controladas y siguiendo los rituales del método científico, científicos vestidos de blanco proclaman las nuevas teorías y descubrimientos de la Ciencia, lo que nos ayuda a acceder a una comprensión y un conocimiento que nos pueden conducir tanto a una buena vida como al progreso».

Durante el siglo XX las Iglesias perdieron todavía más contribuciones fundamentales. Los psicólogos asumieron la escucha de las confesiones y el perdón de los pecados, tanto para los laicos como para los ordenados. Los libros, el cine, la radio y la televisión se encargaron de proporcionar las ficciones más convincentes. Prácticamente todas nuestras mejores películas tienen que ver con el bien y el mal, porque las hemos creado nosotros y eso es lo que nos inquieta. Una larga lista de ficciones literarias y de tramas cinematográficas ha permitido a la gente entrar fácilmente en sus fantasías, asumir diversos papeles: *Star Trek*, *La guerra de las galaxias* —«Que la fuerza te acompañe»—, *Rocky, Rambo*, los personajes duros de Clint Eastwood, *El señor de los anillos, Harry Potter, Superman*, *Batman*, *Iron Man*, etc. Con el gran salto adelante que ha supuesto la película *Avatar*, nuestros mejores narradores

profesionales pueden difuminar la línea entre fantasía y realidad, lo que facilita aún más a la gente el acceso a las historias.

Creo que, en este sentido, es importante señalar que la gente sabe que todas esas historias son de ficción. Si se le dijera que son hechos probados las rechazaría. Esto también facilita el reconocimiento de que los relatos bíblicos son igualmente de ficción, pero no tan atrayentes como las mejores películas. Mientras estudiaba la carrera, el teólogo católico David Tracy causó una ligera conmoción al escribir que nuestras historias religiosas/teológicas son «ficciones útiles» o incluso «ficciones necesarias». De ser así, todavía les queda mucho para ser tan atrayentes como todas las demás ficciones que tenemos hoy en día.

Está claro, no cabe ninguna duda, que el cristianismo tiene —gracias a Jesús y a los mejores profetas hebreos— cierta sabiduría profunda. Pero una vez que pretendes ensalzar la Tradición de Sabiduría —como también hizo el Seminario de Jesús—, ya no hay razón para detenerse en el cristianismo. Tenemos ante nosotros toda la sabiduría (y la supuesta sabiduría). Entonces resulta fácil ver y decir cosas que son casi imposibles de decir desde dentro del cristianismo: «Jesús era tan joven. Es una pena que no viviera hasta los 70 o los 80 como Sócrates, Platón, Aristóteles, Buda, Lao-Tsé y Confucio, para dejar de tener una visión menos idealista y más realista». Creo que ese tipo de cuestiones sacan el debate del cristianismo (o de cualquier otra religión) para conducirlo a un entorno que podríamos denominar el mejor humanismo (el de Shakespeare y Montaigne). Pero, por montones de razones, a los profesores universitarios y a los predicadores que reciben su sueldo para ser cristianos les cuesta dar ese paso.

Los sacerdotes saben que si su sermón va a versar sobre una historia de la Biblia, primero tienen que contársela a la gente, ya que la mayoría de ellos no la ha leído. Recuerdo que Borges escribió que los seres humanos morimos dos veces, la primera es cuando el cuerpo se agota, la segunda es la muerte definitiva «cuando ya no queda nadie que cuente nuestra historia». Me parece que esa es la situación en la que se encuentran la mayoría de las iglesias cristianas hoy en día.

Quizá fuera I.F. Stone, más que ningún otro periodista del siglo XX, el que más dedicara su vida a los valores que Day y Macdonald consideraban la única esperanza de transformación real. Stone, que había nacido y se había criado en Filadelfia, en el seno de una familia de inmigrantes rusos, era uno de los reporteros más famosos del país al finalizar la Segunda Guerra Mundial. Participaba frecuentemente en noticiarios de televisión y accedía fácilmente a los poderosos. En agujereados vehículos viajó clandestinamente con supervivientes judíos del Holocausto nazi hasta la Palestina ocupada por los británicos y escribió una serie de reportajes que impulsaron enormemente la circulación de la revista neoyorquina *PM*. Cubrió la guerra de independencia israelí y fue confidente de muchos miembros de la administración de Franklin Roosevelt.

Entonces, desafiando el «programa de lealtad» del presidente Harry Truman y la creación de la OTAN, Stone desapareció de los medios y fue devorado por la histeria anticomunista. Se convirtió en una no-persona. En febrero de 1950 comenzó así una alocución ante una concentración contra la bomba de hidrógeno: «Agentes del FBI y compañeros subversivos».[138] El FBI no tardó en ponerle bajo vigilancia diaria. No podía renovar su pasaporte y quedó proscrito del oficio de reportero. Ni siquiera *The Nation*, piedra angular de la intelectualidad liberal, quería darle trabajo. Tenía cuarenta y cuatro años y escribió que esas medidas le hicieron «sentirse por el momento como un fantasma».[139]

Stone reunió a unos pocos de los incondicionales que le habían leído en otros periódicos y revistas —aunque no bastaban para cubrir gastos— y en 1953 lanzó un boletín llamado *I.F. Stone's Weekly*. Hizo lo que los expertos en destapar abusos hacían antes de la guerra, pero en lugar de escribir para semanarios con miles de lectores, publicaba sus propios artículos desde el sótano de su casa. El trabajo de Stone desenmascaró el daño que había sufrido el periodismo a manos de la cultura de masas. La mayoría de las organizaciones hizo caso omiso de sus revelaciones. Fue él quien reventó la afirmación que había hecho la administración de Johnson, en relación a unos buques estadounidenses que habían sido atacados en el golfo de Tonkín. Señaló que «una bala incrustada en el casco de un destructor es la única prueba que hemos podido recabar de que […] los ataques tuvieran lugar».[140] En un apéndice de un informe del Departamento de Estado que

pretendía justificar la expansión de la guerra, descubrió que en los meses que mediaron entre junio de 1962 y enero de 1964 solo 179 de las alrededor de 7.500 armas incautadas al Vietcong procedían del bloque soviético. El noventa y cinco por ciento restantes habían sido enviadas por Estados Unidos a los survietnamitas.

Toda esta información la daba mientras estaba proscrito de las grandes conferencias de prensa y de las sesiones de información confidenciales que recibían los reporteros de Washington con buenos contactos. Según él mismo reconocía, los reporteros del sistema sabían cosas que él no sabía, pero «muchas de las cosas que saben no son ciertas».[141] Lo que esos periodistas llamaban objetividad, decía Stone, «suele ser ver las cosas como todo el mundo las ve».[142] Cuando cerró el semanario casi dos décadas después, tenía setenta y cinco mil suscriptores, y él se había convertido en un símbolo periodístico.

Stone era un curioso híbrido de intelectual y periodista. Entendía tanto de teatro, arte, literatura, poesía y de los clásicos —sabía latín y al final de su vida dominaba el griego hasta el punto de poder escribir un libro sobre el juicio de Sócrates— como de los pormenores del *New Deal*, la permanente economía de guerra y el movimiento sindical. Como en el caso de George Orwell, su inquebrantable independencia y su agudeza intelectual le convirtieron con frecuencia en el azote tanto de la clase liberal como de la derecha. Odiaba la ortodoxia. Nunca dejó de tomar partido por aquellos que, de no ser por él, no habrían podido hacerse oír. Puede que fuera partidario de Israel, pero en 1949 tuvo el valor de escribir que Deir Yassin, un pueblo árabe atacado en 1948 por paramilitares sionistas, que mataron a más de cien de sus habitantes, era un lugar «cuyos árabes fueron masacrados con bíblica ferocidad por miembros del Irgún, [escribiendo así] una página vergonzosa en la historia de la guerra de liberación judía».[143] Las organizaciones judías estadounidenses se ofrecieron a publicitar su libro sobre la guerra de independencia israelí si borraba una frase en la que reivindicaba la constitución de un Estado binacional árabe-judío compuesto por Palestina y Transjordania. Como se negó, el libro languideció en el ostracismo.

Stone no quiso venderse. Nunca olvidó, como dijo en su famosa broma, que «todos los Gobiernos están dirigidos por mentirosos».[144] Le expulsaron

del Club Nacional de Prensa después de que a él y a un exjuez federal negro se negaran a atenderles durante un almuerzo. No tardó en afiliarse al club de periodistas negros. Después del asesinato de Malcolm X declaró que este había sido «ferozmente intransigente», reconociéndose quizá un poco en ese brillante líder que en la cárcel leía *El paraíso perdido* y a Heródoto. Según afirmó Stone, Malcolm X «dejó clara la verdadera realidad de la posición del negro en Estados Unidos. Puede que no sea agradable, pero hay que afrontarla […] Ningún hombre ha expresado mejor la entrampada angustia de su pueblo».[145] Sin embargo, cuando la Nueva Izquierda se tornó anárquica y sus extremos fueron recurriendo a la violencia en la década de 1960, se mostró tan mordaz al criticar a los radicales de los sesenta como al Gobierno al que desafiaban. «Toda una vida de disidencia no solo me ha llevado a acostumbrarme gozosamente a la derrota», escribió:

> Me ha hecho sospechar de la victoria. Solo pensar en un movimiento me incomoda. Todas las ideas las veo degenerar en dogmas y los pensamientos novedosos inmovilizarse en inertes consignas de partido. A veces, quien noblemente se dispone a convertirse en cuidador de su hermano, acaba siendo su carcelero. Cualquier emancipación lleva en su seno el germen de una nueva esclavitud y cualquier verdad se convierte fácilmente en una mentira.[146]

Los medios de comunicación comerciales solo despiertan de su letargo cuando existen radicales como Stone. Fundamentalmente, lo que consiguen personajes como él es avergonzar a la prensa y así conseguir que realice una buena labor periodística. Los medios informativos alcanzaron su apogeo en las décadas de 1960 y 1970 con la publicación de los Papeles del Pentágono, la cobertura del Watergate y la información sobre la guerra de Vietnam, que se produjeron sobre el telón de fondo de una contestación social caracterizada, entre otras cosas, por el movimiento de los derechos civiles y el antibelicista, así como por el descrédito de los centros de poder establecido. Los medios comerciales solo comenzaron a informar de las realidades de la guerra de Vietnam y de los excesos cometidos por la CIA y el FBI cuando la opinión pública empezó a volverse contra la guerra. Aunque los movimientos de masas no adquirieron el poder político formal, sí lograron por lo menos suficiente poder para exigir una voz propia. El

aceptable debate entre las dos ramas de la elite del poder quedó en entredicho. La prensa alternativa, incluyendo a revistas como *Ramparts*, desenmascaró los virulentos ataques que sufrían las libertades civiles de quienes estaban fuera de los círculos de poder establecidos y eran arrumbados por la clase liberal. La presión puso de manifiesto lo importantes que son los movimientos radicales para la vitalidad de esa clase.

Los medios de comunicación comerciales no prestaron atención al acoso del Gobierno a la prensa *underground*, sobre todo después de la subida al poder de Richard Nixon en 1969. El FBI presionó a las compañías discográficas para que retiraran la publicidad de las publicaciones alternativas. Cabeceras como *Rat*, de Nueva York y *NOLA Express*, de Nueva Orleans, no dejaron de estar vigiladas por el FBI. Durante 1969 y 1970 el director del *Daily Planet* de Miami fue detenido en veintinueve ocasiones y absuelto en veintiocho, y depositó un total de 93.000 dólares en concepto de fianza. El acoso del FBI se basó en prácticas como las campañas de envío de cartas falsas y la creación de tres periódicos *underground* y tres agencias de noticias también falsas. En Washington, los servicios de información militar desvalijaron la sede de *Free Press*.[147]

Pero cuando Richard Nixon comenzó a utilizar tácticas ilegales contra la elite liberal, la prensa comercial contraatacó. En realidad, como Edward Herman y Noam Chomsky señalan en su libro *Los guardianes de la libertad*, el escándalo Watergate, mitificado en su calidad de ejemplo de lo que es una prensa libre vigorosa, pone de relieve la deferencia con la que la clase liberal se dirige a los privilegiados y a los poderosos. Ya hacía tiempo que Nixon incurría en ilegalidades similares para luchar contra organizaciones antibelicistas y contra disidentes como Daniel Ellsberg, así como contra publicaciones alternativas como *Ramparts*, ante la escasa o nula reacción de la clase liberal. El error fatal de Nixon fue el de utilizar esas tácticas ilegales con la propia clase liberal. Cuando el Partido Demócrata y los liberales se convirtieron en blanco de sus ilegalidades, los medios se vieron autorizados a desenmascarar abusos que hasta ese momento habían dejado de lado.

«La historia ha tenido la deferencia de concebir para nosotros un “experimento controlado” que sirve para determinar qué estaba en juego

durante el periodo del Watergate, cuando la posición combativa de los medios llegó a su punto culminante», escribían Herman y Chomsky:

> La respuesta es clara y precisa: los grupos poderosos, y esto no es sorprendente, saben defenderse solos; y, según los medios, es un escándalo que su propia posición y derechos se vean amenazados. Por el contrario, mientras las ilegalidades y las violaciones de derechos democráticos fundamentales solo se dirigen contra grupos marginales o víctimas disidentes del ataque militar estadounidense, o cuando tienen repercusiones difusas para el conjunto de la población, los medios se quedan totalmente mudos, desaparecen. Por eso Nixon pudo llegar tan lejos, arrullado precisamente por la falsa sensación de seguridad que proporcionaba el hecho de que el perro guardián solo ladrara cuando el presidente comenzó a amenazar a los privilegiados.[148]

En *La otra historia de los Estados Unidos*, Howard Zinn analizó la historia desde la perspectiva de los indios americanos, los inmigrantes, los esclavos, las mujeres, los sindicalistas, los socialistas anarquistas y comunistas perseguidos, los abolicionistas, los activistas antibelicistas, los líderes de los derechos civiles y los pobres. Muchos historiadores académicos han denostado la obra de Zinn, sobre todo porque rompió con el molde que dicta que hay que escribir sobre los grandes y poderosos. Zinn relataba la historia tal como la vivía el pueblo y reventó numerosos mitos fundacionales del país, planteando desde el secuestro de la Revolución Americana por parte de la elite adinerada y esclavista hasta la traición en la que incurrieron los colonos europeos con los indios del nuevo continente. Zinn también sacó a la luz los pies de barro de los padres fundadores, entre ellos George Washington, el hombre más rico del país después de la revolución, y de ídolos nacionales como Abraham Lincoln, cuya oposición a la esclavitud nunca se basó en la compasión y ni siquiera en la convicción. Quizá la honradez de Zinn sirva para explicar por qué el FBI, que en julio de 2010 hizo público su expediente de 423 páginas sobre el autor, le consideraba una amenaza.

Zinn, que murió en enero de 2010 a los ochenta y siete años, no defendía la violencia ni apoyaba el derrocamiento del Gobierno, algo que dijo a los interrogadores del FBI en varias ocasiones. Más bien era un ejemplo de

hasta qué punto el pensamiento intelectual independiente sacude profundamente los mitos perpetuados por la elite del poder. Como su obra se basaba en una autonomía moral y un valor personal irrenunciables, fue tachada de «política». Zinn no era una amenaza ni por ser un revolucionario violento ni por ser comunista, sino porque no tenía miedo y decía la verdad.

Las frías y muertas páginas del expediente del FBI abarcan desde 1948 hasta 1974. En cierto momento se destinan cinco agentes a seguir a Zinn, que llaman en repetidas ocasiones a empleadores, colegas y caseros para recabar información. Aunque nunca se sospecha de que el vigilado haya cometido un delito, el FBI acaba por considerarle un gran peligro para la seguridad. El 10 de enero de 1964, J. Edgar Hoover, que se interesó especialmente en las actividades de Zinn, redactó un memorando ordenando que se le incluyera «en el Índice Reservado, Apartado A», lo cual permitía a los agentes detenerle y encarcelarle inmediatamente si había una emergencia nacional. Activistas musulmanes como el Dr. Sami Al-Arian o Fahad Hasmi, pueden dar fe de que nada ha cambiado.

El expediente de Zinn pone de relieve el carácter absurdo, el desperdicio y la mezquindad en que incurre nuestro sistema de seguridad nacional. Y parece indicar que los organismos encargados de garantizarla prefieren contratar a gente de capacidad mediocre o atrofiada, dudosa moralidad y poco sentido común. Pensemos en esta joya de carta, con faltas de ortografía incluidas, enviada por un confidente a Hoover, entonces director del FBI, con información sobre Zinn.

«Mientras visitaba al dentista en Michigan City, Indiana», escribía el confidente, «dejaron esta octavilla en mi coche y yo se la envío a usted, sé que es el reclamo de una PALOMA, no el de un ALCÓN [sic]. En los últimos años varios grupos étnicos se han instalado en nuestra zona. ¡Estamos en guerra! ¡Y no parece que esta octavilla vaya a contribuir a los objetivos de nuestro Gobierno!».

Y qué decir de la reunión entre un agente y alguien que se identifica como Doris Zinn. A esta mujer, que según el agente es hermana de Zinn, se la entrevista «con un pretexto adecuado». Admite que su hermano «trabaja en la sede del Partido Laborista Americano de Brooklyn». Esa es la única información útil que se da. El hecho de que Zinn no tuviera ninguna

hermana da una idea de la calidad de las investigaciones y del calibre de los agentes que las llevaban a cabo.

En noviembre de 1953, agentes del FBI relataron por escrito la torpe intentona que se hizo para reclutar a Zinn y convertirlo en confidente, reconociendo que este «se negó a ofrecer información» y que «posteriores entrevistas con él no sirvieron para hacerle cambiar de actitud». Pasado un año, después de otro interrogatorio, un agente escribió que Zinn «terminó la entrevista declarando que bajo ningún concepto testificaría o proporcionaría información relativa a opiniones políticas ajenas».

El FBI se pasó años siguiendo a Zinn y recortando cuidadosamente artículos de prensa sobre su sospechoso, para así acumular datos inanes y banales. El 22 de febrero de 1952, una vecina de Zinn, la Sra. de Matthew Grell, les dijo a los agentes que, para ella, Zinn y otra vecina, la Sra. de Julius Scheiman, eran «o bien comunistas o simpatizantes comunistas», porque, según escribieron los agentes, Grell «había visto ejemplares del *Daily Worker* en el piso de Scheiman y señaló que era buena amiga de Howard Zinn».

El FBI, que califica a Zinn de exmiembro del Partido Comunista, algo que él negó repetidamente, parece que retomó su vigilancia cuando Zinn, que daba clases en Spelman, un colegio universitario tradicionalmente destinado a mujeres negras, se involucró en el movimiento de los derechos civiles. Zinn se integró en el Comité de Coordinación de Estudiantes No Violentos y sacó a sus alumnos del aula para manifestarse en defensa de los derechos civiles. Al rector de Spelman no le gustó nada.

«Me despidieron por insubordinación», recordaba Zinn. «Y la acusación era cierta».

En 1962 Zinn condenó «Las claras violaciones de derechos constitucionales [de los negros] que comete la policía local», apuntando que «el FBI no ha hecho una sola detención en nombre de los ciudadanos negros». El agente que recogía las palabras de Zinn añadía que la posición de este era «tendenciosa y sesgada». En 1970 Zinn apareció como orador en una concentración que, celebrada para pedir la liberación del líder de los Panteras Negras Bobby Seal, tuvo lugar delante de la sede central de la policía de Boston. «Ya es hora de que nos manifestemos ante la comisaría de policía», dijo Zinn a la multitud, según un confidente que parece que

trabajaba con él en la Universidad de Boston. «En todos los países la policía es una peste y Estados Unidos no es una excepción».

«Hace tiempo que Estados Unidos es un Estado policial», añadió. «Creo que los policías no deberían llevar armas. Deberían ir desarmados. Los policías armados son un peligro para la comunidad y para sí mismos».

En el expediente los agentes cavilan cómo pueden ayudar a su anónima fuente universitaria a organizar una campaña para que expulsen a Zinn de su puesto de profesor de Historia en la Universidad de Boston.

«[*Eliminado*] indicó que [*eliminado*] pretende convocar una reunión de la junta directiva de la UB con el fin de que se despida a Zinn. En virtud del susodicho programa, Boston propone que, con el permiso de la Oficina [el FBI] se proporcione a [*eliminado*] datos de origen público relativos a las numerosas actividades antibelicistas de Zinn, entre ellas su viaje a Hanói del 31/01/68, para así contribuir a los esfuerzos que realiza [*eliminado*] para su despido».

Zinn y el sacerdote católico Daniel Berrigan habían viajado juntos a Vietnam del Norte en enero de 1968 para repatriar a tres prisioneros de guerra. El FBI hizo un estrecho seguimiento del viaje. Hoover envió un teletipo en clave al presidente, al secretario de Estado, al director de la CIA, al director de la Agencia de Información de la Defensa, al Departamento del Ejército, al Departamento de las Fuerzas Aéreas y al gabinete de crisis de la Casa Blanca hablando de ese viaje. Posteriormente, después de que Berrigan fuera encarcelado por destruir expedientes de reclutamiento, Zinn se puso en repetidas ocasiones al frente de la defensa del sacerdote en manifestaciones públicas, a las que en algunos casos, según apuntó el FBI, no asistió mucha gente. El FBI vigiló a Zinn cuando se trasladó a la prisión Federal de Danbury, en Connecticut, para visitar a Berrigan y a su hermano Philip.

Según el expediente, Zinn, que había sido bombardero durante la Segunda Guerra Mundial, dijo en 1972: «Se producen asesinatos masivos, en eso consiste la guerra, porque la gente está dividida y no piensa […] cuando el Gobierno no sirve al pueblo no merece que le obedezcan […] Puede que para ser patriota haya que estar en contra del propio Gobierno».

Zinn declaró ante el tribunal que juzgaba a Daniel Ellsberg, quien entregó una copia de los Papeles del Pentágono al propio Zinn y a Noam

Chomsky. En 1971 los dos académicos publicaron los documentos secretos sobre la guerra de Vietnam, que en parte habían aparecido en el *New York Times*, en cuatro volúmenes.

Según se lee en su expediente del FBI, «Durante el juicio con jurado de los Papeles del Pentágono, Zinn declaró: "La guerra en Vietnam tenía que ver con intereses especiales, no con la defensa de Estados Unidos"».

Al final del expediente, lo que a uno le queda es un profundo respeto hacia Zinn y un enorme asco hacia los grotescos matones del FBI que le siguieron y vigilaron. Dada la enorme expansión de nuestro aparato de seguridad interno, no hay razón para pensar que las cosas hayan mejorado. Según informó el *Washington Post* partiendo de una investigación realizada por Dana Priest y William M. Arkin, en unos diez mil emplazamientos de todos los Estados Unidos existen en la actualidad 1.271 organismos públicos y 1.931 empresas privadas dedicadas a programas relacionados con la lucha antiterrorista, la seguridad interna y los servicios de información. Se calcula que esas organizaciones, según descubrió el *Post*, dan trabajo a 854.000 personas, todas ellas sujetas a cláusulas de confidencialidad absolutamente restrictivas. Y en Washington D.C. y el área circundante, desde septiembre de 2001 se han construido treinta y tres complejos en los que se gestiona información reservada. Según informaba el periódico, en conjunto ocupan una superficie equivalente a la de casi tres Pentágonos o veintidós Capitolios, es decir, unos 1.600 km/2.

Estamos reuniendo cantidades nunca vistas de expedientes secretos y aplicando costosas medidas de vigilancia y acoso, tan absurdas e inútiles como las que se utilizaron con Zinn. Y puede que dentro de unas décadas seamos capaces de analizar la labor de la última generación de investigadores estúpidos que, en secreto y por decenas de miles, se han lanzado contra nosotros. ¿Acaso alguno de los agentes que siguieron a Zinn llegó a comprender hasta qué punto estaba perdiendo el tiempo? ¿Comprenden los que nos siguen de un lado a otro lo manipulados que están? ¿Entienden que su objetivo principal, al igual que en el caso de Zinn, no es prevenir el terrorismo sino desacreditar y destruir movimientos sociales y proteger a la elite de aquellos que podrían desenmascararla?

Zinn sabía que si no escuchamos a quienes carecen de poder, a los que sufren discriminación y maltrato, a los que luchan por la justicia, nos

limitaremos a repetir como loros los mitos precocinados que sirven a los intereses de los privilegiados. Zinn pretendía escribir historia, no mitología. Descubrió que cuestionar los mitos, aunque uno sea historiador, te convierte en paria.

Quizá la caída de Ralph Nader, que dejó de ser uno de los personajes más respetados y poderosos del país para convertirse en un marginado, sirva mejor que ningún otro caso para ejemplificar hasta qué punto es absoluto el golpe de Estado empresarial y la complicidad de la clase liberal en el hecho de que se nos haya arrebatado el poder.

La marginación de Nader no fue accidental. Las grandes empresas, cansadas de su activismo, organizaron una campaña para destruirle, que se orquestó para obstaculizar las leyes que él y sus aliados, en su día miembros del Partido Demócrata y de la clase liberal, habían aprobado para impedir los abusos, el fraude y la dominación que cometen las grandes empresas. Cuando se vio absolutamente apartado de los medios de comunicación y del proceso político con la elección de Ronald Reagan, esas grandes empresas ya tenían bien sujeto al Gobierno.

«La prensa descubrió al ciudadano investigador a mediados de la década de 1960», me dijo Nader una tarde que nos entrevistamos en Princeton:[149]

> Yo fui uno de ellos. Me tragaba los comunicados de prensa, los descubrimientos, las insinuaciones y los documentos internos, y se los proporcionaba a diversos reporteros. Me presentaba en el Congreso y preparaba audiencias públicas. En ocasiones yo era el principal testigo. Lo interesante era la novedad. A la prensa le atrae la novedad. Se consiguieron grandes cosas. Había colaboración. Proporcionábamos material noticioso. Y los medios lo cubrían. Se aprobaron leyes y reglamentos. Se salvaron vidas. Comenzaron a proliferar otros movimientos ciudadanos.

«Ralph Nader se presentó haciendo un periodismo serio. Por eso sus primeros trabajos eran cosas como *Unsafe at Any Speed* [*Inseguro a cualquier velocidad*]», según me dijo el periodista de investigación David Cay Johnston:

> Los grandes libros que publicaron eran periodismo serio, de primera categoría. La América empresarial estaba aterrada. Aprendieron

> mucho con Nader. Decían: «Ya vemos cómo lo haces. Recoges información, buscas a gente con facilidad de palabra, pones bien a punto cómo lo presentas». Y las grandes empresas reprodujeron exactamente lo que hacía, pero con una gran diferencia: no les importaba la verdad. Puede que Nader tuviera una ideología consumista, pero no intentaba venderte un producto. Intenta decir la verdad hasta donde puede confirmarla. Eso no significa que sea la verdad. Significa que es la verdad que él y su gente pueden confirmar. Y te decía de dónde venía.[150]

Entre 1966 y 1973 el Congreso aprobó veinticinco innovaciones legislativas en materia de consumo, y Nader intervino en la redacción de casi todas. Las leyes de seguridad vial y del automóvil, las de inspección de carnes de todo tipo, las leyes de seguridad de los oleoductos, las de seguridad de otros productos, la revisión de la normativa sobre tejidos inflamables, la nueva Ley de Aire Limpio, las enmiendas introducidas en la Ley Federal de Control de la Contaminación del Agua, la Agencia de Protección Medioambiental, la Ley de Seguridad y Salud en el Trabajo (OSHA) y el Consejo Medioambiental de la Casa Blanca transformaron el panorama político. En 1973 se consideraba que Nader era la cuarta persona más influyente del país, después de Richard Nixon, el magistrado del Tribunal Supremo Earl Warren y el presidente de la AFL-CIO George Meany.

«Entonces ocurrió algo muy interesante», me dijo Nader:

> La presión de las reuniones que celebraron grandes empresas como General Motors, las petrolíferas y las farmacéuticas con la gente de la redacción, y probablemente con los propios editores, coincidió con la aparición de la fuerza más destructiva para la puesta en escena del movimiento ciudadano: Abe Rosenthal, jefe de redacción del *New York Times*, era un canadiense de derechas que odiaba el comunismo y que, al venir aquí, odió el progresismo. Al *Times* no le iba muy bien en esa época y a Rosenthal se le encargó expandir sus secciones dedicadas al área metropolitana, lo cual precisaba de mucha publicidad. Era muy receptivo a los ruegos de las grandes empresas y yo no le caía bien. Yo le pasaba material a Jack Morris, de la delegación en Washington, pero no entraba en el periódico.

Rosenthal, que prohibió que en el *Times* se citara a intelectuales críticos como Chomsky, decretó que no se pudiera publicar ningún reportaje basado en investigaciones de Nader a menos que hubiera una respuesta de las empresas. Estas, informadas del mandato de Rosenthal, se negaron a comentar las investigaciones de Nader. La medida acabó realmente con sus reportajes. El *Times* fijaba la agenda nacional en materia de cobertura informativa. Cuando Nader desapareció del periódico, otras grandes cabeceras y canales de televisión no se sintieron obligados a dar cuenta de sus investigaciones. Cada vez le costaba más hacerse oír.

Del mismo modo que el Sr. Míster de *The Cradle Will Rock* contrata a un detective para espiar a sus enemigos, General Motors contrató a detectives para buscar trapos sucios en la vida privada de Nader. Pero no los encontraron. La empresa hizo que le siguieran para buscar algo con lo que chantajearle. Mandaron a una atractiva mujer al supermercado Safeway de su barrio para que intentara, aunque no tuvo éxito, seducirle mientras hacía la compra. Cuando salió a la luz la campaña de General Motors la empresa tuvo que disculparse públicamente. En concepto de indemnización por daños y perjuicios, Nader recibió 425.000 dólares, que destinó a financiar organizaciones reivindicativas ciudadanas.

Sin embargo, lejos de dejar de intentar destruir a Nader, la derrota judicial no hizo más que animar a las grandes empresas a lanzar un ataque más elaborado y mejor financiado. Lewis Powell, asesor jurídico principal de la Cámara de Comercio de EE UU, que posteriormente sería nombrado magistrado del Tribunal Supremo, escribió en agosto de 1971 un memorando que expresaba la preocupación que en las empresas suscitaba el trabajo de Nader: «Quizá el adversario más eficaz de las empresas estadounidenses sea Ralph Nader, que, en gran medida gracias a los medios de comunicación, se ha convertido en una leyenda viva y en el ídolo de millones de americanos». A continuación, Powell recomendaba que «No debería haber dudas al atacar a los Nader, los Marcuse y otros que abiertamente buscan la destrucción del sistema. No se debería dudar ni por un momento de la necesidad de buscar enérgicamente en todos los entornos políticos apoyo al sistema empresarial. Ni tampoco deberíamos ser reacios a penalizar políticamente a quienes a él se oponen».

«Además», añadía Powell:

> gran parte de los medios de comunicación, por diversos motivos y en diversos grados, o bien voluntariamente conceden una singular publicidad a esos «atacantes» o por lo menos les permiten explotar a los medios para alcanzar sus objetivos. Así es sobre todo en la televisión, que ahora tiene un papel predominante a la hora de modelar el pensamiento, las actitudes y las emociones de nuestro pueblo. Una de las desconcertantes paradojas de nuestra época es hasta qué punto el sistema empresarial tolera su propia destrucción, cuando no participa en ella.[151]

El memorando de ocho páginas, titulado «Ataque al sistema de libre empresa estadounidense», se convirtió en el programa marco del dominio empresarial. El texto de Powell condujo a la creación de la Mesa Redonda Empresarial, que reunió dinero y poder suficientes para dirigir la política del Gobierno y moldear a la opinión pública, e inspiró las actividades de la Heritage Foundation, el Manhattan Institute, el Cato Institute, Citizens for a Sound Economy y Accuracy in Academia. Describía cuidadosamente de qué manera podían las grandes empresas aislar a quienes en «los campus universitarios, el púlpito, los medios de comunicación, las publicaciones intelectuales y literarias» fueran hostiles a los intereses empresariales. Powell abogaba por la creación de centros de investigación e institutos conservadores que, muy generosamente financiados, produjeran sin cesar panfletos que atacaran la regulación del Gobierno y la protección del medio ambiente. Su memorando consiguió colocar a académicos y economistas afines en las universidades y en las ondas, así como expulsar de la esfera pública a quienes cuestionaran el aumento incontrolado del poder empresarial y la desregulación. Se ocupó de crear organizaciones de control que presionaran a los medios para que publicaran noticias favorables a los intereses empresariales. Y condujo a la creación de organizaciones jurídicas que lucharan en los tribunales por la defensa de esos intereses, presionando para que se nombraran magistrados afines.

Las grandes empresas gastaron cientos de millones en esa campaña. Se inventaron falsas disciplinas, entre ellas el análisis de coste-beneficio y la gestión de riesgos, todas ellas destinadas a desplazar el debate, que dejaría las cuestiones relacionadas con la salud, la mano de obra y la seguridad para centrarse en el coste creciente de un Estado fuerte. Organizaron

elaboradas campañas publicitarias para atraerse a los votantes y, mediante generosas donaciones e intensas labores de presión en la sombra, esas corporaciones desgarraron los lazos existentes entre los grupos afines a Nader, que defendían el interés público, y sus aliados en el Partido Demócrata. Cuando terminaron su labor, Washington estaba sitiado por veinticinco mil miembros de grupos de presión y nueve mil comités de acción empresarial.

Cuando una victoria abrumadora llevó al poder a Reagan, charlatán del empresariado, este comenzó a desmantelar unos treinta reglamentos públicos, la mayoría impulsados por Nader y sus aliados. Todos ellos ponían coto a las actividades de las grandes empresas. La Casa Blanca de Reagan reventó veinte años de leyes promovidas por Nader. Y este, en su día inseparable del Congreso, fue arrojado a las tinieblas.

Sin embargo, Nader no se rindió. Pasó a centrarse en la organización de las comunidades locales, colaborando por todo el país en campañas de grupos de base, como en la que lucha por retirar el benceno, que se sabe produce cáncer, de la pintura que se utiliza en las fábricas de coches de GM. Pero cuando Bill Clinton y Al Gore llegaron al poder, el Estado empresarial ya era inexpugnable. A Nader y a sus comités ciudadanos los aislaron tanto los demócratas como los republicanos. A pesar del supuesto interés de Gore en el medio ambiente, ni él ni Clinton se reunieron con él mientras estuvieron en el poder.

«Intentamos por todos los medios que los demócratas se ocuparan de asuntos que realmente dominaban las sentidas preocupaciones y la vida cotidiana de millones de americanos», declaró Nader en el documental *An Unreasonable Man* [*Un hombre poco razonable*], «pero esos eran asuntos en los que las grandes empresas no querían que nadie se fijara, así que, cuando la gente me pregunta: “¿Por qué se presentó [a la presidencia] en 2000?”, yo contesto que “desde hace veinte años cometo la insensatez de apostar por el menos malo de los dos partidos”».[152]

En *An Unreasonable Man* los liberales del sistema se muestran fascinantemente coléricos —y cólera es la palabra adecuada— con Nader. Todd Gitlin y Eric Alterman, y otros muchos exmiembros de los llamados Nader’s Raiders [El comando Nader] atacan a un hombre al que confiesan haber admirado. La acusación más frecuente es el egocentrismo de Nader.

Su cólera es la cólera del traicionado. Pero no fue Nader el que los traicionó. Más bien se traicionaron a sí mismos. Se tragaron la simpleza del «menos malo», dejando de lado algo más profundo: el ataque que, en las sombras, lanzaban las grandes empresas contra nuestra democracia y al que Nader siempre se ha enfrentado. Su cólera es la de una clase liberal desenmascarada.

Lo que entregó las elecciones de 2000 a Bush fue la presencia de un Partido Demócrata incompetente y empresarial, y el fraude orquestado por el Partido Republicano. No fue culpa de Nader, que solo recibió el 2,7% de los sufragios en 2000 y menos del 0,5% en 2004. En 2000, los candidatos de partidos minoritarios que concurrieron a las elecciones en Florida —y había alrededor de media docena— obtuvieron más votos que los 537 que separaron a Bush y a Gore. ¿Por qué no lanzarse contra los demás candidatos de partidos minoritarios? Y ¿qué decir de los alrededor de diez millones de demócratas de todo el país que en 2000 votaron a Bush? ¿Qué decir de Gore, cuya campaña fue tan medrosa y vacía —*nunca* mencionó el calentamiento global— que ni siquiera consiguió el voto de Tennessee, su propio Estado? Y ¿qué decir del senador John Kerry, candidato presidencial demócrata en 2004, que, levantándose como un *boy scout* que se presenta ante sus superiores, nos dijo que nos llevaría a la «victoria» en Irak?

Según Nader, hay pocas diferencias entre los demócratas y los republicanos, aunque nunca dijo que no hubiera *ninguna*. Y durante la administración de Bush los demócratas le dieron la razón, ya que autorizaron la guerra en Irak. Nada hicieron mientras Bush atiborraba la judicatura de ideólogos «cristianos». Vulnerando la Constitución, le permitieron que inyectara cientos de millones de dólares del contribuyente en organizaciones confesionales que discriminan en función del credo religioso y de la orientación sexual. Permitieron que la llamada ley *No Child Left Behind* [Que ningún niño se quede atrás] desplumara a los pequeños estadounidenses y no protestaron cuando los organismos federales comenzaron a propagar sucedáneos científicos «cristianos» sobre el creacionismo, los derechos reproductivos y la homosexualidad. Los demócratas también permitieron que Bush siguiera desmantelando los organismos reguladores, que privara a los ciudadanos estadounidenses de sus derechos constitucionales amparándose en la Ley Patriótica y otras

draconianas normativas y que empujara a un lado a los estadounidenses empobrecidos aprobando una ley sobre quiebras patrocinada por las empresas. A continuación, los demócratas contribuyeron a transferir cientos de miles de millones de dólares a Wall Street. Es un historial imponente. Si el Partido Demócrata y la clase liberal hubieran cuestionado las grandes subvenciones a las empresas, el crimen de cuello blanco, los rescates realizados en Wall Street y cuestiones como la reforma de la legislación laboral; si, en lugar de mascullar tópicos insustanciales sobre la grandeza de EE UU, hubieran plantado cara a esos monstruos empresariales para defender a las clases obreras y medias, podrían haberse puesto en cabeza de una población asqueada.

Algunos antiguos colaboradores de Nader dicen que está empañando su legado y, por tanto, el de ellos. Pero nada vulnera ese legado, ya que Nader libra sus batallas contra la codicia empresarial con una coherencia notable. Sabe que nuestro Estado democrático está secuestrado por los mismos intereses empresariales que nos vendieron coches inseguros y productos peligrosos y chapuceros.

«Mi legado personal no me importa», declara Nader en *An Unreasonable Man*. «Lo que me importa es cuánto avanza cada día la justicia en Estados Unidos y en nuestro mundo. Por ese esfuerzo, estoy dispuesto a sacrificar cualquier “reputación”. ¿Cuál es mi legado? ¿Es que van a volver sobre sus pasos y arrancar los cinturones de seguridad de los coches, y también los airbags?».

«Fue una auténtica carrera», me dijo Nader:

> Ya casi no se podía llevar la cuenta del número de centros de investigación que financió la derecha. Eran centros especializados, sobre todo en atacar la regulación en materia de responsabilidad extracontractual. Los años de Nixon y los primeros de Ford, cuando la inflación era elevada, fueron difíciles. Nixon hizo cosas que horrorizaron a los conservadores. Ratificó la creación del Organismo de Seguridad y Salud en el Trabajo, la Agencia de Protección Medioambiental y leyes relativas a la contaminación del aire y el agua porque, después de las sacudidas que generó la década de 1960, tenía miedo de la opinión pública. Fue el último presidente republicano que tuvo miedo de los liberales.

«Antes de que nos silenciaran, el periodismo vivió una breve edad dorada», se lamentaba Nader. «Saliendo en defensa de la población, colaborábamos con la prensa para desenmascarar los abusos empresariales. Salvamos vidas. En eso debería consistir el periodismo, en hacer un mundo mejor y más seguro para nuestras familias y nuestros hijos, pero esa época terminó y nos quedamos aislados».

«Nos tuvimos que poner a la defensiva y, una vez ahí, fue difícil recuperarse», dijo Nader:

> La ruptura se produjo en 1979, cuando desregularon el gas natural. La Agencia para la Protección del Consumidor motivó nuestra última batalla nacional. Ahí echamos los restos. Durante la década de 1970, en un año pretendíamos aprobarla en la Cámara de Representantes, en el siguiente periodo de sesiones sería en el Senado, y después volveríamos a la Cámara de Representantes. Pero comenzaron a devolvernos la pelota. No dejábamos de perder terreno. Perdimos porque Carter, aunque había incluido el asunto en su campaña, en comparación con lo que hizo para desregular el gas natural, aquí no movió ni un dedo. Perdimos por veinte votos en la Cámara de Representantes, aunque en el Senado nos esperaba una mayoría de dos tercios. Ahí fue donde comenzó realmente el declive. Después reeligieron a Reagan. Adoptamos una actitud muy vigilante. Preparábamos informes fruto de investigaciones. Pero nadie hablaba de ellos.

«En la década de 1980 la prensa nos decía: “¿Por qué vamos a sacaros?”», continuaba diciendo Nader:

> «¿Qué base tenéis en el Congreso?». Antes yo tenía fama de desencadenar con bastante rapidez vistas tanto en la Cámara de Representantes como en el Senado. Comenzó [la prensa] a fijarse en los neoliberales y los *neocons*, y a obsesionarse con la desregulación. Elaboramos dos informes sobre los beneficios de la regulación, que también desaparecieron. No se habló de ellos en absoluto. Fue en la misma época en la que Tony Coelho, a partir de 1979, cuando fue presidente del Comité de Financiación de Campañas de la Cámara de Representantes, enseñó a los demócratas a comenzar a recaudar

> ingentes cantidades de dinero entre las grandes empresas. Y vaya si lo recaudaron... Tuvo una influencia mágica. Es el mejor ejemplo que tengo de la influencia del dinero. Cuanto más recaudaban, menos interés tenían en esos asuntos de carácter popular. Ganaban más dinero aplastando el sistema tributario. Aquí y allá conseguimos algunos pequeños éxitos. En 1974 sacamos adelante [la ley de] Libertad de Información. E incluso en la década de 1980 logramos algunas cosas en materia de normalización de los airbags cuando se compraron coches con ese equipamiento [lo hizo la Administración de Servicios Generales]. Aquí y allá nos apuntábamos algún tanto, tapábamos alguna laguna de la legislación tributaria o bloqueábamos una iniciativa desreguladora. Algunas de ellas sí logramos contenerlas.

Aislado del proceso legislativo, Nader decidió enviar un mensaje a los demócratas, que ahora estaban en deuda con los donantes empresariales. En las primarias de New Hampshire y Massachusetts de 1992, se presentó como «ninguno de los anteriores». En 1996 permitió que el Partido Verde escribiera su nombre en la papeleta antes de presentarse directamente a las elecciones en 2000, con una iniciativa que puso los pelos de punta al Partido Demócrata. Sus miembros, presos del miedo a la campaña de Nader a pie de calle, le echaron la culpa de la elección de George W. Bush, una acusación que encontró terreno abonado entre quienes habían abandonado la indagación racional para entregarse a las frases con gancho de los noticiarios de televisión.

La condición de paria de Nader se correspondía con el desenfrenado ataque que sufría la clase obrera a manos de las grandes empresas y sus tácitos aliados de la clase liberal. El desempleo de larga duración, los millones de ejecuciones hipotecarias, el carácter catastrófico del endeudamiento y la bancarrota privados, la evaporación de los ahorros y los fondos de pensiones, y el derrumbe de las infraestructuras del país están teniendo lugar mientras miles de millones en subvenciones a costa del contribuyente, beneficios escandalosos, primas e indemnizaciones se reparten entre los grandes señores del mundo empresarial. Las empresas farmacéuticas y sanitarias, subvencionadas con miles de millones por el contribuyente, no tardarán en obligarnos legalmente a comprar sus

deficientes productos, y quedarán libres para fijar copagos y recargos, sobre todo si estamos gravemente enfermos. Las del petróleo, el gas, el carbón y las nucleares han convertido en una farsa las promesas que hizo Barack Obama de fomentar energías limpias y renovables. Nos estamos convirtiendo rápidamente en un país del tercer mundo que, desguazado por las grandes empresas, tiene a dos tercios de su población ante graves dificultades económicas y en la pobreza.

«Es un tira y afloja en el que ambas partes tiran», ha declarado Nader:

> Los intereses empresariales tiran del Partido Demócrata igual que del Republicano. Si eres un votante de los que eligen al «menos malo», no quieres molestar a Kerry con el tema de la guerra, así que desconvocas las manifestaciones antibelicistas de 2004. Tampoco quieres molestar a Obama porque McCain es peor. Y cada cuatro años los dos partidos son peores. No hay tirón. Es el dilema al que se enfrentan *The Nation*, *Progressive* y publicaciones similares. No hay límite. ¿Cuál es el límite? ¿La criminal guerra de agresión en Irak? ¿La escalada militar en Afganistán? ¿Cuarenta y cinco mil personas que mueren al año porque no pueden permitirse un seguro médico? ¿El vaciado de las comunidades y el traslado de puestos de trabajo a regímenes fascistas y comunistas extranjeros que saben bien cómo poner en su sitio a los trabajadores? No hay límite. Y cuando no hay límite, tampoco hay brújula moral.

El sistema está descompuesto. Y con él se descompuso el defensor del consumidor que representaba lo mejor de nuestra democracia y de la clase liberal. Como Nader señaló después de publicar *Unsafe at Any Speed* en 1965, el Gobierno Federal solo tardó nueve meses en aprobar reglamentos de seguridad y eficiencia energética para la industria automovilística. Sin embargo, tres años después del derrumbe de Bear Stearns, sigue sin haber una reforma financiera adecuada. Los grandes fondos de riesgo y los grandes bancos, desde el Citibank hasta Goldman Sachs, están utilizando miles de millones en subvenciones de los contribuyentes para entregarse de nuevo a los juegos especulativos que desataron la primera crisis financiera y que casi con seguridad desatarán la segunda. Los conglomerados mediáticos, cómplices de nuestra enorme amnesia histórica, no hacen nada por recordarnos cómo hemos llegado hasta aquí. Su discurso se basa en los

lemas vacíos que les ofrecen despachos de relaciones públicas, empresas que los tienen a sueldo y una sociedad que se alimenta de frases con gancho.

«A este país se le podría dar la vuelta si el uno por ciento de la gente se organizara en torno a ideas progresistas y contara con infraestructura para hacerlo», ha declarado Nader:

> [Esa gente] Representa a un elevado porcentaje de la población. Pensemos en todos los conservadores que trabajan en Wal-Mart. ¿Cuántos se opondrían a la fijación de un salario digno? Pensemos en todos los conservadores que sufren enfermedades no cubiertas por sus seguros, por ser anteriores a la firma de los mismos. ¿Cuántos serían partidarios de un seguro sin ánimo de lucro, sufragado íntegramente por el Estado? Si descendiéramos a lo concreto, si tuviéramos un movimiento activo y visible que supiera situarse en los medios, mucha gente se uniría a él. Y muchos más lo apoyarían. El problema es que la mayoría de los liberales están distanciados de la clase obrera. Suelen tener buenos trabajos. No lo pasan mal.

«La verdadera tragedia es que el movimiento ciudadano tenga que apoyarse en los medios de comunicación comerciales, y que la televisión y la radio públicas son una vergüenza. Si me apuras, son todavía peores», ha declarado Nader:

> En unos treinta años, [Bill] Moyers me ha tomado el pelo en dos ocasiones. No podemos fiarnos de los medios públicos. Hacemos lo que podemos con Amy [Goodman] en las emisoras Democracy Now! y Pacifica. Cuando me muevo en el ámbito local, la prensa y la televisión me tratan muy bien, pero eso no tiene mucho impacto, ni siquiera en ese entorno. La prensa nacional influye muchísimo en los asuntos que se tratan. No es agradable tener que decir esto. A nadie le gusta hacer saber que le han aislado, pero por otra parte tampoco puedes silenciarlo. La derecha se ha impuesto gracias a la intimidación.

Esta intimidación funciona especialmente bien en una cultura de guerra permanente. En los meses anteriores a la guerra de Irak había muchos críticos creíbles, entre ellos exinspectores de la ONU como Hans Blix, que

pusieron en cuestión las mentiras utilizadas para justificar la invasión y la ocupación, pero los medios se negaron a recoger voces independientes. La defensa de la guerra, de cualquier guerra, se presenta casi siempre sin comentarios o críticas de peso de la clase liberal. Los liberales no hacen más que debatir tácticas.

El *Philadelphia Inquirer*, por ejemplo, publicó en primera plana un análisis al día siguiente de que Hans Blinx desautorizara los planes que tenían el presidente Bush y el secretario de Estado Colin Powell de exigir al Consejo de Seguridad de la ONU una resolución que avalara la guerra. Blix había informado de que los inspectores de las Naciones Unidas estaban haciendo avances. El *Inquirer* respondió escribiendo: «El presidente Bush tiene ante sí un desagradable dilema. Debe decidir si promueve una última ronda diplomática, destinada a salvar las diferencias con muchos aliados de EE UU, para así conseguir un mayor respaldo para la guerra, o si abandona las Naciones Unidas, hace caso omiso de la opinión pública mundial e inicia una invasión con los aliados que quieran seguirle».[153] La tercera opción, la de no iniciar la guerra, no llegaba a plantearse.

El día de Martin Luther King se ha convertido en un ritual anual que pretende convertir a un radical negro en un símbolo de las barras y estrellas. Ahora es un día que nos permite darnos palmaditas en la espalda por haber «superado» el racismo y «materializar» el sueño de King. Es una jornada repleta de manidas frases con gancho sobre los niños negros y blancos, que, dada la situación en la que está Estados Unidos, pondrían furioso a King. A su muerte, gran parte de nuestros grandes reformadores sociales se convierten en algo aséptico, apto para todos los públicos, en puntales inofensivos de la gloria de EE UU. King no solo era un socialista sino que se oponía denodadamente al militarismo estadounidense. Fue consciente, sobre todo al final de su vida, de que, sin justicia económica, la racial era una farsa.

«De las palabras de King se han apropiado quienes le rechazaban en la década de 1960», afirmó James Cone, docente en el Union Theological Seminary de Nueva York y autor de *Martin & Malcolm & America*:

> De manera que, al convertir su cumpleaños en fiesta nacional, todo el mundo lo hace suyo, aunque se opusieran a él cuando estaba vivo. Han congelado a King en 1963, con el discurso de «Tengo un sueño».

> Es el que mejor se puede manipular y malinterpretar. Poco después de la manifestación de Selma y de los disturbios de Watts, King también dijo: «Han convertido mi sueño en una pesadilla».

«La cultura mayoritaria apela a la insistencia de King en el amor, como si este se pudiera separar de la justicia», ha declarado Cone:

> Para King, la justicia define el amor. Una y otro son inseparables. Van inextricablemente unidos. Por eso él hablaba del amor desinteresado (*agape*), no del amor romántico. Para King, el amor era algo combativo. Consideraba que la acción directa y la desobediencia civil frente a la injusticia eran la expresión política del amor, porque este curaba a la sociedad. Ponía de relieve sus heridas y su sufrimiento. Esa insistencia en la justicia para los pobres es lo que la sociedad convencional quiere separar de la concepción del amor de King. Pero, para él, la justicia y el amor van unidos.[154]

Malcolm X, que no podía ser un símbolo del sistema por su negativa a apelar a la clase dominante blanca y a la elite liberal, confluyó con las enseñanzas de King en los últimos años de su vida. Pero sería un error ver en esa confluencia una domesticación de Malcolm X. Uno y otro se influyeron mutua y profundamente. Al final de sus vidas, ambos vieron las múltiples caras del racismo y comprendieron que no solo se trataba de poder sentarse en una casa de comidas junto a los blancos —en teoría, los negros del Norte sí podían hacerlo—, sino de poder permitirse la comida. En King y en Malcolm influía enormemente la propia fe. Postulaban sistemas de creencias, uno cristiano, el otro musulmán, que exigían rigurosos imperativos morales y también justicia.

Al iniciar sus llamamientos a la integración, King defendió que el esfuerzo y la perseverancia podrían conseguir que tanto ricos como pobres, blancos y negros, alcanzaran el sueño americano. Este es el mensaje y la mitología fundamentales que ha hecho suyos la clase liberal. King se crió en un entorno de clase media negra. Tenía buena formación y se encontraba cómodo en los círculos culturales y sociales de la clase liberal. Admitía que, hasta poco después de cumplir los veinte años, la vida para él había tenido el envoltorio de «un regalo de Navidad». Ingenuamente pensó que la respuesta era la integración. En última instancia, confiaba en que la

estructura de poder liberal y blanca reconociera la necesidad de hacer justicia a todos sus ciudadanos. Como gran parte de los negros con formación universitaria, compartía el mismo sistema de valores y el mismo interés en el éxito que los blancos liberales con los que había intentado integrarse.

Pero ese no era el país de Malcolm, que creció en medio de la pobreza urbana de Detroit, que abandonó el colegio en octavo, que pasó por diversas casas de acogida, fue maltratado y se buscó la vida trapicheando en las calles antes de terminar en la cárcel. A lo largo de su difícil existencia nada demostraba que el orden político reconociera su condición de ser humano ni su dignidad. Los blancos que conoció no mostraron ni conciencia ni compasión. Y en el gueto, donde la supervivencia era una batalla cotidiana, la no violencia no era una opción creíble.

«No, no soy americano», dijo Malcolm:

> Soy uno de los 22 millones de negros que son víctimas del americanismo. Una de las […] víctimas de la democracia, nada más que hipocresía disfrazada. Así que no os hablo aquí en calidad de americano, ni de patriota, ni de quien saluda a la bandera o la esgrime, no ¡yo no soy de esos! Hablo en calidad de víctima de este sistema americano. Y veo Estados Unidos con los ojos de la víctima. No veo ningún sueño americano: ¡veo una pesadilla americana![155]

Con el tiempo King llegó a valorar las ideas de Malcolm, sobre todo después de enfrentarse al larvado racismo de Chicago. En 1965, una visita a la zona de Watts, en Los Ángeles, dos días después de los disturbios registrados allí, conmocionó a King, y también las conversaciones con sus vecinos, en las que le informaron de que, para ellos, votar estaba bien, pero que sería mejor tener trabajo. Como dijo King al conmemorarse el segundo aniversario del boicot a los autobuses de Montgomery, «cualquier religión que se proclame preocupada por el alma de los hombres y no se preocupe por los barrios degradados que son su condena y por las condiciones económicas que los incapacitan será una religión espiritualmente moribunda, necesitada de savia nueva».[156]

«King comenzó a ver que Malcolm tenía razón en lo que decía sobre los blancos», explica Cone. «Malcolm veía que los blancos no tenían una

consciencia a la que pudiera apelarse para hacer justicia a los afroamericanos. King lo comprendió al final de su vida. Comenzó a denominar a la mayoría de los blancos “racistas inconscientes”».

La tosca retórica racista del pasado ahora se ha sustituido por una variante refinada, educada. Hacemos como que hay igualdad y las mismas oportunidades, pero sin prestar atención al racismo institucional y económico que infecta los centros urbanos y llena nuestras cárceles, donde está presa una proporción asombrosa de hombres negros de entre 20 y 34 años: uno de cada nueve. Hay más varones afroamericanos entre rejas que en la universidad. Como me dijo el poeta Yusef Komunyakaa, «Las celdas han sustituido a las casas de subastas [de esclavos]».

No es casual que las cárceles y los guetos urbanos estén sobre todo habitados por gente de color. Es una decisión calculada de quienes ostentan el control económico y político. Para el tercio inferior de los afroamericanos, que en muchas ocasiones viven en enclaves segregados de ciudades como Detroit o Baltimore, poco ha cambiado en las últimas décadas. En realidad, con frecuencia su vida ha empeorado. Pero este relato no es aceptable para la clase liberal, que habla de unos Estados Unidos postraciales. Esa clase continúa insistiendo en que el esfuerzo conduce a una vida mejor.

En sus últimos meses de vida, King empezó a adoptar la retórica de Malcolm, recordando a quienes le escuchaban que el gueto era un «sistema de colonialismo interno».

«El objetivo del barrio degradado», dijo King en un discurso pronunciado en el Chicago Freedom Festival, «es confinar a quienes carecen de poder y perpetuar su impotencia […] El barrio degradado es poco más que una colonia interna que permite la dominación política, la explotación económica, la segregación y la humillación sistemáticas de sus habitantes». Al acercarse a enseñanzas que hacía tiempo impartía Malcolm, King llegó a la conclusión de que el principal problema es económico y de que la solución radica en reestructurar toda la sociedad.

«La vida, las libertades y la búsqueda de la felicidad» eran, como sabían King y Malcolm, un lema sin sentido si era imposible tener una educación aceptable, un barrio seguro, un trabajo o un salario digno. King y Malcolm también eran profundamente conscientes de que la permanente economía de

guerra estaba directamente relacionada con la perpetuación del racismo y la pobreza, tanto en nuestro país como en el extranjero.

En un discurso titulado «Más allá de Vietnam», pronunciado en la iglesia de Riverside un año antes de su asesinato, King dijo que Estados Unidos era «el principal proveedor de violencia del mundo actual». La cita no aparece en muchas celebraciones del Día de Martin Luther King. El *New York Times*, que manifestaba la indignación de la clase liberal, atacó a King por su mensaje antibelicista. Su posición respecto a la guerra de Vietnam y la justicia económica que exigía al final de su vida hicieron que muchos miembros de la clase liberal, entre ellos algunos de sus propios colaboradores y de sus aliados dentro de la estructura de poder político blanco, se volvieran contra él. En sus últimos años de vida, King y Malcolm eran profetas solitarios.

«En muchos sentidos, el mensaje de Malcolm tiene hoy en día todavía más relevancia», me dijo Cone, que también escribió *A Black Theology of Liberation* [*Una teología de la liberación negra*]*:*

> El mensaje de King depende casi por completo de que los blancos respondan a los llamamientos a la no violencia, el amor y la integración. Depende de que haya una respuesta positiva. Malcolm hablaba a los negros que reclamaban su propio poder. Les decía: «Puede que no seáis responsables de la situación en la que os encontráis, pero, si queréis salir, tendréis que hacerlo solos. Quienes os pusieron ahí no os van a sacar». King pedía a los blancos que ayudaran a los negros. Pero poco a poco comenzó a comprender que los afroamericanos no podían depender de los blancos tanto como él había pensado.

«King no hablaba del negro que se odia a sí mismo, Malcolm sí», explicaba Cone:

> King era un revolucionario político. Transformó la vida social y política de Estados Unidos. De no ser por King, hoy no tendríamos a Barack Obama. Malcolm era un revolucionario cultural. No cambió las estructuras sociales ni las políticas, pero sí la concepción que de sí mismos tienen los negros. Transformó el pensamiento negro. Consiguió que los negros se quisieran a sí mismos en una época en la

> que se odiaban. Cuando los negros dejaron de sentirse *negro* y *colored* [de color], para pasar a sentirse realmente *black* [negros], fue por Malcolm. Los estudios universitarios sobre negros y las asociaciones de congresistas negros emanaron de Malcolm. King nunca habría hecho estudios sobre negros. En Morehouse impartía un curso sobre filosofía social y política en el que no había ningún autor negro. No estaban ni W.E.B. Du Bois ni Frederick Douglass. Ninguno de los dos. Tenía a todos los blancos, a gente como Platón y Aristóteles. Malcolm ayudó a los negros a quererse.

King y Malcolm habrían vilipendiado a un país que se gasta 3.000 millones de dólares en librar guerras imperiales en Oriente Próximo y miles de millones más en llenar las cuentas de los bancos de Wall Street al mismo tiempo que abandona a los pobres. Habrían denunciado a los liberales a los que se les llena la boca de simplezas sobre la justicia mientras apoyan a un partido que sirve ciegamente a la elite adinerada. Esos hombres salieron en defensa de quienes ya no tenían ninguna concesión que hacer. Y por eso mismo *ellos* no las hicieron.

Según dijo Malcolm, «Si a un hombre le clavas por la espalda un cuchillo de 20 centímetros, no dices que sea un avance sacárselo después quince centímetros».[157]

«Ya he decidido lo que voy a hacer», dijo King durante uno de los últimos sermones que pronunció en la iglesia baptista de Ebenezer.

> No voy a matar a nadie en Misisipi […] [ni] en Vietnam. Ya no voy a estudiar la guerra. ¿Y sabéis una cosa? No me importa si a alguien no le gusta lo que digo sobre ella. No me importa quién me critique en un editorial. No me importa qué blanco o qué negro me critique. Me voy a quedar con lo mejor. En algunas situaciones, la cobardía pregunta: «¿Es seguro?». La conveniencia pregunta: «¿Es prudente?». La vanidad pregunta: «¿Es popular?». Pero la conciencia pregunta: «¿Está bien?». Y llega un momento en el que un verdadero seguidor de Cristo debe pronunciarse de un modo que no es ni seguro, ni prudente ni popular, y debe pronunciarse porque está bien hacerlo. De vez en cuando cantamos «Si tienes razón, Dios librará tu batalla». En estos tiempos de maldad, yo me atendré a lo mejor».[158]

Como ninguno de esos hombres se vendió o hizo concesiones, ambos fueron asesinados. De haber vivido más, ellos también se habrían convertido en parias, en víctimas de la clase liberal.

Esa clase liberal es indiferente a la profunda desesperación personal y económica que asola este país, todavía embelesado con el afrodisíaco que ha supuesto la victoria de Obama. Los liberales aducen que ofrecer a los desempleados el derecho a mantener a sus también desempleados hijos en sus inexistentes pólizas sanitarias es un paso adelante. Aducen que aprobar una ley laboral que otorga exenciones fiscales a las grandes empresas es una respuesta racional a una tasa de paro que, en términos reales, se acerca al 20%. Aducen que la negativa a ayudar a los alrededor de 2,8 millones de personas expulsadas de sus casas en 2009 y a las alrededor de 2,4 millones que en 2010 corrieron la misma suerte por las ejecuciones hipotecarias y los embargos aprobados por los bancos la justifica la insensible retórica de la austeridad fiscal.

La carrera de Dean Henderson en FedEx acabó bruscamente cuando un conductor temerario se estrelló contra el camión de la empresa que él conducía, dejándole sin una pierna. Como ya no podía conducir y carecía de valor en nuestra sociedad mercantilizada, la empresa se libró de él. Se convirtió en un desecho humano. La inflamación y el dolor le obligan a pasarse gran parte del tiempo con la pierna levantada en un asiento abatible del minúsculo piso de Fairfax (Virginia), que comparte con su hermanastra. Sin ingresos y sin seguro médico, le cuesta sobrevivir y teme por su futuro.

Henderson no es un caso aislado. Los trabajadores de nuestro Estado empresarial ganan poco cuando trabajan —Henderson ingresaba 18 dólares a la hora— y se les abandona cuando ya no pueden contribuir a generar más beneficios. Es la ética del mercado libre. El precio del capitalismo sin trabas.

«Eso ocurrió cuando yo llevaba el uniforme de la empresa y conducía uno de sus vehículos», me dijo Henderson, veterano del ejército de cuarenta años:

> Tengo el pie destrozado. Me han hecho una artrodesis de tobillo. Ya llevo más de doce operaciones. Me duele hasta ponerme un calcetín. Cojeaba mucho, pero en la primavera de 2008 FedEx dijo que tenía que volver a trabajar y sentarme en una silla. Así se ahorran dinero en

> indemnizaciones. Trabajé como teleoperador y cogiendo el teléfono. Lo hice durante tres meses. En enero de 2009 me hicieron la artrodesis y entonces FedEx me despidió. Se deshicieron de mí. Se lavaron las manos y yo no tenía ninguna culpa.[159]

Ahora nuestra indigente clase obrera comprende que la empalagosa retórica de la clase liberal, que dice que comparte nuestro dolor, es falsa. La clase liberal no está intentando impedir que se hundan los salarios, que se dispare el paro, que las ejecuciones hipotecarias destrocen a las comunidades ni que se deslocalicen los empleos. La brecha entre la cruda realidad y las bonitas ilusiones que propagan los melosos noticiarios televisivos, los fatuos expertos académicos y económicos, los untuosos burócratas y políticos, se está ensanchando tanto que es imposible no verla. Los que se quedan por el camino suelen estar dispuestos a escuchar a cualquiera, por grotesco e ignorante que sea, prometerles la desaparición de los parásitos y los cortesanos que sirven al Estado empresarial. La cólera de derechas se está convirtiendo en sinónimo de populismo de derechas.

Obama, seducido por el poder y el prestigio, tiene más interés en cortejar a los ricos de las grandes empresas que en salvar a los que se han visto privados de derechos. Cuando se le pidió que mencionara a un directivo que admirara, el presidente citó a Frederick Smith, de FedEx, aunque Smith es un republicano famoso por aplastar a los sindicatos. Smith, en su día miembro, junto a George W. Bush y John Kerry, de la sociedad secreta Skull and Bones de la Universidad de Yale, fue presidente de la comisión financiera del senador John McCain durante su fallida campaña presidencial. Smith fundó FedEx en 1971 y en el año fiscal que terminó en mayo de 2009 la empresa tuvo unos ingresos de más de 35.000 millones de dólares. Es rico y poderoso, pero ningún orden ético, ya fuera religioso o laico, le tendría por digno de emulación. Esos hombres amasan fortunas y se erigen pequeños monumentos a costa del dolor y el sufrimiento de gente como Henderson.

«Es un ejemplo de alguien con visión de futuro», dijo de Smith el presidente en una entrevista concedida a *Bloomberg Businessweek*, y añadió que «disfrutó realmente hablando» con él durante una comida celebrada el 4 de febrero de 2009 en la Casa Blanca.

Desde luego, Smith tiene visión de futuro. Su empresa derrochó dinero con muchos congresistas en 1996 para que votaran a favor de un cambio legislativo introducido *ad hoc* para prohibir que Teamsters Union [Sindicato del Transporte] organizara a los trabajadores de FedEx. Ese soborno político tan evidente lo denunciaron unos pocos senadores inquebrantables, entre ellos Edward Kennedy (en un discurso publicado en el Congressional Record [Diario de Sesiones] el 1 de octubre de 1996) y su entonces colega Paul Simon. FedEx había comprado su exención legislativa. Ayer como hoy, la mayoría de los congresistas se habían convertido en empleados de una empresa.

«Creo que honradamente tenemos que preguntarnos por qué Federal Express está recibiendo un trato preferencial de esta institución», declaró entonces el senador Simon. «Creo que, honradamente, la respuesta es que Federal Express ha sido muy generosa con sus aportaciones a las campañas».

Después de la votación en el Senado, se recogió la siguiente declaración de un portavoz de la empresa: «Hemos sido políticamente implacables y hemos ganado».

¿Qué le ha ocurrido a nuestra memoria histórica? ¿Cómo hemos podido olvidar que los que construyeron nuestra democracia y defendieron los derechos de los trabajadores estadounidenses no fueron hombres como Smith, que utilizan el poder y el dinero para perpetuar los intereses provincianos y egoístas de la elite, sino las legiones de combativos huelguistas de los yacimientos de carbón, las fábricas y las acerías, que nos dieron sindicatos, sueldos dignos y la semana de cuarenta horas? ¿Cómo es posible que se aprobara la Ley Taft-Hartley que, con un diestro movimiento, castró al movimiento sindical? ¿Cómo es posible que siga en vigor? Los trabajadores sindicados, que en ocasiones pagaron con su vida, pusieron coto a la esclavización del país a manos de los ricos y los codiciosos. Pero ahora que los sindicatos están deshechos, grandes empresas rapaces como FedEx y sus aduladores del Congreso y la Casa Blanca están convirtiendo a nuestra clase obrera en una clase servil.

UPS, al contrario que su competidora FedEx, sí permite la sindicación. Es el principal empleador de miembros de Teamsters. Gracias al sindicato, los costes laborales representan casi dos tercios de sus gastos de

explotación. Pero Smith, el de FedEx, solo destina un tercio de sus costes de explotación a sufragar la mano de obra. Algo funciona muy mal en un país que abandona a un trabajador como Henderson en un diminuto piso, con un dolor atroz y luchando contra la depresión, en tanto que se agasaja a su multimillonario exjefe por ser un hombre con visión de futuro y se le invita a comer en la Casa Blanca. Un país que deja de cuidar a los suyos, que pierde la capacidad para la empatía y la compasión, que estruja a los seres humanos y los tira a la papelera cuando no le sirven, engendra oscuros monstruos ideológicos que inevitablemente se alzarán para devorar el cuerpo político.

FedEx ha prodigado 17 millones de dólares en el Congreso —duplicando la cifra que destinó en 2008— con el fin de contrarrestar la iniciativa lanzada por UPS y Teamsters para revocar la prohibición sindical hecha a medida de Smith. Siempre con su «visión de futuro», este tiene previsto seguir dando trabajo a miles de trabajadores a jornada completa, pero considerándolos contratistas autónomos. Si figuran como tales, no tiene que pagarles seguridad social, ni Medicare ni abonar los impuestos que sufragan el seguro de desempleo. Y cuando caigan enfermos, sufran lesiones o envejezcan, podrá echarlos a la calle.

Henderson dice que FedEx trata igual de mal a sus bienes de equipo que a sus empleados. Para las empresas que todo lo consideran una mercancía, no hay diferencia entre los camiones y las personas. Las grandes empresas explotan a los seres humanos y los bienes de equipo, y también los recursos naturales, hasta que se agotan o se caen a pedazos.

«Los camiones son un desastre», decía Henderson. «Son chatarra. Los neumáticos están lisos. Los motores se gripan. Hay muchos problemas mecánicos. Los techos calan, se bambolean de un lado a otro. La calefacción no funciona. Y la empresa presiona igual a sus empleados. La primera Navidad que pasé con ellos, trabajé trece horas seguidas sin descanso y sin comer nada».

---

124 Karl Popper, *The Open Society and Its Enemies*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1971, pp. 34-35 [ed. cast.: *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Paidós, 1994].

125 Edward W. Said, *Representations of the Intellectual: The 1993 Reith Lectures*, Nueva York, Vintage, 1996, pp. 100-101 [ed. cast.: *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Paidós, 1996].

126 Stanley Hoffmann, «An American Social Science: International Relations», *Dædalus*, 106:3, «Discoveries and Interpretations: Studies in Contemporary Scholarship, Vol. I», (verano de 1977), pp. 49-55.

127 Julien Benda, *The Treason of Intellectuals*, New Brunswick, N.J., Transaction Publishers, 2009, pp. 43-45 [ed. cast. del original francés: *La traición de los intelectuales*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008].

128 «Fear and Favor at *The New York Times*», por Pete Hamill, *The Village Voice*, 1 de octubre de 1985.

129 Entrevista a Sydney Schanberg, Nueva York, 18 de enero de 2010.

130 Entrevista a Norman Finkelstein, Nueva York, 14 de marzo de 2010.

131 Brian Knowlton y Michael M. Grynbaum, «Greenspan "Shocked" that Free Markets Are Flawed», *New York Times*, 23 de octubre de 2008.

132 Entrevista a Tom Friedman en *Charlie Rose*, Public Broadcasting System, 30 de mayo de 2003, http:video.google.com/videoplay?docid=3800770925110269 212#.

133 Entrevista a Martha Hennessy, Nueva York, 24 de septiembre de 2008.

134 Dorothy Day, *By Little and By Little: The Selected Writings of Dorothy Day*, Robert Ellsberg (ed.), Nueva York, Alfred A. Knopf, 1983, p. 98.

135 Entrevista al padre Daniel Berrigan, Nueva York, 7 de mayo de 2009.

136 Entrevista al padre Daniel Berrigan, Nueva York, 13 de mayo de 2008.

137 Entrevista a Davidson Loehr, Austin (Texas), 19 de junio de 2010.

138 D.D. Guttenplan, *American Radical: The Life and Times of I. F. Stone*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2009, p. x.

139 *Ibíd*.

140 *Ibíd*., p. 232.

141 *Ibíd*., p. 475.

142 *Ibíd*., p. 473.

143 *Ibíd*., p. 232.

144 *Ibíd*., p. xiii.

145 *Ibíd*., pp. 408-409.

146 *Ibíd*., p. 431.

147 Abe Peck, *Uncovering the Sixties: The Life and Times of the Underground Press*, Nueva York, Citadel Press, 1991, p. 142.

148 Edward Herman y Noam Chomsky, *Manufacturing Consent*, p. 300 [ed. cast.: *Los guardianes de la libertad: propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995].

149 Entrevista a Ralph Nader, Washington, D.C., 30 de marzo de 2010.

150 Entrevista a David Cay Johnston, por teléfono desde Rochester, Nueva York, 7 de marzo de 2010.

151 Lewis F. Powell, «Attack on the American Free Enterprise System», Cámara de Comercio de EE UU, 23 de agosto de 1971, http:www.reclaimdemocracy.org/corporate_acountability/Powell_memo_lewis.html.

152 Ralph Nader, en *An Unreasonable Man*, dirigida por Henriette Mantel y Steve Skrovan, Submarine Entertainment, 2006.

153 Warren P. Strobel, «Dealt a Setback, Bush Now Faces a Difficult Choice», *Philadelphia Inquirer*, 15 de febrero de 2003, p. A01.

154 Entrevista a James Cone, Princeton (Nueva Jersey), 16 de enero de 2010.

155 Malcolm X, iglesia metodista de Corey, Cleveland (Ohio), 3 de abril de 1964.

156 Véase el discurso de King «Algunas cosas que debemos hacer», pronunciado el 5 de diciembre de 1957, durante el segundo aniversario del boicot a los autobuses de Montgomery.

157 Malcolm X, coloquio en el canal WNDT-TV de Nueva York, 1963.

158 Martin Luther King, «Directrices para una iglesia conservadora», sermón pronunciado el 5 de junio de 1966 en la iglesia baptista de Ebenezer, Atlanta (Georgia).

159 Entrevista con Dean Henderson, Fairfax (Virginia), 20 de febrero de 2010.

06

Rebelión

> «Una de las únicas posturas filosóficas coherentes consiste por lo tanto en rebelarse. La rebelión es un enfrentamiento perpetuo del hombre con su propia oscuridad... No es una aspiración, no hay en ella esperanza. Esa rebelión no es sino la certidumbre de un destino abrumador, pero sin la resignación que debería ir con ella.»
>
> Albert Camus
> (*Un razonamiento absurdo*)[160]

Hace un siglo, Aleksandr Herzen, mientras hablaba ante un grupo de anarquistas sobre cómo derrocar al zar, recordó a sus oyentes que su labor no era salvar un sistema agonizante, sino sustituirlo: «Creemos que somos médicos, pero somos la enfermedad». Toda resistencia debe reconocer el carácter absoluto del golpe de Estado empresarial. No debemos malgastar energías en intentar reformar los sistemas de poder o en dialogar con ellos. Esa posición no conlleva el fin de la resistencia, sino la existencia de muy diversas formas de resistencia.

La devastación ecológica no tardará en estar al mismo nivel que la devastación económica ocasionada por el capitalismo global. A la decisión por parte de la clase liberal de secundar la destrucción de la economía global se unión la tácita decisión de secundar también la destrucción, por parte de las grandes empresas, del ecosistema que sustenta la vida humana. Han fracasado los valerosos esfuerzos de unos pocos activistas liberales que, como Bill McKibben, intentaron organizar en todo el mundo manifestaciones que presionaran a los dirigentes industriales y políticos de

los países más contaminantes para tomar medidas expeditivas en la Conferencia de Copenhague de diciembre de 2009 y frenar así el catastrófico desastre medioambiental. Las voces de la gente no calaron. La clase liberal siguió uniéndose a sistemas que, desde un punto de vista teológico, se han convertido en sistemas letales.

Nuestro medio ambiente se está transformando drásticamente, hasta el punto de que a la especie humana no tardará en resultarle difícil sobrevivir. Debemos centrar nuestras energías en el desarrollo de comunidades locales sostenibles que nos permitan sobrellevar la crisis venidera, ya que sin un esfuerzo coordinado no podremos ni sobrevivir ni resistir. La clase liberal, que se aferra a las ideologías en descomposición utilizadas para justificar la globalización y el imperialismo, y que se ha negado a cuestionar la explotación y a vitalizarse en apoyo de los activistas para poner coto a la destrucción del ecosistema, se ha convertido en un apéndice inútil. Movimientos compuestos por activistas y radicales podrían haber luchado contra la reducción drástica de nuestra base industrial, el ascenso del Estado empresarial y la contaminación de nuestro entorno, pero, al quedar esas voces proscritas, las fuerzas autodestructivas del poder empresarial no se toparon con verdaderos obstáculos.

La clase liberal, que buscó el consenso y fue obediente cuando debería haber contraatacado, sigue proclamando a bombo y platillo una fe infantil en el progreso humano. Continúa vendiendo la ingenua idea de que la tecnología y la ciencia nos propulsarán hacia espacios más amplios de prosperidad y que nos salvarán de nosotros mismos. Pero la racionalidad de la Ilustración no domina ni dominará la actividad de nuestra especie. A la raza humana están a punto de recordarle bruscamente la fragilidad de la vida y el peligro de la soberbia. Quienes explotan a los seres humanos y la naturaleza están uncidos a una irracional ansia de poder y de dinero que nos está llevando al suicidio colectivo.

La clase liberal dio por hecho que colaborando con el poder empresarial podría mitigar los peores excesos del capitalismo y la degradación medioambiental. No comprendió, quizá porque los liberales no leen lo suficiente a Marx, el carácter revolucionario y autodestructivo del capitalismo sin trabas. La sociedad estadounidense, aunque sigue describiéndose a sí misma con una iconografía y un lenguaje tradicionales y

sentimentales, en realidad se ha visto tan transformada por la credulidad liberal y la acción desenfrenada de las grandes empresas que ya no se parece en absoluto a su propia imagen. Las fuerzas empresariales, ya sea en Copenhague o en el Congreso de EE UU, hacen caso omiso de las necesidades y deseos de los ciudadanos. Los intereses empresariales se han apropiado de todos los mecanismos de poder, desde el Gobierno a la propaganda de masas. Las elecciones no los derrotarán ni influirán en ellos los movimientos populares. La clase obrera ha desaparecido del mapa, la economía está en ruinas y la expansión imperial se tambalea, al borde del colapso. El ecosistema está sufriendo cambios aterradores nunca vistos en las fuentes históricas de que disponemos, y esa mortífera espiral, que se llevará por delante a grupos enteros de la especie humana, exige retomar una militancia radical que plantee la incómoda pregunta de si ha llegado el momento de vulnerar unas leyes que, de aplicarse, conducirán a nuestra aniquilación.

En la actualidad, el Estado empresarial está tan arrinconado como nosotros. La destrucción de la clase obrera y, cada vez más, de la media, conlleva que las grandes empresas tengan que recurrir a niveles crecientes de corrupción y coacción para continuar aumentando sus beneficios. Así se agrava el sufrimiento humano, que en realidad se considera una fuente de beneficios. Corporaciones como Bechtel están intentando comprar y controlar el abastecimiento de agua potable en el mundo. Para esas empresas, todos los elementos esenciales para la supervivencia son potencialmente rentables. En una época de escasez creciente y colapso medioambiental, la exigencia de expansión capitalista conllevará que soportemos manifestaciones más inclementes del abuso y la represión.

Al silenciar a quienes se aferran a los imperativos morales, la clase liberal se privó a sí misma de la retórica y los medios de análisis con los que podía explicar la destrucción. Los liberales dieron por hecho que se podría convencer a las locomotoras del capitalismo de que ejercieran racionalmente el autocontrol y la beneficencia, una idea que, de haberla planteado alguien en uno de los antiguos y combativos centros de contratación, le habría valido su expulsión entre carcajadas. La clase liberal, seducida por la ridícula máxima de que el mercado puede ser árbitro de todas las actividades políticas y económicas humanas, cedió los derechos de

las clases obrera y media. Cuando ya sabía las consecuencias del cambio climático, la clase liberal permitió que las grandes empresas continuaran envenenando y contaminando el planeta. Colaboró con esas fuerzas empresariales y lo hizo con una clamorosa ingenuidad. Los beneficios que a corto plazo reporta esta colaboración no tardarán en dar lugar a un derrumbe del sistema.

Los auténticos sectores combativos del siglo XX estadounidense, entre ellos los antiguos sindicatos comunistas, entendían, al contrario que la clase liberal, cómo funciona el capitalismo y la maldad humana. Sabían que tenían que desafiar a todos los niveles directivos. Se consideraban seres políticos. Abogaban por una profunda transformación social que incluyera atención sanitaria universal, viviendas subvencionadas, reformas sociales, desindustrialización y fábricas controladas por los trabajadores. Y por eso los destruyeron. Los sustituyó una acomodaticia clase liberal que utilizaba el lenguaje despolitizado del egoísmo estrecho y de las ridículas campañas basadas en la máxima de «Compra productos americanos». Puede que nuestro derrumbe económico y medioambiental no lo hubieran impedido los anarquistas y otros grupos, pero por lo menos alguien se le habría opuesto. La clase liberal ha sido inútil.

El golpe de Estado que hemos sufrido está comenzando a fomentar el malestar y el descontento. Con su mentalidad reformista y colaborativa, la clase liberal carece de capacidad y de imaginación para responder a este descontento. No tiene ideas. En consecuencia, la revuelta, al igual que en otras épocas de bancarrota del liberalismo como la Alemania nazi, la Italia fascista y la Rusia zarista, vendrá de la derecha. Una de las trágicas ironías de la historia es que esa revuelta la financiarán, organizarán y manipularán las mismas fuerzas empresariales que produjeron el derrumbe. Pero la culpa es de la clase liberal. Al no representar nada, los liberales posibilitaron el ascenso de un totalitarismo inverso que quizás pronto se transforme en su versión clásica.

Las comunidades, mientras se fragmentan bajo el peso del caos interno y de los cambios cada vez más drásticos que ocasionan el calentamiento global y la desesperación económica, se enfrentarán a un difícil dilema. Pueden replegarse hacia la pura y simple supervivencia, hacia una especie de tribalismo primitivo, sin vincularse a los círculos concéntricos de las

demás comunidades y del planeta. Ese repliegue hará que quienes en él participen se queden tan moral y espiritualmente arruinados como las fuerzas empresariales que se despliegan ante nosotros. Es urgente que, al igual que los monasterios de la Edad Media, las comunidades cultiven las tradiciones intelectuales y artísticas que posibilitan la existencia de una sociedad civil, del humanismo y del bien común. Será esencial poder acceder a parcelas de terreno agrícola. Al igual que los monjes medievales, tendremos que entender que, por lo menos a corto plazo, no podremos alterar el marco cultural en el que nos desarrollamos, pero que quizá podamos conservar los códigos morales y la cultura para las generaciones posteriores. Como descubrieron aquellos que conservaron su identidad durante la esclavitud o la larga noche del fascismo y el comunismo del siglo XX, la resistencia se limitará a pequeños actos de desafío, con frecuencia imperceptibles. La música, el teatro, las artes plásticas, el periodismo, la literatura, la danza y las humanidades, entre ellas la filosofía y la historia, serán los baluartes que separarán a los que sigan siendo humanos de los que se conviertan en salvajes.

Estamos a punto de entrar en uno de los periodos más sombríos de la historia humana, en el que pronto se apagarán las luces rutilantes de las civilizaciones, y durante décadas, cuando no siglos, caeremos en la barbarie. Las elites, que lograron convencernos de que ya no teníamos capacidad para comprender las verdades reveladas que nos presentaban o para reaccionar ante el caos ocasionado por la catástrofe económica y medioambiental, utilizarán sus recursos para crear pequeñas islas privilegiadas en las que contarán con medidas de seguridad y bienes que se nos negarán a los demás. Mientras la masa de desconcertados y atemorizados seres, que se alimenta de las imágenes proporcionadas por los órganos de propaganda masiva que les permiten vivir en permanente alucinación, viva en este estado de barbarie, puede que se produzcan estallidos periódicos de furia ciega contra la creciente represión estatal, la pobreza generalizada y la escasez de alimentos. Pero esa masa no tendrá ni la capacidad ni la confianza en sí misma para desafiar, ni a pequeña ni a gran escala, las estructuras de control. La fantasía de los generalizados movimientos populares y movimientos de masas que acaban con la hegemonía del Estado empresarial es solo eso: una fantasía.

Los anarquistas radicales suelen comprender la magnitud de la podredumbre que afecta a nuestras instituciones culturales y políticas. Saben que deben cortar los tentáculos del consumismo. Pero también hay muchos que caen en la ingenuidad de creer que eso es algo que se puede combatir mediante la resistencia física y la violencia. Dentro del movimiento anarquista se debate qué niveles de resistencia violenta son aceptables. Por ejemplo, algunos aducen que habría que limitarse a la destrucción de la propiedad. Pero eso es un callejón sin salida. Cuando se comienzan a utilizar explosivos plásticos, siempre muere gente inocente. En cuanto la violencia anarquista empiece a perturbar los mecanismos gubernamentales, la elite del poder utilizará esas acciones, por nimias que sean, como excusa para utilizar una fuerza desproporcionada e inmisericorde contra agitadores reales o sospechosos de serlo, lo que alimentará aún más el miedo y la furia de los desposeídos.

Hay épocas, y puede que este momento de la historia sea uno de ellos, en que los seres humanos se ven obligados a reaccionar violentamente ante la represión. Durante la guerra de Bosnia estuve en Sarajevo. Sabíamos lo que nos harían las fuerzas serbias que cercaban la capital si cruzaban las defensas y la red de trincheras que rodeaba la ciudad sitiada. Teníamos los ejemplos del valle del Drina o la ciudad de Vukovar, donde alrededor de un tercio de los habitantes musulmanes habían sido asesinados, en tanto que a los demás los habían hacinado en campos de refugiados o desplazados. Si uno quería defender a su familia y a su comunidad, la única alternativa era agarrar un arma.

Pero la violencia conlleva sus propios problemas. Los que más pericia demostraron en la defensa de Sarajevo procedían de la clase criminal. Cuando no estaban disparando a los serbios de Bosnia estaban saqueando pisos de los serbios de Sarajevo y con frecuencia ejecutando a sus propietarios, además de aterrorizar a sus propios paisanos musulmanes. Cuando se ingiere el veneno de la violencia, aunque sea por una causa justa, ese veneno corrompe, deforma y pervierte.

La violencia también es una droga. Los más enganchados a ella son los que pueden conseguir armas y los que tienden a utilizar la fuerza. Además, en todos los movimientos armados, incluso en los que pueden considerarse justos, surgen asesinos que los contaminan con el poder embriagador y

seductor que emana de la capacidad de matar y de destruir. Lo he comprobado en muchas guerras. Cuando sigues ese camino, tus monstruos acaban enfrentados a los suyos. Y los sensibles, los humanos, los afables, los que tienden a cultivar y proteger la vida, se ven arrojados a la cuneta, con frecuencia asesinados.

La visión romántica de la guerra y la violencia tiene tanto predicamento entre la izquierda radical como en la cultura establecida. Quienes se resistan por la fuerza no pueden esperar derrotar al Estado empresarial. No mantendrán los valores culturales que deben mantenerse si lo que queremos es un futuro digno de vivirse. Los movimientos de resistencia armada son siempre mutaciones de la violencia que los engendró. No soy tan ingenuo como para pensar que podría haber evitado esos movimientos armados si hubiera sido un campesino sin tierra salvadoreño o guatemalteco, un palestino de Gaza o un musulmán de Sarajevo. Es probable que, amenazado en todos los frentes por la violencia y la destrucción, hubiera agarrado un arma. Pero la respuesta violenta a la represión, independientemente de que alcance o no sus objetivos, resulta contraproducente. Siempre genera el sacrificio brutal de personas inocentes y la destrucción de la cultura y las tradiciones que nos hacen humanos. Hay que evitar la violencia, aunque desde luego no a costa de nuestra propia supervivencia. Las acciones de desobediencia no violenta y el incumplimiento de las leyes para perturbar la arremetida de las grandes empresas contra la vida humana y el ecosistema mantendrán nuestra plenitud. Cuando utilizamos la violencia para combatir la violencia entramos en un vacío moral.

La democracia, un sistema concebido para cuestionar el statu quo, se ha corrompido al servicio del propio statu quo. El lamentable fracaso cosechado por los activistas y la clase liberal en sus presiones a los Estados empresariales e industrializados para que acometieran reformas medioambientales importantes, impidieran el aventurerismo imperial o desarrollaran políticas humanas para abordar los problemas de los pobres del mundo surge de la incapacidad para enfrentarnos a estas nuevas configuraciones del poder.

Hasta cierto punto, nuestra pasividad se debe a la incapacidad para afrontar la desagradable realidad de la extinción, nuestra propia e inevitable mortalidad o la de la especie humana. Afrontar la muerte es

emocionalmente penoso. Preferimos la ilusión. En las guerras que he cubierto, personas muy preparadas y muy inteligentes, ya fuera en los cafés de Sarajevo o posteriormente en Pristina (Kosovo), insistían en que no habría guerra. Al igual que nosotros, no lograban comprender que el paradigma del poder había cambiado inexorablemente y que el de la resistencia también debía transformarse. Ellos tampoco consiguieron prever la muerte de su propia sociedad y el peligro mortal en el que se encontraban, a pesar de que el edificio también se estaba materialmente derrumbando a su alrededor. Es una flaqueza habitual del ser humano que quienes habitan civilizaciones agonizantes sean ajenos al carácter terminal de su situación.

La elección de Obama fue un triunfo más de la ilusión sobre la esencia, una hábil manipulación de la población por parte de la elite del poder empresarial. Confundimos el estilo y la etnia —una técnica publicitaria que Calvin Klein y Benetton fueron los primeros en aplicar— con el progresismo político y el cambio verdadero. Como ocurre con todas las marcas, el objetivo de la marca Obama era conseguir que los pasivos consumidores la confundieran con una experiencia. Y por eso en 2008 Obama fue elegido comercializador del año por la revista *Advertising Age*, imponiéndose a competidores como Apple y Zappos.

Aparte de sus dos años en el Senado, donde su historial en las votaciones evidenciaba una deprimente capitulación ante el poder empresarial, Obama apenas tenía experiencia. Sin embargo, una vez más, las alucinaciones electrónicas que nos asaltan convirtieron a los votantes en seres incapaces de pensar y responder. Lo superficial, lo trivial y lo sensacional enmascaran nuestra profunda desintegración cultural, económica, política y medioambiental, así como las más novedosas maniobras de distracción política avaladas por el Estado empresarial. Seguimos hipnotizados por imágenes centelleantes que confundimos con la realidad.

Según escribe Chris Rojek:

> La cultura de la fama es un éxtasis ficticio, ya que las pasiones que genera se derivan de una autenticidad orquestada, no de formas verdaderas de reconocimiento y pertenencia. El materialismo y la revuelta contra el mismo son las únicas respuestas posibles. Ninguna de ellas es capaz de fraguar las creencias y prácticas unificadoras que,

> al relacionarse con lo sagrado, son esenciales para los credos religiosos. En consecuencia, el culto a la distracción es tanto un medio de ocultar la falta de sentido de la vida moderna como una forma de reforzar el poder del consumismo. La cultura de la fama proporciona imágenes monumentales que hablan de exaltación y de magia. La consecuencia psicológica de esa situación es que se nos conmina a adaptarnos a nuestras circunstancias materiales y olvidarnos de que la vida carece de sentido.[161]

La idea de que podemos conseguir cosas mediante el pensamiento positivo, la visualización, el deseo de esas cosas, el aprovechamiento de nuestra fuerza interior o la conciencia de que somos realmente excepcionales nos la venden todas las manifestaciones culturales, desde Oprah [Winfrey] a la Derecha Cristiana. Es un pensamiento mágico. Siempre podremos ganar más dinero, superar nuevos cupos, consumir más productos y desarrollarnos profesionalmente. Este pensamiento mágico, esta idea de que el progreso humano y personal es en cierto modo inevitable, conduce a la pasividad política. Permite a las sociedades trasladar su lealtad emocional al absurdo, independientemente de que se encarne en el deporte profesional o en la cultura de la fama, y dejar de lado los problemas reales. Agudiza la desesperación. Nos mantiene en un estado de autoengaño colectivo. Cuando caemos en ese tipo de pensamiento mágico, ya no se cuestiona ni el propósito, ni la estructura ni los objetivos del Estado empresarial. Cuestionar, ponerse a criticar al colectivo empresarial, equivale a presentarse como alguien a quien obstaculizar, que es negativo. Y esas ilusiones culturales han pervertido groseramente nuestra forma de vernos a nosotros mismos, a nuestro país y el mundo natural. Este pensamiento mágico, unido a la estrambótica ideología del progreso ilimitado, promete una felicidad imposible, inalcanzable. Ha convertido a países enteros como Estados Unidos en máquinas letales que se autoconsumen.

Podemos manifestarnos en Copenhague. Podemos unirnos a las acciones del Día Internacional de Acción Climática y a sus protestas en todo el mundo. Podemos hacer compost en el patio trasero y tender la ropa. Podemos escribir cartas a los cargos que hemos elegido. Podemos votar a Obama y cantar «Yes We Can», pero a la elite del poder empresarial ya no

le preocupan nuestras aspiraciones. Ya no servirá de nada apelar a sus buenos sentimientos o tratar de influir en los resortes internos del poder.

La podredumbre del imperialismo, siempre incompatible con la democracia, militariza la política interna. Como escribe Sheldon Wolin, esta militarización se conjuga con las fantasías culturales de la veneración al héroe y los cuentos de la destreza individual, la eterna juventud, la belleza mediante la cirugía, la acción medida en nanosegundos y una cultura que, aplastada por los sueños, habla de la expansión incesante del control y la posibilidad, para arrancar de la realidad a grandes sectores de población. Quienes controlan las imágenes nos controlan a nosotros. Y mientras estábamos embelesados contemplando sombras de celuloide en las paredes de la cueva de Platón, esas fuerzas empresariales han logrado desmantelar la Seguridad Social, los sindicatos, la asistencia social, los servicios sanitarios públicos y la vivienda pública; es decir, las instituciones de la socialdemocracia. Y cuando ya hacía mucho que conocíamos las letales consecuencias del calentamiento global, se les ha permitido contaminar el planeta.

Estamos viviendo un momento de cambio de la civilización. La ideología de la globalización, como todas las utopías «inevitables», ha reventado. La elite del poder, perpleja y confusa, se aferra a los sueños utópicos y al lenguaje desfasado de esa ideología para enmascarar el vacío político y económico. Los rescates a gran escala, los paquetes de estímulo, los regalos y préstamos a corto plazo, unidos a las guerras imperiales que ya no podemos permitirnos, nos legarán unos atribulados Estados Unidos, acuciados por un endeudamiento de miles de millones. Cuando China y los países petrolíferos comiencen a desprenderse de nuestra deuda, algo que ocurrirá algún día, los tipos de interés se dispararán. Al final, la Reserva Federal se convertirá en compradora de último recurso. Quizá la Fed haya llegado a emitir dos billones de dólares en los últimos dos años. Sin embargo, si se viera obligada a comprar tanta nueva deuda, debería emitir todavía más billones de dólares. Y ahí será cuando la inflación, y más probablemente la hiperinflación, convierta el dólar en papel mojado. En ese momento, todo el sistema, acosado también por el caos medioambiental, se vendrá abajo.

Nuestra mediocre y desacreditada elite, preocupada por su propia pervivencia, dedica desesperadamente sus energías y nuestros recursos a salvar un sistema insalvable. Cuando se agote el crédito para el ciudadano medio, cuando un paro masivo cree una clase marginal permanente y enrabietada, cuando desaparezcan los productos fabriles baratos que son el opio de nuestra cultura consumista, cuando el agua y el suelo estén tan contaminados o degradados que no puedan mantener bolsas de vida humana, probablemente evolucionemos hacia un sistema muy parecido al totalitarismo clásico, caracterizado por despóticos reinos de taifas. Cuando los mecanismos de control blando, los preferidos por el totalitarismo inverso, resulten inútiles, se utilizarán formas de represión más directas y violentas. Y, al igual que ocurrió en las civilizaciones que se derrumbaron en el pasado, la enorme burocracia que sostenía el imperio dejará de funcionar, en tanto que las comunidades se desgajarán dando paso a enclaves aislados. Los grandes monumentos del capitalismo, como los templos abandonados de Tikal, se alzarán como reliquias abandonadas de una edad perdida.

Durante su breve tiempo de vida en la Tierra, la especie humana ha mostrado una notable capacidad para aniquilarse. El hombre de Cromagnon desplazó al de Neanderthal o acabó con él. Los colonialistas europeos, con ayuda de la viruela y de las armas de fuego, diezmaron a las poblaciones nativas de América. Durante el siglo XX, la guerra industrial moderna se cobró por lo menos cien millones de vidas, en su mayoría de civiles. Y ahora, sin hacer ni decir nada, vemos cómo las grandes empresas y los dirigentes de los países industrializados consiguen que el cambio climático se acelere hasta el punto de que podría suponer el fin de nuestra especie. Como señala el biólogo Tim Flannery en *The Future Eaters: An Ecological History of the Australasian Lands and People* [*Los devoradores del futuro: una historia ecológica de las tierras y pueblos de Australasia*], los *Homo sapiens* son los «devoradores del futuro».

En el pasado, cuando las civilizaciones pasaban a mejor vida por culpa de la codicia, la mala gestión y el agotamiento de los recursos naturales, los seres humanos se trasladaban a otro lugar a iniciar de nuevo el pillaje. Pero en esta ocasión el juego ha terminado. Ya no se puede ir a ninguna parte. Los países industrializados se pasaron el último siglo ocupando la mitad del

planeta y dominando gran parte de la otra mitad. Hemos agotado vertiginosamente los recursos naturales, sobre todo los combustibles fósiles, para entregarnos a una orgía de consumo y despilfarro que ha envenenado la Tierra y degradado el ecosistema del que depende la vida.

En esta ocasión, el derrumbe será global. Nos desintegraremos juntos. Los diez mil años de experimento de vida sedentaria están a punto de detenerse estrepitosamente. Y la humanidad, que pensaba que había obtenido el dominio de la Tierra y de todos los seres vivos, aprenderá una dolorosa lección sobre la necesidad de equilibrio, contención y humildad. Casi no hay ningún monumento humano o ruina urbana que tenga más de cinco mil años. La civilización, según apunta Ronald Wright en *Breve historia del progreso*, «no ocupa más que un 0,2 por ciento de los dos millones y medio de años transcurridos desde que nuestro primer antepasado sacó punta a una piedra».[162]

Nos consideramos animales racionales. Pero ¿acaso es racional esperar como ovejas en el redil a que las empresas petrolíferas y de gas, las carboníferas, las químicas, los fabricantes de plásticos, los de automóviles, los de armamento y los dirigentes del mundo industrializado nos conduzcan, como hicieron en Copenhague, hacia la extinción total? Ya es muy tarde para impedir un profundo cambio climático. Pero ¿por qué permitir a la elite gobernante que, llevada por el ansia de beneficios, acelere la espiral de muerte? ¿Por qué seguir obedeciendo las leyes y mandatos de nuestros verdugos?

Las noticias son deprimentes. La creciente desintegración del hielo del Ártico supone que en la próxima década probablemente desaparezca por completo la masa helada durante el verano. El oscuro mar abierto absorberá más radiación solar que el hielo blanco, que la refleja, lo que incrementará enormemente el ritmo del calentamiento global. El permafrost siberiano desaparecerá, y eso permitirá que el subsuelo emita columnas de gas metano. La capa de hielo de Groenlandia y los glaciares himalayo-tibetanos se derretirán. En diciembre de 2007, el climatólogo de la NASA Jay Zwally declaró: «Se suele considerar que el Ártico, en relación con el cambio climático, es como el canario que se utilizaba en las minas para advertir de la presencia de gases. Ahora ese canario, chivato del calentamiento global, ha muerto. Ya es hora de que comencemos a salir de la mina».[163]

Pero la realidad no suele ser un obstáculo para la insensatez humana. La producción de gases de efecto invernadero ha seguido aumentando en el mundo desde la declaración de Zwally. Desde 2000, las emisiones mundiales de dióxido de carbono (CO2) producidas por la combustión de carburantes fósiles se han incrementado anualmente en un tres por ciento. A ese ritmo, se duplicarán cada veinticinco años. James Hansen, presidente del Instituto Goddard para Estudios Espaciales de la NASA y uno de los principales climatólogos del mundo, ha advertido de que si continuamos calentando el planeta «nos toparemos con un desastre mundial».[164] Según los cálculos de Hansen, los niveles no perjudiciales de CO2 solo son 350 partes por millón (ppm). El nivel actual de CO2 se sitúa en 385 ppm, y está subiendo, lo cual garantiza consecuencias terribles, aun en el caso de que actuáramos de inmediato para reducir esas emisiones.

Durante tres millones de años, el ciclo natural del carbono ha logrado que la atmósfera contuviera menos de 300 ppm de CO2, lo cual ha mantenido la gran variedad de especies del planeta. La idea que ahora postula nuestra elite empresarial, por lo menos quienes conocen la realidad del cambio climático, es que superemos deliberadamente las 350 ppm para después retomar la senda de un clima más seguro reduciendo rápida y drásticamente las emisiones. Evidentemente, esta es una teoría concebida para evitar que la elite no tenga que hacer nada ahora mismo.

En su libro *Requiem for a Species: Why We Resist the Truth About Climate Change* [*Réquiem por una especie: por qué nos resistimos a reconocer la verdad sobre el cambio climático*], Clive Hamilton advierte de que aun en el caso de que «las concentraciones de dióxido de carbono llegaran a 550 ppm, para después caer hasta cero, las temperaturas mundiales continuarían aumentando durante por lo menos otro siglo. Además, una vez que alcancemos el nivel de 550 ppm se habrán superado varios puntos de inflexión, y puede que todos los esfuerzos que a partir de ese momento hagan los seres humanos para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero se vean superados por las fuentes “naturales” de esos mismos gases. En ese caso, en lugar de estabilizarnos en el nivel de 550 ppm, llegará un año en el que este será un nivel superado más, siguiendo una trayectoria que nos llevará a no se sabe dónde, quizá a 1.000 ppm».[165]

Quizá Copenhague fuera la última oportunidad de salvarnos. Barack Obama y los demás dirigentes de los países industrializados metieron la pata. No cabe duda de que habrá un cambio climático radical. Si las emisiones anuales se detuvieran inmediatamente, las anteriores que quedaran en la atmósfera seguirían siendo suficientes para elevar la temperatura durante siglos. Ahora solo nos queda determinar la gravedad del problema. Según han advertido los climatólogos, las causas del cambio climático no tardarán en crear un efecto dominó que podría arrojar a la Tierra a una situación caótica en la que se permanecería miles de años antes de volver a recuperar el equilibrio. «Es discutible que los seres humanos sigan siendo para entonces una fuerza en el planeta o incluso que lleguen a sobrevivir», según escribe Hamilton. «Pero una cosa es segura: habrá muchos menos de nuestra especie».[166]

Hemos sido víctimas de la ilusión de que podemos modificar y controlar nuestro entorno, de que el ingenio humano es garante de la inevitabilidad del progreso y de que la ciencia, nuestro dios profano, nos salvará. La «embriagadora fe en que podemos conquistarlo todo se ha topado con una fuerza aún mayor: la Tierra misma», escribe Hamilton. «La perspectiva de un cambio climático desbocado pone en cuestión nuestra soberbia tecnológica, la fe ilustrada en la razón y todo el proyecto moderno. Puede que la Tierra no tarde en demostrar que, en última instancia, es indomable y que el ansia de imponerse a la naturaleza del ser humano no ha hecho más que despertar a una fiera aletargada».[167]

Estamos ante una terrible realidad política. Quienes ostentan el poder no actuarán con la urgencia necesaria para proteger la vida y el ecosistema humanos. Las decisiones sobre la suerte del planeta y la civilización están en manos de enanos intelectuales como el expresidente de BP Tony Hayward. Lo que motiva a esos señores de la política y la empresa es el pusilánime deseo de acumular riqueza a costa de la vida humana. Así ocurre en el golfo de México y en las fábricas de la provincia meridional china de Guangdong. Ahora son los jefes de esas grandes empresas los que dictan nuestro destino. No están dotados ni de dignidad ni de compasión. Pero son sus grupos de presión los que hacen las leyes. Sus empresas de relaciones públicas conciben la propaganda y las banalidades que bombean sin cesar los sistemas de comunicación de masas, su dinero determina las elecciones

y su codicia convierte a los obreros en siervos de la globalización y nuestro planeta en un baldío.

Al ir avanzando el cambio climático, tendremos que elegir entre obedecer las reglas instauradas por las grandes empresas o rebelarnos. El enemigo está entre quienes matan a trabajar a seres humanos en atestadas fábricas de China y convierten el golfo de México en una zona muerta. Sirven a sistemas letales. Ni se les puede reformar ni confiar en ellos.

La crisis climática es una crisis política. O bien desafiamos a la elite empresarial, lo cual conllevará la desobediencia civil, el rechazo de la política tradicional en pos de un nuevo radicalismo y la sistemática vulneración de las leyes, o nos consumiremos. El tiempo no juega a nuestro favor. Cuanto más esperemos, más segura será nuestra destrucción. Si no hacemos nada, nos arrebatarán el futuro.

Quizá podamos capear el derrumbe erigiendo estructuras pequeñas, autónomas, que dañen lo menos posible el medio ambiente. Es una labor que se logrará mediante la creación de comunidades que, si disponen de una agricultura sostenible, puedan en la medida de lo posible apartarse del consumismo y ser en gran medida autosuficientes. Esas comunidades tendrán que levantar muros contra la propaganda electrónica y el miedo que emitirán sin cesar las ondas. A tal fin, es probable que Canadá sea un lugar más acogedor que Estados Unidos, sobre todo teniendo en cuenta el sustrato violento de nuestro país. Pero, en cualquier lugar, quienes sobrevivan necesitarán zonas de cultivo aisladas, alejadas de las ciudades, en cuyos centros habrá desiertos privados de alimentos y desde donde una violencia salvaje se extenderá por el paisaje urbano, ya que los productos agrícolas y los demás bienes serán prohibitivos y la represión estatal se irá volviendo cada vez más virulenta.

Los actos de resistencia tienen un contenido moral. Se producen porque la gente con conciencia comprende, más que el imperativo práctico de la rebelión, su imperativo moral. Son actos que deben llevarse a cabo no porque sean eficaces, sino porque son correctos. Los primeros en llevarlos a cabo siempre son pocos. Son actos que rechazan quienes, dentro de la clase liberal, esconden su cobardía detrás del cinismo. La resistencia, por marginal que sea, proclama el carácter sagrado de la vida individual en un mundo inundado de muerte. Es el acto de fe supremo, la manifestación más

elevada de la espiritualidad. Quienes en el pasado llevaron a cabo grandes actos de resistencia sacrificaron su seguridad y su comodidad, pasando con frecuencia temporadas en la cárcel, y en algunos casos perdiendo la vida. Comprendieron que vivir, en su sentido más pleno, que existir como seres humanos libres e independientes, aun en medio de las tinieblas de la represión estatal, conlleva desafiar a la injusticia. Cualquier acto de resistencia se justifica por sí solo. No puede medirse en virtud de su eficacia. Y los actos de resistencia que nos mantienen moralmente son los que trastornan a los sistemas de poder, pero sin ir en contra del carácter sagrado de la vida humana, ni siquiera, en última instancia, de la de aquellos que nos esclavizan.

Cuando, en abril de 1945, el pastor luterano disidente Dietrich Bonhoeffer fue conducido al cadalso desde su celda en una cárcel nazi, sus últimas palabras fueron: «Este es el fin; para mí, el comienzo de la vida».[168] Bonhoeffer sabía que gran parte de los ciudadanos alemanes eran cómplices, en virtud de su colaboración o su silencio, en una enorme empresa homicida. Pero, por indefenso que pareciera en ese momento, él proclamó lo que todos debemos proclamar. No evitó la muerte ni, como individuo, sobrevivió. Pero sí comprendió que su resistencia e incluso su muerte eran actos que alimentaban la vida. Proporcionó otro relato, incluso a quienes no se unieron a él. Su rebeldía y su ejecución condenaron a sus verdugos.

Nosotros no asistiremos a cambios estructurales de relevancia, lo cual dificulta la resistencia. La aparta de lo tangible, de lo inmediato y de lo práctico, para situarla en el terreno de lo informe y lo indeterminado. Pero dejar de resistirse equivale a la muerte espiritual e intelectual. Es rendirse a la deshumanizadora ideología del capitalismo totalitario. Los actos de resistencia mantienen viva otra forma de ser. Conservan nuestra integridad y permiten que otros, a los que quizá nunca conozcamos, puedan levantarse y agarrar el testigo que les transmitimos. Ningún acto de resistencia es inútil, ya sea negarse a pagar impuestos, luchar por la tasa Tobin, trabajar para cambiar el paradigma económico neoliberal, revocar los estatutos de una empresa, celebrar votaciones globales a través de Internet o utilizar Twitter para catalizar una reacción de repulsa en cadena contra el orden neoliberal. Debemos resistir y confiar en que la resistencia merece la pena.

Nuestras comunidades nos mantendrán, emocional y materialmente. Serán la clave de una vida de rebelión.

Quienes resisten, quienes continúan ejerciendo la autonomía moral, engrosarán la clase marginada. Los vestigios de las instituciones liberales tradicionales, entre ellas los medios de comunicación, los sindicatos, la Iglesia, las universidades, las artes y los partidos políticos, se fusionarán con los instrumentos de la opresión empresarial. Mientras sigan cooperando con la elite del poder, las instituciones liberales continuarán ofreciendo a unos pocos colaboracionistas puestos cómodos y privilegiados. Pero a quienes pretendan ser artistas, periodistas, profesores universitarios, organizadores obreros, políticos disidentes o sacerdotes les resultará cada vez más difícil sobrevivir sin seguro sanitario ni ingresos garantizados. No podrán enviar a sus hijos a universidades de elite. Sufrirán ejecuciones hipotecarias. Se les negará el acceso a las tarjetas de crédito. Sus salarios, si es que los tienen, serán míseros. Ya no podrán pertenecer a la clase liberal.

La muerte de la clase liberal ha ido acompañada de una transformación de la cultura, que ha dejado de basarse en la letra impresa para ampararse en la imagen. La desaparición de los periódicos, junto con la del sector editorial, unida a la degradación de nuestro sistema educativo, salvo para las elites, ha creado una cultura en la que los hechos constatables, arraigados en la complejidad y la disciplina de la letra impresa, ya no son la base ni del discurso público ni de la memoria colectiva. Ese entorno ha sido sustituido por la blogosfera, el universo de las redes sociales y la televisión por cable. La cultura de la letra impresa, en la que los hechos y las afirmaciones podían rastrearse y distinguirse, ha cedido el paso a una cultura de relatos emotivos, en la que los hechos y las opiniones son intercambiables. Es este un declive y una degradación que han incapacitado la cultura basada en la realidad, en la que los hechos constituían la base de la opinión y el debate, y han dado paso a otra en la que los hechos, las opiniones, las mentiras y la fantasía son intercambiables. Esta transformación ha privado a muchos ciudadanos de las herramientas intelectuales precisas para ejercer el pensamiento crítico y el diálogo cívico; es decir, del discurso que crea ciudadanos informados. Privadas de contexto, las imágenes y las palabras desafían las complejas estructuras de la letra impresa.

Como señaló el crítico cultural Neil Postman: «La lengua solo tiene sentido cuando se presenta como una sucesión de propuestas. El significado se distorsiona cuando una palabra o una frase queda, como se suele decir, fuera de contexto; cuando al lector o al oyente se le priva de lo que se dice antes y después». Las imágenes, a pesar de su apariencia de realidad, la distorsionan. La imagen desmiembra la realidad. «Recrea el mundo en función de una serie de acontecimientos peculiares. Y será difícil comunicarse con quienes, dentro de una cultura, se alimenten de grandes dosis de imágenes y palabras de elevada carga emocional, sacadas de contexto».[169] La realidad, una vez desconectada de la letra impresa, se sitúa fuera de contexto. Esto hará que los disidentes hablen una lengua con frecuencia ininteligible para el conjunto de la sociedad.

Una población embelesada con esos fragmentos, imágenes y espectáculos; una población incapaz de encontrar palabras para expresar lo que le está ocurriendo se ve apartada del discurso racional. Expresa la realidad mediante el uso de datos escogidos y aislados, medias verdades o mentiras carentes de sentido. La ilusión se torna realidad. Productos emanados de la cultura de la letra impresa como periódicos, libros o piezas de teatro clásico —todos ellos arraigados en la complejidad de lo impreso— intentan presentar, examinar y explicar la realidad en su condición de algo íntimamente relacionado con el pasado. Esos productos basados en la letra impresa dan por hecho que no podemos comprender el presente sin entender el pasado. De otra forma hablan las imágenes y los datos que se utilizan para alimentar el frenesí de parloteo y melodrama. Este lenguaje visual engendra confusión. Ofrece un inagotable torbellino de emociones y tópicos, fomentando la amnesia histórica. Como la cultura ha pasado de la letra impresa a la imagen, los antiguos productos arraigados en la letra se han convertido en algo tan críptico e ininteligible como los jeroglíficos. Solo podrán resistirse a esta situación quienes se parapeten frente a las nuevas formas de comunicación y se mantengan unidos a la complejidad de la letra impresa. Pero eso también conllevará que los rebeldes se tornen extranjeros en su propia tierra.

Como Matthew Hindman ilustra en su libro *The Myth of Digital Democracy* [*El mito de la democracia digital*], Internet, que para muchos es una nueva panacea, está acelerando esta decadencia cultural. El tráfico en la

Red lo dominan unos pocos portales empresariales —Yahoo, Bing y Google —, que agrupan y reproducen las fuentes periodísticas y los trabajos de creación. El objetivo, por supuesto, es obtener beneficios. La web disemina con eficacia contenidos, pero no protege los derechos de autor. Y esto significa la ruina económica para periodistas, académicos, músicos y artistas. El trabajo de creación lo proporcionan gratuitamente proveedores de Internet que lo utilizan como cebo para ofrecer publicidad empresarial. Y los creadores poco o nada reciben.

Las grandes cosas que prometía Internet, como suscitar el diálogo, derribar las barreras culturales, fomentar la democracia y desatar la innovación y la creatividad, son un sueño utópico más. Internet solo está acelerando nuestra división en clanes antagónicos, y constituye un entorno en el que nos vemos arrastrados a grupos tribales virtuales que repiten los mismos lemas y odian a los mismos enemigos. La web, al igual que los canales informativos por cable, conforma multitudes anónimas que dan rienda suelta a un odio, una intolerancia y un fanatismo colectivos. Esas zonas degradadas virtuales no aspiran ni a la comunicación ni al diálogo. Hablan la nueva lengua del absurdo. No enriquecen nuestra cultura. Crean una mentalidad gregaria en la que quien manifiesta empatía hacia alguien considerado «enemigo», ya sea de derechas o de izquierdas, es denunciado por sus compañeros de viaje, que lo consideran impuro. Y la clase liberal está ahora tan corrompida por la web como la derecha. El racismo antimusulmán es tan perverso como el antisemitismo, pero a ver quién se atreve a expresar esa verdad pura y simple en un portal de Internet propalestino o proisraelí. Esas verdades que constatan la complejidad del ser humano son las que en su día la clase liberal pretendía proteger. Los científicos sociales tienen un nombre para este repliegue hacia guetos ideológicamente puros e intolerantes: ciberbalcanización.

Hablé con Jaron Lanier, padre tecnológico de la realidad virtual, que nos previene contra este nuevo y aterrador colectivismo en *Contra el rebaño digital: un manifiesto*. Lanier apunta que las costumbres fomentadas por Internet han modificado aún más la forma de relacionarse con los demás. Escribe que la filosofía que subyace detrás de términos y expresiones artísticas como Web 2.0, cultura abierta, *software* libre y larga estela es la que ha terminado por posibilitar este nuevo colectivismo. Entre las

tecnologías que aceleran el pensamiento y las emociones de masas menciona Wikipedia, que deliberadamente erradica las voces individuales y Google Wave, que permite a los usuarios corregir lo que otros han dicho en una conversación y también observarlos mientras participan en ellas. Así van desapareciendo, ante la imagen, la privacidad, la honradez y la introspección.

En Internet, al igual que en el conjunto de la sociedad, el valor y el peso de los gustos y la información los determina la multitud, de acuerdo con lo que Lanier denomina «mentalidad de colmena». El grado de difusión de los contenidos en la red dicta lo que se lanza a nuestras pantallas y a la conciencia nacional, ya sea música, libros, periodismo, anuncios, fragmentos de programas de televisión y películas o insubstanciales vídeos de YouTube. Según Lanier, uno de los principales errores que él y otros de los primeros informáticos cometieron al desarrollar Internet fue permitir que no se pagara a los autores de las obras que muestra la red. Dice que esa decisión ha hecho que a los creadores de obras intelectuales o artísticas les cueste más ganarse la vida o ver reconocido su trabajo. Ha favorecido la derrota aplastante de la cultura frente a la expresión individual.

Por cada pista de música que se compra en Internet, veinte se descargan ilegalmente. La situación es parecida en el cine o la fotografía. Es fácil acceder a versiones pirateadas de películas recién estrenadas y también a los libros que la semana pasada el *New York Times* consideraba los más vendidos. Los periodistas, en su día capaces de vender artículos a publicaciones extranjeras, ahora asisten a la reproducción instantánea de su trabajo por el mundo sin esperanza alguna de cobrar por ello. Estamos matando de hambre a nuestros críticos y artistas profesionales y entregando la cultura y el arte a aficionados que trabajan a tiempo parcial. Y con los creadores y los periodistas desaparecen también los editores y productores que destilan y centran la expresión creadora y periodística. Solo perdurarán las manifestaciones periodísticas y artísticas que atraigan publicidad. La expresión cultural y artística será sustituida por el entretenimiento chabacano, banal y con frecuencia estúpido que produce muchos de los éxitos de YouTube o que atrae anuncios creados por departamentos de relaciones públicas. Y ningún caso se hará a las obras que no consigan patrocinio empresarial o que no atraigan fondos publicitarios.

En tanto que el desprecio por los derechos de propiedad intelectual priva a los creadores de capacidad para ganarse la vida con su trabajo, agregadores como Google ganan dinero reuniendo y distribuyendo contenidos para atraer a anunciantes. Como señala Lanier, en Internet el trabajo original está casi siempre recortado o mutilado: se «copia, se tritura, se anonimiza, se analiza y, dentro de un marco publicitario, se convierte en el cemento que sustenta una fortaleza ajena». Lanier nos advierte de que, si no se pone fin a esta tendencia, acabará creando una «fórmula que, a la larga, privará a nuestro país de medios para ganarse la vida». Internet ha dado comienzo al ataque definitivo y quizá más mortífero contra las artes y el cuestionamiento intelectual.

«De repente se ha perdido de vista el hecho de que la gente necesita que remuneren su trabajo», me dijo Mark Kurlansky, autor de *El bacalao: biografía del pez que cambió el mundo*; *Sal: historia de la única piedra comestible*, y *1968: el año que conmocionó al mundo*:

> Estaba en Boston firmando ejemplares de mi libro *The Food of a Younger Land* [*La comida de una tierra más joven*], basada en textos sobre alimentación de la WPA. Le dije al público que en él estaba la mejor parte de mi trabajo, que había desechado la mitad. Después vino a hablar conmigo un joven que me preguntó: «¿Por qué no cuelga en Internet lo que desechó?». Yo me quedé pensando: «Hay un par de problemas evidentes, ¿por qué no los ve?». En primer lugar, si he desechado esa parte es porque no pensaba que fuera buena. Y, en segundo lugar, siendo un poco brusco, ¿qué saco yo de eso? El público piensa que todo es cuestión de dinero. No es casual que ya solo sea económicamente rentable imprimir periodismo financiero. Estamos en un mundo que venera el dinero. Si pagas, tienes contenidos.

Lanier advierte de que el colectivismo digital está destruyendo los menguantes vestigios de verdadero periodismo, de creatividad y de motivación, que precisan tiempo, inversión e introspección. Los únicos ingresos que les quedan a los creadores proceden de la autopromoción y del montaje de la fama. Sin embargo, como señala Lanier, esta situación convierte toda la cultura en un tipo de publicidad. Fomenta una ética social en la que se valoran más la capacidad para manipular a la multitud y el arte

de la seducción que la verdad, la belleza o el intelecto. Para no desaparecer de la conciencia pública y ganar dinero, los escritores, los músicos, los artistas, los periodistas y los cineastas deben transformarse en famosos.

«Financiar una civilización mediante la publicidad es como intentar alimentarse con un tubo que conecte el ano con la boca», señala Lanier:

> El cuerpo comienza a consumirse. Es lo que nos está pasando en la red. Mientras las actividades humanas se van agrupando cada vez más [a causa de los agregadores de internet], la gente se agolpa en torno a los últimos oasis de ingresos. Puede que los músicos de hoy en día todavía consigan cobrar por hacer música, por ejemplo, para videojuegos, porque esos juegos siguen reproduciéndose en consolas cerradas que aún no se han colectivizado.[170]

Lanier no se opone a Internet, sino al rumbo que ha tomado. Teme que, si entramos económicamente en barrena, Internet, al igual que otros innovadores medios de comunicación de masas como la televisión, se utilice para acentuar el enfrentamiento social.

«El escenario que veo es el de unos Estados Unidos en decadencia económica, una situación en la que parecemos decididos a entrar, ya que somos incapaces de hacer ajustes, y también veo a muchas personas infelices», declaraba Lanier:

> Esa gente predomina en las zonas rurales y los estados republicanos, los antiguos estados esclavistas. Y todos están bien conectados y cada vez más furiosos. ¿Qué pasa exactamente? ¿Comienzan a reunirse ante las clínicas que practican abortos? Es probable. ¿Comienzan a reunirse ante los parlamentos y a ocuparlos? No lo sé, quizá sí. No debería decirlo. Es casi una maldición imaginarse algo así. Pero cualquier persona inteligente puede ver el escenario que a mí me da miedo ver. Es muy posible que aquí ocurran cosas muy desagradables.

Los utópicos promotores de Internet insisten en que la «mentalidad de colmena», el enorme colectivo virtual, nos lanzará hacia un mundo totalmente renovado. Lanier rechaza, por fantasiosas, esas visiones, que permiten que mucha gente bienintencionada se vea seducida por una pesadilla en expansión.

«Existe el fenómeno de la masa, pero no la colmena», explicaba Lanier:

> Solo tenemos el fenómeno de la masa, que suele ser peligroso. Para un verdadero creyente, algo que desde luego yo no soy, la colmena es como el bebé que aparece al final de *2001: Una odisea del espacio*. Es una supercriatura que supera a la humanidad. Para mí, es una interpretación errónea del viejo fenómeno de masas, pero con un toque digital. Presenta los mismos peligros. Como se ha visto a lo largo de la historia, una multitud puede convertirse con suma facilidad en una turba despreciable.

«Hay cosas que la masa puede hacer, como contar los caramelos que hay en un bote o medir a ojo el peso de un buey», decía Lanier:

> Reconozco que así puede ser. Pero lo que yo defiendo es que otra cosa es diferenciar cuándo la gente puede pensar con eficacia dentro de una multitud y cuándo no puede. Al leer *Cien mejor que uno: la sabiduría de la multitud o por qué la mayoría siempre es más inteligente que la minoría*, de [James] Surowiecki, te das cuenta de que él y también otros teóricos dicen que, para que una multitud sea sabia, la clave está en reducir el flujo de comunicación entre sus integrantes, de manera que no se influyan unos a otros y sean verdaderamente independientes y ocupen puntos de muestra separados. Esto plantea una interesante paradoja. Para los entusiastas de la masa virtual, el punto de partida es que la conexión es buena y que todo el mundo debe estar conectado. Pero cuando hablan de lo que hace inteligente a una multitud, lo que dicen es que sus miembros no tienen que comunicarse entre sí, que deben estar aislados. Aquí hay una contradicción. Lo que da sensatez a una multitud es el tipo de pregunta que le planteas. Si a un grupo de personas informadas le pides que elija un único valor numérico como el peso de un buey y todas ellas tienen razones para contar con una teoría que no sea del todo absurda, se centrarán en la respuesta y se podrá obtener algo útil. Este fenómeno es el que cuenta al fijar precios en el capitalismo. Así es como pueden funcionar los mercados. Pero, si a la gente le pides que cree algo, que haga algo constructivo o sintético, o que participe en un razonamiento complejo, no lo conseguirá. Lo que obtendrás serán necedades o un promedio. Uno de los peligros de la multitud es la violencia, y en ese momento es cuando se convierte en turba. La otra es la necedad o la banalidad que

> surge cuando algo carece de coherencia porque demasiada gente ha metido mano en ello.

Según Lanier, nosotros los seres humanos, al igual que muchas otras especies, disponemos de un interruptor cognitivo que nos permite ser individuos o integrarnos en una turba. Cuando entramos en los confines de lo que Lanier denomina clan, aunque este sea virtual, caemos en nuestros más bajos instintos. La tecnología evoluciona, pero la naturaleza humana es constante. El siglo XX fue el más sangriento de la historia porque los seres humanos conjugaron las herramientas recién creadas de gestión burocrática estatal, propaganda masiva y asesinato industrial con siniestros impulsos que han existido desde los albores de nuestra especie. «Te vuelves hipersensible a la jerarquía y a la percepción de la posición social», señalaba Lanier aludiendo a esos clanes virtuales.

> En el propio grupo casi siempre existe alguien al que se considera fracasado y también un enemigo externo. Hay un enemigo inferior y otro lejano. Ahí surgen dos tipos de personas sin derechos. Aparece la obligación constante de defender la propia posición, que siempre está amenazada. Acceder a uno de esos círculos cuesta tiempo. En Internet veo muchas tendencias que lo demuestran. Se observa una secuencia reconocible, ya se trate de pianos, caniches o de la yihad: se ve a gente constituyendo esos clanes. Es jugar con fuego. En la historia de la humanidad hay multitud de ejemplos de maldad ajenos a ese efecto, como el de Jack el destripador, que actuaba solo. Pero en la historia, la mayoría de los casos de comportamiento realmente terrible comporta el recurso a esta dinámica clánica. Ninguna persona es realmente inmune a ella. Los *geeks* no lo son más que los alemanes, los rusos, los japoneses o los mongoles. Forma parte de nuestra naturaleza. Se puede despertar sin que haya liderazgo, estructura o política. Simplemente ocurre. Forma parte de nosotros. En nuestro interior llevamos un interruptor que se puede activar en cualquier momento. Y hay quien puede aprender a manipular los interruptores de los demás.

«Se para la máquina», un relato publicado por E.M. Forster en 1909, describe un mundo futuro en el que la gente está hipnotizada por la realidad

virtual. En la distopía de Forster, los seres humanos viven en habitaciones aisladas y subterráneas, que son como colmenas en las que contemplan absortos mensajes instantáneos y *cinematofotos*, máquinas que proyectan imágenes. Esas masas subterráneas se aíslan del mundo exterior y están absorbidas por un extraña seudorrealidad compuesta por voces, sonidos, imágenes evanescentes y sensaciones abstractas que se producen al apretar unos pocos botones. Al mundo de la Máquina, que ha sustituido el mundo real por una realidad virtual, se accede a través de una voz omnisciente e impersonal.[171]

Tal como entendió Forster, desde el motor de combustión hasta los ordenadores y la robótica, hemos sido seducidos y después esclavizados por la tecnología. Los explotadores siempre secuestran el ingenio humano. Utilizan las tecnologías más novedosas para mantenernos en la pobreza, en la confusión sobre nuestra identidad y pasivos. Internet, concebido por estrategas de la defensa para comunicarse después de un ataque nuclear, se ha convertido en el último instrumento de control tecnológico. La tecnología es moralmente neutral. Sirve a los intereses de quienes la controlan. Y quienes ahora la controlan están destruyendo el periodismo, la cultura y el arte, mientras amontonan a la población en clanes que fomentan el aislamiento, el autoengaño, la intolerancia y el odio.

«Cuando las culturas digitales estaban en sus inicios, era habitual plantear que estábamos entrando en un periodo de calma transitorio, previo a una explosión creadora, o que ya estábamos en el ojo del huracán», escribe Lanier en su libro. «Pero no estábamos atravesando un periodo de calma transitorio. Más bien habíamos entrado en una persistente somnolencia y ahora creo que solo escaparemos de ella cuando acabemos con la colmena».

Los medios de comunicación, las artes, la academia y los movimientos políticos y sociales deben convertirse en canales de indignación moral y de pasión sin aditivos. Debemos desafiar a los sistemas e incluso a las leyes que permiten que las grandes empresas estrangulen nuestra cultura y el medio natural. Sin embargo, al mismo tiempo, todos los que utilicen un tono moral más ligado a los hechos que a las ilusiones se convertirán en bichos raros. Será difícil tener conciencia en una época nihilista. El periodismo llegará a un público minúsculo, del mismo modo que las obras

de Aristófanes o de Racine solo atraen a pequeñas audiencias en teatros recónditos. El arte y el periodismo buscarán mecenas acaudalados que irán y vendrán según los dictados de sus fortunas y caprichos, pero sin llegar al conjunto de la sociedad, anegada en un diluvio de ilusiones y espectáculos. Cuando una cultura ya no valora ni la verdad ni la belleza, condena a sus miembros más innovadores y morales a la pobreza y al ostracismo. Y ese es nuestro destino.

El existencialista francés Albert Camus decía que nuestra vida carece de sentido. No podemos influir en el destino. Todos vamos a morir y nuestra individualidad desaparecerá. Pero sí podemos elegir cómo vivir.

«Es posible someter a un hombre vivo y reducirlo al estado histórico de cosa», escribió Camus. «Pero, si muere negándose, reafirma una forma de ser humana que rechaza el orden de las cosas».[172]

Para Camus, el rebelde se pone de parte de los oprimidos: de los trabajadores en paro arrojados a la pobreza y al sufrimiento por el Estado empresarial, de los palestinos de Gaza, de los civiles de Irak y Afganistán, de los desaparecidos que se hallan presos en los agujeros negros del mundo, de los pobres de nuestras ciudades y comunidades rurales deprimidas, de los inmigrantes y de los encerrados en nuestra red carcelaria.

Las elites y sus cortesanos de la clase liberal siempre rechazan, por poco práctico, al rebelde. Desechan su postura tachándola de contraproducente. Lo reprueban por estar furioso. Las elites y sus defensores abogan por la calma, la razón y la paciencia. Utilizan el lenguaje hipócrita de la cesión, la generosidad y la comprensión para justificar que aceptemos los sistemas de poder y colaboremos con ellos. Sin embargo, el rebelde se debe a un compromiso moral que imposibilita la cesión. Se niega a que le compren con ayudas de fundaciones, invitaciones a la Casa Blanca, apariciones en televisión, contratos editoriales, puestos académicos o retóricas vacías. Al rebelde no le interesa ni la autopromoción ni la opinión pública. Sabe que, como escribió san Agustín, la esperanza tiene dos hermosas hijas, que son la furia y el valor: furia ante cómo son las cosas y valor para cambiarlas. El rebelde sabe que no se recompensa la virtud. El acto de rebelión se justifica por sí solo.

«Un hombre no se hace "disidente" porque un día decide emprender esta extravagante carrera», declaró Václav Havel cuando se enfrentaba al

régimen comunista de Checoslovaquia:

> sino porque su responsabilidad interior, combinada con todo el complejo de circunstancias externas, acaba por encadenarlo a esa posición: se le echa fuera de las estructuras existentes y se le pone en confrontación con ellas. Al comienzo no era ni más ni menos que la intención de hacer bien su trabajo y al final está la marca del enemigo [...].
>
> El disidente no actúa en absoluto en el ámbito del auténtico poder. No busca el poder. No aspira a tener cargos y tampoco recibe votos. No pretende engatusar al público. No ofrece ni promete nada. Si acaso, lo único que puede ofrecer es su propio pellejo, y solo porque no tiene otro medio de proclamar la verdad que defiende. Sus acciones se limitan a expresar su dignidad como ciudadano, aunque le cueste caro.[173]

La elite empresarial no aduce que el sistema actual sea justo ni bueno, porque no puede, aunque sí ha convencido a la mayoría de los ciudadanos de que no hay alternativa. Pero no somos esclavos. Podemos decidir y negarnos a ser víctimas o verdugos. Tenemos la capacidad moral de decir no, de negarnos a cooperar. Cualquier boicot o manifestación, cualquier ocupación o sentada, cualquier huelga, cualquier acto de obstrucción o sabotaje, cualquier negativa a pagar impuestos, cualquier ayuno, movimiento popular y acto de desobediencia civil prende en el alma del rebelde y pone de relieve lo muerta que está la mano de la autoridad.

«Está la hermosura y están los humillados», escribió Camus. «Por muy difícil que sea la empresa, querría no serles nunca infiel ni a aquella ni a estos».[174]

«Llega un momento en que el funcionamiento de la máquina se convierte en algo tan odioso que te pone realmente enfermo y ya no puedes participar en él; ni siquiera de forma pasiva, y tienes que atravesar el cuerpo en el engranaje y bajo las ruedas, en las palancas, en todo el aparato, para que se detenga», dijo Mario Savio en 1964 durante el Movimiento por la Libertad de Expresión de Berkeley. «Y a la gente que la maneja, a sus propietarios, tienes que indicarles que, si no eres libre, la máquina no podrá funcionar en absoluto».[175]

La capacidad de negarse a cooperar nos ofrece la única senda hacia la libertad personal y hacia una vida con sentido. Camus acierta al apuntar el absurdo de la existencia. También al ver en los actos de rebelión un sentido y una capacidad de darnos autoestima basada en la opción por lo moral más que por lo práctico.

«¡Alma mía», escribió en la antigüedad el poeta griego Píndaro, «no aspires a la vida inmortal, pero agota el campo de lo posible!».

Los actos de rebelión nos permiten ser personas libres e independientes. Aunque sea de forma imperceptible, la rebelión va desconchando el entramado del opresor y mantiene la capacidad de mostrar solidaridad. En momentos de profunda desesperación y sufrimiento, la rebelión mantiene viva la capacidad de ser humano. Rebelión no es lo mismo que revolución. Esta pretende el establecimiento de una nueva estructura de poder, en tanto que aquella busca una revuelta perpetua y un alejamiento permanente respecto al poder. Y solo en un estado de rebelión podremos mantenernos fieles a los imperativos morales que impiden la caída en la tiranía. La empatía debe ser nuestro atributo primordial. Quienes, como el hombre del subsuelo de Dostoievski, caen en el cinismo y la desesperación, mueren espiritual y moralmente. Si hemos de extinguirnos, que sea a nuestra manera.

Para el rebelde, el credo desapasionado y objetivo de la clase liberal, que la convirtió en pura y simple fotógrafa de la realidad humana, es inútil. Es una ideología que sirve a quienes debemos desafiar. El grito ardiente de la razón, la lógica y la verdad, que aboga por una sociedad basada en la realidad, en estructuras políticas y sociales concebidas para proteger el bien común, será la bandera que alcen los abandonados y combativos vestigios de nuestra agónica civilización. Así lo hizo Cicerón en la antigua Roma. Pero se topó con el desprecio de la multitud y también de la elite del poder. Cuando su cabeza y sus manos cortadas se llevaron al podio del Coliseo y su ejecutor Marco Antonio anunció que Cicerón ya no volvería a hablar ni a escribir, las decenas de miles de espectadores rugieron de aprobación. En una época de caos, la tiranía se suele acoger con un palpable alivio. Es frecuente que no suscite protestas públicas. Esta es la razón por la que el rebelde debe también contar con convertirse en enemigo, incluso de aquellos a quienes intenta proteger.

La indiferencia hacia el sufrimiento ajeno y el culto al yo son lo que el Estado empresarial pretende insuflarnos. Ese Estado pide que el placer y también el miedo aplasten la compasión. Tendremos que continuar luchando contra los mecanismos de esa cultura dominante, aunque solo sea para conservar, mediante actos pequeños, incluso nimios, la humanidad que compartimos. Tendremos que resistirnos a la tentación de replegarnos sobre nosotros mismos y de hacer caso omiso de la injusticia que aflige a los demás, sobre todo de aquellos a quienes no conocemos. En nuestra condición de seres singulares y morales, solo perduraremos gracias a esos pequeños, a veces imperceptibles actos de desafío. Este desafío, esta capacidad para decir no, es lo que la cultura y la propaganda de masas pretenden erradicar. Mientras estemos dispuestos a desafiar a esas fuerzas, tendremos una oportunidad, si no para nosotros mismos, al menos para los que vengan detrás. Mientras desafiemos a esas fuerzas seguiremos vivos. Y, por ahora, esa es la única victoria posible.

---

160 Albert Camus, «The Myth of Sisyphus», en *The Plague, The Fall, Exile and the Kingdom, and Selected Essays*, Nueva York, Everyman, 2004, p. 536. [*N. del T.:* las tres citas de Camus que hay en este capítulo han sido traducidas directamente del francés por María Teresa Gallego Urrutia].

161Chris Rojek, *Celebrity*, Londres, Reaktion Books, 2001, pp. 90-91.

162 Ronald Wright, *A Short History of Progress*, Nueva York, Carroll & Graf, 2005, p. 55 [ed. cast.: *Breve historia del progreso: ¿hemos aprendido por fin las lecciones del pasado?*, Barcelona, Tendencias, 2006].

163 Seth Borenstein, Associated Press, «Data Show "Arctic Is Screaming", Scientists Say», *New York Sun*, 12 de diciembre de 2007, http://www.nysun.com/foreign/data-show-arctic-is-screaming-scientists-say/67928.

164 James Hansen, «Global Warming Twenty Years Later: Tipping Points Near», discurso pronunciado ante el Club Nacional de Prensa, Washington, 23 de junio de 2008, www.columbia.edu/~jeh1/2008/TwentyYearsLater_20080623.pdf.

165 Clive Hamilton, *Requiem for a Species: Why We Resist the Truth About Climate Change*, Washington, D.C., Earthscan, 2010, pp. 27-28.

166 *Ibíd.*, p. 22.

167 Clive Hamilton, «Is It Too Late to Prevent Catastrophic Climate Change?», conferencia pronunciada en la Royal Society of the Arts, Sydney, Australia, 21 de octubre de 2009, http://www.clivehamilton.net.au/cms/index.php?page=articles.

168 Carta del 13 de octubre de 1953, de Payne Best a George Bell, en *Dietrich Bonhoeffer Works*, vol. 16, *Conspiracy and Imprisonment*, 1940-1945, trad. al inglés de Lisa E. Dahill, Mineápolis, NM, Fortress Press, 2006, p. 468.

169 Neil Postman, *Amusing Ourselves to Death: Public Discourse in the Age of Show Business*, Nueva York, Penguin, 1985, p. 73 [ed. cast.: *Divertirse hasta morir: el discurso público en la era del «show business»*, Barcelona, La Tempestad, 2012].

170 Entrevista con Jaron Lanier, San Francisco, 12 de febrero de 2010.

171 E.M. Forster, «The Machine Stops», en *Selected Stories*, Nueva York, Penguin, 2001, pp. 91-123.

172 Albert Camus, *The Rebel: An Essay on Man in Revolt*, trad. Anthony Bower, Nueva York, Vintage, 1956, p. 238 [ed. cast.: *El hombre rebelde*, Madrid, Alianza, 2013], [para la traducción castellana aquí citada, véase nota 1].

173 Václav Havel, *The Power of the Powerless: Citizens Against State in Central Europe*, John Keane (ed.), Armonk, NY, M. E. Sharpe, 1990, p. 63 [ed. cast. del primer párrafo de la cita: *El poder de los sin poder*, Barcelona, Encuentro, 1990, pp. 79-80, trad. de Vicente Martín Pindado y Beatriz Gómez].

174 Albert Camus, «Return to Tipasa», en *Lyrical and Critical Essays*, Philip Thody (ed.), trad. de Ellen Conroy Kenny, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1968), pp. 169-170 [para la traducción castellana aquí citada, véase nota 1].

175 Mario Savio, discurso pronunciado en la escalinata de Sproul Hall de la Universidad de California, en Berkeley (California), durante la sentada del Movimiento por la Libertad de Expresión, 2 de diciembre de 1964.

http://www.americanrhetoric.com/speeches/mariosaviosproulhallsitin.htm.

Agradecimientos

Eunice Wong es mi crítico más incisivo, mi editora principal y la más fiable, y su talento como escritora iguala al que tiene como actriz. Todas las ideas y temas tratados en este libro se discutieron, diseccionaron y debatieron con ella. Todo lo que escribo pasa por sus manos, generalmente varias veces. Nuestro matrimonio es una infrecuente combinación de elementos intelectuales, emotivos, físicos y espirituales. Quisiera que el tiempo pesara más, como si estuviera cargado de peñascos, para prolongar y mantener todos los momentos que paso con ella.

El *Nation* Institute, la Fundación Ford y la Fundación Lannan me ofrecieron generosas ayudas. Doy las gracias a Hamilton Fish, Ruth Baldwin, Taya Grobow y Jonathan Schell, así como a Roane Carey y Katrina vanden Heuvel, de la revista *Nation*. En Nation Books, Carl Bromle condujo una vez más mi escritura a otro nivel. Sus correcciones siempre llevan el sello de su profunda inteligencia, su capacidad para la escritura y su enorme erudición. Michele Jacob, con quien ya he trabajado en varios libros, volvió a ocuparse de la publicidad y de los actos de difusión del libro con su habitual encanto, paciencia y eficacia. Durante varios años, Patrick Lannan y Jo Chapman, de la Fundación Lannan, me han proporcionado un apoyo constante y de incalculable valor. Sin ellos me resultaría difícil sobrevivir como escritor. En la Fundación Ford, Calvin Sims comprendió de inmediato mis intenciones, algo que no resulta sorprendente, dadas la capacidad y la inteligencia que ha demostrado como reportero y corresponsal en el extranjero del *New York Times*, y posibilitó la ayuda que recibí de la Fundación y mi trabajo con ella.

Todas mis ideas y pensamientos se los consulto al reverendo Coleman Brown, mi exprofesor de religión y ética en la Universidad Colgate. Hace más de tres décadas que es mi mentor moral e intelectual y su orientación no tiene precio.

John Timpane, que volvió a corregir el texto definitivo, tiene una inteligencia increíble, un deseo de aprender contagioso y una gama de conocimientos tan extensa como imponente. También cuenta con un amplio abanico de talentos, ya que está dotado para la escritura, la poesía y la música. No es justo que él tenga tanto y los demás no.

Deena Guzder realizó gran parte de las investigaciones que precisó el libro. Es una excelente escritora, una periodista tenaz y una mujer cuya conciencia la salvará de la contaminación del periodismo comercial. Jake Willard-Crist me ayudó en la corrección final del libro. Fue una enorme suerte contar con la ayuda de ambos. Me gustaría dar las gracias a Robert Scheer, uno de los periodistas más valerosos e importantes del país, y a Zuade Kaufmann, directores ambos de la revista *Truthdig*, que se publica en Internet y en la que escribo una columna semanal. Los dos proporcionan a los lectores algo precioso. A lo largo de los años he contado con el aliento, el apoyo y los consejos de Henry Giroux, quien me ayudó en algunas partes de este libro; de Dud y Jean Hendrick, que nos permitieron alojarnos en su granja de Deer Isle (Maine); de Bernard Rapoport, Peter Lewis y Jean Stein; de Ralph Nader, cuya carrera presidencial me enorgullezco de haber apoyado; de Robert Jensen, Larry Joseph, Steve Kinzer, Sami y Laila al-Arian, Peter Scheer, Ann y Walter Pincus, Maria-Christina Keller, Lauren B. Davis, June Ballinger, Michael Goldstein, Gerald Stern, Anne Marie Macari, Robert J. Lifton y Tom Artin; de James Cone, uno de los teólogos más importantes del país; de Ray Close, de los reverendos Michael Granzen y Karen Hernández, de Joe y Heidi Hough, Mark Kurlansky, Margaret Maurer, Irene Brown, Sam Hynes, del gran novelista gráfico Joe Sacco, de Dennis Kucinich, Ernest Logan Bell, Sonali Kolhatkar, Francine Prose, Russell Banks, Celia y Bernard Chazelle, Esther Kaplan y James Ridgeway; del reverendo Jeremiah Wright, del que me hice amigo cuando a ambos nos nombraron doctores *honoris causa* en el Starr King School for the Ministry; de Paul Woodruff; de Sheldon Wolin, nuestro principal experto vivo en filosofía política; de «Rocky» Anderson; de Tom Cornell; de Noam Chomsky, que fija el patrón oro intelectual para los demás; de los padres Michael Doyle y Daniel Berrigan, dos sacerdotes católicos que nos recuerdan que de vez en cuando la Iglesia genera profetas; de Pam Diamond, James Kane, el reverendo Davidson Loehr y Karen Malpede; de

Stuart Ewen, cuyos libros fueron esenciales para que comprendiera el ascenso del Estado propagandístico; de Norman Finkelstein, cuyo valor moral admiro; de John Ralston Saul, un filósofo que me proporcionó el vocabulario para comprender gran parte de lo que ocurre en la cultura contemporánea; de la inquebrantable Cindy Sheehan; de Sydney Schanberg, Malalai Joya, Michael Moore, Jeremy Scahill, Sam Smith, Rob Shatterly, Alan Magee, Doug McGill, Jaron Lanier, Mae Sakharov, Kasia Anderson y Charlie y Catherine Williams, así como de Dorothea von Moltke y Cliff Simms, de los que tenemos la suerte de ser amigos y que además son propietarios de una de las mejores librerías independientes del país.

Lisa Bankoff, de International Creative Management, con quien he colaborado desde que publiqué mi primer libro hace casi una década, es una agente de talento, inteligente y cortés, que ha negociado mis contratos y que gestiona una parte del sector editorial que no deja de desconcertarme.

Tengo tres hijos sensibles, inquisitivos y afectuosos: Thomas, Noëlle y Konrad. Cuando llaman a la puerta de mi despacho no siempre le viene bien a mi escritura, pero sí a mi existencia. Con ellos y con Eunice es con quienes encuentro en la vida una alegría y un sentido que, después de todos los sufrimientos que he contemplado, no pueden expresarse con palabras.

Bibliografía

Addams, Jane. *Peace and Bread in Times of War.* Urbana, IL: University of Illinois Press, 2002.

Adorno, Theodor. *The Culture Industry*. Londres: Routledge, 1991.

Arendt, Hannah. *On Revolution*. Londres: Penguin Books, 1963 [ed. cast.: *Sobre la revolución* (3ª ed.), Madrid, Alianza Editorial, 2013].

—. *The Origins of Totalitarianism*. Nueva York: Harcourt, 1966 [ed. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2006].

Aronowitz, Stanley. *The Death and Rebirth of American Radicalism.* Londres: Routledge, 1996.

Aronson, James. *The Press and the Cold War.* Indianápolis: Bobbs-Merrill, 1970.

Barth, Karl. *The Epistle to the Romans*. Londres: Oxford University Press, 1933 [ed. cast.: *Carta a los romanos*, Madrid, BAC, 1998].

Bauman, Zygmunt. *In Search of Politics*. Stanford, CA: Stanford University Press, 1999.

Becker, Carol. *Zones of Contention: Essays on Art, Institutions, Gender, and Anxiety.* Albany, NY: SUNY Press, 1996.

Benda, Julien. *The Treason of the Intellectuals.* New Brunswick, NJ: Transaction Publishers, 2007 [ed. cast.: *La traición de los intelectuales*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008].

Benson, Jackson J. *The True Adventures of John Steinbeck.* Nueva York: Viking, 1984.

Bernays, Edward. *Propaganda*. Nueva York: Ig Publishing, 1928.

Bernstein, Walter. *Inside Out: A Memoir of the Blacklist.* Nueva York: Alfred A. Knopf, 1996.

Blitzstein, Marc. *The Cradle Will Rock.* Fairfax, VA: Library of Congress Federal Theatre Project Collection at Fenwick Library, George Mason University.

Bonhoeffer, Dietrich. Works, Vol. 16, *Conspiracy and Imprisonment, 1940–1945*, trad. Lisa E. Dahill. Mineápolis, MN: Fortress Press, 2006.

Bookchin, Murray. *Post-Scarcity Anarchism*. Edimburgo: AK Press, 2004.

Boorstin, Daniel J. *The Image: A Guide to Pseudo-Events in America*. Nueva York: Atheneum, 1961.

Bourne, Randolph. *The Radical Will: Selected Writings 1911–1918*. Olaf Hansen (ed.). Berkeley, CA: University of California Press, 1977.

—. *War and the Intellectuals: Collected Essays 1915–1919*. Carl Resek (ed.). Indianápolis: Hackett, 1964.

Briggs, Asa y Burke, Peter. *A Social History of the Media: From Gutenberg to the Internet*. Cambridge: Polity Press, 2005 [ed. cast.: *De Gutenberg a Internet: una historia social de los medios de comunicación*, Madrid, Taurus, 2002].

Camus, Albert. *The Plague, The Fall, Exile and the Kingdom, and Selected Essays*. Nueva York: Everyman's Library, 2004 [ed. cast.: Albert Camus, *Obras*, Madrid, Alianza Editorial, 1996].

—. *Resistance, Rebellion, and Death*. Trad. Justin O'Brien. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1961.

—. *The Rebel: An Essay on Man in Revolt*, trad. Anthony Bower. Nueva York: Vintage, 1956.

—. «Return to Tipasa», en *Lyrical and Critical Essays*, trad. Ellen Conroy Kenny. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1968.

Carey, James W. *Communication as Culture: Essays on Media and Society*. Nueva York: Routledge, 1988.

Chomsky, Noam. *The Essential Chomsky*. Anthony Arnove (ed.). Nueva York: NewPress, 2008.

—. *Hopes and Prospects*. Chicago: Haymarket Books, 2010.

—. *Letters from Lexington: Reflections on Propaganda*. Boulder, CO: Paradigm Publishers, 2004.

Cockroft, Eva. «Abstract Expressionism, Weapon of the Cold War», en Francis Frascina (ed.), *Pollock and After: The Critical Debate*. Nueva York: Harper & Row, 1985. pp. 125-133.

Cowley, Malcolm. *Exile's Return: A Literary Odyssey of the 1920s*. Nueva York: Penguin, 1994.

Creel, George. *How We Advertised America: The First Telling of the Amazing Story of the Committee on Public Information that Carried the Gospel of Americanism to Every Corner of the Globe.* Nueva York: Harper & Brothers, 1920.

—. *Rebel at Large: Recollections of Fifty Crowded Years.* Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1947.

Day, Dorothy. *By Little and By Little: The Selected Writings of Dorothy Day*, Robert Ellsberg (ed.). Nueva York: Alfred A. Knopf, 1983.

Donoghue, Frank. *The Last Professors: The Corporate University and the Fate of the Humanities*. Nueva York: Fordham University Press, 2008.

Dos Passos, John. *Mr. Wilson's War.* Nueva York: Doubleday, 1962.

Dostoievski, Fiódor. *Notes from the Underground.* Trad. Richard Pevear y Larissa Volokhonsky. Nueva York: Everyman's Library, 1993 [ed. cast.: *Apuntes del subsuelo*, Barcelona, Bruguera, 1980].

Ellul, Jacques. *Propaganda: The Formation of Men's Attitudes*. Nueva York: Vintage Books, 1965 [ed. cast.: *Historia de la propaganda,* Caracas, Monte Ávila, 1970].

Ewen, Stuart. *All Consuming Images: The Politics of Style in Contemporary Culture.* Nueva York: Basic Books, 1988.

—. *Captains of Consciousness: Advertising and the Social Roots of the Consumer Culture.* Nueva York: Basic Books, 1976.

—. *PR!: A Social History of Spin*. Nueva York: Basic Books, 1996.

—. *Typecasting: On the Arts of Sciences of Human Inequality.* Nueva York: Seven Stories Press, 2006.

Feinstein, Lee, y Anne Marie Slaughter. «A Duty to Prevent». *Foreign Affairs* 83:1 (enero-febrero de 2004): pp. 136-150.

Flanagan, Hallie. *Arena: The History of Federal Theatre.* Nueva York: Benjamin Blom, 1940.

Forster, E. M. «The Machine Stops», en *Selected Stories*. Nueva York: Penguin, 2001.

Freeberg, Ernest. *Democracy's Prisoner: Eugene V. Debs, the Great War, and the Right to Dissent.* Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2009.

Fromm, Erich. *Escape From Freedom*. Nueva York: Henry Holt, 1941.

Furedi, Frank. *Where Have All the Intellectuals Gone?: Confronting 21st Century Philistinism*. Londres: Continuum, 2004.

Gabler, Neal. *Life: The Movie: How Entertainment Conquered Reality*. Nueva York: Vintage Books, 1998.

Giroux, Henry. *Impure Acts: The Practice of Politics of Cultural Studies*. Nueva York: Routledge, 2000.

—. *The University in Chains: Confronting the Military-Industrial-Academic Complex*. Boulder, CO: Paradigm Publishers, 2007.

Gray, John. *Black Mass: Apocalyptic Religion and the Death of Utopia*. Nueva York: Penguin, 2007 [ed. cast.: *Misa negra: la religión apocalíptica y la muerte de la utopía*, Barcelona, Paidós, 2008].

—. *Enlightenment's Wake: Politics and Culture at the Close of the Modern Age*. Nueva York: Routledge, 1995.

—. *Heresies: Against Progress and Other Illusions*. Londres: Granta Books, 2004.

—. *Liberalism*. Mineápolis: University of Minnesota Press, 1995 [ed. cast.: *Liberalismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1994].

—. *Straw Dogs: Thoughts on Humans and Other Animals*. Londres: Granta Books, 2002 [ed. cast.: *Perros de paja: reflexiones sobre los humanos y otros animales*, Barcelona, Paidós, 2008].

Greider, William. *Fortress America: The American Military and the Consequences of Peace*. Nueva York: Public Affairs, 1998.

Grinker, Lori. *Afterwar: Veterans from a World in Conflict*. Milbrook, NY: de.MO Publisher, 2005.

Guttenplan, D. D. *American Radical: The Life and Times of I.F. Stone*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2009.

Hamilton, Clive. *Requiem for a Species: Why We Resist the Truth About Climate Change*. Washington D.C.: Earthscan, 2010.

Havel, Vaclav. *The Power of the Powerless: Citizens Against State in Central Europe*, John Keane (ed.). Armonk, NY, 1990 [ed. cast.: *El poder de los sin poder*, Barcelona, Encuentro, 1990].

Herman, Edward S., y Noam Chomsky. *Manufacturing Consent: The Political Economy of Mass Media*. Nueva York: Pantheon, 1988 [ed. cast.: *Los guardianes de la libertad: propaganda, desinformación y*

consenso en los medios de comunicación, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995].

Hoffmann, Stanley. «An American Social Science: International Relations», *Daedalus*, 106:3 (verano de 1977): pp. 41-60.

Hoggart, Richard. *The Uses of Literacy*. New Brunswick: Transaction Publishers, 1998.

Houseman, John. *Run Through: A Memoir.* Nueva York: Simon & Schuster, 1972.

Howe, Irving. «This Age of Conformity», en Phillips, William, y Philip Rahv (eds.), *The Partisan Review Anthology.* Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1955, pp. 145-164.

Jackall, Robert, y Janice M. Hirota. *Image Makers: Advertising, Public Relations, and the Ethos of Advocacy.* Chicago: University of Chicago Press, 2000.

Jacoby, Russell. *The End of Utopia: Politics and Culture in an Age of Apathy.* Nueva York, Basic Books, 1999.

—. *The Last Intellectuals: American Culture in the Age of Academe.* Nueva York, Basic Books, 1992.

—. *Social Amnesia: A Critique of Conformist Psychology from Adler to Laing.* Boston: Beacon Press, 1975.

Johnson, Chalmers. *The Sorrows of Empire: Militarism, Secrecy, and the End of the Republic*. Nueva York: Henry Holt, 2004.

Judt, Tony. «Bush's Useful Idiots». *London Review of Books*, 28:18 (21 de septiembre de 2006). http:www.lrb.co.uk/v28/n18/tony-judt/bushs-useful-idiots.

Kindleberger, Charles P. y Aliber, Robert. *Manias, Panics, and Crashes*. Hoboken, NJ: John Wiley & Sons, 1978.

Korten, David C. *When Corporations Rule the World*. San Francisco: Berrett-Koehler Publishers, 1995.

Lansing, Robert. *War Memoirs of Robert Lansing, Secretary of State.* Indianápolis: Bobbs-Merrill Company, 1935.

Lasch, Christopher. *The Culture of Narcissism: American Life in an Age of Diminishing Expectations*. Nueva York: W. W. Norton, 1979 [ed. cast.: *La cultura del narcisismo*, Barcelona, Andrés Bello, 1999].

—. *The New Radicalism in America 1889–1963: The Intellectual as a Social Type*. Nueva York: W. W. Norton, 1965.

—. *The True and Only Heaven: Progress and Its Critics*. Nueva York: W. W. Norton, 1991.

Le Bon, Gustave. *The Crowd: A Study of the Popular Mind*. Mineola, NY: Dover Publications, 2002 [ed. cast.: *Psicología de las masas*, Madrid, Morata, 2014].

Lens, Sidney. *Labor Wars: From the Molly Maguires to the Sitdowns*. Nueva York: Doubleday, 1973.

Lippmann, Walter. *Public Opinion*. Nueva York: Simon & Schuster, 1997 [ed. cast.: *La opinión pública*, San Lorenzo de El Escorial, Langre, 2003].

Macdonald, Dwight. *Against the American Grain: Essays on the Effects of Mass Culture*. Londres: Victor Gollancz, 1963.

—. *The Memoirs of a Revolutionist: Essays in Political Criticism*. Nueva York: Farrar, Straus and Cudahy, 1957.

—. *The Root Is Man*. Brooklyn, NY: Autonomedia, 1995.

MacKay, Charles. *Extraordinary Popular Delusions and the Madness of Crowds*. Middletown, RI: BN Publishing, 2008.

McChesney, Robert, y John Nichols. *The Death and Life of American Journalism: The Media Revolution That Will Begin the World Again*. Nueva York: Nation, 2009.

Mellman, Seymour. *The Permanent War Economy: American Capitalism in Decline*. Nueva York: Simon & Schuster, 1985.

Mills, C. Wright. *The Politics of Truth: Selected Writings of C. Wright Mills*. John H. Summers (ed.). Nueva York: Oxford University Press, 2008.

—. *The Power Elite*. Nueva York: Oxford University Press, 1956.

Navasky, Victor. *Naming Names*. Nueva York: Viking, 1980.

Niebuhr, Reinhold. *Beyond Tragedy: Essays on the Christian Interpretation of History*. Nueva York: Scribner's, 1965.

Noble, David F. *America by Design: Science, Technology, and the Rise of Corporate Capitalism*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1977.

Ortega y Gasset, José. *The Revolt of the Masses*. Nueva York: W. W. Norton, 1932 [ed. cast.: *La rebelión de las masas* (3ª ed., corr. y aum.), Madrid, Tecnos, 2013].

Ostertag, Bob. *People's Movements, People's Press: The Journalism of Social Justice Movements*. Boston: Beacon Press, 2006.

Peck, Abe. *Uncovering the Sixties: The Life and Times of the Underground Press*. Nueva York: Citadel Press, 1991.

Polanyi, Karl. *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*. Boston: Beacon Press, 1944 [ed. cast.: *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*, Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1989].

Pollard, Sidney. *The Idea of Progress: History and Society*. Londres: C. A. Watts, 1968.

Popper, Karl. *The Open Society and Its Enemies: The Spell of Plato*. Princeton: Princeton University Press, 1966 [ed. cast.: *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Orbis, 1985].

Postman, Neil. *Amusing Ourselves to Death: Public Discourse in the Age of Show Business*. Nueva York: Penguin, 1985 [ed. cast.: *Divertirse hasta morir: el discurso público en la era del «show business»*, Barcelona, La Tempestad, 2012].

Riesman, David. *The Lonely Crowd: A Study of the Changing American Character*. New Haven: Yale University Press, 1950.

Rojek, Chris. *Celebrity*. Londres: Reaktion Books, 2001.

Rorty, Richard. *Achieving Our Country: Leftist Thought in Twentieth-Century America*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1998 [ed. cast.: *Forjar nuestro país: el pensamiento de izquierdas en los Estados Unidos del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1999].

Ross, Stewart Halsey. *Propaganda for War: How the United States Was Conditioned to Fight the Great War of 1914–1918*. Joshua Tree, CA: Progressive Press, 2009.

Roth, Philip. «On the Air: A Long Story». *New American Review* 10 (1970), pp. 7-49.

Said, Edward W. *Representations of the Intellectual: The 1993 Reith Lectures*. Nueva York: Vintage, 1996 [ed. cast.: *Representaciones del*

intelectual, Barcelona, Debate, 2007].

Saul, John Ralston. *The Unconscious Civilization*. Nueva York: The Free Press, 1995 [ed. cast.: *La civilización inconsciente*, Barcelona, Anagrama, 1997].

—. *Voltaire's Bastards: The Dictatorship of Reason in the West*. Nueva York: Vintage Books, 1992.

Schrecker, Ellen. *Many Are the Crimes: McCarthyism in America*. Boston: Little, Brown, 1998.

—. *No Ivory Tower: McCarthyism and the Universities*. Nueva York: Oxford University Press, 1986.

Sennet, Richard. *The Fall of Public Man*. Nueva York: W. W. Norton, 1974 [ed cast.: *El declive del hombre público*, Barcelona, Anagrama, 2011].

Smith, Sharon. *Subterranean Fire: A History of Working-Class Radicalism in the United States*. Chicago: Haymarket Books, 2006.

Snow, C. P. *The Two Cultures*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998.

Steel, Robert. *Walter Lippmann and The American Century*. Londres: Bodley Head, 1980.

Theweleit, Klaus. *Male Fantasies*. Minneápolis: University of Minnesota Press, 1987.

Thompson, E. P. «Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism». *Past and Present* 38 (1967): pp. 56-97.

Van Agtmael, Peter. *2nd Tour, Hope I Don't Die*. Portland, OR: Photolucida, 2009.

Viereck, George Sylvester. *Spreading the Germs of Hate*. Nueva York: Horace Liveright, 1930.

Whyte, William H. *The Organization Man*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1956.

Wolin, Sheldon S. *Democracy Incorporated: Managed Democracy and the Specter of Inverted Totalitarianism*. Princeton: Princeton University Press, 2008.

Wright, Ronald. *A Short History of Progress*. Nueva York: Carroll & Graf Publishers, 2004 [ed. cast.: *Breve historia del progreso: ¿hemos*

aprendido por fin las lecciones del pasado?, Barcelona, Tendencias, 2006].